

OSCURAS REALIDADES

CUANDO LO INEXPLICABLE SE ANTEPONE
A LA REALIDAD, TODO RESULTA ATERRADOR.
EL MALIGNO SIEMPRE ACECHA



JOSÉ HERRERA ARCOS

OSCURAS REALIDADES

Cuando lo inexplicable se antepone a la
realidad, todo resulta aterrador.
El Maligno siempre acecha.

JOSÉ HERRERA ARCOS

OSCURAS REALIDADES

José Herrera Arcos
Primera edición agosto de 2019

Copyright © 2019 Del texto; José Herrera Arcos.
Copyright © Diseño de cubierta; Roomstudiodesign.
Copyright © Fotografía de autor; Manuel Párraga.

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Cuando la policía lo encontró, su rostro permanecía perplejo, y su cuerpo, acucillado y pegado a la pared, parecía querer traspasarla por la fuerza que seguía ejerciendo sobre ella.

Las manos ensangrentadas y dispuestas hacia delante, sobre las rodillas, no mantenían la misma tensión que el resto del cuerpo, percibiéndose una desmembración intencionada o simplemente inconsciente, que no concordaba con los ojos desorbitados, la mandíbula desencajada, y los músculos en tensión que lo mantenían inmóvil.

Su indumentaria, propia de un invierno lluvioso, continuaba siendo la misma de la noche anterior; cazadora roja, jersey negro de cuello alto y pantalón de pana, de cuyo bolsillo salía un rosario de cuentas negras.

El pelo, lacio y oscuro, hacía que las primeras canas de sus sienes resaltasen aún más. A sus cuarenta y siete años, las arrugas no marcaban su rostro, aunque en sus ojos, apareciesen unas abultadas bolsas, sin duda, signo del cansancio.

La primera intención del aturdido agente quedó frustrada cuando su compañero lo cogió del brazo y le indicó, con un gesto incrédulo, la pared que quedaba a sus espaldas.

Sus miradas se cruzaron, para luego dirigirse al petrificado personaje que no apartaba la vista del infinito.

La pequeña vivienda adosada, situada en la parte alta de la ciudad, no gozaba de ningún tipo de lujos; su portada, nada suntuosa, aparecía desconchada en su parte alta y el cemento de los bajos descubría una humedad permanente que la definía como la más abandonada del barrio. La puerta, en madera de pino, reflejaba el descuido y la poca dedicación, al igual que el pequeño jardín delantero, donde un rosal descuidado pugnaba con los jazmines en tamaño y altura. Remataban su dejadez, las uñas de gato que crecían sobre los tejaditos y que cubrían las ventanas y la propia techumbre.

Esta situación no agradaba precisamente a sus pulcros vecinos, cuyas casas habían sido remodeladas en pocos años.

El barrio había cambiado paulatinamente; las viviendas, diseñadas para aparentar estar en un paseo marítimo, lucían ahora un aspecto distinguido y señorial, aunque en algunos casos, la majestuosidad desmedida, las dotaba de un aire palaciego que nada tenía que ver con su tamaño.

Las que realmente se sentían molestas eran las propietarias, pues sus esposos, algo más comprensivos achacaban dicho descuido a la prematura viudedad de su vecino Marcos.

Aún recordaban los primeros días en los que las distintas mudanzas acababan en la recién inaugurada cafetería de la esquina. En ella se iban conociendo las diferentes parejas con la ilusión propia de quien espera un futuro mejor.

Cada familia poseía su propia idiosincrasia, número de miembros, edades y particular situación económica, pero en aquella cafetería, al calor de las copas, no cabía sino la amistad, la buena conversación y el apoyo en los malos momentos.

La familia de Marcos se enmarcaba, como la mayoría, dentro de la clase media trabajadora; funcionario de profesión, ocupaba su mucho tiempo libre en buscar libros antiguos, adquirirlos y estudiarlos con mimo, para después colocarlos con cariño, y en correcto orden de senilidad, en las parcas estanterías de un sótano poco iluminado y escasa ventilación. En ellas se encontraba un incunable que solía acariciar cada vez que pasaba a cierta distancia.

La mayoría de dichos libros eran religiosos, tanto misales como algún que otro tratado sobre los distintos concilios, revelaciones de santos y dictados sobre la fe.

Su esposa Julia, ama de casa y administradora del hogar, procuraba mantener en perfecto estado de limpieza cada estancia, cada rincón de la casa y del jardín, que gozaba de una salud y belleza envidiable.

Ambos disfrutaban de las primeras palabras de su entrañable niñita que, con tan solo ocho meses, balbuceaba con cierta claridad.

La felicidad se palpaba en cada gesto, cada mañana y cada hora del día y la convivencia entre la vecindad era todo un ejemplo de armonía. Los niños crecían juntos y los mayores hacían lo posible por conseguir un ambiente familiar y acogedor.

De puertas para dentro, cada cual resolvía sus pequeños problemas domésticos, pero tanto en la calle, como en el café Angelina, nadie parecía sufrir el más mínimo contratiempo.

El café Angelina, regentado por un matrimonio joven que, tras los permisos pertinentes, adecuaron la parte baja de la casa y algo del jardín para

dicho negocio, gozaba de una clientela asidua y constante, que lo hacía económicamente rentable. Sencillo cómodo y siempre limpio, su gran cristalera lo dotaba de una luz que animaba a desayunar en un ambiente cálido que todos los vecinos aprovechaban. Las mesas, situadas frente a la cristalera, eran tan sencillas como el resto del mobiliario; tubos cuadrados de hierro pintados de negro. Aunque todo ello, por simple que fuese, quedaba bien camuflado entre torneos de dardos, partidas de dominó y niños correteando de un lado a otro.

La cercanía del embarazo de Angelina y de Julia, y el hecho de que ambas se conociesen con anterioridad, ayudó a forjar una fuerte amistad entre ambas familias. Su complicidad, producida por la juventud de ambas, no trataron de ocultarla en ningún momento, produciéndose encuentros familiares entre las dos parejas, que gustaban del buen comer y la mejor conversación. Ninguno de los cuatro pensó en la posibilidad de levantar envidias, pero lo cierto era que, para algunas mujeres recelosas, tanta confidencialidad les resultaba molesta.

Todas las mañanas, después de dejar a sus hijos en el colegio, una veintena de mujeres invadían el espacio silencioso de la cafetería recién abierta.

Cada una planificaba la mañana en voz alta, como quién busca cómplices para una labor común.

—Si vas al supermercado, te acompaño.

—Yo también voy.

—Pues, ya que vais, necesito suavizante, ¿si no es molestia!

El tintineo de las cucharas se mezclaba con el incipiente murmullo de las tazas, las risas y las inocentes bromas que promovían los cada vez más numerosos grupos que, por otra parte, amenazaban con romper la general convivencia.

Julia, a pesar de su juventud —o tal vez por ese motivo— nunca perteneció a ninguno de ellos. Se limitaba a observar, intentar ser cortés y como no, a reír la mayoría de las bromas, aunque en ocasiones le parecieran demasiado ofensivas.

Angelina y ella solían comentar lo mal que acabaría la cosa entre algunas de ellas, profetizando lo que ocurriría con cada componente de los distintos corrillos. Por esa razón, siempre se situaba a la izquierda de la barra, justo enfrente de la cafetera, donde su amiga pasaba la mayor parte del tiempo.

Ambas eran conscientes de que la armonía —que en un principio parecía inquebrantable— se iba diluyendo, día a día, en pequeñas disputas. Incluso la

propia cafetería comenzaba a quedar dividida en territorios más o menos definidos que todas contribuían a enmarcar.

Del mismo modo, sus maridos —aunque menos asiduos a las reuniones matinales— aprovechaban las noches, sobre todo las del viernes y el sábado, para disfrutar de unas divertidas partidas de dardos, que combinaban con el dominó, como si necesitasen medir sus aptitudes para una u otra cosa.

Jugaban en parejas, al principio aleatorias, pero conforme pasaba el tiempo, nadie ponía en duda cual sería su compañero. También Marcos que, aunque tenía que esperar a que Ricardo no tuviese muchas copas que servir, no se sentía demasiado cómodo con cualquier otro que se presentase como voluntario para reemplazarlo. Ellos también marcaban sus territorios, sus mesas, sus turnos, sus copas y hasta la posición que ocupaban sus esposas. Un caos ordenado, que nadie reparaba en admitir.

Pronto descubrieron que para evitar las hirientes bromas que cada grupo se lanzaba entre sí, era mucho más práctico no comentar abiertamente las pequeñas disputas matrimoniales ni los insignificantes altercados que se producían en la escuela por hechos de sus hijos, fuese quién fuese el culpable.

Tan solo las enfermedades cotidianas eran objeto de lamentaciones públicas. Siempre había alguien dispuesto a ayudar, recetando viejos remedios que resultaban eficaces en ocasiones, aunque solo fuese de forma psicósomática.

Con el tiempo todo parecía mejorar para aquellos vecinos que casi nunca mostraban sus miserias, ya fuesen domésticas o económicas.

Dos navidades en convivencia vecinal y todos creían conocerse a la perfección; todos creían adivinar el porqué de sus decorados salones, de sus parques belenes o sus majestuosas obras de modelismo. Cada familia vivía las fiestas como mejor sabía, pero siempre acababan bailando en la cafetería de Angelina, convertida en improvisada discoteca privada.

Aquella costumbre —que iba calando con aceptación— se convirtió en una cita ineludible. Todos colaboraban en la preparación de una fiesta que de ninguna manera pretendía esclavizar a los dueños del local, aunque en realidad así fuese. Los niños también acompañaban a sus padres a la esperada fiesta de nochevieja. Angelina acondicionaba una de las habitaciones de la planta baja para ir acostando a los pequeños según el cansancio los vencía; incluso su propio hijo Ricardo, exigía dormir con sus amigos esa noche tan especial.

La llegada paulatina de parejas también constituía todo un acontecimiento

digno de presenciar. Nadie escatimaba en lucir el mejor aspecto posible, alabado o criticado —según se mirara—, durante las siguientes semanas del recién entrado año. Julia era la más admirada por los varones, la más criticada por las mujeres, y su atractivo, reconocido por todos. Sus vestidos, sus peinados y su natural belleza, no dejaba a nadie indiferente y aunque su esposo Marcos lo sabía, jamás intentó coartar su capacidad creativa. Muchas pensaban que su protagonismo era tan intencionado como sus coquetos movimientos, que solo buscaban las miradas lascivas de los demás hombres, por lo que consiguió no pocas enemistades mal disimuladas. Otra cosa era Marcos; tan familiar, tan sencillo y tan discreto que era admirado por todas, como también lo era su hija la que, a sus dos años, despertaba todas las simpatías de la pequeña comunidad, que crecía en número, aunque no en lazos afectivos. Con el pelo castaño claro, lacio hasta las puntas, descubría unos ojos vivarachos cada vez que su pequeña mano apartaba el rebelde flequillo que obstaculizaba su visión. Al igual que el color de sus ojos, verde agua marina, la textura y coloración de su piel recordaba cómo debía de ser Julia veintiocho años atrás.

Aunque todos relacionaban su belleza con el parecido físico a la madre, no pocos atribuían la mirada despierta y el gesto complaciente a su padre Marcos, el que, con tan solo mirar, daba la bienvenida y ofrecía una amistad placentera.

Siempre que podía, Julia se acercaba a la cafetería; buscaba en el interior de la casa a su siempre atareada amiga Angelina y la invitaba a un café, mientras Ricardo, el hijo de esta —meses mayor que Lucía—, corría enérgico a jugar con la pequeña antes de que comenzasen las ruidosas trifulcas que interrumpían la cómplice conversación de las dos amigas, que hacían tanto de confidente como de confesor.

El marido de Angelina, Ricardo, tenía como todo el mundo sus defectos; pero sin duda su mayor virtud era la constancia en el trabajo, ocupando las mañanas de los días laborales a ayudar en una pequeña carpintería de las muchas que había en la ciudad.

En alguna ocasión, Julia había confesado a su amiga lo guapo que le parecía el esposo de esta, pero claro —decía—, es tan simple como el mío y así no hay manera de que resulten atractivos. Ambas reían, dando pequeños sorbos a su café, sin dejar de mirarse a los ojos.

Ese café —que aventajaba en mucho, en cuanto a sabor, cremosidad y densidad, a los que cualquier cafetera doméstica pudiese aspirar—, resultaba

ser el único placer diario del que ambas gozaban antes de que el local perdiese la intimidad, para albergar a las muchas clientas que, tras dejar a sus hijos en el colegio, buscaban un poco de esparcimiento.

Entonces comenzaban los saludos sinceros, pero faltos de contenido, que siempre acompañaban al sonido de la cafetera y los golpes enérgicos que Angelina daba con uno de los brazos de la maquina, para eliminar las granzas utilizadas con anterioridad. Justo en ese momento, Julia se despedía apresuradamente para buscar a los dos pequeños y llevarlos a la guardería.

Nada parecía cambiar en la vida de los monótonos usuarios de tanpreciado bien, pero el tiempo no pasa en balde; los niños crecían, aunque más en altura que en intelecto, las manías de los mayores se acrecentaban y algunas actitudes, antes pasadas por alto, ahora resultaban molestas.

El primer vecino en remodelar su casa no tardó mucho en decidirlo; un buen momento en su negocio, o las ganas de mostrarlo, serían suficiente excusa para querer diferenciarse de quienes seguían pagando la hipoteca y no podían sino seguir viviendo de forma austera.

El ruido especialmente desagradable de los tubos metálicos —que más tarde constituirían los andamios—, sacó a Julia de su sueño matinal. Aunque su esposo se levantaba mucho antes, siempre se las arreglaba para no despertar a ningún miembro de su familia. Así, cuando el despertador, molesto por naturaleza, sonaba y vibraba sobre la mesilla de noche, Julia, de mala gana, buscaba con ahínco el interruptor y volvía al agradecido silencio que otorgaba la mañana.

Ese día, en el que los tubos metálicos rodaron por el suelo, salió al balcón entre enojada y desconcertada; aquel estruendo superó su capacidad de comprensión y salió decidida a protestar.

Las dos últimas semanas de la primavera, siempre calurosas, no ayudaron mucho a conciliar el sueño; la intermitencia de este diezmó el necesario descanso y el carácter siempre conciliador de Julia se agrió hasta el punto de desatar un airado discurso.

—¡Si tuvieseis un poco de cuidado, las personas normales tendríamos un despertar algo más agradable!

—¡Perdone señora, son las ocho y media y estamos trabajando! —gritó uno de ellos.

En ese momento se miró a sí misma, puso sus manos en las partes más pudorosas y retrocedió avergonzada. Había salido con una combinación poco recatada y notó cómo algunos ojos se clavaban en sus transparencias.

Lucía estaba allí, en la habitación de matrimonio, con los brazos colgando, sin peinar, con tan solo un fino camisón a la altura de los muslos. Observaba a su madre estupefacta, casi sin pestañear; nunca había visto una reacción tan desmedida por parte de su progenitora, y esta, sin decir nada, ignorando su presencia, comenzó a embutirse en un pantalón vaquero haciendo gestos desaprobatorios, como si en ese momento se diese cuenta de su incipiente celulitis.

Julia seguía siendo atractiva, le gustaba parecerlo y hacía todo lo posible por mostrarse ante el espejo como la joven de veinte años que pretendía ser.

Cogió a Lucía por las axilas, se adentró en el dormitorio infantil, y tras colocarla sobre la cama, comenzó a rebuscar en los cajones algo con lo que poder llevarla a la guardería. La niña seguía callada, casi paralizada, la prisa de su madre le era incomprensible; aún no se había puesto nada en la parte superior y sus pechos, perfectos, pugnaban por salirse del sujetador cada vez que se agachaba presurosa.

Esbozó una sonrisa cuando su madre, después de ponerle una faldita, cogió el babi de rayas rosas y blancas.

—Hoy no hay cole —dijo escuetamente.

Julia paró en seco, pateó el suelo una sola vez, mientras con un chasquido de la lengua daba por terminada toda una serie de actuaciones precipitadas; relajó los músculos de la cara al tiempo que miraba los preciosos ojos de su hija que, de pié y sobre la cama, quedaban a su altura. La abrazó con mimo, la besó en la mejilla y le acarició el pelo en un momento íntimo del que salieron de golpe por culpa de un estruendo metálico que la devolvió a su realidad doméstica.

—De todas maneras, iremos a ver a tu amigo Ricardito, ¿te apetece?

—¡Vale! Como quieras mami —contestó, para después cogerse a su cuello y darle un beso.

Las dos acicaladas, vestidas con gusto y dispuestas a pasar un buen día, bajaron las escaleras con soltura. La pequeña Lucía gustaba de encaramarse a la cadera de su madre para sentir el balanceo de estas mientras reía alocadamente.

Ya en el recibidor de la casa, un golpe hueco llamó la atención de ambas, las dos dirigieron sus miradas a la puerta que daba acceso al sótano, pero, por si acaso, Julia abrió la puerta del salón para mirar en su interior. El golpe fue lo suficientemente sonoro como para prever la caída de algún mueble grande, así que de un solo vistazo recorrió toda la estancia.

Sin soltar la delicada mano de su hijita, se cogió a la maneta de la puerta del sótano, la abrió con la misma decisión que lo había hecho con la anterior y comenzó a bajar las escaleras con más intriga que miedo.

Las estanterías seguían en su sitio, los libros perfectamente ordenados, el escritorio adecentado y con la silla bajo su tapa como gustaba colocarla a su marido cada vez que terminaba sus largos estudios rodeado de libros e información recogida de Internet.

Sin saber muy bien porqué, miró en el aseo que daba al vestíbulo, se dirigió hasta la cocina para comprobar que todo estaba en su sitio y una vez decidida a salir de casa, otro golpe seco, proveniente de la calle, le recordó el camión cargado de tubos metálicos y una hormigonera situada justo detrás de la cabina.

Abrió la puerta con furia, intentando asimilar el verano que le espera con aquellos albañiles ruidosos que se le antojaban gentes sin escrúpulos.

Subió la calle cabizbaja, y con Lucía en sus brazos, para evitar las miradas lascivas que, seguramente, abría despertado en los operarios después del espectáculo en el balcón.

En la cafetería, un puñado de madres despreocupadas parloteaban ruidosamente. Sus hijos estaban a buen recaudo; el colegio apuraba sus últimos días y eso las sumía en la despedida de una vida organizada y monótona, pero a la vez tranquila, que todas aprobaban como idílica.

Pidió un café con leche para ella y un vaso de leche con cacao para la pequeña, que Angelina le sirvió en su propia cocina, donde su hijo desayunaba.

Un guiño cómplice alertó a Julia del joven albañil que tomaba café arrinconado en la otra punta de la barra. Sería la comidilla de la mayoría de las mujeres allí reunidas y que seguro, resaltaban sus redondeados músculos que descubrían las horas de gimnasio y el trabajo duro.

Julia, aún avergonzada, miraba con disimulo el corte de cara que le parecía excesivamente atractivo. Sus veinte y muchos años, la apartaban de la inocente mirada que inspirara cualquier joven guapo y retraído. Instintivamente, se subió el sujetador sin ni siquiera ser advertida por el agraciado albañil, que seguía leyendo el diario Córdoba, ajeno a todo el alboroto que protagonizaban sus secretas admiradoras.

Una de las pequeñas obsesiones de Julia consistía en mantener la firmeza de sus pechos; hacía ejercicios para tal fin, además de no prescindir del sujetador en ningún momento. Para ella, constituía toda una decepción que su

marido no advirtiese dicho esfuerzo, ignorándolo, incluso cuando su más llamativo picardías los mostrase esplendorosos y vibrantes.

El griterío agudo, que le llegaba desde la parte baja de su taburete, le recordó su estado civil, su maternidad y la recatada moral por la que creía que era conocida.

La única persona que conocía a Julia en aquel ambiente, más allá de su imagen pública, sonreía sarcástica mientras fregaba las primeras tazas de café que ya habían cumplido su cometido.

Ella sí sabía admirar sus fulgurantes encantos, sabía de sus íntimos deseos y de su calenturienta imaginación.

En una ocasión, ambas se rindieron a la pasión de la carne en el interior del pequeño almacén de bebidas que, atestado de cajas bien organizadas, no dejaba demasiado espacio para ambas. Mientras Angelina hacía recuento de los refrescos, la conversación comenzó a subir de tono y las referencias al último gran revolcón protagonizado por ella misma, antes de ser la fiel esposa en la que se había convertido, la hizo palpase el interior de sus muslos, para mostrarse totalmente receptiva al dejar al descubierto la entrepierna y sus diminutas bragas, íntimamente húmedas. Las referencias a su amante, a la forma de poseerla y los continuos ejemplos de cómo apretaba sus pezones mientras gemía de placer, convirtió lo verbalmente admisible, en algo tan físico que no tardaron en sentirse envueltas en un continuo tocamiento que a las dos les resultó placentero.

Julia miró a Angelina con cierto reparo y vio en sus ojos una lujuria ya conocida, imaginándola lubricada y pecaminosa.

Bajó la mirada y se encontró a su pequeña mirándola con atención y sintió una culpabilidad irracional —¿Cómo podía una criatura tan inocente imaginar siquiera las sensaciones que estremecían su boca?, ¿cómo podía adivinar las tórridas ideas que empapaban su mente y su cuerpo?

Le dirigió una mirada complaciente, la cogió en sus brazos y le apartó el pelo de la cara con un gesto cariñoso que la devolvió a la cruda realidad.

—Me marcho —dijo de pronto.

—Muy bien, como quieras.

—Voy a dar un paseo por el parque para entretener a Lucía. Si quieres me llevo a Ricardo.

—Pues me vendría muy bien, si no te importa, me harías un favor.

—¡Favores los que quieras! —dijo insinuante, mientras se bajaba del taburete con un gesto lascivo.

Recogió a los dos pequeños como si de nuevo su rol de madre y esposa fuese su verdadero yo. Levantó la mirada, pero ya no encontró lo que buscaba, solo pudo sonreír al resto de las vecinas, levantar la barbilla repetidamente y salir orgullosa con un niño en cada mano.

El pequeño parque del barrio contaba con jardín infantil. Un receptáculo provisto de los artilugios necesarios para deleitar a las mentes más aventureras.

Ese día tuvieron que aprender a esperar; otros niños subían y bajaban, se deslizaban y movían los distintos balancines, con la rapidez y nerviosismo que reflejan los inquietos personajes que deben ser custodiados de cerca por sus madres, aunque no fuese así en la mayoría de los casos.

Lucía subía despreocupada las escaleras del tobogán en el mismo momento en el que su madre ayudaba a bajarse de un columpio a su amigo Ricardo.

Con un ojo puesto en cada niño, Julia agilizó sus piernas para alcanzar a la pequeña que perdía el contacto con la escalera y caía de espaldas sobre el acolchado pavimento que ocupaba todo el parque.

Un cambio brusco en la caída originó el afortunado desenlace, que acabó con un suspiro de su madre y una sonrisa cómplice de la niña, que la dejó helada.

—¡Gracias! —dijo la pequeña con un susurro agradecido.

Julia, que llegó a tiempo de cogerla antes de que flexionase las rodillas, la miró con extrañeza.

—¿A quién le das las gracias?

—A un hombre que me ayuda algunas veces. —contestó con tristeza, pues sabía que aquella circunstancia no agradaría a su madre. Ella siempre insistía en que no hablase con desconocidos.

—Pero aquí no hay nadie.

—Ya se ha marchado, no te preocupes mami.

La vio correr despreocupada; enseguida llegó junto a Ricardo para continuar su carrera tras tocarle levemente el hombro, en un corre que te pillo al que estaban habituados. No vio en ella ningún signo de alteración, ni mucho menos de preocupación, sin embargo, para ella, significó el primer gran problema al que se tendría que enfrentar, incluso si fuese necesario, acudiendo a un psicólogo infantil.

Aquella tarde, después de comer, y habiendo advertido la cara desencajada de su esposa, Marcos llevó a su hijita a la habitación para que

durmiera su siesta diaria. Bajó sumamente preocupado, para encontrarse a Julia hundida en el sofá y con la mano en la frente.

—¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé —contestó sin levantar la vista.

—Pues ya me contarás —dijo mientras ocupaba su sitio en el sofá de tres plazas frente al televisor.

Julia le contó lo sucedido en el parque, sin saber muy bien cual sería la importancia real y si su marido sabría cómo solucionarlo. Tal vez había exagerado en su interpretación o quizá la culpa era solo suya pues, aunque pasaba todo el tiempo posible junto a su hija, estaba claro que se sentía sola.

—Yo no le daría mayor importancia; ya se sabe lo fantasiosa que es la mente de un niño —intentó tranquilizarla con todo el cariño que era capaz de desplegar ante una situación que se le antojaba ridícula.

—Lo sé, posiblemente me halla asustado más de lo debido. He pensado en llevarla a un psicólogo, ¿qué te parece? —preguntó insegura.

—Si lo crees conveniente, hazlo, pero yo insisto en que no tiene importancia. Peor serán las habladurías acerca de una posible demencia —concluyó Marcos.

Julia también lo había pensado; de hecho, cuando llevó a Ricardo con su madre, se despidió con prisa, convencida de que aquel problema debía de quedarse en la intimidad de su casa. Ni siquiera le parecía oportuno que su amiga entrase a valorar la inquietante actitud de su hija.

Marcos palpó su hombro dando por terminada la conversación y se levantó muy despacio. Su cabeza hacía unos minutos que se encontraba en el sótano y hacia él dirigía sus pasos.

—¡He visto cómo su cuerpo se erguía en el aire! —insistió.

Marcos hizo una mueca de decepción antes de abrir una de las puertas del salón.

—¿Cómo dices? —preguntó cambiando el gesto y con la mirada clavada en su esposa.

—¡Lo he visto! —insistió ella con firmeza.

—A ver, dime qué has visto.

—La niña se caía, se caía de espaldas, pero un cambio brusco en el aire la colocó con los pies en el suelo.

—Los niños son muy flexibles; ella misma mediante un espasmo, o algo así, pudo haber evitado un daño mayor.

—A mí me pareció otra cosa, pero no te preocupes, tal vez sea yo la que

necesite ir a un psicólogo.

—No digas tonterías, relájate un rato en el sofá; te haré una infusión.

Salió del salón y se dirigió a la cocina con la mirada puesta en la puerta del sótano que parecía clamar su presencia.

La tranquilidad que se respiraba en el pequeño salón quedó transfigurada por el traqueteo insoportablemente repetitivo del martillo eléctrico que comenzaba a derruir parte de la vivienda en remodelación.

Enseguida comenzaron los llantos de Lucía y Julia se encrespó, aún más, para subir las escaleras con presteza a auxiliar a su hija.

—¡Menudo verano nos espera! —vociferó mientras bajaba los escalones con la pequeña sollozando en sus brazos.

Marcos esperaba pacientemente la airada respuesta de su esposa ante la nueva situación.

—Esto solo durará unas semanas. Será mejor que te lo tomes con calma —se adelantó, antes de escuchar la explosión de palabras que salieron por la boca de su compañera sentimental.

Lucía no cesaba de llorar; las voces de su madre no hicieron más que acrecentar su miedo, y su padre salió del salón dando un portazo.

En unos segundos, la niña volvió a esbozar una sonrisa y aunque las lágrimas manaban de sus ojos, el sosiego de su pequeño corazón sacó a Julia de su enojo doméstico y sintió la presencia de alguien más en la habitación.

Quiso llamar a Marcos, demostrarle algo inexplicable, pero a su vez, se ahogó en un «¿qué le digo?» que la hizo desistir de su empeño.

Salió en dirección a la cocina, aún con Lucía en los brazos, pero prefirió bajar al sótano donde se encontraba su marido. Bajó despacio, con cautela, como si allí durmiese alguien, como si su presencia estuviese de más en la pequeña biblioteca propiedad de Marcos.

La luz fría que iluminaba la estancia a medias daba un aspecto lúgubre poco acondicionado para muchas visitas; de hecho, a Marcos le encantaba sentirse solo ante sus libros, susurrarles a sus hojas y pronunciar sus palabras con un cierto halo de misterio.

—¡Perdona cariño, la niña quería verte!

—¿Qué le pasa a mi pequeña? —preguntó a la vez que abandonaba su sillón colonial al que tanto apego tenía.

Lucía estiró sus brazos y el padre la abrazó con ternura.

—¿Te ha asustado el niño feo con la máquina?

Julia, que no dijo ni palabra mientras observaba el estado del sótano, al

que no hacía tanto tiempo que bajaba, pensó que sería lo que fuese el niño de la máquina, pero de feo nada de nada.

—Cariño —llamó su atención —¿Esta humedad en la pared, desde cuando está?

—No lo sé, no me he fijado —respondió fijando su vista en ella y con la niña en sus brazos.

Pensó en la obra de enfrente, pero claro, solo remodelaban la fachada, por lo que no tendría nada que ver.

Lucía comenzó a sentirse incómoda, gimoteaba haciendo pucheros e intentaba forcejear para dirigirse a las escaleras.

—No te preocupes mi vida, que tus papis no van a discutir —le argumentó su padre, acariciándole la espalda.

—¡Vamos mami! —insistía la pequeña, lanzándose a sus brazos.

—¡Desde luego tienes esto que da pena! Cualquiera día...

—No empecemos, por favor —concluyó Marcos entregando a la pequeña.

Cuando las dos hubieron abandonado el pequeño refugio, Marcos se dispuso a abrir las apaisadas ventanas que rozaban el techo, intentando obtener más luz y más calor como medida de choque ante un problema que le preocupaba, no solo por el edificio, sino también por sus mimados libros. Palpó la mancha alargada, olió la pintura e intentó escarbar con la uña, pero ni sentía humedad, ni olía a moho, ni la uña se clavaba. «Extraño», pensó.

No se volvió a hablar más del tema en toda la tarde ni en la cena; esperarían unos días a ver qué pasaba.

Por la mañana, con el consiguiente enfado de Julia, el ruido infernal de los albañiles las sacó bien temprano de la casa y se dirigieron calle arriba hasta la cafetería de su amiga Angelina.

Abrió la puerta de un empujón seco, entró aspirando el aire con fuerza y su ímpetu la llevó a darse un doloroso golpe contra la base de un taburete mal situado. Lo desplazó con furia para, acto seguido, encontrarse con la media sonrisa y el gesto complaciente de Angelina que parecía reírse de ella.

—Buenos días —acabó diciendo la dueña del establecimiento con un deje de ironía.

—¡Serán para ti, bonita! —contestó siguiéndole el juego.

—¿Te pongo un café o una tila?

—Mejor un café, no vaya a ser que la tila me siente mal.

No tardó mucho tiempo, o más bien nada, en cambiar el semblante. La

conversación distendida era más valiosa que el inigualable café, y quizá por eso, su huída siempre acababa en el mismo sitio.

En media hora comenzaron a llegar las mismas caras de todos los días, los mismos saludos, las mismas insinuaciones cargadas de intenciones maliciosas y las mismas hipocresías que tanto rechazo le causaban. Pero ese día, sin saber por qué, estaba decidida a plantar cara. Nadie tenía derecho hablar mal de su marido, aun siendo cierto que pasaba demasiadas horas en el sótano. Sus habituales partidas de dardos pertenecían al pasado y ella casi lo entendía. Si se parecían en algo los maridos a las arpías que tenían por esposas, sería inevitable cansarse de escuchar siempre lo mismo.

Con la ayuda de su amiga aguantó las dos primeras embestidas; en ambas ocasiones, estuvo al quite para impedir una mala reacción, pero a la tercera...

—Hay mujeres que pretenden enjaular a sus maridos —dijo la más fea del grupo que, además de fea, paticorta, granítica, amorfa y desgredada, tenía tan mala leche, que le salía por su fétido aliento como si de un mal se tratase.

—Hay otras a las que les cuesta trabajo retenerlos cinco minutos —lanzó al aire de la misma forma impersonal que había recibido el mensaje.

—De vez en cuando hay que soltar el pajarito, vaya a ser que se nos aburra con el mismo comedero —espetó la fea, mirando directamente a Julia.

—¡Mira, te lo voy a decir solo una vez! ¡Deja en paz a mi familia! —dijo a voz en grito, para que su petición hiciera efecto en el resto de las allí presentes.

Un aluvión de miradas cayó sobre una espigada mujer que se erigía sobre el taburete dispuesta a lo que fuese.

La mano de Angelina se posó en la suya para tranquilizarla, además de llamarle la atención por la llegada del musculoso albañil que hacía acto de presencia en aquel momento.

—No quiero discutir con nadie, solo quiero que me dejéis en paz —dijo con tono conciliador, a la vez que su mirada se dirigía de reojo al atractivo operario.

—¡A ese lo tendrás, pero no lo retendrás! —insinuó otra de las vecinas, señalando claramente con la mirada al recién llegado.

—¡Estáis enfermas! —concluyó abatida, dirigiendo sus pasos hacia el interior de la vivienda para recoger a los niños y llevarlos al parque.

Dolores sonreía complaciente; su última acusación la erigía como la ganadora y con ello conseguiría aún más respeto entre sus aterradas seguidoras, que no se atrevieron sino a reír por lo bajo, sin alzar la mirada,

para ver los ojos satisfechos de su larguirucha amiga, de casi uno noventa, encorvada, con el culo prominente y descompensado en altura, cara de gallina y mirada resbaladiza, que pensaba que el dinero de su marido la excusaba de sus muchos defectos.

* * *

Por unas razones, o por otras, Julia se recluía cada vez más en su mundo, su casa, su hija y su esposo, que de vez en cuando abandonaba los libros, para estar en su compañía, casi siempre dentro de casa.

En más de una ocasión se lamentó del tal hecho ante su amiga, reclamando la necesidad de dedicarse un día para ella.

El último lunes de junio —que como todos los lunes era el día de descanso en la cafetería— Angelina y su familia aprovecharon para ir a la playa, que se situaba a unos cien kilómetros de distancia, acompañados por la pequeña Lucía, para así poder cumplir el sueño de Julia, que consistía en dedicarse a su persona en cuerpo y alma al menos unas horas.

Con el pensamiento puesto en su amiga y en la soledad que esta reclamaba, recogieron a la pequeña Lucía justo antes de que su padre saliera de casa para enfrentarse a la monótona función que tenía asignada en el edificio de Hacienda.

—¡Pásalo bien, cariño!

—Sé obediente y hazles caso a Angelina y a Ricardo — aconsejó su padre agachado a su altura.

—No os preocupéis. Nos vemos esta noche —aseguró Angelina.

Ricardo se despidió con una sonrisa y subió al coche después de colocar debidamente a los niños y llamar la atención a su esposa que se despedía de Julia acariciándole la cara. Salió despacio, para tranquilizar a los preocupados papás, que se despedían de su hija con las palmas en alto y haciendo guiños para disimular su congoja ante una situación nada habitual.

Julia cerró la puerta tras de sí, respiró profundamente y escuchó el sonido del motor del coche de su marido que se deslizaba calle abajo. Intentó tranquilizar su mente, sentir la soledad de forma profunda, acariciar el aire sin la obligación de compartirlo y dedicarse única y exclusivamente a ella.

Comenzó por prepararse un café; lo hizo con parsimonia, despacio, oliendo el paquete después de abrirlo, sintiendo el tacto que ofrecía el granuloso producto al presionarlo sobre el filtro, Ajustó las roscas y giró

pausadamente la cafetera para acabar en un golpe seco que la hiciera totalmente hermética. Pretendía mantener su mente en blanco, aislarse del mundo y que el mundo se olvidase de ella; atrapar el momento y dejarlo grabado en su mente para poder buscarlo en cuanto sintiera la necesidad. Hasta la respiración se le antojaba inexistente; nada superaba los decibelios del silencio, ni la claridad que entraba por la ventana hacía sombra en su recogimiento. Todo parecía de su lado, y pronto, el aire que la rodeaba se impregnó del agradable aroma del café.

El leve gorgoteo se antepuso al no menos sigiloso llamear de la hornilla de gas. Todo estaba a punto en su pensamiento como adelanto de un futuro inmediato, disfrutaba en su sillón preferido de dicho líquido humeante, pero en sus oídos, el ruido explosivo, agudo y repetitivo de un ciclomotor, le recordó el día, la hora, y el lugar donde se encontraba. Salió de su aislamiento de prisa y, con un espasmo de desilusión, miró a su alrededor y vio la cocina desordenada, las diminutas gotas de grasa impregnando la campana y los quemadores ennegrecidos. La realidad cobraba protagonismo; ella misma se relegaba a un segundo plano, sintiéndose un peón más al servicio de una reina que jamás delegaría sus atributos.

Miró a través de la ventana; el joven albañil preparaba la hormigonera para comenzar su jornada, y enseguida, la desvió unos milímetros, suficientes, para sentir cómo se revolucionaba su corazón al ver el todo terreno de donde se bajaría el apuesto jefe de obra que parecía obviarla. Él, que no tenía nada en común con el resto de los albañiles, despertaba en ella a la fiera indomable que la hizo miss camiseta mojada hacía algún tiempo.

Se retiró unos pasos, cerró la persiana lo bastante como para que los pequeños agujeritos le sirvieran para mirar sin ser vista, y se sirvió otro café.

El ronroneo continuo de la maquina hormigonera la hizo sentirse aún más camuflada; se sentó en la encimera para beber tragos cortos a la vez que admiraba los formados músculos y las apretadas mandíbulas del desconocido.

Sus ojos se tornaron insinuantes y libidinosos; el verde transparente que los coloreaba cambió a más intenso y hasta el café se le antojó demasiado caliente. Sus carnosos labios palpitaban al contacto con la porcelana, su piel se estremecía y sintió cómo el fino camisón se le pegaba al cuerpo, a sus piernas, su vientre y su pecho. Sintió la erección de su clítoris, lo movió acompasadamente y un abrumador escalofrío recorrió todo su cuerpo.

La fuerza del amor sucumbió a la pasión de la carne; deseó llamarle, mostrarle su cuerpo vibrante, abandonarse al deseo y que ambos

intercambiaran sus fluidos corporales. Deseó sentirse deseada, irresistiblemente deseada, quizá aún más de lo que ella podía desear a aquel cuerpo que se tensaba y destensaba a medida que picaba la pared. Cerró los ojos, tensó los muslos, los mantuvo unos segundos y balanceó su cuerpo en la búsqueda de un orgasmo infinito, de un placer furtivo, una relajación forzada o un castigo plenamente placentero. Toda ella estaba entregada cuando, de pronto, los alaridos y el estruendo de los tablones sobre los hierros la hicieron quebradiza; levantó la persiana con fuerza y tragó saliva cuando vio al chaval con las manos en la cabeza, gritando socorro y pateando el suelo sin poder hacer nada. Saltó de la encimera, se resbaló sin darse cuenta de que sus pies continuaban desnudos e intentó salir al descansillo. La puerta principal no cedía; las barras de su cerradura permanecían ancladas en el marco y Julia sintió el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta «¿Cómo se habían girado las llaves?» pensó. Corrió escaleras arriba, entró en el dormitorio y se colocó un holgado vestido de tirantes sobre el mismo camisón, se calzó unas chanclas y bajó alocadamente con el llavero de reserva en las manos. Paró en seco, la puerta estaba abierta; continuó corriendo, sin pensar, saltó la pequeña escalinata que llevaba a la verja y la abrió con furia, puso un pie en la calzada y retiró su cuerpo de ella al ver la ambulancia que subía velozmente con las luces encendidas.

Una extraña sensación la hizo recapacitar «¿Qué dirían sus vecinas? ¿Acaso podría hacer algo por él? ¿Acaso tendría que hacerlo? ¿Por qué se sentía culpable?»

Cruzó la calle despacio, disimulando su angustia, reprimiendo los impulsos que la mataban por dentro. Rodeó la ambulancia, se asomó por los barrotes de la verja, ladeó la cabeza buscando la poca importancia de la caída, la burla de la tragedia, pero solo encontró el trajín de las vendas, las espaldas sudadas de los médicos y el desolador gesto de un chaval que renegaba agarrado al andamio, como si necesitase retroceder en el tiempo.

—¡Una tragedia! ¡Ha sido una desgracia! —lloraba la dueña de la casa sin querer salir de su portal.

Julia no sabía si acceder a la casa y abrazar a su vecina o seguir expectante, aferrada a la reja; las lágrimas le eran ajenas. Los llantos de su vecina apenas eran detectados por sus oídos y tan solo un temblor continuo le movía la cabeza; el resto del cuerpo y las extremidades, aguantaban su rigidez como si no fuesen parte de ella. Respiraba agitada y la muerte golpeaba sus sienes cuando una mano amiga se posó en su hombro.

—Tu hija está gritando en casa —le informó una de las cuidadoras infantiles que trabajaba en la guardería.

Completamente abstraída, soltó los barrotos, giró todo su cuerpo y agradeció la ayuda. Dirigió sus pasos hacia su propia casa sin pestañear siquiera, arrastrando sus chanclas, su mente y su dignidad.

Al pasar por su frondoso jardín, los gritos le parecieron desgarradores, las llaves aún colgadas en la cerradura, temblaban al compás de la puerta, y su estómago pugnaba por expulsar la bilis antes que el matutino café.

Se detuvo, miró hacia atrás y vio la escena que acababa de abandonar. Pero... «¿Cómo estaba ella allí?». Estaba desnuda, acariciando su cuerpo, moviendo las caderas, insinuante, a la vez que se palpaba el pubis con lascivia y giraba la cabeza ciento ochenta grados para reírse sonoramente de ella misma.

Acabó vomitando, tosiendo el vómito, odiándose a sí misma y sin fuerzas para seguir erguida. Todos los sonidos de la calle resonaban en su cabeza, pero los jadeos de su impostora la acabaron por sumir en algo parecido al sueño.

Cuando recobró el conocimiento su marido la miró con ternura, ella agradeció el gesto y apretó su mano tenuemente. Volvió a cerrar los ojos y luego los abrió de par en par.

—¡Mi niña! ¿Dónde está mi niña?

—Tranquila, la niña está en la playa ¿Recuerdas?

—¿En la playa? —preguntó entre contrariada y satisfecha.

—Está con Angelina y Ricardo.

Volvió a cerrar los ojos, relajó los hombros y respiró profundamente.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin fuerzas.

—Estamos en el hospital, no te preocupes, ha sido una mañana dura.

En su cabeza, todo lo ocurrido deambulaba de un lado a otro. Las imágenes giraban por el consciente más cercano a una velocidad cada vez mayor, se sentía mareada y confusa; se dejó envolver por el sedante, y cayó rendida una vez más.

Marcos se levantó con cautela, no quería despertar a su esposa, pero sintió la necesidad de llamar a Ricardo, saber como se encontraba su niña, constatar que el día no estaba en su contra. «Todos los días son nefastos para alguien» pensó. El teléfono intentaba conectar con su homólogo cien kilómetros más al sur, sus pitidos no se daban la prisa requerida, siempre actuaba igual; él no entendía de sentimientos ni de prisas, solo se limitaba a

machacar los oídos de quien espera una voz humana en sus auriculares.

—¿Sí? Dime Marcos.

Marcos se esforzó por aparentar normalidad.

—Nada, solo llamaba para saber si Lucía se estaba portando bien —
mintió.

—Claro que sí, ella siempre se porta bien.

—¿A qué hora volveréis? —preguntó Marcos sin poder evitar el tono de preocupación.

—Marcos, ¡dime qué está pasando, por favor!

—Nada, nada grave, Julia ha sufrido un desvanecimiento y ha perdido la consciencia, pero ya se encuentra bien, no te preocupes.

—Oye, que si quieres recogemos y volvemos.

—No, ¡qué va! No me gustaría que Lucía viera a su madre en este estado.

—Pero..., ¿tan mal está?

—No, solo que estamos en el hospital y ya sabes que los niños son muy susceptibles para estas cosas.

—Vale, en ese caso te llamaré antes de llegar.

—Gracias Ricardo, seguid divirtiéndooos.

—Bien, hasta luego.

Tras colgar, se dirigió con paso firme a la pequeña pero aún más poblada sala de espera en la que se encontraba su esposa. Tuvo que sortear un par de camillas; la halló perdida, con los ojos dando vueltas por el techo, le cogió suavemente la mano y sintió el sudor frío que la envolvía.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, solo un poco floja, nada más —miró a su esposo avergonzada.
—La caída ha sido fatal ¿Verdad?

—Por desgracia sí.

—¿Sabes por qué se cayó el andamio?

—Ah, ¿te refieres al albañil?

—Claro, ¿ha pasado algo más?

—El estado del albañil no sé cual es, pero la pobre Rebeca... —dijo abatido y sin terminar la frase.

—¿Rebeca? ¿Qué le ha pasado a Rebeca?

—Se resbaló en el baño, su cabeza golpeó el bidé y no han podido hacer nada por su vida.

—Esta mañana estaba allí, cuando el accidente; me advirtió de los llantos de Lucía.

—Cariño, debes de estar confusa; a Rebeca la encontraron esta mañana en su piso. Ya estaba muerta cuando llegó el servicio de urgencias. Además, nuestra pequeña está en la playa. ¿Recuerdas?

Volvió a cerrar los ojos; algo iba mal en su cabeza.

—Será mejor que nos vayamos a casa, necesito descansar, olvidarme de todo —dijo sin aliento, destrozada y aturdida, muy aturdida.

Un rumor de camillas dejó paso a un bajito celador que miró a Marcos con indiferencia y que se limitó a dirigir unas mecánicas palabras hacia Julia.

—¿Nos vamos? —preguntó aun siendo él el que mandaba.

Marcos soltó su mano, sintió cómo aquel camillero se apropiaba de un trozo de él mismo, de su trozo máspreciado, el que de una manera altruista llenaba su corazón y su casa de un amor que él creía imprescindible para subsistir. Seguía sus pasos, intentaba adelantarlo para situarse al lado de su esposa, pero este ocupaba todo el pasillo, esquivaba a los pacientes y continuaba raudo. La camilla parecía rozar las paredes y las esquinas para desaliento de Marcos; pero siempre un oportuno golpe de mano evitaba el que parecía un golpe seguro.

—¿Dónde vamos? —preguntó con la sospecha de no ser contestado.

—Le harán un electro —contestó mientras pedía paso con la mano y advertía. —¿No ocupen los pasillos, por favor!

Se adentró en una sala pequeña, blanca y bien iluminada, en la que apenas cabían tres camillas y la foto de una enfermera que con el dedo puesto en los labios pedía silencio.

—Ahora la avisan —dijo antes de desaparecer por la única puerta que quedaba a la derecha, portando el amplio sobre amarillo que minutos antes había colocado a los pies de la paciente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Marcos con un susurro casi inaudible.

—Bien, estoy bien —susurró ella, dejando en su marido la duda de si realmente estaba bien o era la imagen de la foto la que surtía el efecto deseado.

—Si estamos solos, ¿por qué hablamos tan bajito? —dijo Marcos con el mismo hilo de voz, procurando una sonrisa por parte de su esposa que no fue concedida.

Levantó la cabeza para ver a una enfermera que abrió la puerta decidida.

—¿Señora Julia González?

—Sí, es ella —se apresuró a responder él.

—Me la llevo —sonrió la auxiliar a un apesadumbrado Marcos.

Solo y en la sala de espera más diminuta que había conocido, su mirada se encontraba una y otra vez con la enfermera de la foto, con sus labios que se asemejaban muchísimo a los de su esposa, y con el dedo bien enfocado que pedía silencio como si este lo pudiese romper. Caminaba despacio de un lado a otro, sus pies sabían que no iban a ningún sitio y su mente discurría por todas las posibles explicaciones que él mismo buscaba a un estado tan catatónico.

En unos minutos, que se le antojaron horas, se volvió a abrir la puerta para encontrarse con su esposa. Sentada en una silla de ruedas, sonreía satisfecha y con otro semblante. Llevaba el sobre amarillo aferrado al pecho y él se apresuró a rozarle la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Todo bien?

—Todo bien —respondió asintiendo con la cabeza.

Enseguida llegó otro celador que cojeaba levemente a pesar del calzo de unos cinco centímetros que llevaba en el zapato. En esta ocasión, se adelantó sin reparo para coger la mano de su esposa y dedicarle una sonrisa.

De nuevo en la sala de espera, Julia se afanaba en explicarle a su marido el diagnóstico que se había adelantado a emitir el joven facultativo que le hizo la prueba.

—Un shock postraumático, eso es todo, parece que el electro no muestra nada significativo.

—Me alegro, por un momento sentí miedo.

—¿Por ti o por mí? —preguntó sarcástica.

—Por los dos, cariño, por los dos.

Algo desvió la atención de Julia; de cara a la puerta, percibió el paso lento y arrastrado del accidentado albañil que la miraba con los ojos ensangrentados y la cabeza vendada; rezumaba un líquido viscoso por el cuello.

—¿Es él! —afirmó desconcertada.

—¿Quién?

—¡Llévame a la puerta!

Marcos obedeció sin más; agarró con fuerza las manillas de la silla, salió al pasillo y dejó que Julia escudriñara todos los rincones.

—¿Quién es él? —preguntó intrigado.

—Necesito saber la suerte que ha corrido el albañil de la casa de enfrente —dijo contundente.

—¡Espérate aquí, preguntaré en recepción!

Esperó inquieta, buscando entre las personas que iban y venían por los distintos pasillos. Sabía que lo había visto y en esta ocasión buscaría respuestas.

—Lo siento cariño, las noticias no son buenas.

Julia salió de su laberinto particular sin siquiera sentir la mano de su esposo que acariciaba su hombro.

—¿Qué quieres decir?

—Murió en la ambulancia, antes de llegar aquí, lo siento.

Quedó en silencio, pensativa, acongojada; estaba enferma, no le cabía la menor duda.

No tardaron en volver a requerir su presencia; de nuevo el primer celador bajito que la trasladó a la sala de los electroencefalogramas pronunció su nombre en alto para dirigirse directamente hacia ella.

Antes de que el celador la hubiese colocado en su sitio, y Marcos cerrado la puerta del despacho, el doctor comenzó su discurso.

—Señora Julia Gonzáles —dijo arrastrando las palabras —No hemos encontrado nada anómalo en su estudio, por lo que suponemos, que todo se debe al shock provocado por el fatal accidente del que fue testigo.

Levantó la vista por encima de sus pequeñas gafas y prosiguió:

—¿Le duele algo, o siente alguna molestia?

—No, pero quiero que me hagan más pruebas —respondió convencida.

Marcos la miró desconcertado.

—¿Y eso a qué se debe? —quiso saber el médico.

Julia no supo qué contestar, ¿cómo explicarle a aquel tipo de urgencias algo a lo que solo un psiquiatra podría dar respuesta?

—De vez en cuando tengo terribles dolores de cabeza.

Marcos no salía de su asombro.

—Bien, le daré cita para mi consulta, ¿qué tal el lunes?

—Me parece bien —dijo complacida.

—¿Es usted neurólogo? —preguntó acto seguido.

El doctor Mejía, alto, de mediana edad, pelo negro, rizado, nariz recta y ojos saltones, resultaba a primera vista oriundo de la india; su piel morena acababa por rematar la imagen, pero su acento puramente castellano, lo situaba, más bien por el centro de la península.

—¡Tome este papel y entréguelo en recepción! —finalizó con la mirada clavada en la mujer.

Ya en el coche, con su marido al volante, meditabundo y visiblemente

contrariado, la pregunta cayó por su peso —¿Por qué estás enfadado?

—¿Enfadado? ¡Estoy preocupado! ¿Por qué no me habías dicho que te dolía la cabeza?

—Porque no es cierto —negó sin más.

Marcos giró la cabeza incrédulo; no entendía nada.

—¿Por qué has mentido?

—¡Llévame a casa, por favor, allí te lo explico!

Julia hizo un gesto de súplica con una mueca bien conocida por su esposo, que en más de una ocasión le había servido para convencerlo. Todavía recordaba el día que le pidió casarse por la iglesia; en aquella ocasión tuvo que usar más armas de las habituales, pero él solo recordaba su carita angelical y la mueca que posiblemente lo enamoró.

Marcos se consideraba agnóstico, aunque su educación, claramente católica, lo llevaba a buscar la razón por la que tenía que seguir siéndolo. Se casó según el rito católico, en la ermita que escogió su esposa, junto a su venerada Virgen, con el atuendo tradicionalmente blanco que la transformó en una diosa de inigualable belleza.

En la escalinata, junto a sus amigos y la madrina, Marcos esperaba la llegada del vehículo que trasladaba a la novia desde su casa a la ermita.

Bajó del adornado coche sin prisa, insinuante, recogiendo la cola del vestido con elegancia. Anduvo con soltura —a pesar del empedrado pavimento— y pasó por su lado con gesto pícaro —lo tenía donde quería y le mostraba el trofeo conseguido—. Aquella imagen la retendría para siempre, realmente estaba enamorado y confiaba en hacerla feliz.

Después de cinco años de casados sus sentimientos seguían intactos y, aquel día, solo llamó al trabajo para informar de que necesitaba otra jornada de asuntos propios. Pasó toda la tarde atendiendo a su esposa, dándole cariño y restando importancia a lo vivido aquella mañana y que atormentaba su mente.

Al llegar Lucía, su madre, sin levantarse del sofá, la esperó impaciente para después abrazarla con fuerza.

Angelina se sentó a su lado esperando una explicación y Ricardo acompañó a Marcos que, fingiendo normalidad, se dispuso a preparar cena para cuatro.

El sonido del televisor y las risas de los niños acabaron por alegrar la tarde-noche o, al menos, a darle un toque menos triste al apagado ambiente de la casa.

Durante la cena, consistente en una gran ensalada de pastas y tarta helada, se habló de la necesidad, por puro razonamiento, de acudir a un especialista, hacer alguna prueba que descartara una enfermedad grave que, sin aludir a ella, todos sabían que detectarla a tiempo significaba salvar la vida.

Para Angelina estaba claro que su marido no contaba con todos los detalles, pero para ella, sin embargo, sabedora de los más íntimos, la dolencia de su amiga superaba lo meramente físico. Las dos personas trágicamente fallecidas, atraían a Julia y, aun sin saberlo ninguna de las dos, formaban parte de sus fantasías sexuales.

Al día siguiente, y ante la gran mejoría que mostraba su esposa, Marcos decidió hacer un corto viaje hacia la playa con la intención de regalarle una jornada de relajación que los dos necesitaban, según se excusó ante sus amigos, para que se hicieran cargo de la pequeña, un día más.

—Sí, claro, no te preocupes. Ahora que no hay cole no creo que vengan muchas clientas, y por la tarde ya cuento con Ricardo.

—Gracias, preciosa, creo que nos vendrá muy bien.

—Nada, vosotros tranquilos y a disfrutar —se despidió, mientras señalaba con un gesto lo a gusto que estaría Lucía junto con su hijo.

* * *

Ya en la playa, y a diferencia de otras ocasiones, Julia apenas se quitó el pareo salvo en las dos veces contadas que acudió a refrescarse a un mar apacible que aquel día parecía no querer moverse. Tampoco clavó su vista en nadie, quería pensar que todos le eran ajenos, que su sensualidad no existía. No soltó el brazo de su marido ni un instante; tenía miedo y no sabía por qué.

Para Marcos significó un día romántico, algo que echaba de menos; se sintió útil y querido. Realmente pensaba que todo había pasado, que volverían a sus vidas sabiendo que el amor no los había abandonado, y la normalidad lo llevaría a su sótano y sus desvelos literarios.

En el edificio de Hacienda, donde trabajaba Marcos, los días pasaban sin pena ni gloria. Su trabajo no incentivaba su espíritu inquieto, y cada nueva jornada, no le reportaba sino desazón por la vida que tenía que soportar dentro del antiguo palacete donde se encontraba la nueva oficina.

Esta, no distaba más de treinta metros de la torre llamada del Moral, incrustada dentro de la última muralla que envolvía la fortaleza judía. Cada día, al salir, su mirada se cruzaba con el extraño relieve de un arbusto tallado en una de las piedras que constituían la torre. Se preguntaba su significado, el cómo había prevalecido a lo largo de los siglos, sin que ninguna otra cultura la hubiese destruido. «¿Tan importante sería ese símbolo para los constructores de la torre octogonal?» se preguntó a sí mismo. «El mundo judío» pensó. «me abrirá nuevas expectativas, otras formas de ver lo que los demás admiten sin debatir siquiera. Al menos ellos tienen el talmud; intentan comprender el antiguo testamento, buscar en la sabiduría de sus ancestros para darle sentido a la palabra de Dios.

Por otra parte, estaba en la ciudad ideal, lejos de ser mundialmente famosa, como Toledo, Barcelona, Granada o Sevilla, la antigua Eliossana ofrecía todo un campo de investigación y de dudas sin resolver.

Llamada por los sefarditas la ciudad de los poetas o la perla de Sefarad, aún lucía orgullosa aquel símbolo que, según los estudiosos, permanecía allí desde su construcción, no se sabía a ciencia cierta en qué siglo. Pero de ser así, ¿cómo había podido sobrevivir a musulmanes, cristianos y señores que ocuparon el palacio durante diez siglos?

Estaba decidido a investigar todo lo posible, a indagar y a utilizar a sus contactos por internet, para hacerse con algún escrito de aquella época, o al menos, que hiciera mención a la amada ciudad de aquellas personas.

Inició sus pesquisas acudiendo al hombre que más sabía sobre la cultura que habitara la antigua ciudad. El cronista oficial, Francisco López Salamanca, persona culta e incansable trabajador, que poseía mucha más información que cualquier otro, por su larga trayectoria en el estudio de dicha

cultura en su ciudad natal. Después de un buen rato, de amena conversación, lo instó a leer alguna de sus obras con las que intentaba transmitir, al modo de los ilustres judíos, su propia sabiduría. Alto, educado, y siempre afable, no cuestionó en ningún momento los motivos por los cuales aquel foráneo, afincado en la ciudad desde hacía nueve años, y casado con una lucentina, tenía tanta curiosidad por el pasado sefardí de donde vivía por motivos laborales.

Marcos sentía una curiosidad innata por todo cuanto lo rodeaba, pero lo cierto era, que en sus desvelos ya no aparecía Santa Teresa de Jesús o San Juan de la cruz, sino pasajes mentales de una ciudad fortificada, donde los judíos venidos de muy lejos, vivían dentro de las murallas y los conquistadores musulmanes tenían que conformarse con los arrabales, estando prohibida su entrada en la rica medina.

Bajaba al sótano, se sentaba en su sillón colonial, observaba las estanterías cargadas de libros y comprendía lo poco atractivos que le parecían ahora.

El texto talmúdico que poseía tampoco llenaba su ansia de saber. Le parecía que todas las cuestiones tratadas por este carecían de importancia histórica, aunque sin duda, la forma de pensar de aquellas gentes, incompresiblemente enrevesada, quedaba al descubierto en cada página que leía.

En su despacho, en el edificio de Hacienda, ocupaba los tiempos muertos en abrir páginas virtuales, leer todo lo posible para comprender, e intentar encontrar por algún sitio el arbusto que decoraba la tallada piedra y que lo saludaba cada mañana. Cada día llegaba el primero, dedicando esos diez minutos que le robaba al sueño en mirar su correo electrónico, desechar la mayoría de ellos —por ser chorradas de esas que mandan los conocidos— y esperar alguno que realmente le interesara. Tenía claro cuales podrían tener importancia, pero hacía semanas que no recibía ninguno. El tiempo de las vacaciones siempre era nefasto para la comunicación. Tampoco transitaba mucha gente por el foro al que era asiduo; estaba seguro de que hasta pasado agosto no obtendría nada de lo esperado.

El mes de julio, siempre tórrido, no hacía del sótano el lugar más fresco para pasar las tardes. A pesar de estar bajo tierra, la temperatura no bajaba de los treinta grados, por lo que el bienestar que le proporcionaba el aire acondicionado del salón, hacía de esta estancia la preferida por todos.

Dos años después del traumático incidente que cambió la vida de toda la

familia, el hecho de permanecer juntos al amparo del artificial invierno, ayudaba de manera evidente a recuperar la confianza perdida por Julia.

Ella, convencida de que algo no iba bien en su cabeza, acudió a todos los neurólogos a los que le fue posible. Las pruebas realizadas no delataban nada anómalo, es más, todos coincidían en que su estado mental estaba en perfectas condiciones. El único achaque que todos le recriminaban, era la notable aprensión que la mantenía sujeta a todo tipo de ansiolíticos.

Marcos intentaba separarla de sus pensamientos negativos y evitar que su mundo interior tuviese más protagonismo que incluso el real. Esa tarde, comenzó a planear las siguientes vacaciones con la esperanza de olvidar, definitivamente, los muchos días ocupados en sucesivas pruebas clínicas y acongojadas semanas de espera, donde no cabían demasiadas alegrías.

—Este año cambiaremos de ambiente. He pensado en la costa gaditana —propuso Marcos con mirada complaciente.

—¡Pero creí que querías visitar Israel!

—No, prefiero disfrutar de ti. Bueno de las dos —dijo mirando a la pequeña, que jugaba en el suelo con sus pequeños juguetes articulados.

—Seguro que para ella serán mucho más divertidas —convino Julia.

—Solo estoy pensando en ti, en nosotros. Pienso que nos vendrán bien unos días tranquilos en los que disfrutar en familia.

—¡Claro, tienes razón! Estoy siendo demasiado egoísta. Perdona mi mal carácter.

—Lo que no entiendo —hizo una breve pausa—, es por qué te sientes tan mal, si todas las pruebas indican lo contrario.

La mirada de Julia se perdió en las pupilas de su esposo intentando buscar una explicación a su malestar interno.

—Entonces a Cádiz —dijo procurando reconducir la conversación.

—Sí, he visto un hotel muy acogedor en internet que parece tener buena pinta —prosiguió Marcos dando por buena la intención de su esposa.

Una sonrisa, visiblemente forzada, dibujó las intenciones de recuperar su anterior estado de bienestar.

—Así me gusta, tienes que reponerte; tu hija y yo lo necesitamos —dijo acariciándole la melena.

Marcos miró a su alrededor y se sintió orgulloso. La acogedora habitación albergaba todo cuanto podía desear. Un sofá cómodo, muebles a su gusto y las dos mujeres a las que más quería. «Necesito que todo vuelva a ser como antes» pensó a la vez que cerraba los ojos, lanzando un deseo a no sabía

donde.

El hecho de ser ateo lo eximía de muchas responsabilidades, pero a la vez, lo alejaba de todo apoyo espiritual con el que poder descargar sus realidades más crudas.

En aquellos momentos, por los que estaba pasando, sentía verdadera envidia de todos sus compañeros. Ellos sí que iban a misa de vez en cuando, visitaban a su venerada Virgen, y dejaban en sus manos lo que debería de depararles el futuro, aunque siguiese siendo igual de incierto. Incluso su esposa, que nunca acudía a las celebraciones litúrgicas, le pedía de vez en cuando subir a la ermita, para ver a la que consideraba su madre espiritual.

Él en cambio, solo pensaba en cómo la naturaleza había camuflado sus defectos, en cuerpos aparentemente perfectos.

Recordaba a Santa Teresa de Jesús, sus visiones, y la necesidad que esta tenía de achacárselas a su Dios o al mismísimo Jesucristo.

Le preocupaba la posible esquizofrenia de su esposa. Nunca es fácil de asimilar; es más, le daba miedo pensar en ello, dar por sentado que existe, que les puede afectar directa o indirectamente, pero lo cierto es, que no pocos visionarios la habían sufrido, por lo que la sola probabilidad lo mantenía en suspenso.

Todas las pruebas médicas negaban la existencia de un problema físico, incluso el temido cáncer fue descartado. Pero aquel brote sicótico, que no volvió a presentarse en los últimos meses, tendría que tener una explicación más o menos razonable, por lo que el shock postraumático, se eligió como el verdadero causante de lo sufrido por Julia.

El lugar escogido para pasar la última quincena de agosto no pudo ser más acertado. El pequeño hotelito se situaba a unos ochocientos metros del mar, en una zona tranquila, donde no sufrir las aglomeraciones que tanto temía la pareja.

El primer día, tras dejar las maletas, ordenar los armarios y disfrutar durante un buen rato en la terraza que asomaba a la espaciosa piscina, decidieron bajar a la misma para relajar las tensiones del viaje.

Una de las circunstancias que más agradecieron, fue lo despejado que se hallaba el recinto a pesar de que las habitaciones estaban ocupadas al completo. Julia no tuvo ningún problema para hacerse con un par de hamacas, aunque Marcos, antes de poder sentarse, tuvo que acceder a las peticiones reiteradas de la pequeña Lucía, que con más gestos que palabras, se dirigía decidida a la diminuta piscina, donde otros niños jugaban a enseñar a sus

padres lo mayores que eran.

Marcos miraba a su esposa; a pesar de la lejanía y las grandes gafas de sol, parecía relajada y feliz, por lo que se sintió satisfecho de su elección. Lucía, por otra parte, intentaba llamar su atención salpicándole con las pequeñas cantidades de agua que sus minúsculas manos eran capaces de desalojar. Él estaba dispuesto a entregarse a su familia, por lo que se ocupó de su pequeña, para procurar que su esposa estuviese lo más tranquila posible.

La observaba y advertía los cambios adquiridos, en otro tiempo hubiese lucido su envidiable cuerpo, pero ahora, sin desprenderse de su pareo, intentaba escabullirse tras una de las revistas que había comprado en la recepción.

—¡Vamos con mamá!, ¡si la convencemos, nos metemos los tres en la piscina grande!

La niña salió sin dificultad de la pequeña piscina, que tan solo contaba con cuarenta centímetros de profundidad, y corrió sin ser alcanzada por su padre, para aferrarse a la rodilla de su progenitora como quién llega a una meta deseada.

La negativa de esta a acceder a las peticiones de su hija y esposo, acabó con un golpe de ira que frustró las ilusiones de Marcos.

—No te preocupes, iremos los dos solos.

Marcos volvió a demostrar su paciencia, por ahora intacta, para procurar que la normalidad pareciera algo alcanzable.

Tuvieron que pasar dos días para percibir una sustancial mejoría en los ánimos de Julia. Fue ella la que decidió bajar a la playa.

Aquella mañana, cuando Marcos se despertó, la descubrió mirándose en el gran espejo que ocupaba un lateral de la habitación. Coqueteaba con su pelo, colocaba sus senos en el interior del ajustado biquini y se recordaba a sí misma lo joven que era.

—¡Buenos días! —saludó Marcos con un deje de satisfacción.

—¿Te apetece que vayamos a la playa?

—Me apetece lo que a ti te apetezca.

—Pues en ese caso no tardes mucho o me marcho sola —dijo insinuante, advirtiendo que no tardaría mucho en encontrar compañía.

Marcos volvió la mirada hacia la cama supletoria, Lucía dormía placidamente. Apartó la única sábana que lo cubría y dejó al descubierto su erección.

Rápidamente, Julia cambió el rictus de su cara.

—¡No, aún no!, te lo suplico.

Visiblemente alterado, volvió a colocar las sábanas sobre su cuerpo, al tiempo que perdió la tensión de su músculo viril.

Julia no tardó en ponerse un ligero vestido y se lanzó a despertar a su niña con toda la delicadeza y dulzura que la caracterizaba.

Marcos, sin ser un hombre demasiado fogoso, echaba de menos las caricias de su esposa y la indomable pasión que la envolvía cuando esta perdía los papeles por pura excitación.

Decepcionado, pero con la esperanza de que algún día volviese a recuperar a su esposa, salió de la habitación con Lucía en un brazo y Julia asida por la cintura.

El mar siempre le había parecido demasiado inhóspito, demasiado infinito e incontrolable, pero aquel día, mientras el sonido de su incesante batir ocupaba sus oídos, y observaba como su preciosa hijita jugueteaba con el último reducto de las olas que caían rendidas a sus pies, cayó en la cuenta de cuan dulce puede mostrarse la vida cuando nos dejamos llevar por la naturaleza, y el instinto más primitivo, que nos recuerda lo frágiles que somos.

La imagen de las mujeres más importantes de su vida, correteando y riendo, en un imposible intento de no ser alcanzadas por las apaciguadas olas, le sacó una sonrisa placentera, que solo su íntimo amor fue capaz de comprender.

—Perdone: ¿me da fuego? —oyó a su izquierda.

—No, no fumo, lo siento —respondió mecánicamente, acostumbrado desde muy joven a dirigir las mismas palabras a quien daba por sentado su adicción al tabaco.

—Una lástima que solo tenga fuego para su esposa.

Ahora sí que prestó más atención a quién le dirigía una indirecta tan insólita.

—¿Cómo dice? —preguntó, mientras volvía su rostro hacia unas piernas bien contorneadas que acababan en un pubis prominente.

Al levantar la vista para distinguir los rasgos faciales de tan desvergonzada chica, el sol le castigó la retina, para volver a bajar la cabeza e intentar responder a un ombligo palpitante.

—Creo que eso no es asunto suyo —espetó.

—¡Recuerda que es mi esposa! —oyó una reconocida voz que se pronunciaba con ironía.

—¡Angelina! —gritó Julia, antes de que Marcos pudiese levantarse para

saludar a su amigo Ricardo.

—¡Qué sorpresa!, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Marcos, extrañado.

—Las mujeres que se han puesto de acuerdo.

—¡Ah bien! —comentó, volviendo su mirada hacia Julia que parecía encantada de abrazar a su amiga, mientras los dos críos corrían en solitario hacia el mar.

Marcos se dirigió hacia ellos, dejando para más tarde unos saludos de bienvenida que se le antojaban hipócritas.

Él quería estar a solas con su familia, recuperar en la medida de lo posible lo compartido con su esposa durante los primeros años de casados. Había renunciado a su primera visita a Israel para rescatar el cariño perdido, haciendo de la unidad familiar el auténtico refugio que necesitaban. Pero de un momento a otro, se sintió solo, innecesario e inexistente. Los niños no podían ser más felices, su esposa rebosaba vida como hacía meses, y su amigo Ricardo, sonrisa en rostro, se empeñaba en clavar sin éxito la sombrilla, hasta conseguir una estabilidad que no encontraba por culpa del viento, que a esas horas había aumentado visiblemente. Los demás, personas anónimas, complacientes paseantes, divertidos jóvenes que en un intento por demostrar sus habilidades hacían reír a sus preciadas amigas, continuaban con sus vidas como si los problemas pertenecieran a una dimensión desconocida para ellos.

Al poco rato, llegaron las dos atractivas mujeres donde sus pies sucumbían inertes a la absorción de la arena que los cubría pese a no ser conscientes de ello.

—¿Qué miras?, ¿ahora te gustan las jovencitas? —preguntó irónica la amiga de su esposa, mientras señalaba con la mirada a dos adolescentes que paseaban en topless.

—Estoy pendiente de los niños —respondió saliendo de sus pensamientos.

—¡Sí ya, de los niños! —coleteó mientras se dirigía insinuante al lugar donde jugaban estos.

Realmente nunca se había fijado en lo extremadamente atractiva que era Angelina. Su desnudez —solo un escueto biquini—, propiciaba dicha fijación, pero sin duda, fueron sus palabras las que realmente encendieron su frustrado apetito sexual.

Sin más atención a lo que le pareció un inmoral desliz, dirigió sus pasos cansinos hacia su inesperado amigo que, tumbado en la hamaca, intentaba descansar del viaje.

—¿Estaréis muchos días? —indagó Marcos.

—No, solo hasta el domingo. No todos tenemos tanta suerte.

—Bueno, nosotros solo estaremos una semana más.

—Yo el lunes trabajo, aunque la cafetería no la abriremos hasta que empiecen los colegios. Necesito un descanso.

—¿Tampoco abrirás la semana de la feria?

—No; para la caja que hacemos esos días, mejor nos divertimos un poco.

—Yo quizá me marche a Israel esos cuatro días —dijo, asombrándose a sí mismo por la espontánea idea que se le acababa de ocurrir —Aunque aún no lo sé. Tendría que hablarlo con Julia —aclaró por si acaso —¿Has alquilado un apartamento o vienes de hotel?

Pero, ¿no te ha comentado nada Julia? —ante la cara de estupefacción de Marcos su amigo prosiguió —Me temo que ha conseguido una habitación en el mismo hotel donde os alojáis vosotros —dijo convencido de la metedura de pata.

—Bueno, no te preocupes, si ellas lo han planteado así, será por algo.

El resto del día se convirtió en un estar pasajero que, a pesar de ser divertido para Marcos, significó un día perdido en su propósito de reconquistar a su esposa.

Julia se aferró a Angelina y Lucía al pequeño Ricardo con el que no cesaba de jugar.

—¡Me encantaría cenar en la piscina del hotel! —exclamó Julia.

—¿Por qué no me habías comentado nada sobre Angelina? —se decidió a preguntar en la intimidad de su habitación justo cuando su esposa se disponía a ducharse.

—Créeme que lo olvidé —contestó despreocupada.

—Está bien, si te apetece cenaremos en el hotel.

—En serio, lo olvidé. Además, pensé que te agradaría un poco de compañía masculina. Sobre todo, tu amigo Ricardo —añadió desde la ducha mientras el agua caía sobre su espalda.

—A mi solo me apetece tú —reprochó el incomprendido Marcos, mientras se contentaba con la silueta que el cristal traslúcido dejaba entrever de su esposa.

—Julia, mientras terminas, iré a ver a la niña, no quiero que moleste más de lo necesario.

—¡Cómo quieras! Ahora nos vemos.

El largo pasillo, que tuvo que recorrer antes de subir las escaleras que

conducían al segundo piso donde se alojaba Ricardo, poseía la virtud de no albergar ningún cuadro, por lo que, sin nada donde entretenerse, las distintas puertas pasaban rápidamente por el lateral de sus ojos.

Tocó la puerta con cautela, pues no estaba muy seguro de que fuese esta la que le indicó su amigo. Esperó unos segundos sin obtener respuesta, miró las puertas más cercanas y se dispuso a volver sobre sus pasos cuando la puerta se abrió lentamente.

—¡Pasa, cariño!

—¿Angelina? —preguntó dubitativo.

—¡Sí, pasa!

Se abrió la puerta de golpe y allí estaba ella.

Marcos ni debía, ni podía, ni quería apartar su mirada de los almendrados ojos de la que, no podía olvidar, era la amiga de su esposa y la esposa de su mejor amigo. Tampoco podía evitar que su visión periférica lo alertara de la desnudez provocativa que tenía ante sí.

—¿Está Lucía? —pudo articular a duras penas.

—¡Pero pasa y cierra la puerta, no ves que estoy casi desnuda!

Sin tiempo de reacción, lo cogió del brazo y lo introdujo en el estrecho pasillo que daba al baño y seguidamente al dormitorio.

Ya de espaldas, no pudo evitar bajar la mirada hacia unas braguitas insinuantes que no servían para otra cosa que no fuese seducir, con sus encajes blancos apoyados en la suave textura de unos glúteos morenos y aterciopelados que se movían temblorosos.

—¡Venía a buscar a Lucía!

—Ricardo se llevó a los niños hace un rato —dijo con naturalidad, al tiempo que se colocaba el sujetador sobre sus exuberantes pechos.

—En ese caso será mejor que me marche —dijo angustiado.

—¡Espera!, ¡dime una cosa! —se volvió ladeando la cadera.

—Angelina, ¡por dios!...

—¡Bueno, bueno! —exclamó Angelina dirigiendo su mirada a la entrepierna de Marcos sin disimulo alguno. —Viendo tu locuaz excitación no hace falta la pregunta.

Marcos sintió como un calor sofocante le cambiaba el color de la cara, pero a la vez, percibió como su miembro golpeaba el pantalón corto que conformaba toda una carpa de circo.

—¿Me tienes miedo? —preguntó acercándose lentamente.

—No, claro que no —aclaró nervioso. —Solo que no creo conveniente

que alguien nos vea en esta situación —explicó retrocediendo, sin dar la espalda hasta el momento de abrir la puerta.

Tras respirar repetida y rápidamente, oyó la voz de Lucía que sonaba divertida desde el fondo del pasillo.

—¡Papi, papi!

Pensó en huir, dirigirse a las opuestas escaleras sin más gesto que el de andar, pero Ricardo ya lo había visto y su niñita corría a su encuentro. Observó su pantalón y metió la mano izquierda en el bolsillo para disimular su erección.

Instintivamente, volvió a llamar como si continuase con lo que debería de estar haciendo. Se volvió para recoger a la niña que ya volaba hasta sus brazos y saludó a su amigo.

—¡Hombre a ti te buscaba yo!

—He estado con los niños.

La puerta se abrió de golpe. Un zumbido en los oídos le impidió mirar lo que se encontraría ante ella. Confiaba en que Angelina le siguiera el juego y en que luciera el atuendo que luciera no lo pusiera en evidencia.

—¡Has vuelto! ¿Qué buscarás tú? —insinuó risueña.

—Nada, ya lo he encontrado, está aquí conmigo —se apresuró, intentando reaccionar con la máxima naturalidad.

El hecho de tener a Lucía en sus brazos debería ser suficiente indicio, pero, para su sorpresa, Angelina insistió —¡Pero pasa hombre, que no te voy a comer!

Sabía que el color de su cara ya había delatado lo incómodo de la situación. Ricardo lo miraba seriamente, o eso creyó, mientras él intentaba disimular su congoja.

Solo se atrevió a continuar cuando Lucía giró su cuerpo hacia Angelina y Ricardo hizo ademán de entrar.

—¡Pues termina de arreglarte que no quiero llegar el último! Mientras, nosotros dos jugaremos una partida de billar —le ordenó Marcos con el mismo descaro que ella había mostrado delante de su esposo.

No sabía cómo, se había enfundado en un vestido rojo de tirantes y su aspecto era tan natural como en cualquier otro momento.

De alguna forma se sintió ofendido; él nunca había dado pie a tanta confianza y, desde luego, procuraría que lo ocurrido no volviese a pasar.

La partida fue distendida, aunque Marcos siempre tenía la sensación de que su amigo mascullaba una pregunta incómoda. No podía concentrarse; se

planteaba si hubiese podido contenerse en el caso de saberse absolutamente solos. En su cabeza fluctuaba la imagen de Angelina semidesnuda y no podía mirar directamente a los ojos de su amigo. Por una parte se sentía orgulloso y por otra mezquino, pero desde luego, incómodo con la situación.

En el salón de juegos, donde solo se hallaba un antiguo ordenador de sobremesa y una mediocre mesa de billar americano, los niños correteaban entre el escaso mobiliario, haciendo que sus gritos retumbaran más que las golpeadas bolas al caer dentro de su agujero. Sin duda, aquella sala estaba demasiado vacía para sus dimensiones.

No habían terminado la segunda partida cuando los dos niños se enzarzaron en una discusión.

—¡Eso no vale!, ¡tu amigo no juega!

—¡Mi amigo juega si quiere!

—¡Pues ya no juego!

—¡Pues toma! —la mano de Lucía se apresuró a golpear la cara de Ricardo.

Marcos se dirigió con paso firme, para recriminar a su pequeña, en el preciso instante en el que aparecieron por la puerta las mujeres a las que esperaban. Como si nada hubiese pasado, los dos niños corrieron a su encuentro dando gritos de alegría.

Ricardo golpeó la bola y Marcos quedó aturdido al ver como su taco se había quedado excesivamente inclinado en el lateral de la mesa. Corrió para impedir una caída segura, pero el golpe de la negra al colarse en el agujero preciso, hizo que el palo recuperase su estado vertical.

—¡Dos a cero!, ¡otra vez será! —festejó burlón su amigo sin darse cuenta de nada.

—¿Has visto el palo?

—¡Sí, ahora échale la culpa al palo!

—Mejor nos vamos a cenar —dijo confuso.

Sonrientes, radiantes y escrupulosamente arregladas, ambas señoras se dieron la vuelta tras un movimiento insinuante que parecían haber pactado con anterioridad.

Los dos amigos se miraron, confirmaron con un gesto lo estupendas que seguían conservándose y salieron tras ellas.

La cena transcurrió dentro de una normalidad que por momentos pugnaba por romperse. Cada uno esquivaba según que tipo de miradas, siendo los pequeños una vía de escape y buen pretexto para acabar con alguna situación

incómoda.

Marcos se quedó durante unos largos minutos pensando lo ocurrido con el taco de billar «¿Cómo podría ser posible que no cayera?, ¿y la verticalidad posterior?» se planteaba, mientras cortaba un grueso filete de buey cuyo sabor le pareció insuperable.

De nuevo las dos mujeres, que ya habían terminado sus sendos segundos platos, cobraron protagonismo tras excusarse para ir al baño.

—No sé que pasa aquí en la costa, pero las chicas parecen resplandecer —advirtió Ricardo, bajando la voz todo lo que pudo.

—Sí, es cierto, parecen otras —contestó Marcos sin más.

Su mirada no se apartó del filete; ni había sentimiento en sus palabras ni le importaba lo más mínimo.

Ricardo no entendía la actitud de Marcos, comenzaba a sentirse molesto, un estorbo inconsciente sin culpa de nada, pero que le resultaba doloroso.

Justo cuando se disponía a exponérselo los niños llamaron su atención. Otra de las muchas trifulcas infantiles comenzaba con los típicos empujones.

—¡Dejad de pelearos! —dijo malhumorado, pero sin hacer amago de levantarse.

La mesa donde cenaban no distaba diez metros de la piscina y los niños se dirigían hacia ella a pesar de las advertencias anteriormente hechas por sus padres, por lo que Marcos se levantó airado con la clara intención de recriminar a su hija y hacerla desistir de su terquedad. La proximidad de la piscina lo hizo aligerar el paso, temiendo lo peor, ante la insistente trifulca que no tenía visos de acabar bien.

Ricardito, como lo llamaba su padre, se lanzó con las dos manos en alto para asirse a la melena de su ahora rival, y siempre compañera de juegos, con una rabia inusitada. De un momento a otro la tranquilidad se había tornado desasosiego y Ricardo ya había saltado de su silla cuando percibió, con cierto estupor, el golpe brusco y contra la nada que sufría su amigo antes de llegar a los niños y poder evitar el fuerte empujón que propinó su hija y que acabó con Ricardito en el centro de la piscina. Su carrera continuó hasta saltar al agua y recoger a su hijo que gimoteaba desconcertado —Tranquilo, no ha pasado nada—. Al levantar la vista, advirtió como Marcos continuaba en el mismo sitio donde cayó, e intentaba, sin éxito, zafarse de una alargada astilla que había atravesado su muslo de forma violenta, cuando al caer, destrozó la hamaca de madera que tenía bajo su cuerpo.

Todos los precavidos asistentes que cenaban en el lujoso porche de

madera, donde la frescura amenizaba la velada, salieron a socorrer tan dramática escena.

Unos insistían en cortar la astilla y llevar al pobre hombre al hospital, otros cogían toallas para secar a padre e hijo que lucían temblorosos sus cuerpos mojados, pero nadie atendió a Lucía, que quedó aislada, inmóvil, de pie junto al filo de la piscina, abstraída y boquiabierta.

Julia salió al porche sobrecogida; buscó a su familia entre tanto alboroto y se encontró con que eran ellos los protagonistas, los causantes de la tensión que se vivía en el apacible salón del hotel.

La tragedia parecía cernirse en el corro donde la sangre se deslizaba entre las baldosas de barro. Recorrió con la mirada el espacio que tenía ante sí, y vio a Angelina que recogía a su hijo de los brazos de una desconocida. Giró el cuello hacia donde brotaban los lamentos, para encontrarse a Ricardo intentando mantener el cuerpo de su esposo en una posición adecuada, mientras alguien cortaba con un serrucho la humedecida madera. Observó como su amigo colocaba una toalla en el muslo de su marido y buscó a su pequeña después de percatarse de lo empapado que se encontraba el hijo de este.

La ambulancia no tardó en llegar; los clientes del hotel y sus trabajadores hacían pasillo para indicar el camino a seguir, y los sanitarios, sin perder un segundo, comenzaron a hacer su trabajo en cuanto accedieron a la víctima. Marcos ya había perdido el conocimiento, Ricardo continuaba a su lado y Julia, que había pedido a su amiga que buscara a la pequeña, intentaba no perder los nervios ante una situación que la desbordaba.

Ricardo ayudó a los médicos a colocar el inconsciente cuerpo sobre la camilla, los siguió hasta la calle, y una vez allí, miró de un lado a otro buscando la presencia de Julia. Al no encontrarla, decidió subir a la ambulancia antes de que el chofer cerrara la puerta trasera.

—¿Han visto a mi hija? —preguntó Julia nerviosa y casi fuera de sí.

—¿Qué le ocurre señora? —intervino la recepcionista que entraba después de ver salir al vehículo sanitario.

—¡No encuentro a mi pequeña! —dijo visiblemente alterada.

—¡Tranquilícese! Pronto la encontraremos.

Angelina apareció por la puerta que accedía a las habitaciones con su hijo en brazos, y una negativa en la cabeza, mientras Julia rebuscaba entre las mesas y los clientes.

—¡Aquí! ¡Está aquí! —gritó desde la piscina la misma mujer que había

tenido a Ricardo en sus brazos.

Muchos asistían expectantes ante las idas y venidas de Julia, pero nadie más rápido que ella, que ya pisaba el césped en dirección a la histérica mujer que gritaba desconsolada.

Por alguna razón, aquella parte de la piscina carecía de iluminación suficiente, percibiendo a duras penas la silueta de la mujer entre los arbustos.

Todos sabían que aquel lado de la piscina pertenecía al más profundo, por lo que la tragedia los dejó inmóviles en la misma entrada del porche, cuando advirtieron la carrera que Julia inició en aquella dirección.

Julia saltó consternada. Su pequeña yacía inconsciente sobre el agua, parecía dormir plácidamente, hasta su rictus le pareció angelical. Flotó a su lado para cogerla con una sola mano mientras la llevaba al borde. Sus lágrimas se fundían con el agua clorada y, en su cabeza, las peticiones continuas a su Virgen que, aunque a cientos de kilómetros, era su único soporte al que aferrarse en aquellos momentos de tanta incertidumbre. Solo pedía que fuese un sueño, un mal sueño, una pesadilla insufrible o, en su defecto, que no permitiera tan desgarradora pérdida.

Angelina la esperaba en el borde de la piscina con los brazos extendidos, lloraba y temblaba, sentía el gélido invierno en sus espaldas, no podía pensar que la muerte estuviese tan cerca. Tenía que reanimarla como fuese.

El pelo lacio de la pequeña dejaba escapar cientos de gotas frías sobre el rostro de su madre, que la izaba como quién entrega una ofrenda al mismísimo Dios.

Por un instante, sintió el escalofrío que le produjo la media sonrisa, y cara de satisfacción, de la extraña mujer que delató el paradero de su hija.

Salió rogando otra oportunidad para una vida tan tiernamente corta. Su mente ofrecía su propia vida como moneda de cambio, a la vez que prometía un sacrificio personal, que en aquellos momentos era incapaz de dilucidar.

Angelina masajeaba su diminuto pecho, y ella, tumbada en la hierba, acercó su boca para besar los amoratados labios que tanto amor le habían reportado en sus cuatro años de existencia.

Observó, casi inconsciente, el peculiar calzado de la siempre presente señora. Sus zapatillas marrones, de salto de cama, no aplastaban el mullido césped, pero ella lo pasó por alto.

Una bocanada de agua, seguida de un golpe de tos, la centraron en lo realmente importante. Levantó la cabecita de su pequeña, inclinándola lo suficiente para que expulsase el líquido que inundaba sus vías respiratorias, y

notó el alivio que la envolvía.

Ahora sí comprendió el rostro de felicidad que portaba la que, sin demasiado gusto, calzaba zapatillas de invierno. Intentó agradecerse con la mirada, pero sus pies ya no estaban. Nadie ocupaba su espacio. En aquella fría penumbra, solo estaban ellas tres y las sombras que se agolpaban.

Lucía despegó lentamente sus parpados como salida de un sueño, mientras Julia sonreía llorosa, dirigiendo su mirada hacía su conmovida amiga, que había conseguido devolverle la vida a su hija.

—¡Mami! —dijo con tristeza.

—¡Estoy aquí, mi pequeña!

—¡Te quiero mucho, mami!

—Yo a ti también —dijo abrazándola con toda la fuerza con la que podía mostrarle su amor.

—¡He llamado a otra ambulancia! —indicó la recepcionista.

Julia cayó en el estado de su marido, se levantó con la niña en los brazos y se dirigió hacia las habitaciones, seguida de Angelina y su pequeño.

—¡Será mejor que vayamos en mi coche! —dijo Angelina con mucho criterio, pues no habían pasado ni diez minutos desde la salida de la primera.

—Nos cambiamos y salimos.

La recepcionista ya había elaborado un pequeño croquis sobre el plano de la ciudad, para indicarles el camino más corto. Las dos mujeres estaban decididas a no esperar a nadie, pero al salir, la UVI móvil hizo acto de presencia.

—¡Sube tú con la niña!, ¡yo iré en el coche!

Cuando Angelina entró por urgencias, después de aparcar el automóvil, no sabía donde se encontraban ni su marido ni sus amigos. Se acercó a la ventanilla y esperó a que dos celadores acabaran con su tétrica conversación, basada en un accidente de tráfico en el que había perdido la vida una turista alemana.

—¿Me podría indicar, por favor?

—Dígame.

—¿Una señora que acaba de entrar con su hija en la ambulancia?

—Sí, ¿es pariente suya?

—Sí claro, somos hermanas —mintió, aun sabiendo de sus diferencias físicas.

—Espere un segundo.

La celadora escribió sobre un pequeño trozo de cartulina y se lo pasó

acompañado de un imperdible —Puede usted pasar por esa puerta.

Nada más entrar, visualizó a su amiga que era abrazada por Ricardo en un cariñoso gesto. Se dirigió hacia ellos con paso decidido y el pequeño en sus brazos.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo van las cosas?

Julia se abrazó a su amiga.

—¿Y la niña? —preguntó mientras Ricardo se hacía cargo de su hijo.

—Aquí —dijo señalando un asiento vacío.

De nuevo la alarma enrojeció sus ojos, rodeó los asientos y delató su preocupación.

—La niña ha entrado por esa puerta —dijo una anciana que, sin soltar la mano de su enfermizo compañero, observaba a la pequeña.

Las dos mujeres corrieron a su encuentro. La puerta indicada daba a un largo pasillo cuyas líneas, pintadas en el suelo, eran tan obviadas como los letreros de las puertas a la que daban acceso.

Una puerta abatible con retorno, que aún no había dejado de moverse, sirvió de advertencia para las preocupadas mujeres. Entraron casi resbalándose en un suelo que parecía recién pulido y que se adentraba en un frío corredor que les puso el vello de punta. Continuaron su búsqueda, sin encontrarse a ningún operario o médico, nadie que las pudiese indicar.

Como si de una broma pesada se tratase, las cuantiosas luces que iluminaban los pasillos adyacentes perdieron su facultad, para dejar en penumbra aquellas partes del edificio que les parecieron aterradoras y lúgubres. Las luces de emergencia sustituyeron a las principales, que según se avanzaba se iban extinguiendo, hasta visualizar unas puertas entreabiertas cuya iluminación parpadeaba con rapidez.

Entraron despacio; las ráfagas de aire frío que salían de aquella habitación cohibieron su avance y las parpadeantes luces creaban claroscuros que imposibilitaban una visión clara. Pero nada impedía el avance de Julia que pudo adivinar la silueta de Lucía sobre una pared blanquecina. Aligeró el paso, sin importarle nada de lo que ocurriera a su alrededor, y se abrazó a su pequeña.

—¿Qué haces aquí, cariño? —preguntó amable, aunque visiblemente ansiosa.

Angelina cogió su hombro, tragó saliva, y la instó para que mirase a su derecha. Quedó estupefacta. Las dos mujeres no daban crédito.

—¿Es ella! —afirmó.

—¡Imposible! Esta mujer se quedó en el hotel. Si estaba allí, no puede estar aquí.

—¡Está muerta! —se reafirmó Julia, que ya había vivido algo parecido.

—Pues por eso. Esta mujer está muerta y la que vimos en el hotel...

Lucía parecía haber perdido su movilidad y su consciencia. Permanecía allí de pie, paralizada, sin mover un solo músculo.

—¿Qué te pasa mi vida?

La cogió en sus brazos, la apretó contra sí y dirigió una mirada de urgencia a su amiga.

Salieron mucho más presurosas de lo que habían entrado. Atravesaron los oscuros pasillos a grandes zancadas, procurando no mirar atrás, escapando de la irracional sensación que las hacía respirar alocadamente.

Cuando abrieron la última puerta, que accedía a la sala de espera, nada había cambiado; los desesperados acompañantes esperaban la llegada del ansiado celador que pronunciase el nombre de su familiar y los enfermos aguantaban abatidos las molestias físicas con resignación.

Ricardo se levantó de su asiento sin separarse de él. Levantó un brazo indicador y esperó a que se acercaran las tres mujeres.

Lucía permanecía aferrada al cuello de su madre, Angelina no podía expresar lo sentido anteriormente y Julia continuaba sin caer en el desánimo, pues aún no conocía el estado físico de su marido.

—¡Está en el quirófano!

—¿Sabes si ha perdido mucha sangre?

—No, no creo, seguramente no revestirá más problema — intentó animar a Julia.

Ricardito no hacía amago de acercarse a su amiga. Ella continuaba apartada del mundo, arrinconada entre el hombro y el cuello de su madre.

La espera se hizo tan interminable como todas las esperas y cuando el apático celador pronunció el nombre de Marcos todos se levantaron como un resorte.

—¡Familiares de Marcos Asensio!

Julia se acercó a él, para luego seguir sus pasos con incertidumbre.

Los recibió un cirujano con gesto complaciente.

—Todo ha ido bien. Necesitará reposo y una posterior rehabilitación que tendrá que hacer en su centro más cercano.

—¿Perderá movilidad? —preguntó Ricardo.

—Es poco probable, lo lógico es que se recupere poco a poco sin el

menor problema.

Las vacaciones se habían acabado. Los tres días que pasaron entre las idas y venidas al hospital, agotaron toda posibilidad de diversión.

Nadie hizo alusión a lo vivido aquella noche aciaga. Los adultos no se atrevían a pronunciarse por miedo a ser cuestionados y los niños se miraban con recelo, como si no quisiesen volver a ser amigos.

Marcos se mejoraba de sus molestias, aunque no así de los dolores que les provocaban los rasgados músculos.

Tampoco él se atrevía a transmitirle a su esposa las inquietantes pesadillas que le causaban los acontecimientos de la piscina.

Aquella fuerza invisible que lo había frenado y empujado con violencia no lo dejaba concentrarse en otra cosa. Pensaba en lo vivido por Julia, y que él había obviado, tachándolo de simples engaños de la mente. Reflexionaba sobre lo poco racional que le resultaba el hecho de que Lucía hiciese volar a su pequeño amigo hasta el centro de la piscina, pero, sobre todo, en lo absurdo que sería descubrir a los treinta y tantos que existían fuerzas ocultas, aunque él las hubiese negado durante toda su existencia.

—¡Tenemos que hablar! —le exigió Julia a su amiga.

—No creo que debamos remover estas cosas; ya sabes que me dan miedo —protestó.

—¿A qué te refieres?

Angelina se quedó callada, no sabía qué contestar, hizo un gesto de aturdimiento y dio paso a que continuase su amiga.

—Quiero organizarle un buen cumpleaños a Marcos.

—Eso es buena idea. ¿Sigue mejorando?

—De la pierna sí, aunque parece estar en otro mundo.

—Haremos un buen cumpleaños entonces —dijo Angelina evitando el segundo comentario.

—El miedo no creo que nos ayude —soltó Julia entre dientes.

—¿Habrá muchos invitados? —preguntó Angelina volviéndose a la cafetera para preparar unos cafés.

—No, no muchos, pero quiero que se olvide de todo y disfrute en compañía de sus amigos.

—Ninguno nos olvidaremos. Demasiado hiriente —dijo Angelina, cruel y pensativa.

—¡O lo hacemos, o nos enfrentamos a ello!

—Será mejor que organicemos el cumpleaños.

—¡Cómo quieras!

En los meses que habían transcurrido, desde que Marcos se desgarrara la pierna, en pocas ocasiones se habían visto en familia, y cuando lo habían hecho, ninguno de los cuatro había sacado el tema en cuestión.

Cada uno se limitaba a ser todo lo amable que su capacidad le permitía. Eso sí, tanto Marcos como Ricardo cuidaban de que sus hijos no anduvieran cerca. Lo hacían sin molestar, sin que ningún gesto pareciese agresivo y ninguna palabra malintencionada. Angelina se limitó a poner una excusa para

llevar ella misma a su hijo a la guardería y Lucía se mostró tan comprensiva, que todo quedó en un bonito gesto de simpatía que cada mañana se repetía sin más cercanía que la producida por el espacio. Más tarde, cada mujer se dirigía a su hogar, se despedían con media sonrisa y no volvían a verse hasta el día siguiente.

Por esa razón, aquella tarde que Julia se presentó en la cafetería, su dueña se puso a la defensiva. Ambas sabían que algún día tendrían que enfrentarse a la realidad, aclarar lo vivido y lo temido, aunque solo fuese para apartar las pesadillas que inundaban sus sueños nocturnos.

Angelina dejó de ver a su amiga como a una atractiva mujer, para ver en ella a la persona por la cual tendría que enfrentarse a unos miedos que creía olvidados.

—¿Aún crees que la mujer del hotel era la misma que vimos en el depósito del hospital? —preguntó Angelina dirigiéndose pragmática.

La respuesta se le atragantó tanto como el primer sorbo de café, que esta vez le pareció desgarradoramente amargo.

—¿Tú no? —contestó Julia preguntando, mientras advertía el ardor que recorría su esófago.

El rostro de Angelina perdió cualquier atisbo de vida. Sus oscuros ojos perdieron el brillo natural y su boca entreabierta intentaba responder con un no, aunque la congoja que la atenazaba le impidió articular el negativo monosílabo.

—¡Será mejor que me marche! —dijo Julia desilusionada.

Angelina seguía intentando discernir entre lo que creía impropio de una mente sana y lo que realmente había visto y sentido.

—¡No!, ¡háblémoslo! —dijo escueta.

Julia fijó su mirada en la desesperada expresión de su amiga, dudó un segundo acerca de si estaría preparada, y se dispuso a abordarla convencida de que le sería útil para alejar sus propias dudas.

—¡Esa señora salvó la vida de mi hija!

De nuevo observó cómo le cambiaba la expresión de la cara.

—¿Cómo dices?

—Fue ella la que me indicó donde estaba.

—¡Yo solo la vi cuando me entregó a mi hijo!

Ahora fue Julia la que quedó aturdida.

—¿No oíste como gritaba para alertarnos?

—No sé cómo afrontar esto. Realmente me sobrepasa.

—¿Cómo crees que encontré a Lucía?

—Creí que la habías visto y ya está.

—¡Entonces fue ella la que se encargó de cuidar a los niños! —pensó Julia en voz alta.

—Los muertos no hacen esas cosas. Posiblemente fuese la del accidente que comentaban los enfermeros cuando llegué al hospital. Quizá estuviese viva cuando la vimos.

—El problema es que la vimos por separado. Ni yo la vi cuando te entregó a tu hijo ni tú cuando me indicó donde estaba Lucía.

—¡Me sobrepasa! —volvió a decir ensimismada.

—¿Qué crees que pensarán nuestros esposos?

—No lo sé, pero no me atrevo a contárselo a Ricardo.

—¿Cómo os van las cosas?

Angelina pensó en tiempos mejores.

—Podrían ir mejor.

—Creo que tendremos que ser sinceras con ellos. Si lo planteamos como algo que nos pasó a las dos, tal vez no nos tomen por locas.

Las risas aburridas de un puñado de vecinas volvieron a trastocar la aplazada conversación.

—Organizaré una cena para el sábado. Hablaremos los cuatro —dijo Julia telegráficamente, para después levantarse e irse sin despedirse de nadie, aunque sintiendo las miradas inquisitivas de quienes acababan de entrar.

Una noche más, Angelina se miró en el espejo del aparador antes de quitarse las medias; advirtió unas pronunciadas ojeras que tocó con delicada tristeza y se lamentó de su estado. Hacía mucho tiempo que no conciliaba el sueño y era consciente de que de alguna manera este hecho le pasaría factura. Apartó la vista de sí misma y enfocó su mirada en el rostro plácidamente dormido de su esposo. Todos los días, desde hacía dos meses, apuraba despierta los últimos momentos televisivos, antes de cerrar la cafetería y dirigirse al dormitorio.

Ricardo seguía siendo fiel a su horario. Gustaba de acostarse sobre las once y media de la noche y aunque últimamente no se dormía hasta dada la una, nunca llegó a saber de los desvelos de su esposa. Los suyos propios los llevaba con un dañino secretismo, que le impedía no solo relacionarse con su esposa, sino concentrarse en su trabajo y rendir lo suficiente.

Esa noche despertó nervioso, su esposa dormía relajada y buscó el filo de la cama para no molestarla. Pensó en ir a la cocina, pero se encontró con una

habitación que no conocía, decidió salir, pero volvía a estar una y otra vez en el mismo sitio. Abría una puerta que indicaba la salida, para encontrarse con que otra puerta se le acercaba con rapidez. La volvía a abrir y de nuevo se repetía la misma escena. Decidió no continuar, y miró hacia atrás a pesar de sentir en su nuca un amplio vacío. Ante sus ojos, un largo pasillo abundantemente iluminado le marcaba un camino que no dudó en recorrer a paso ligero. Sus grandes zancadas, sin embargo, no conseguían acortar la distancia que debía de recorrer antes de enfrentarse a la siguiente puerta. Pronto comenzó a inhalar un fuerte olor a lejía, su respiración ocupaba todo el espacio que dejaba libre la calefacción, mientras sus manos, inusualmente frías, buscaban el intermitente pasamanos que quedaba adosado a uno y otro lado del pasillo.

Poco a poco aminoró la marcha, notó cómo jadeaba, le faltaba el aire, sudaba sofocado y se tambaleaba desequilibrado por la falta de oxígeno. Se aferró al pasamanos que permanecía helado, a pesar de la altísima temperatura que reportaba la calefacción, y advirtió como en su estómago subía un molesto vacío, a la vez que caía en un turbulento pozo a través del muro donde se anclaba el tubo metálico.

Aturdido, levantó la cabeza como pudo, para encontrarse con una hilera inacabable de camillas que se agolpaban en un espacio infinito que lo hizo retroceder, para golpearse con una silla de ruedas desprovista de vida. Hizo amago de vomitar, pero nada más que dolor salió de aquel estómago vacío. Corrió para alejarse de un zumbido creciente que se aproximaba incesante, pero no importaba cuanto corriese, cuanto sudase o cuantas luces se apagaban a sus espaldas, estaba atrapado en una nada espesa, donde los sentidos se diluían en las extrañas visiones que lo atormentaban con colores llamativos. No necesitaba mirar atrás, el zumbido lo envolvía todo, la luz lo cegaba y la oscuridad aún quedaba lejos. Intentaba avanzar dubitativo hacia la oscuridad, pero ahora, un olor reconocido e íntimamente relacionado con la muerte, lo aterró aún más. Ese olor, antítesis de la vida, lo hizo reaccionar, por lo que giró su cuerpo en dirección a una mujer visiblemente demacrada que lo animaba a llegar hasta ella.

Sus dedos largos, separados en exceso por su acuciante delgadez, se movían lentamente mientras se aproximaban a su rostro y se alejaban de su propio cuerpo. Intentó detener el movimiento que lo acercaba a sus ojos sanguinolentos, esquivar los dedos que ya sentía en su rostro...

—Ricardo, Ricardo ¡Despierta!

—¡No, no, suéltame!

—¡Despierta Ricardo, soy yo! —se apresuró Angelina para tranquilizarlo.

De un solo impulso, rígido y espasmódico, irguió su torso con los ojos desorbitados.

Angelina puso la mano en su pecho, notó una preocupante taquicardia y un sudor ardiente que traspasaba la fibra de su pijama e inundaba sus dedos.

—¡Tranquilo, respira despacio!

Los movimientos, hacia adelante y hacia atrás, parecían acompañar su respiración, a la vez que ralentizaban sus latidos.

—Eso es, tranquilo —insistía, aunque sin darse cuenta de que ella misma se había adaptado a la agitada respiración de su esposo.

—¿Pasa algo mamá? —preguntó el pequeño, en una súbita aparición desde la claridad que la luz del dormitorio proporcionaba al pasillo.

—¡No pasa nada mi vida!, ¡ven con los papis! —lo animó Angelina con los brazos extendidos.

Ricardo miraba a su hijo intentando esbozar una sonrisa, intentando transmitirle serenidad y consuelo, pero el niño permanecía inmóvil.

—¡Ven con los papis, rey mío! —insistía su madre.

Un destello de luz en la oscuridad del pasillo, transformó la nada en un lánguido cuerpo que sujetaba al pequeño por los hombros y cuyas huesudas manos fueron reconocidas por ambos progenitores.

Saltó de la cama, cogió a su hijo con presteza y se lo entregó a su madre que continuaba acongojada, desencajada y temblorosa. Salió al pasillo, encendió la luz y comprobó las habitaciones, para darse cuenta de que lo visto nada tenía que ver con la realidad. Regresó al dormitorio con la convicción de que Angelina lo estaría esperando para pedirle una explicación acerca de la repentina reacción y posterior huída del dormitorio.

Pero allí estaba su esposa, de rodillas sobre la cama, con el niño atenazado entre sus brazos, los ojos fuera de las cuencas y un temblor nervioso que agitaba sus labios.

—¿La has visto? —preguntó confundido.

—¡Es la misma del hotel! ¡La misma que vimos muerta en el hospital! —balbuceó sobrecogida.

—¿De qué me hablas?

—¡Estoy muy asustada! —comenzó diciendo antes de romper a llorar con angustia.

Ricardo se abrazó a ella haciendo hueco para proteger a su hijo que quedó custodiado por los dos. Ambos pasaron la noche en vela. Se miraban apesadumbrados, inseguros, sin dejar de sentir el calor que le proporcionaba su hijo y que a ellos les faltaba por alguna razón extraña.

Aquel sábado de otoño los sorprendió con una neblina poco habitual; el viento racheado y frío, lo convertía en desahacible hasta para un paseo tan corto. A Ricardo, aquellas nubes bajas y cargadas de humedad le parecieron refrescantes. Levantó la cara, para percibir la brisa, y que esta ratificara su condición de estar vivo, de que había amanecido y que valía la pena estarlo, aunque solo fuese para sentir como la naturaleza le acariciaba la piel.

Durante el trayecto desde la cafetería hasta la casa de su amigo Marcos, a tan solo cien metros de distancia, se había preguntado mil veces el porqué su esposa tenía tanto empeño en hablar con sus vecinos de lo acontecido la noche anterior.

El timbre sonó profundo, lejano, como perdido entre galerías insondables y tenebrosas. El dedo de Angelina resbaló sobre el plástico sin saber muy bien lo acertado de su visita.

—¡Buenos días! —saludó la dueña de la casa, evidenciando su sorpresa con interrogante curiosidad.

—Buenos días ¿Podemos entrar?

—¡Claro, estáis en vuestra casa!

—Gracias —logró articular Ricardo.

—¡Qué mañana más invernal! ¿No? —comentó Julia mientras cerraba la puerta tras de sí.

—¿Cómo se encuentra Marcos?

—Está en la cama. Pero bien, las molestias de siempre, ya sabéis.

Angelina continuaba seria, incluso incómoda con la situación a la que debía de enfrentarse, pero no quedaba otra, o se enfrentaba a sus miedos o jamás los superaría.

—¡Tenemos que hablar de lo que tú ya sabes!

—¿De lo que yo sé? —preguntó Julia sin apartar la mirada de su amiga y con la esperanza de que hubiera reunido el valor suficiente para exponer lo vivido en el hospital gaditano.

—¡La hemos vuelto a ver!

—¿La hemos? ¿A qué te refieres? —reaccionó Julia con nerviosismo.

—Creo que será mejor que nos calmemos e intentemos verlo con naturalidad —propuso Ricardo —Tal vez, entre los cuatro busquemos una

solución.

Julia se dio cuenta de que aún permanecían en el descansillo y abrió la puerta del salón para ofrecerles asiento. Encendió una estufa para caldear la habitación y salió dispuesta hacia la cocina para preparar unos cafés que supo imprescindibles.

Ricardo se sentó en el sofá sin dejar de acariciar el pelo de su hijo que acomodó en su regazo. El silencio de la casa y la nula conversación de su esposa, lo llevó a sentir una pesadez en los párpados que no podía permitirse.

—¡No sé cómo puede dormir sin bragas! —comentó Angelina con voz queda a un asombrado marido.

—¿Cómo dices?

—¡Sí claro, tu disimula!

—Pero, ¿qué dices?

La puerta se abrió y, tras ella, Julia arrastraba el olor a café sobre una bandeja de vivos colores. La colocó en la mesa de centro y ofreció una leve sonrisa a Ricardo que miraba entre los botones desabrochados de la bata, para vislumbrar el recortado vello púbico de su anfitriona.

—Subiré a vestirme y avisaré a Marcos de vuestra llegada.

—¡Sí, mejor te vistes! —dijo Angelina sin el menor reparo.

—¿Cómo te pasas! —la recriminó Ricardo.

—Mejor lo dejamos, que no está el horno para bollos.

—A lo mejor los hemos interrumpido —susurró Ricardo.

—¡Eso quisiera ella! Llevan siglos sin mojar.

Ricardo puso cara de perplejidad —¿Qué bien informada estás! ¿No?

—¡Buenos días! —interrumpió Marcos, el que, a pesar de llevar muletas, no se había dejado oír.

Angelina se levantó para saludarlo y, a la vez, cederle su habitual sillón.

—Perdona que no me levante —se excusó Ricardo, poniendo la mirada en su hijo que aún dormía en sus brazos.

—No te preocupes.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Angelina, cogiéndole el brazo y frotándolo con cariño.

—Bien, ya descanso bastante mejor, además de andar con más soltura.

—¡Siéntate aquí! ¡Te he calentado el sitio!

Ricardo no podía creer el cambio tan radical que había experimentado su esposa. Toda la noche sin dormir, un miedo que parecía inmovilizarla y una desgana manifiesta por todo, se había convertido en amabilidad, sarcasmo y

hasta sensualidad según estaba percibiendo.

—Ricardo, me ha dicho Julia que subas y acuestes al niño en la habitación de Lucía —dijo Marcos antes de sentarse.

—Sí, así estarás más cómodo y el niño descansará mejor —lo animó su esposa que parecía poseída.

Al salir del salón percibió un calor envolvente, un placentero estado que lo devolvió a los deseados días de primavera, cuando el invierno forma parte del pasado.

Subió las escaleras despacio, intuyendo un peligro lascivo que, aunque muchas veces deseado, jamás se había permitido ni tan siquiera imaginar. Evitó mirar hacia el interior del dormitorio de matrimonio y se dirigió directamente al de la pequeña. Visualizó la cama nido perfectamente dispuesta y pegada a la de Lucía, que en aquel momento le pareció un ángel immaculado, y arrojó a su pequeño para salir casi de puntillas.

Al pasar de nuevo por la eludida puerta, un gemido llamó su atención y no pudo evitar pararse en seco. Ante sus ojos, el cuerpo desnudo de Julia. Su postura sobre la cama, con el torso apoyado en el cabecero, las rodillas separadas y sus ojos complacientes, lo dejaron estupefacto. El movimiento de sus manos atrajo su atención hacia la ingle y se deleitó observando como se marcaba los labios vaginales con una barra de carmín.

El calor que desprendía atravesaba no solo la estancia, sino hasta su propio cuerpo, que descubría una erección inusitada que parecía querer atravesar el límite que marcaba el cinturón.

Su rostro lo invitaba a entrar, y sus pechos se movían lujuriosos, a la vez que su cintura se retorció de placer cada vez que la barra de carmín rozaba su clítoris exageradamente voluminoso.

Dio un paso al frente, deseaba saborear aquel carmín desubicado, acariciar la textura más lubricada y llenar de músculo el palpitante agujero que pedía ser inundado por algo que él tenía sobredimensionado y que se agitaba cual fiera retenida.

Sus ojos rebosaban lujuria y su boca, cuyo labio inferior era mordido por unos incisivos perfectos y marcados por el mismo carmín rojo que coloreaba su clítoris, pedía ser penetrada hasta rasgarle el alma.

Un paso más decidido y sintió como un líquido ardiente le empapaba el pecho; un espasmo de placer, al mismo tiempo que sintió como su hijo gimoteaba.

Abrió los ojos espantado, arrebatado de vergüenza. Su esposa se le

echaba encima y retiraba al pequeño de sus brazos.

—¡No ves que está vomitando!

—Yo no, no sé ¿Qué te pasa hijo?

El pequeño presentaba una palidez azulada que contrastaba con el rojo subido de la tez de su padre.

—¿Y a ti que te pasa? —protestó Angelina.

Ricardo volvió a revivir la escena de Julia entrando de nuevo con una bandeja cargada de cafés, solo que, en esta ocasión, su indumentaria era mucho más recatada; pantalón y blusa de pijama, cubiertos por una bata de grueso tejido.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? —dijo con espanto sin soltar la bandeja.

—Mi niño ha echado toda la leche sobre su padre.

Ricardito lloraba y tosía al mismo tiempo, Angelina mecía a su pequeño y Ricardo era incapaz de incorporarse, mientras procuraba separar el jersey de su propio pecho.

—Tranquila ¿Cómo está el niño? —preguntó cariñosamente y alargando cada palabra, mientras le acariciaba la cabeza, que continuaba pegada al hombro de su madre.

—¡Tiene muy mala cara! —se lamentó Angelina.

—Ya tiene mejor color, eso no ha sido nada, se le pasará —la consoló su amiga y anfitriona aquella mañana.

Efectivamente, el rostro del pequeño iba recuperando su pigmento habitual, pero tanto su madre como Ricardo aparecían tan demacrados como a primera hora de la mañana.

—No he podido evitar el quedarme dormido —se disculpó Ricardo.

—¡Venga, tomaos los cafés!

Ricardito no parecía estar afectado por la vomitona, había recuperado su buen semblante y Julia se ofreció para acostarlo junto a Lucía, a la vez que ofrecía un nuevo jersey para su padre, que agradeció complacido.

La baranda de madera crujía al compás de los pasos de Marcos que bajaba los escalones apoyado entre esta y una muleta de aluminio que había comprado en cuanto le dieron el alta hospitalaria.

—Ya baja Marcos. A ver que le dices —susurró Angelina.

—Tendremos que exponer nuestras vivencias ¿No?

Angelina asentía, presintiendo que las cosas no iban a ser tan fáciles.

Primero apareció Julia con un jersey rojo en las manos y abriendo hueco para que su esposo no encontrara ningún obstáculo.

—Buenos días —dijo Marcos sin entusiasmo alguno.

—Buenos días —intentaron disimular sin conseguirlo.

—¿Cómo por aquí tan temprano? ¿Hoy no abris el bar?

—Lo abriremos más tarde —contestó Ricardo, poniendo todo su empeño en demostrar que no estaban allí por capricho.

Unos minutos de silencio expectante llenaron la espera mientras Julia acababa de acomodarse.

—Esta noche lo hemos pasado mal —comenzó diciendo Ricardo.

—¿Y eso? ¿Qué ha ocurrido?

—He tenido una pesadilla horrible.

Marcos, aunque consciente de lo que aquello presagiaba, intentó no ponerse nervioso. Él tampoco había contado a su esposa lo ocurrido en la piscina del hotel, pero, sobre todo, temía que sacar a la luz aquellos acontecimientos hiciese daño a la mujer que intentaba proteger.

—¿Solo por una pesadilla?

Ricardo tragó saliva, miró a su esposa indicándole su intención de exponer lo vivido, tal cual, y se dispuso a hacerlo.

—Creo que los cuatro tenemos algo que decir, pero primero os contaremos lo ocurrido.

Marcos escuchaba atento. Hasta el momento todo parecía solo eso, una pesadilla. Tan solo el escenario tenía algo que ver con él.

—... pero allí estaba la mujer tendiéndome la mano...

Marcos advirtió como su esposa giraba el cuello para dirigir una mirada de espanto hacia Angelina.

—... No la había visto jamás —aclaró para denunciar la falta de confianza que ambas habían tenido —pelirroja, pecosa, altísima y casi en los huesos, parecía querer salvarme de una oscuridad que me engullía por momentos —ahora miró a su esposa—, Angelina me despertó y acto seguido apareció mi hijo en el pasillo.

Marcos seguía sin entender nada.

—Pero un destello la dejó ver —se atragantó un poco con su propia saliva antes de continuar —agarraba a mi hijo por los hombros. Creí que seguía soñando, pero mi esposa también la vio.

Ahora Marcos miró a Angelina preocupado.

—¿Y la reconoció! —afirmó rotundo —¿Quién era? —se apresuró a preguntarle directamente a Angelina, aunque, para su sorpresa, la que le respondió fue Julia.

—La mujer que me indicó donde estaba Lucía el día que cayó a la piscina —dijo convencida, mirándolo a los ojos, y con un aro de misterio que lo preocupó.

—¿Y que hace esa mujer en mi pesadilla?

—La vimos en el depósito de cadáveres del hospital —respondió Julia.

—Sí cariño, —ratificó Angelina —las dos la vimos en el hotel y justo después en el depósito. No quería preocuparte, pero la vimos las dos — Angelina, que tampoco había sido del todo sincera, se aferró a la mano de Ricardo y este continuó con su revelación.

—Le he contado a mi esposa lo que nos ocurrió a nosotros, lo que vimos y sentimos —se dirigió a Marcos. —Creo que Julia debe de estar al corriente.

—¡Parecemos adolescentes en una noche de Halloween! — exclamó Marcos enojado.

—Pues ni lo uno ni lo otro. Somos adultos y con un serio problema que debemos solucionar.

—¿Qué os ocurre a vosotros? —preguntó Julia con auténtica curiosidad. Para ella hubiese sido importante saber que su marido había vivido una experiencia similar.

—Nada importante, nada que no se pueda explicar.

Ricardo no entendió sus palabras, ¿qué explicación podían tener aquellos hechos?

—¡Cuéntamelo! —la orden sonó a amenaza, aunque no fuese la intención de Julia.

Marcos la miró abatido; relató su vivencia intentando ser lo más racional posible y buscando de cuando en cuando el rostro de su amigo que asentía satisfecho,

Julia cerró los ojos y pidió a Dios un poco de ayuda.

Un golpe seco, tremendamente fuerte, los hizo levantarse de sus asientos.

—¡Los niños! ¡Las escaleras! —gritó Marcos que se veía inútil para acudir con rapidez.

Los demás se levantaron presurosos, abrieron las puertas del salón y se dirigieron a las escaleras. Allí no había nadie. Subieron a los dormitorios y se encontraron a los pequeños durmiendo plácidamente. Bajaron despacio, lanzándose miradas de desconcierto; los niños estaban bien, pero... ¿Qué había producido semejante golpe?

Marcos salía del salón con la dificultad de quién necesita muletas.

—¡Tranquilo, los niños están bien!

—Pero, ¿qué están haciendo?

—Están durmiendo. Tranquilo.

En esos momentos, en los ojos de todos, se reflejaba la misma pregunta.

Ricardo abrió la puerta principal, pero la calle emanaba silencio. Julia entró en la cocina seguida por Angelina, mientras Marcos, que no separó la mirada de la puerta del sótano, llamaba la atención de su amigo que declinó la idea de salir a la calle.

—¿Algún problema con el sótano?

Marcos giró la cabeza para dejar caer el peso de su mirada sobre Ricardo que esperaba una respuesta, pero en ese momento, la voz de Angelina destensó los músculos oculares de ambos, desviando la atención hacia la verdadera causa de lo que los había alertado.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

—No lo sé —respondió Julia asombrada.

Marcos llegó a la cocina todo lo rápido que sus heridas le permitieron, y seguidamente Ricardo, que lo apartó de su trayectoria como pudo, para colocarse justo al lado de su esposa que permanecía inmóvil frente al frigorífico.

—¿Es eso posible?

El mohín de Ricardo dejó claro lo extraño del suceso. La puerta alta del frigorífico aparecía abollada, sumida hacia dentro en su totalidad, como aplastada por un camión que la hubiese golpeado de frente, pero con la particularidad de no dejar arista alguna.

El mismo Ricardo dio un paso al frente, se aferró al tirador e intentó abrir la puerta. Volvió a intentarlo con más fuerza de la que se debería de emplear para tal fin, y miró de nuevo a Marcos antes de dirigirse al taco de madera donde se alojaban los cuchillos de cocina. Cogió el más pequeño. Lo sacó y, sin dejar de mirarlo, se dispuso a clavarlo en la goma que hermetiza la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —lo detuvo Marcos.

—Creo que se ha hecho el vacío ahí dentro.

Marcos lo miraba incrédulo, jamás había escuchado nada igual, pero, por otra parte, era la mejor explicación que se podía dar a la deformación que había sufrido la puerta.

—¡Está bien! Pero ten cuidado.

Intentó hundir la punta, incrustarla entre la goma y el canto de chapa, pero resultaba realmente difícil. Ambas partes permanecían expuestas a una presión imposible de vencer. Siguió haciendo empuje contra el mango de plástico,

apoyó todo el peso de su cuerpo, a la vez que presionaba sus zapatos contra el suelo y sostuvo la respiración para hacer fuerza con todo su ser.

Se produjeron unos instantes de extrema tensión; nadie respiraba. Todos esperaban algún tipo de reacción y esta se produjo en cadena y de improviso.

El mango del cuchillo, que era presionado por la palma de la mano derecha de Ricardo, se deslizó sobre su ánima y la parte posterior de la hoja atravesó la carne como si fuese gelatina. Una explosión, y los imanes decorativos que adornaban la puerta escaparon propulsados por la inercia, lanzados con tal fuerza sobre los rostros que no hubo tiempo para protegerse. Las manos llegaron después, simplemente, para constatar que lo que les corría ardiente y viscoso no era otra cosa que su propia sangre.

Al mismo tiempo, el llanto de los pequeños los alarmó de forma exagerada. Julia corrió a su encuentro, al igual que Angelina, por lo que hubo que improvisar un orden de salida, que, a poco, da con las dos en el suelo.

Los escalones parecían inexistentes, más bien, el pasamanos era lo único que buscaba la vista y que servía de apoyo para unos brazos tensados que ascendían presurosos.

Marcos miraba arriba, y de reojo, a la puerta del sótano que curiosamente seguía llamando su atención.

—¿Cómo están los niños? —preguntó alterado.

—¡Están bien, no te preocupes! —vociferó Julia desde la habitación de la pequeña.

Bajaron despacio, primero Angelina y después Julia, ambas con sus hijos en los brazos mientras acariciaban su pelo con ternura.

Marcos volvió a la cocina; el sonido del agua salpicando el metálico fregadero, le recordó el mal estado en que había quedado la mano de su amigo.

—¿Ha sido mucho? —preguntó mientras avanzaba y veía cómo el agua se volvía rojiza al pasar por la herida.

—Creo que estoy jodido, me ha atravesado la palma de lado a lado.

—¡Tendrás que ir al ambulatorio!

El rictus de Ricardo cambiaba del sufrimiento al desánimo a la vez que seguía comprimiendo su mano con un paño de cocina que rápidamente se tiñó de rojo.

Las dos mujeres entraron en el salón. Julia se acomodó con su hija en el sofá y Angelina le entregó al suyo.

—¡Voy a llevar a Ricardo al médico!

—Sí claro, no te preocupes, nosotros esperaremos aquí.

Marcos entregó las llaves de su coche a Angelina y le indicó su localización.

—No gracias, iremos en el nuestro, posiblemente nos manden al hospital y allí, como siempre, estaremos al menos seis horas.

—De acuerdo, pero será mejor que os limpiéis las heridas de la cara. Los médicos pueden pensar cualquier cosa.

—¿Crees que en estos momentos me importa lo que piensen los médicos?

—¿Sabes cómo explicar esto?

—Diré justo lo que pasó —acabó diciendo, para después dirigirse a la calle donde la esperaba su marido.

Marcos cerró la puerta, miró al interior del salón y allí estaba Julia; ensimismada, observando a los pequeños, sin hacer el menor caso a los arañazos que marcaban su rostro.

Giró la cabeza y decidió posar la mano sobre la maneta de la puerta del sótano. La apartó sobrecogido, sintió cómo se quemaba los dedos, cómo alguna extraña vibración le presionaba el estómago y luchó por aguantar en el descansillo sin dejar de mirar la maneta «¿Cómo podía estar tan fría?». Ni siquiera había sentido algo parecido al coger el pomo exterior de la puerta de entrada, que había estado expuesta a toda una noche de frío otoño.

—¡Cariño!, ¿ocurre algo?

—No, nada. Ya voy.

Se dirigió al aseo para coger del botiquín algunas gasas y agua oxigenada.

—Déjame que te limpie las heridas.

—¿Me ha hecho mucho daño?

—¡No, solo unos pequeños cortes! —la tranquilizó Marcos.

—Lo que sea que está pasando nos arremete físicamente ¡Tenemos que hacer algo!

Marcos no dijo nada; continuó deslizando la gasa empapada en agua oxigenada por el bello rostro de su esposa. No podía mirarla a los ojos. Sin saber el porqué, se sentía responsable, extrañamente vinculado a los fenómenos inexplicables que estaban viviendo.

—¿Me estás escuchando?

—Sí cariño, te escucho —contestó, sin dejar de limpiar uno de los cortes, quizá el más profundo, que se ubicaba en la ceja derecha.

Cansada, dolorida y soñolienta, se encontró tumbada en el sofá y con la vista puesta en el blanco permanente del techo. Se incorporó para mirar a los

pequeños. Los dos jugaban en la alfombra con unos cubos de plástico, alegres, como si nada se hubiese interpuesto entre la tranquilidad doméstica y la cotidiana armonía de su hogar.

De pronto, su pensamiento se posó en Angelina; ella también había sufrido las heridas, y su esposo, el más perjudicado, posiblemente tuviese que ser operado.

El pitido del teléfono le provocó una sacudida inesperada. Pensó en su familia y en el mundo que la rodeaba.

—¡Sí, dígame!

—Soy yo, Angelina.

—¿Cómo va todo?

—Curiosamente no ha tocado ningún tendón, así que el médico espera que recupere pronto la movilidad.

—¿Entonces, vais al hospital?

—Ya estamos en el hospital.

—¿Tan pronto? —preguntó sabiendo que estaba a diez kilómetros y que supuestamente habían pasado antes por el ambulatorio.

—Julia, son la una y media.

—Eso es imposible, mira bien tu reloj —le replicó Julia, buscando con la mirada las manillas del antiguo reloj de pared que colgaba de la pared.

—¡Llevo aquí casi cuatro horas! Por suerte, esto está muy despejado hoy.

—¡Pero si son las diez menos diez! —insistió.

—¿Julia, estás bien?

Un vuelco en el estómago, una arcada hueca y un incipiente dolor de cabeza, la hizo apretar sus sienas, dejando el teléfono en el sofá mientras gritaba “Julia” con su sonido metálico.

Marcos no estaba allí, ni las gasas, solo los niños continuaban con su absurdo juego. Se levantó aturdida y salió de la habitación.

—¡Marcos! ¡Marcos! ¿Marcos? —entró en el aseo, en la cocina, subió a los dormitorios y volvió a bajar las escaleras, para encontrarse de frente con la puerta del sótano.

La maneta rezumaba escarcha, la puerta comenzó a temblar levemente para ir en aumento, transmitiendo un sonido grave, penetrante e insoportable. Huyó al salón, cerró la puerta tras de sí y apoyó su tembloroso cuerpo sobre ellas. Intentó ahuyentar sus males suplicando clemencia a su amada Virgen, a otro mundo, donde sus divinos moradores podían salvar las humildes almas de unos seres indefensos.

—Mamá, papi ha salido cuando tú estabas dormida —dijo Lucía, con su voz dulce, pero a la vez chillona y alegremente despreocupada.

—¿Dónde ha ido? —le preguntó aliviada. Después de todo, aquella habitación permanecía ajena a los inquietantes sucesos que sufrían otras estancias de la planta baja.

—¡No lo sé! —dijo al mismo tiempo que corría para estirarse en la alfombra al lado de su amiguito.

Julia se sentó en el sillón de Marcos; miraba fijamente a la puerta, deseaba ver entrar a su esposo, asegurarse de que todo iba bien para él.

Recordó que el teléfono había quedado descolgado; tirado sobre el sofá, inútil para cualquiera que quisiera ponerse en contacto con ella. Lo colgó con fuerza, miró el reloj y comprobó que continuaba en las diez menos diez.

Todo lo hacía espasmódicamente, sin pensar, con los ojos de par en par; se sentía acorralada, amedrentada por algo que no llegaba a comprender y que, desde luego, era tan real como la vida misma.

—¡Mami tengo hambre!

—Esperaremos a tu padre, vale.

—¿Y mis papás? —preguntó Ricardito, que hasta ahora parecía no echarles de menos.

—Pronto volverán todos, ¿de acuerdo? —pretendía ser natural, no contagiarles el miedo que sentía. Tampoco estaba dispuesta a abrir las puertas del salón y enfrentarse en solitario a lo que la acongojaba.

—¡Me hago pis! —dijo el pequeño con las manos puestas en la entrepierna y rostro pedigüeño.

—¿Ahora? —preguntó sin poder mover un solo músculo.

El pequeño puso cara de necesidad y apretó aún más las dos piernas contra sus manos.

—La puerta se ha quedado atascada —fue la única excusa que se le ocurrió, justo antes de poder levantarse y hacer el gesto de intentar abrirla. Para entonces, Lucía corría con los brazos en alto y la clara intención de asirse a la maneta —¡Nooooo! —gritó desencajada, antes de que la pequeña acabase de abrir. Soltó lo que su inocente mano había bajado y miró a su madre aterrada. La puerta se abrió tras ella, despacio, con un chirrido lento que inundó la estancia y Julia corrió a su encuentro. Ricardo asistía a la escena tembloroso. Él también había percibido el miedo que ambas transmitían. Los pucheros no tardaron en convertirse en llanto, el pipí inundaba sus perniles y Julia, sin mirar el espacio que dejaba ver la puerta

entreabierta, se abrazó a los dos.

Una bocanada de aire frío precedió al golpeo de una puerta al cerrarse y el espacio entre las dos puertas del salón aumentó en unos centímetros con dos chirridos pausados.

Julia rezaba; pedía a Dios que los niños no presenciasen algo que los marcara para siempre y que no corriesen ningún peligro.

—¡Ya estoy aquí cariño! —se oyó en el descansillo.

—¿Marcos? —preguntó Julia, dudando de sí misma.

—¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo? —preguntó alterado en el momento en que los vio abrazados a los tres en el centro del salón.

Su esposa lloraba, temblaba de miedo, y los niños la imitaban, aunque sus cabezas permanecían escondidas debajo de su bata. Marcos se agachó, apretó los hombros de su esposa y la instó a erguirse. Notó el temblor nervioso que sacudía su cuerpo.

—¡Estoy muy asustada! —gimoteó —¿Dónde has estado? ¿Por qué me has dejado sola?

—¡Tranquilízate, por favor!

—¿Qué me tranquilice? ¿Cómo quieres que me tranquilice? —gritó enojada, a la vez que cambiaba su congoja por agresividad.

—No grites, los niños tiemblan de miedo —dijo relajado.

—¡Lo he pasado muy mal! No sabía donde estabas y esa puerta me ha desquiciado aún más —dijo señalando la puerta del sótano, que ahora parecía normal.

Marcos dio una palmada para decir acto seguido —¡Pues ya estoy aquí! Como veis no me ha pasado nada. Solo he ido a por los padres de este pequeño, que seguro está deseando verlos.

Lucía corrió a sus brazos y Ricardito lo miraba inquieto mientras absorbía sus propios mocos que bajaban acuosos.

—¿Qué le ha pasado a su coche?

—Yo creo que ha sido la batería. Los ha dejado tirados justo cuando tenían que cogerlo para ir al hospital. Entonces me han llamado y he ido a llevarles.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Dónde están ahora?

—Bueno, te habías quedado dormida y yo tampoco sabía que iba a tardar tanto. De todas formas, Angelina te llamó, quiso decirte que yo estaba con ellos, pero tú abandonaste el teléfono —Julia suspiró arrepentida—. Al volver —continuó Marcos —hemos ido a un mecánico, lo ha arrancado y ahora están

en el taller para cambiar la dichosa batería.

—Está bien, perdóname, pero te ruego que no vuelvas a dejarme sola.

—Tranquila, no volveré a hacerlo.

—Pues sube conmigo al dormitorio de Lucía, tendré que cambiar al pobre niño que se lo ha hecho encima por mi culpa.

—¡Mejor subimos los cuatro! —dijo simulando una alegría que los niños interpretaron con entusiasmo.

—¿Cómo te las has arreglado para conducir?

—Ya sabes que mi pierna está algo mejor; además, el hecho de conducir no implica demasiado esfuerzo.

Los cuatro salieron de la habitación al mismo tiempo, se dirigieron a la escalera y la subieron despacio, desafiando a las imperiosas ganas de mirar hacia atrás, de comprobar que todo seguía en orden. Las espesas nubes de la mañana se habían despejado lo suficiente como para dejar paso a un brillante sol del medio día, y la casa, parecía haber recobrado la vida que antes negaba.

—¡Tendremos que resolver esto! —dijo Julia con determinación.

Marcos continuó subiendo con la vista puesta en los escalones que aún le suponían un esfuerzo notable. Los niños lo hacían tranquilos, agarrados a los balaustres de madera y deslizando sus delicados dedos por el pulido barniz.

—Yo cambiaré al pequeño mientras tú te pones algo más adecuado para comer fuera.

Julia lo miró, ladeó la cabeza y sonrió por lo acertado de la propuesta; había pasado tanto miedo, que el solo hecho de salir fuera le resultaba apetecible.

—¡Yo me pido patatas y huevos fritos! —gritó Lucía entusiasmada.

—¡Yo un flamenquín muy grande! —la siguió Ricardo, que ya había olvidado la razón de su mojada pernera.

En poco rato, los cuatro estaban dispuestos para salir, incluso Ricardito, que fue enfundado en un chándal claramente femenino, para su disconformidad, bajaba decidido.

El restaurante donde Marcos había quedado con Ricardo se situaba a las afueras de la ciudad, en una zona ajardinada, donde al menos el aparcamiento no constituía ningún problema.

—¿Vamos a comer en las Tres Culturas? —se sorprendió Angelina, dada su cercanía con el hueco que ahora ocupaba su propio coche.

—¡Pues sí! Marcos me lo ha recomendado y para una vez que comemos fuera lo haremos a lo grande.

La intención de ambos era aliviar las tensiones sufridas. Un buen restaurante con la mejor cocina, haría que las dos mujeres se sintiesen algo mejor, al menos por un rato.

—Desde luego la fama lo precede, pero no sé yo si tengo el cuerpo para disfrutarlo.

—No es que vayamos a olvidar lo ocurrido, pero sí a darle menos importancia. Ahora estamos los cuatro en esto y tendremos que procurar hacerlo más llevadero —sugirió Ricardo —Mira ahí vienen —se alegró.

Ambos salieron del vehículo, pusieron su mejor cara y le indicaron donde debían de aparcar, aunque fuese obvio. Ricardito se aferró a los pantalones de su padre en cuanto salió del coche y Julia se dirigió hacia Angelina para preocuparse por el corte sobre la ceja que le habían suturado en el mismo hospital.

—¿Tan profundo era?

—Parece ser que sí. Espero que no me deje marca.

—¿Y Ricardo?

—Ricardo sí que tiene para más tiempo. A pesar de no haber sufrido daños importantes, tendrán que curarlo asiduamente en el ambulatorio hasta que cicatrice la herida.

—Bueno, ahora vamos a comer y luego, si te parece, me gustaría subir a la sierra a ver a la Virgen.

—Es una idea estupenda. Lo haremos así.

Cuando entraron en el restaurante sus esposos ya tomaban unas cervezas en la barra y los niños jugaban en los cristales de una especie de terrarios transparentes, que se alojaban en el suelo.

—Yo tomaré un rioja.

—Para mí, cerveza sin alcohol.

Al entrar en el comedor, Lope los atendió como siempre atendía a todo el mundo, cordial pero discreto, amable sin llegar a ser meloso y con un olfato innato para saber cual sería la mesa adecuada, para según qué comensales. Los situó frente a la cristalera por la que se podía ver los jardines exteriores, en una mesa para seis, que permitía controlar a los niños en caso de que estos saliesen a jugar fuera.

El vino de la casa fue su primera recomendación, suave y aromático, con cuerpo, pero, sobre todo, con un precio acorde a su calidad. La empleada llegó con la botella envuelta en un paño blanco, exhibió la mejor de sus sonrisas, la descorchó con elegancia y sirvió poca cantidad en la copa que

Marcos tenía justo enfrente. Este, movió su contenido para eliminar los primeros vapores, que siempre son excesivos, y dio su visto bueno, asintiendo con la cabeza, para que la chica procediera a llenar su propia copa y las de los demás comensales.

La carta de aquel restaurante de lujo no era la más extensa que había visto pero, aun así, Marcos buscaba la mirada cómplice del dueño del local, sabiendo que sus consejos los llevarían a buen puerto.

—Solo vamos a tomar unos entrantes y un segundo ¿Qué nos recomienda? —preguntó Ricardo en cuanto Lope se acercó directamente a la mesa.

—Como entrantes tenemos milhojas de salmón, exquisitas, almejas de carril fresquísimas, o si lo prefieren, unas berenjenas a la miel que están muy ricas —dijo sonriente, sabiéndose el centro de todas las miradas.

—En ese caso, ponga las tres cosas.

—Por supuesto, también tenemos tabla de ibéricos, jamón de pato y ...

—No, no, está bien, hoy queremos algo realmente especial.

—¿Tiene flamenquines? Para los niños, claro —intervino Angelina, sabiendo el gusto de su pequeño.

—Para mi niña, mejor huevos con patatas, por favor.

El dueño del Restaurante asentía sonriente. El flamenquín, sin ser de alta cocina, se había convertido en el plato más recurrente para satisfacer el apetito de los pequeños, y aunque nunca era renombrado, siempre formaba parte de la cocina en cualquier negocio de restauración de la zona. «Consiste en un filete de lomo, enrollado, con jamón serrano en su interior y rebosado en huevo y pan rallado para luego freírlo en abundante aceite de oliva». Puramente cordobés, a nadie se le ocurría otra forma de hacerlo que gustase más a los pequeños.

—Para mí, de segundo, me gustaría probar el buey —dijo Ricardo, aun sabiendo que se lo tendría que trocear su esposa.

—Para mí, rape en salsa verde —pidió Julia, sin dejar de mirar la carta.

—Pues yo prefiero pierna de cordero —se decidió Marcos, que vacilaba entre lo pedido o el lechón al horno.

—Pues como nadie pedís verdura, me la pediré yo. El revuelto de verduras con huevos de codorniz —dijo Angelina amablemente, mientras cerraba la carta.

—Muy bien, si desean algo más, no tienen más que pedirlo —se despidió Lope, mientras recogía las carpetas de piel que envolvían las cartas —Por

cierto, ¿el buey lo prefiere hecho, poco hecho o en su punto?

—En su punto, por favor.

—Bien —contestó para marcharse directamente a la cocina.

Aunque a nadie se le había olvidado lo ocurrido durante la mañana, todos prefirieron no sacar el tema ante tan presentable mesa. Hablaron de cosas cotidianas; de la futura noche vieja que no tardaría en llegar, de los nuevos planes de algún vecino para remodelar su casa, o incluso de las algunas veces nefastas actuaciones de los operarios del ayuntamiento.

—¡Yo creo que cogen siempre a los mismos! —bromeaba Ricardo.

—El problema no son los operarios. Ellos son unos mandaos, como diría un compañero de mi oficina ¡Si supieseis cuantas veces hacemos algo sabiendo que es una pérdida de tiempo! —se defendió Marcos, sintiéndose aludido por el hecho de ser funcionario.

—¿Y por qué no os negáis? —preguntó Julia sin comprender a su marido.

—Con el tiempo, los funcionarios nos limitamos a hacer lo que se nos manda. Al principio peleas algo, pero después, te das cuenta de que no sirve de nada y acabas por adaptarte.

—El problema es que gastan el dinero de los demás. Si realmente, cada error lo pagara de su bolsillo el responsable de turno, seguro que las cosas se harían bien a la primera.

Angelina miraba a los pequeños que, como había previsto Lope, jugaban fuera. Su pensamiento estaba en los hechos ocurridos aquella mañana y en todos los vividos desde hacía un tiempo.

Cuando llegaron los postres, los niños volvieron a sentarse para deleitarse con lo que más les gustaba.

—Me gustaría subir al santuario —comentó Julia.

—Sí, a mí también —la siguió Angelina.

—¡Como queráis! —asintió Ricardo, que aún apuraba su tarta al güisqui, regada por segunda vez por la misma camarera que los había servido.

Marcos resopló abiertamente. El día, aunque había mejorado algo, seguía siendo un día desapacible de otoño y esa circunstancia le parecía suficiente motivo para no subir a semejante altura.

—¡Pues quédate en el coche! —dijo Julia como única alternativa.

—No importa, subimos y ya está.

—En ese caso habrá que pedir la cuenta o se nos va la tarde —sugirió Angelina, para justo después, levantarse y buscar los abrigos de los niños.

La carretera de la ermita aparecía de un negro cristalino, mojada, casi resbaladiza, sinuosa y solitaria como de costumbre por aquellas fechas. Los olivos que la enmarcaban lucían sus frutos con un brillo casi pétreo, pulcro, y los pocos rayos de sol que conseguían esquivar las nubes, hacían relucir las gotas de lluvia que permanecían sobre las hojas, pareciendo en ciertos momentos que en ellos habitaran estrellas. Todo un espectáculo para Marcos, que no quiso compartir, para no romper el mutismo que reinaba en el coche.

Llegado el kilómetro tres, en la llamada primera cruz, se abrió un nuevo horizonte; las miradas se centraron en el frondoso bosque mediterráneo con el que cuenta la sierra de Aras. Un monte escarpado, a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar, en cuya cúspide se alza la ermita a la que se dirigían. En el parabrisas, la imagen del elevado santuario se difuminaba entre los nubarrones que la envolvían y una serie de nubes bajas que humedecían su falda, para dejar al descubierto la iglesia, el campanario y un pino piñonero que contrastaba su verdor con el blanco de la construcción eclesiástica.

—Si no hubiese subido tantas veces, creo que no me atrevería a hacerlo hoy —comentó Marcos sin dejar de mirar la cumbre.

—¿Atravesaremos las nubes? —preguntó Lucía, divertida.

—¡Claro cariño, ahora lo veréis!

—Recuerdo una pintura que vi de niño en la que aparecía la ermita sobre una nube y la Virgen sobre ambas. Ahora entiendo de donde provenía aquella inspiración.

—Realmente parece estar flotando en una nube —siguió Angelina, corroborando las palabras de su esposo que viajaba en el asiento del copiloto.

Una vez pasada la curva de la paella, como era conocida, el vehículo se adentró en una espesa nube blanca que tan solo dejaba la visibilidad justa para ir a treinta kilómetros por hora. Julia bajó la ventanilla para dejar que los pequeños tocasen las nubes, pero la desilusión, pronto los hizo protestar.

—¡Yo no toco nada!

—¿Por qué desaparecen al llegar nosotros? —preguntaron insatisfechos.

—¡Miraos las manos! —les pidió Julia.

—¡Están mojadas! —respondieron al unísono.

—Eso es porque estáis tocando las nubes —les indicó con los ojos muy abiertos para señalarles la proeza.

Marcos continuaba con la mirada puesta en la carretera; se le antojaba mucho más estrecha que de costumbre y aunque las nubes impedían ver el

enorme precipicio que se abría a la derecha, el piso húmedo y marcado por la negrura de las pocas hojas de chaparro, que después de caer se descomponían en el asfalto, le parecía realmente peligrosa. Los marmolillos blancos se sucedían despacio, pero el sonido que producía el aire del vehículo al pasar por su izquierda, le recordaba lo funesto que sería perder el control en aquella circunstancia.

No tardaron en abandonar las nubes bajo ellos, ahora y como en pocas ocasiones, tenían la extraña sensación de dominar las alturas, al estar sobre un gigantesco manto blanco de aspecto algodónado.

Bajaron del coche refugiándose en sí mismos, levantando los cuellos de los abrigo para impedir que el cortante aire frío se colara por sus adentros, mientras se dirigían con dificultad al pequeño bar que, como único albergue, cobijaba a los visitantes de las extremas condiciones meteorológicas del exterior. El viento soplaba fuerte, racheado y amenazador, las aciculadas hojas del gran pino que custodiaba la entrada principal de la ermita, cuyas puertas estaban casi siempre cerradas, dejaban sabiamente que el aire circulase por su interior, produciendo un ulular hueco y silbante que acentuaba la sensación de frío y advertían del peligro que suponía estar en sus inmediaciones.

Una vez dentro del bar, la calidez reconfortaba lo suficiente como para sentirse a salvo de las fuerzas de la naturaleza, por lo que se quitaron las ropas de abrigo, antes de pedir unos cafés y acomodarse en una de las tres mesas.

Marcos se quedó de pie, junto a la barra, a tan solo metro y medio de la silla de su esposa, que le daba la espalda. Observó a través del cristal de la puerta de entrada como una tela sujeta a un tubo metálico, allá en la lejanía y a modo de cataviento, perdía los hilos que la componían, en un continuo forcejeo con un viento implacable que la hacía estirarse y contraerse con violencia. «Para parapentes está hoy el día» —pensó, sabiendo la utilidad que los aficionados a este deporte le daban a aquella tela descolorida.

Paseó su mirada por el interior, dejando que las voces agudas de los niños y la conversación de los mayores pasaran a un segundo plano, mientras él, como si fuese la primera vez, ojeaba las distintas miniaturas de los carteles de las fiestas de la patrona, que cada año ocupaban un poco más de espacio sobre la pared.

—¿Te quedas? —le preguntó Julia.

—Sí, os espero aquí —contestó apartando la vista de la pared.

La puerta se abrió con un leve chirrido y todos salieron agazapados sobre

sí mismos. El viento movía las nubes con rapidez y los pequeños se abrazaban a sus progenitores, con tal fuerza, que Marcos no tuvo que hacer mucho esfuerzo para recordar el pasado primate de una especie que se creía tan evolucionada como para hablar con Dios.

Ricardo salió el último con su hijo en brazos y posó su mano sobre la cabeza del pequeño, en un gesto protector, que a Marcos le pareció realmente tierno. Bajaron las escaleras con sumo cuidado y algún esfuerzo, pues el viento del suroeste les azotaba la cara. Continuaron al alcance de su vista hasta que giraron a la izquierda y Marcos volvió a mirar a un horizonte que anunciaba lluvia. Unos nubarrones espesos, oscuros y amenazantes, avanzaban lentamente, como si la velocidad del viento no les afectase tanto como a las demás nubes blanquecinas que circulaban mucho más bajas.

Llamó la atención del camarero que parecía dormitar dejado caer sobre la pared, a tan solo cincuenta centímetros de la barra, y sacó de la cartera un billete de cinco euros.

—¿Se cobra?

—Claro, son cuatro sesenta —dijo como si el mucho trabajo lo mantuviese despierto.

La reacción de aquel hombre le pareció de lo más llamativa, pasando del aburrimiento a la euforia en décimas de segundo. A buen seguro, su despedida era la mejor de las noticias, pues la tarde no le dejaría mucha clientela, y para poca, mejor ninguna. Así podría retirarse y acomodarse en algún sillón del interior, que Marcos supuso reconfortante.

Levantó el cuello de su chaqueta y abrochó hasta el último botón antes de salir a la escalinata y sentir el aire húmedo que intentaba arrastrarlo hacia dentro. Anduvo rápido para alcanzar la puerta lateral que daba acceso a la ermita, pero, justo antes de llegar a la doble escalera de mármol, acabada en una barandilla semiesférica en su parte más alta, dirigió la mirada hacia los relajados campos. Observó cómo las copas de los olivos más cercanos apenas se movían y deseó no encontrarse a tanta altura. Desde allí, las primeras luces del vecino pueblo de Rute anunciaban la noche, y aunque aún no habían dado las cinco y media, la oscuridad se cernía lentamente sobre los numerosos olivares, procurándole una desazón que lo empujó a traspasar las vidrieras de la pequeña tienda de souvenir, que era la única forma de llegar al interior de la iglesia.

Entró procurando no llamar la atención, pero se encontró con la mirada inquisitiva de un abueleto que desde su mesa camilla lo escudriñaba

desconfiado.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas —dijo el abuelo de mala gana.

Marcos señaló la pequeña entrada por la que se accedía a la capilla y caminó despacio. Una puerta de cuarterones, claramente antigua y pintada con tinte oscuro, lo separaba de su familia, por lo que entró más pensando en ellos que en la sagrada imagen que la presidía.

El olor a cera quemada, mezclado con el incienso, lo situó, junto al silencio sepulcral, en un santuario casi desconocido para él, aunque no tardó en recordar el día de su boda en cuanto contempló a su esposa postrada de rodillas y con la mirada clavada en su patrona.

Observó a los dos pequeños. Sentados unos bancos más atrás jugueteaban con las manos, pero con la rareza de no emitir sonido alguno.

La voluminosa columna que tenía ante sí, le impedía ver tanto a la Virgen como a sus amigos, por lo que decidió dirigirse al fondo del pequeño templo y volver a maravillarse con lo que consideraba un auténtico tesoro de la naturaleza. Las dos conchas de almeja, que servían de pilón para el agua bendita, y que llegadas desde Filipinas en el año 1893, le impresionaron desde el primer día que su esposa lo forzó a entrar hacía bastantes años. La volvió a tocar, pensando en el tamaño del animal que la habitara y en cómo se podrían abrir semejantes valvas si estuviese en su medio marino. Levantó la cabeza y vio que nada había cambiado; los tres adultos continuaban orando y las cabezas de los pequeños se movían al ritmo que marcaban sus juegos. Dirigió su mirada a la imagen que los mantenía postrados e intentó comprender cuál sería el motivo de su devoción aparte del inculcado por sus padres.

La talla, de cuerpo entero según le habían informado, era realmente hermosa. Todos los lucentinos se sentían orgullosos de poseer la patrona más guapa del mundo, pero eso no tenía nada que ver con el amor que despertaba en sus muchísimos devotos, sino con la realidad que había plasmado su autor. Otras vírgenes, patronas e ídolos religiosos, no tan agraciados en sus rasgos físicos, contaban con la misma admiración o quizá más. Tenía que ser algo interior, casi genético, un resquicio de amor maternal perdido en el tiempo de las enfermedades incurables, cuando estas eran prácticamente todas. El niño que mantenía en sus brazos parecía no encajar en la idea de su creador, pero por algún motivo, el conjunto reflejaba tranquilidad, protección y serenidad. Fuese quién fuese el escultor, había conseguido un verdadero ídolo mediático

entre Dios y los hombres.

Si su conciencia le permitiera pedirle algo, algún deseo interno, sin duda pediría protección para su familia en unos momentos tan delicados. Tenía claro que aquellos fenómenos extraños escapaban de su control como humano. Respiró hondo, intentando captar algún tipo de energía que lo hiciese comprender, pero era evidente que su racional pensamiento nada tenía que ver con tan altísimas cotas de espiritualidad.

Pensó, que tal vez, aquel monte tan privilegiado en altura y tan solitario, hubiese sido venerado desde mucho antes de que los cristianos hiciesen su primera aparición en la historia, quizá los primeros pobladores ya lo utilizaran para acercarse a sus dioses o como altar para venerarlos.

Una sacudida en el pantalón lo sacó de sus pensamientos.

—¿Nos vamos Papi?

—Sí claro, os estaba esperando.

Dirigió sus pasos hacia la salida, donde lo esperaba su esposa y sus amigos, con los dos niños de la mano y la sonrisa de quien a lo largo de su vida había catalogado de estupidez, aquel pensamiento donde acogerse a lo divino constituía no perder la esperanza.

Abrieron la puerta y atravesaron el estrecho pasillo abovedado que conformaba el muro de argamasa, para encontrar al curtido abuelete mirando por los cristales y negando con la cabeza de forma preocupante. Sin duda, el descomunal aguacero, que descubrieron nada más imitarle, y que parecía inundarlo todo, era la causa de su pesimismo, pero Marcos pensó que allí, en las alturas, poco podría pasarles por mucha agua que cayese.

Todo el entorno se había vuelto demasiado grisáceo y las bombillas con las que contaba la lámpara, y la poca intensidad que tenían, daban un tono amarillento a la estancia que aumentaba la sensación de oscuridad que reinaba en el exterior, para desconsuelo de los presentes.

—¡Menuda tarde, eh! —comentó el guarda.

—¿Es tormenta? —preguntó Ricardo por el simple hecho de seguir la conversación.

—No, yo no he oído tronar, pero agua una *jartá*.

—Tendremos que esperar a que afloje.

—Me parece que sí —dijo sin dejar de mirar la inmensidad de los campos que tenía delante.

Marcos se giró decepcionado, mientras Julia y Angelina curioseaban en el mostrador y las vitrinas repletas de recuerdos con la imagen de la Virgen de

Araceli como protagonista.

—Me voy a llevar uno de estos para colgarlo en el interior de la puerta de mi casa —comentó Angelina.

—Yo compraré otro —dijo Julia convencida, en cuanto vio como el personaje que custodiaba la puerta se dirigía al mostrador.

«Bendeciré esta casa» se leía en letras doradas justo debajo de la imagen de la Virgen.

—¿Ponemos esta en el coche? —le preguntó Julia a su esposo, que negó con disimulo, ante la atenta mirada del vendedor.

—Solo nos llevaremos este —acabó por decir.

Marcos se dirigió a la puerta, y la abrió unos centímetros, para comprobar que la lluvia había dado la tregua esperada.

—¡Voy a por el coche! —dijo sin esperar oposición.

Al poco rato, los pilotos traseros del automóvil advirtieron a Ricardo de que había que salir rápido. La lluvia, aunque tenue, continuaba incesante, y según delataba el cielo, aquella era una oportunidad para salir de allí sin perder un minuto.

—¡Cuidado con las escaleras! —advirtió Marcos que estuvo a punto de darse de bruces.

Conforme entraban en el coche respiraban aliviados, como si la lluvia no fuese a cesar nunca y tuviesen que quedarse allí para siempre.

—¡Pon la calefacción! —pidió Julia.

El parabrisas quedó completamente empañado, al igual que el resto de los cristales, por lo que tuvieron que esperar un rato para que este hecho no les impidiera la visibilidad.

En cuanto se despejó lo suficiente el cristal delantero, Marcos no dudó en bajar la inclinada carretera, para así, sentirse un poco más a salvo de una situación que no tenía porqué implicar peligro pero que parecía ser la nota común en todos los ocupantes del solitario vehículo. Lo hizo despacio, con la primera marcha para evitar frenazos, pero, aun así, a los pocos metros tuvo que colocar la maneta del limpiaparabrisas en su posición más elevada.

La visibilidad quedó reducida a unos cuantos metros, y a pesar de la cortina de agua que golpeaba la chapa, pequeños cúmulos blancuecinos subían la montaña, resplandeciendo espumosos, a medida que los descubrían los faros del coche.

—¡Cuidado! —gritó Julia desde el asiento contiguo.

Marcos pisó el freno de inmediato, notó como el vehículo se desplazaba a

la izquierda en un movimiento que dejó helados a todos, y dirigió una mirada iracunda a su esposa.

—Creí haber visto a alguien —dijo abatida, para después escuchar el sonoro resoplido de su esposo.

—¡Son solo nubes! —replicó.

El auto continuó su marcha dando un giro a la derecha que lo alejó del peligro de caída. La lluvia se acrecentó aún más y la visibilidad se convirtió en casi nula por la poca efectividad de los limpiaparabrisas que se mostraron incapaces de desalojar tal cantidad de agua.

—¡Ve con mucho cuidado! —le suplicó Angelina, que abrazaba a los pequeños con más fuerza de lo que ellos alcanzaban a comprender.

—¡Si pudiese parar lo haría!

—En el cortijo de Rojas hay una pequeña explanada —aconsejó Ricardo, advirtiendo la dificultad a la que se enfrentaba su amigo.

Angelina, en la parte trasera y detrás del conductor, creyó adivinar una temerosa lágrima que corriera por el rostro de su amiga. Inclino su cuerpo hacia delante para cerciorarse y la sobrecogió la mirada perdida de Julia, la que, sin apartarla de la guantera, dejaba que el líquido corriese por sus mejillas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó posando su mano en el hombro.

Marcos paró el coche en el sitio indicado por Ricardo y, sin apagar el motor, levantó el freno y frotó con la palma de la mano el cristal de su puerta que permanecía empañado.

Julia hizo amago de contestar a la pregunta cuando deslizó su pupila hasta el rabillo del ojo y, en ese momento, comenzó a temblar pavorosamente, provocando que los adultos ocupantes giraran sus cuellos en la misma dirección.

Aquel cortijo, restaurado recientemente para hacer de él un lujoso hotel restaurante, se situaba al borde de la carretera y era bien conocido. Su transformación, aunque completa, había dejado rastros bien definidos de lo que en su momento debió de ser un caserío burgués.

El desconcierto de todos se acrecentó cuando advirtieron su anterior ruina. Las higueras, rosales y plantas trepadoras, crecían a su antojo, dando un aspecto lúgubre a sus desconchadas paredes, que apenas eran sustentadas por el mortero que las constituían. Todos recordaban aquel entorno por donde los peregrinos recortaban para evitar una gran curva imprescindible por carretera, pero no para los viandantes. Las sombras que procuraban las higueras, los

nogales y demás arbustos silvestres, ayudaban a soportar los muchos grados del verano, no siendo pocos los que en ella se refugiaban. Pero en aquel momento, bajo la lluvia, junto a tan humedecido lugar, sin apenas luz, amedrentados por las circunstancias, con una visión pasada de aquel paraje y ansiosos por llegar a casa, todo se les antojó aterrador.

Una hilera de personas vestidas de negro marcaba el paso sin inmutarse, callados, serenos e impassibles ante aquel diluvio que no empapaba sus ropas, ni les aplastaba el cabello sobre sus cráneos. Una procesión fantasmagórica de cuerpos semitransparentes, de almas absueltas de sus pecados, de dicha sin euforia, de llegada sin retorno y de muerte placida, subían sin demora por la empinada cuesta, buscando en su cumbre la puerta al otro mundo, la resurrección de los muertos, para convertirse en seres etéreos y eternamente felices, la culminación de su estado inmaterial y espiritual.

Ricardo se sobrecogió cuando un nudillo golpeó el cristal de su puerta; se volvió despacio para encontrarse con la expresión satisfecha de la señora pelirroja que sujetara a su hijo en la entrada de la habitación, que salvara a Lucía de la muerte por ahogamiento y que cuidó de su hijo en la piscina del hotel. Su rostro reflejaba agradecimiento; con los labios sonrientes y los ojos vidriosos, sus manos señalaban el camino.

Nadie pudo gritar, algunos de los caminantes saludaban al coche sin esperar respuesta, sin la más mínima necesidad de recibirla, pero ningún sonido salía de aquellas bocas entreabiertas, solo el ulular del viento acompañaba los lánguidos cuerpos y producía una pequeña vibración a través del maletero.

—¡Vámonos, por dios! —suplicó Ricardo.

Pero Marcos quedó inmóvil, sus pies no obedecían a su cabeza y sus manos temblaban tanto que se volvieron inútiles.

—¡Cuidado! —articuló Julia sin voz alguna.

Otros espectros se apoyaban en el capó para inclinar sus cuerpos hacia delante. Parecían escudriñar el interior en la búsqueda de alguien o de algo, y aunque en ningún momento hicieron amago de golpear el amplio cristal, un miedo sobrenatural los hizo perder el raciocinio. Comenzaron a gritar enmudecidos como en una pesadilla agobiante de la que no podían despertar. Los rostros incoloros, palidecidos e imperfectos, proponían una felicidad incomprensible que rozaba lo siniestro y que lejos de tranquilizarles, los sobrecogía aún más.

Un trueno ensordecedor, acompañado de la más cegadora de las luces,

descubrió por unos instantes la nada alrededor suyo. Los supuestos personajes que los asediaban dejaron de ser visibles y Marcos acertó a quitar el freno de mano y pisar el acelerador. En ese momento, los agitados movimientos se pararon en seco, la respiración quedó en suspenso y los desenfocados ojos buscaron adaptarse a una oscuridad blanquecina que no despejaba ninguna duda.

El coche, con tracción trasera, giró brusco sobre sí mismo para quedar en dirección a la cima y anclado en un barro lo suficientemente resbaladizo como para impedir su avance.

De nuevo quedaron estupefactos al contemplar los cientos de luces que ascendían titilantes por la inclinada carretera, recortándola en el horizonte.

—¿Veis lo que yo? —preguntó Marcos, aferrado al volante.

Todos balbucearon algo extraño pero esclarecedor, unas repetitivas silabas que no definían nada, pero que denotaban la perplejidad en la que se sumían.

Un nuevo acelerón movió el coche de izquierda a derecha, sacudió los cuerpos, y los despertó a una realidad demasiado penosa. Angelina pensó en los pequeños, reclinó la cabeza para encontrarlos y levantó el chaquetón que los mantenía aislados. Ambos dormían sudorosos, apoyados entre sí, refugiados en su restringido mundo, donde los sueños se adornaban de belleza.

Ricardo miraba el vendaje de su mano con angustia, la sangre lo empapaba acuosa y unas punzadas de dolor le impedían estirar los dedos.

—¡Tendremos que empujar! —dijo Marcos con la convicción de que no sería agradable para nadie.

Aún lloviznaba y el frío nocturno se reflejaba en la visible humareda que provocaba el tubo de escape.

—¡Bajaremos nosotros dos! —propuso Marcos, apremiando a Julia para que ocupase su sitio.

Esta, sin decir nada, se deslizó por los asientos para hacerse con el volante y los pedales. Angelina intentó salir para echar una mano, pero al coger la pequeña maneta del auto, el miedo le agarrotó el brazo, su respiración se aceleró y buscó a Julia a través del espejo retrovisor. La encontró desencajada, llorosa y pálida como la misma muerte.

—¿Estás bien?

Julia le contestó con dos movimientos de la cabeza.

—¡Acelera! —se escuchó lejano.

Julia puso la primera marcha y pisó el acelerador. Tras un rápido

coletazo, el vehículo se cruzó aún más, Ricardo cayó al suelo y Marcos gritó enfurecido —¡Más despacio! —Julia intentó no perder los nervios, volvió a intentarlo, pero la arcilla cada vez menos consistente se reveló demasiado resbaladiza.

—¡Continua! ¡continua así! —le gritaba Marcos.

Las ruedas traseras casi pisaban el asfalto de tanto giro como había efectuado el coche.

—¡Vale! —vociferó Ricardo, cuando una mano tétrica golpeó el cristal trasero.

Angelina dio un grito tan desgarrador que los inocentes chiquillos despertaron asustados y comenzaron a llorar. Nunca había sentido tanto miedo, se vio desbordada, acorralada dentro de lo que creyó su propio ataúd. Aquella mano dejó una marca sanguinolenta y escurridiza, una huella de barro que se deslizaba por el cristal, dejando sangre en sus extremos.

Marcos abrió la puerta y pidió a su esposa que desocupara el asiento del conductor.

—¿Dónde está Ricardo? —preguntó a gritos, para que su voz superara el molesto y envolvente griterío de los pequeños.

Dos golpes más, ahora en la carrocería, y ante los desorbitados ojos de Angelina se mostró el rostro desfigurado de Ricardo que intentaba ver a través de la luneta trasera.

Otro grito de pánico y Julia le apretó las muñecas con furia —¿Te quieres tranquilizar? ¡Estás asustando a los niños!

El auto dio un nuevo giro repentino y colocó las cuatro ruedas sobre el asfalto. Ricardo se introdujo rápidamente y cerró la puerta con un golpe seco, que acabó por desesperar a su esposa que lloraba inconsolable.

—¡Llévanos directos a casa! —pidió Ricardo, mientras observaba como Angelina lloraba de pavor y angustia.

—Ya ha pasado todo, pronto estaremos en casa —le decía Ricardo a su hijo mientras le acariciaba la cabeza con la mano izquierda y miraba su derecha que parecía estar en mal estado.

Julia en el asiento delantero y con su hija en los brazos, también intentaba calmarla con mimos parecidos.

Apenas si llovía y el ruido del motor acabó por ser lo único que los acompañara durante el resto del camino.

Angelina pudo tranquilizarse tras comprender que era la mano de su esposo, y no otra, la que golpease el coche, y respiró aliviada al ver como su

amiga pasaba un pañuelo por el rostro de su esposo, y que este, aparecía también lleno de barro.

El chirrido de los frenos dejó paso a una silenciosa despedida, donde hasta las miradas rehuyeron la comunicación.

Las dos familias eran conscientes de que la normalidad se había perdido para siempre, pero también lo eran, de que la vida tenía que seguir su curso.

Ricardo, demasiado abatido, optó por no abrir la cafetería aquel sábado por la noche. Angelina tampoco estaba para fiestas, pero ahora que su marido tendría que estar de baja en la carpintería, no podían permitirse el lujo de mantenerla cerrada ni un solo día.

Por otra parte, cuando entraron en la casa, advirtieron que la sensación de frío y ambiente enrarecido, que ambos respiraron desde su llegada de las vacaciones, había desaparecido y que hasta el olor había cambiado. De nuevo olía a su hogar, a su suavizante, a su ambientador favorito y al poco rastro que quedaba del barniz de sus muebles. Sintieron que algo había cambiado para bien y de alguna forma los relajó lo suficiente como para dirigirse una sonrisa cómplice.

Se preguntaron si sus amigos habían sentido lo mismo, si al igual que a ellos, su hogar le había parecido su refugio, su fortín para salvaguardarlos. Pero, aunque ambos miraron el teléfono, ninguno dio el paso necesario para descolgarlo y marcar los memorizados números.

* * *

Julia entró con Lucía en sus brazos, justo detrás de Marcos que abrió la puerta con diligencia. La lluvia había cesado, pero, aun así, además de descalzarse, hubo de desnudarse en la cocina.

—¿Me puedes traer el pijama? —preguntó Marcos, que prefirió dejar la ropa en el lavadero, para después limpiar los zapatos que quedaron embarrados y empapados de agua.

Observó como el frigorífico no mantenía ninguna deformación, miró hacia la cerrada puerta del sótano, y sopesó la posible implicación que la mancha de humedad pudiese tener en algo tan extraño. Después de aquello, cualquier hipótesis podía ser buena, desde unas fuerzas desconocidas, hasta las distintas dimensiones del espacio.

En su profundo ateísmo, siempre tuvo la sensación de que todas las religiones se sustentaban en algo más terrenal que celestial. De alguna forma,

allí sentado, semidesnudo y cansado, encontró por primera vez en mucho tiempo algo digno de un estudio serio, de un estudio basado en su propia experiencia, y que sabía, lo había marcado para siempre.

Para Julia, la vuelta a la normalidad, que durante semanas no se atrevió a creer, supuso su propio reencuentro. Había pasado todo un año y ni rastro de aquellas visiones que la torturaban, ni los cambios de temperatura con los que llegó a convivir dentro de su propio hogar y que parecían haberse hecho cotidianos.

Su hija crecía sin ningún trauma y las mañanas volvían a ser alegremente luminosas.

Se consideraba afortunada, su marido era perfecto y la trataba como ella se merecía, con cariño y respeto. El sueldo fijo con el que contaba la eximía de tener que trabajar fuera de casa, pudiendo educar a su pequeña, a la vez que gozar de una libertad que muchas envidiaban.

La muerte de sus dos amantes imaginarios las asimiló como algo fruto de la casualidad y aunque en alguna ocasión se había planteado acercarse al mundo de la parapsicología, siempre acababa convenciéndose de que Angelina tenía razón; era mucho más sensato no volver a tocar el tema, olvidar dentro de lo posible, e intentar ser felices mientras la vida lo permitiera.

Aun así, su relación con ella se fue deteriorando hasta el punto de ser prácticamente inexistente. Casi no podían mirarse a los ojos sin que ambas revivieran lo que tanto repelús les causaba.

El mundo de los muertos no podía solapar la realidad que tanto la llenaba, y después de discutir con su marido, las cosas quedaron claras con respecto a investigar a cerca de los espíritus, como ella los llamaba.

La llegada de una antigua amiga, gracias a la plaza conseguida en un colegio de la localidad, también contribuyó a dicho distanciamiento. Desde ese momento reiniciaron sus contactos como si el tiempo no hubiera pasado.

A Julia le costaba trabajo entender la soltería de su amiga; era simpática y agradable, seguía siendo guapísima y con un cuerpo rellenito pero contorneado, que desviaba todas las miradas. El pelo castaño oscuro, bien ahuecado, caía sobre sus hombros sin ocultar la tez morena de su cuello que continuaba siendo esbelto y sin ninguna arruga. Sus ojos risueños y su boca extremadamente sensual, la hacía todo un modelo de la mujer cordobesa. «Si

no se ha casado será por decisión propia» —pensó mientras acariciaba a la pequeña Lucía el día que le hizo su primera visita.

—¡Tienes una hija guapísima!

—Estoy muy orgullosa de ella —dijo, cambiando la mirada para dirigirla a su pequeña.

—¿Y el matrimonio? ¿cómo lo llevas?

—Bien, soy bastante feliz.

—Tengo que decirte, que siempre vi a Marcos un hombre estupendo, aunque algo flojito para ti —se sinceró Inma con un deje de sarcasmo, que le recordó su promiscuidad antes de conocerlo.

—Todos cambiamos. Ahora tengo otras prioridades.

—Sí claro, perdona, no era mi intención ni mucho menos ofenderte. Ya sabes como soy, el ladrón piensa que todo el mundo es de su condición ¿No?

—Ya veo que sigues igual que siempre.

—Cada vez me cuesta más trabajo, pero sigo siendo atractiva —coqueteó con gestos puramente femeninos.

Aquella tarde terminó como había empezado, risas, recuerdos, y una tertulia tan amena que ambas no dudaron en repetir.

Marcos en cambio, seguía con sus indagaciones acerca de la Lucena judía. Intentaba comprender su importancia, hasta el punto de no permitir a los musulmanes la entrada al recinto amurallado. Según escribió Natronay bar Hilai, presidente de la academia babilónica de la Sura, en el ochocientos cincuenta y tres de nuestra era, Eliossana era una ciudad judía en la que no habitaban gentiles, siendo un centro de cultura, ciencia y meditación. La escuela talmúdica, donde tomaron e impartieron clases los más destacados rabís, era conocida y reconocida en todo el mundo.

Otro de los documentos que le llegaron por Internet, conferían a la ciudad una antigüedad difícil de creer. Según leía en el escrito, Eliossana o Elisana fue la ciudad más sagrada de los judíos en el sur de Europa. De ahí que su pérdida por causa de los almohades, fuese considerada una tragedia equiparable a las destrucciones de Jerusalén.

Cuenta una leyenda sefardita, que Nabucodonosor —continuó leyendo con escepticismo —hacia el año 607-562 antes de Cristo, mandó a un grupo numeroso de hebreos hasta los confines de la tierra. Estos buscarían “El lugar idóneo” para fundar la ciudad de Elisana —conforme iba leyendo aumentaba su sorpresa ante la que le parecía una editorial sensacionalista, que usa las similitudes del idioma, para colocar en según que lugar los nombres que le

interesaban. Así, sitúa al monte Ararat, en cuya cumbre se posó el arca de Noé, en la sierra de Aras, a seis kilómetros de la actual Lucena. Al imperio de Tharsis con Tartessos, donde envió Nabucodonosor a la expedición de hebreos y que pertenecía a los fenicios de Tiro, la primera civilización conocida en la península que habitara el valle del Guadalquivir.

En esto sí coincidía con los arqueólogos, en que las ruinas de Morana, situadas en el término de Lucena, pertenecieron a la época Ibero-tartésica.

Sin querer hacerlo, la lectura de aquel artículo le suscitó cierta curiosidad. También atribuía el nombre de Eliossana o Elisana, a la genealogía de Noé, a partir de su hijo Jafet, que fue el padre de los siete pueblos occidentales.

En ese momento, decidió coger la Biblia para adentrarse en el antiguo testamento. Buscó la reseña (David 3,96-97) donde el escrito dice «que fundaron una ciudad donde dar gloria a Dios...» pero no encontró nada parecido en ella. Rebuscó en otra Biblia y aún cambiando las palabras con relación a la primera, tampoco encontró similitud alguna. Entonces se fue al Génesis para encontrar la genealogía de Noé (Génesis 10, 2-5). Efectivamente uno de los nietos de Noé, hijo de Jafet, fue Yaván, el que engendró a Elisá, Tharsis, los Kittin y los Dodanim.

Según entendía el autor del escrito en Internet, Elisá dio el nombre a Eliossana y Tharsis, a la cultura que habitó el valle del Guadalquivir.

El documento continuaba, ante la incredulidad de Marcos, que tuvo que atender la llamada de su esposa.

—¡Ya subo cariño! —vociferó, mientras pensaba en los enrevesados planteamientos que allí se plasmaban.

—No te preocupes ¡Bajamos nosotras!

Marcos giró su sillón colonial esperando la llegada de su esposa o su pequeña, según fuese el caso, pero lo que nunca imaginó, fue la llegada de una tercera persona cuyos muslos quedaban marcados bajo una falda de fina tela roja, que le cubría hasta las rodillas.

Esta primera visión hizo que se levantara de golpe al interpretar una visita inesperada.

Tras ella, su esposa caminaba a la vez que indicaba lo empinado de la escalera, a alguien cuya cintura aparecía ante sus ojos como un auténtico regalo con lazo incluido.

—Marcos. Es Inma —aclaró Julia con entusiasmo.

—Bueno, bueno ¡Qué sorpresa!

Marcos ayudó a bajar los últimos escalones a la siempre simpática amiga de su esposa.

—¡Estás preciosa!

—Gracias. A ti te veo más interesante. Se ve que Julia te cuida bien —sonrió, a la vez que giraba la cabeza para hacer un gesto cordial a su amiga.

—¡No nos veíamos desde la boda! —recordó Marcos.

—Ah, pero me viste. Yo creía que solo tenías ojos para la novia.

—Siempre los tendré en exclusiva para mi querida esposa.

—Bueno, ¿y qué tal te va la vida?

—Pues muy bien —aseguró Marcos.

—Yo he conseguido plaza en Lucena. Espero sentar la cabeza de una vez.

—Si es lo que deseas, seguro que lo conseguirás.

—Cariño, ¿te importa quedarte con la niña? Me gustaría ir de compras con Inma.

—No, claro que no, ¡Cómo me va a importar!

—Estupendo, entonces nos vamos.

Inma se despidió de Marcos dándole dos besos, uno en cada mejilla — Espero que nos veamos pronto.

—Eso espero —dijo sin más.

Acto seguido, se acercó a su esposa, apretó los labios contra los suyos y la miró complacido —¡Diviértete!

Marcos contempló a las dos mujeres que subían las escaleras y sopesó cual de las dos tenía el culo más bonito.

Su esposa lo tenía enfundado en un pantalón vaquero de los que cortan la respiración. Tan ajustado que no podría usar los bolsillos, aunque quisiese. Con ellos, marcaba su precioso y respingón trasero que tan bien sabía mover. Por otra parte, su amiga seguía con su provocativa manera de vestir. El vestido casi transparente, dejaba entrever unos muslos rellenitos, que recortaban unas diminutas bragas y que, al subir, temblaban cual flan dispuesto a ser devorado de un solo bocado.

Pensó en la posibilidad de hacerlo si ella accediese y sintió una pequeña erección que abortó desviando la mirada y volviendo a decir —¡Qué te diviertas cariño! —. Bajó la vista al suelo y se dispuso a pasar la mañana del sábado disfrutando de la compañía de su hija.

—¿Te apetece que visitemos a tu amigo Ricardo?

—¡Sí papi, sí! —respondió con entusiasmo.

—Espera un momento que recoja y apague el equipo ¡Vale!

—Yo subo a por un juguete, papi.

Antes de dar a inicio para poder apagar, una alerta de correo parpadeaba en la parte inferior de la pantalla. “Hay quién busca y no encuentra y quién encuentra lo que no busca”

Iba a abrir el correo cuando oyó cómo su pequeña reclamaba su presencia —Ya estoy papá —se apresuró a cerrar y se dirigió a su encuentro.

A pesar de sus muchos juguetes, aquel spiderman de goma fue el que se ganó todo su cariño. Los muchos intentos por complacerla, centrados en regalarle muñecas encantadoras con diferentes vestiditos, juegos de maquillaje infantil y todo lo que se supone debe entretener a una niña, quedaron frustrados al ver cómo acababan en una estantería, o peor aún, en el baúl donde se amontonaban los que nunca cogía.

—No entiendo cómo te gusta este bicho tan raro.

—No es un bicho raro ¡Es el Spiderman lobo! —volvió a defenderlo del desprecio de su padre.

El muñeco, en cuestión, medía unos veinte centímetros de alto y por su interior transcurrían unos alambres metálicos que lo ayudaban a mantener las distintas posturas, haciendo las veces de articulaciones invisibles. Sus pies eran grandes y con garras cual lobo, apoyando todo el cuerpo en la puntera de estos, y sus manos, que tampoco guardaban proporción con el resto del cuerpo, por ser demasiado grandes y amenazantes, poseían unos dedos largos y huesudos que terminaban en unas largas uñas tintadas de rojo.

—A ver, ¡déjame! —Marcos contempló el espantoso rostro de la criatura, cuyas mandíbulas sobresalían de la cabeza y descubrían unos dientes amarillos que parecían rezumar baba —Horroroso cariño, horroroso, el único parecido con spiderman es el traje, por lo demás horroroso.

Lucía se lo arrebató de las manos y lo pegó a su pecho como si no quisiera que escuchase aquellas palabras. Solo tenía seis años y seguramente confiaba más en aquel juguete que en su propio padre.

Aun sin ser demasiado temprano, la calle permanecía desierta y en absoluto silencio. Los albañiles que durante la semana se afanaban en restaurar las distintas casas, que comenzaban a cambiar la hegemonía de la barriada, dejaron descansar sus herramientas y, con ellas, al total del vecindario.

Marcos respiró hondo, los olores de la primavera lo envolvían todo y aunque los jardines de las casas en remodelación mostraban su aspecto más desaliñado, el resto de la arboleda en flor los suplían con creces.

La cafetería de Angelina también mostraba la escasez de clientes, delatando sus vidrieras, a tan solo dos que tomaban unas copas de anís.

Lucía se zafó de su padre para recorrer los diez metros escasos que la separaban de las puertas del bar. Entró precipitadamente para colarse en la cocina de forma que ni la misma Angelina se percató de su presencia.

—Buenos días —dijo Marcos lo suficientemente alto para que todos se dieran por aludidos.

—Buenos días —respondieron los presentes por pura cortesía.

—¡Qué visita tan inesperada! —le reprochó Angelina, dado el tiempo transcurrido desde su último encuentro.

—¿Cómo estáis? —preguntó Marcos, evadiendo una explicación.

—Pues muy bien ¿Qué te pongo?

—Un mariano, por favor.

Angelina, de cara a la maquina, usaba sus manos con rapidez, dando ese toque último en forma de golpe seco en la empuñadura de la máquina.

—¿Y Julia? ¿Cómo está?

—¿Tanto hace que no os veis?

—Imagínate ¡Para preguntar por su salud!

—Está bien. Hoy ha ido de compras con su amiga Inma.

—¿Inma?, ¿Quién es Inma? —preguntó de cara a Marcos que esperaba el mariano casi con ansiedad.

—Una antigua amiga que ha estado fuera unos años.

—Perdona, no quería ser cotilla.

—No te preocupes.

—¡Aquí tienes tu café!

Marcos se había quedado colgado del brillo de sus ojos y no acertaba a articular palabra alguna. En ese momento, salieron los dos niños correteando y rompiendo el silencio que sus miradas exigían.

—Mira, si está aquí Lucía —salió de la barra para ponerse a su altura y hacerle una carantoña, mientras Marcos se perdía en su canalillo.

Entonces sí que la niña se lanzó a sus brazos, para darle un tierno abrazo que fue correspondido.

—Ricardo hijo ¿Has enseñado a tu amiga el juego de piezas para montar edificios que te regalé?

—¡Vamos a montar un castillo! ¿Vienes?

De nuevo los dos niños corrieron para adentrarse en la casa.

—Les encanta estar juntos.

—Y Ricardo, ¿cómo está?

—Bien, como siempre, trabajando ¿Te apetece una copa de algo?

—¡Pues ponme un anís! De Rute, por favor.

Angelina puso dos copas y las sirvió del mismo anís con nombre de torero que siempre tenía en primera línea. Las miradas se cruzaron furtivas sin querer pararse en los ojos del otro.

—¿En que estás ahora, aparte del trabajo?

—Estoy investigando sobre la Lucena judía.

—¡Eres un tipo raro! Aunque esa faceta te hace interesante Julia te ayudará, ¿no?

—No que va, a ella solo le interesa la literatura contemporánea.

—¿Y a ti, solo te interesa el estudio? —preguntó con rictus melancólico.

Marcos percibió el mismo tonillo perverso que usara en la habitación del hotel de Cádiz. Realmente era una mujer despampanante que sabía lo que quería.

—¿El negocio va bien?

—¿El negocio o mi negocio?

—Pues el tuyo entonces.

—El mío está a punto —continuaba con su juego de palabras y sus encantos altivos.

—¡No creo que debamos!

—No sé si debemos, pero estoy empapando las bragas —le susurró, acercado los labios a su oreja.

Marcos miró a su derecha; los dos hombres continuaban con su charla y parecían ajenos a los movimientos insinuantes que Angelina no quería disimular. La erección era imparable y notó cómo una especie de corriente eléctrica ascendía por su espina dorsal, hasta el cuello, para dejarlo fuera de control.

Angelina se puso la copa en la boca y comenzó a lamer el filo de forma lujuriosa. Aquel movimiento, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, daba la sensación de querer abrazar algo, engullirlo con presión.

Marcos dio un trago sin dejar de mirarla. Continuaba con su juego bocal, pareciendo un orgasmo interior, cuando volcó la copa y dejó caer un hilillo de mezcla, entre anís y saliva, que recorrió el hondo canalillo que mostraba palpitante.

Volvió a mirar a la derecha; aquellos estúpidos no se irían nunca.

Angelina soltó la copa y se agachó para cogerse al barril de cerveza,

haciendo ver que era demasiado pesado para ella.

—¡Ayúdame, anda! Tengo que coger otro del almacén.

Marcos no dudó un segundo. Se bajó del taburete y rodeó la barra con rapidez; ni siquiera se planteó a lo que obedecía tanta entrega por parte de Angelina que parecía haberlo esperado desde hacía siglos.

No habían llegado al almacén cuando Marcos se deleitaba con la posibilidad de poseer aquel cuerpo tan exótico que tensaba sus glúteos, por el peso del barril, y que destilaba lujuria por todos sus poros. En cuanto lo soltaron, se encontró con los senos de su amiga prácticamente fuera del escote, y se lanzó a restregar la lengua por ellos, tensando la punta en la búsqueda de unos pezones que intuía tersos y deliciosos. Subió hasta el cuello mientras sus manos, independientes, se afanaban en otra búsqueda más profunda. Angelina retorció la cintura al tiempo que la mano de Marcos notaba el ardiente líquido que emanaba entre los muslos. Sus dedos se convirtieron en nerviosos tentáculos que recorrían la empapada piel de su sexo y el ano, llegando a introducirlos en ambos orificios a la vez. Buscó la parte trasera de las bragas y sintió la humedad de la vulva en el antebrazo cuando Angelina contrajo las nalgas para dejar aprisionado el brazo en el lugar que quería. Marcos comprendió el gesto y observó cómo, a base de movimientos suaves, aunque espasmódicos, Angelina llegaba al orgasmo mientras él hacía presión contra su clítoris.

Sin dejar de gemir, desabrochó los tensos pantalones e hizo un gesto de agradecimiento antes de introducir el pene en su boca. Marcos recordó la voraz lengua dentro de la copa y no tardó mucho en sentir cómo todo se desvanecía ante sus ojos. Nunca había sentido el placer mezclado con el dolor que le provocaba una erección tan intensa. Quiso retirar la cabeza de Angelina, asiéndola por los pelos, pero la presión que esta ejercía con una mano en su trasero, no dejó otra alternativa que eyacular en su boca. Las rodillas le temblaban y su mente quedó colapsada de pensamientos. Aún no había relajado sus músculos, cuando Angelina se enjuagaba la boca en la pequeña pila arrinconada en el almacén. La miró decepcionado de sí mismo y, a la vez, admirado por la excitación que le había procurado la amiga de su esposa en tan solo unos minutos.

No tardaron demasiado en asearse y colocar cada prenda en el sitio que ocupaba hacía un rato, pero cuando llegaron a la barra, la cafetería estaba vacía. Dos monedas de un euro lucían doradas sobre el acero y ambos miraron el reloj. No sabían el tiempo transcurrido, pero a los dos les dio cierto reparo

el haberse dejado llevar por sus instintos.

—Hacía mucho tiempo que no me excitaba tanto — argumentó ella, dando por sentado que había valido la pena arriesgar.

Marcos sonrió despojado de toda su fuerza vital.

—Yo jamás había sentido tanto placer —dijo sonriente; lo que sacó una mueca de satisfacción en su amiga, que parecía haber quedado satisfecha.

El rictus de Angelina cambió instantáneamente y Marcos lo captó enseguida.

—¡Tu esposa va a entrar!

Marcos se miró la bragueta. Todo estaba normal. Su copa permanecía vacía e hizo amago de pedir otra.

—¡Hola! —saludó Julia con agrado.

—Hola cariño. ¿Ya habéis terminado? —se dirigió Marcos a las dos mujeres que entraron sonrientes.

—Hemos venido a por el coche. Nos vamos a acercar a Cabra a ver qué encontramos —hizo una pausa, mirándolo directamente a los ojos —¿Y cómo tú por aquí? —preguntó a su marido, mientras rodeaba la barra para dar dos besos a su amiga, aunque estos fuesen algo forzados.

—Lucía se empeñó en ver a su amigo Ricardo.

—¿Y los niños?

—Están dentro. Jugando —respondió Angelina, sin saber a qué ni en qué lugar.

—Voy a dar un beso a mi niña.

Marcos en ese momento se dispuso a presentar a las dos mujeres que quedaron junto a él.

—Angelina, esta es Inma. Inma, Angelina —dijo mientras los movimientos de sus manos indicaban a una y a otra sin saber cual de las dos le gustaba más, sintiéndose un autentico canalla.

Angelina salió de la barra para dar los dos besos de rigor. Inma acercó sus carnosos labios a la comisura de los de Angelina y esta no hizo nada por apartar su boca e impedir el contacto.

—¡Encantada de conocerte! —dijo Inma pausadamente.

—¡Igualmente! —significó sin dejar de mirarle los labios.

Marcos atendía a la tercera erección de aquella mañana cuando su esposa salió por la cocina con el rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marcos.

—¿Dónde están los niños? —la respuesta entrecortada de Julia puso a

todos en alerta.

Excepto Inma todos corrieron hacia dentro. Algo anormal debía ocurrir para que Julia se encontrara en ese estado. Subieron a la habitación de Ricardito y advirtieron que todos los peluches colgaban por el cuello con los ojos pendiendo de un hilo. Salieron para dirigirse a las distintas habitaciones y volvieron a encontrarse en el pasillo. Negaban con la cabeza, preocupados, cuando unos golpes secos en el cristal del balcón de Ricardo los volvió a colocar en dicha habitación para sacarlos de allí y bajar las escaleras con premura.

Marcos se quedó contemplando la escena. La cama del muchacho se erguía en vertical; de los palillos redondos del cabecero colgaban los destrozados muñecos que mostraban el cuello roto y los ojos colgando. Miró a su izquierda y vio la perfecta construcción que se hallaba a sus pies. Pensó que quizá la había hecho su amigo Ricardo la noche anterior. Era un edificio rectangular, y de él salían otros rectángulos adosados a sus muros y a diferentes alturas. Observó cómo una mano siniestra asomaba por unas de las pocas ventanas y se acordó del horroroso muñeco que llevara su hija — ¿Cómo puede estar dentro? — intentó quitar algunas piezas para cerciorarse de que era el mismo. El pequeño edificio estaba tan bien trabado que le fue imposible hacerlo con delicadeza. Probó quitando grandes trozos y los pocos puntos débiles fueron cediendo. Dentro, el desproporcionado muñeco mostraba la cabeza girada hacia tras y las garras de la otra mano clavadas en una de las piezas.

—¿Cómo han podido? —preguntó alterada la madre de Ricardo.

Marcos no encontraba explicación. Ni tenían la fuerza suficiente, ni la capacidad, ni la maldad tan desarrollada para ahorcar a los peluches.

—¡Será mejor que tu hija no vuelva por esta casa! —gritó Angelina sin el menor reparo.

Marcos seguía sin contestar. En su cabeza no estaba echarle la culpa a nadie; mucho menos a unos niños de seis años.

Tampoco entendía la mirada inquisidora de la mujer que hacía un rato le procuró tanto placer.

—¿No pensarás que mi hija tiene algo que ver con esto?

—No lo sé —Angelina se vino abajo, los ojos se le humedecieron y su cuerpo comenzó a temblar.

Marcos recuperó su estado vertical y la abrazó con ternura. De comenzar todo de nuevo, tendrían que estar preparados.

Abajo, los pequeños explicaban a Julia lo que les había ocurrido.

—Salimos un momento al balcón y las puertas se cerraron.

—Pero nosotros no las cerramos —se apresuró a aclarar Lucía.

—¿Y qué habéis visto? —les preguntó Julia con toda la dulzura posible.

—¡No podíamos salir del balcón! —explicaba Ricardo.

Toda su preocupación se centraba en la angustia de verse encerrados. Julia se tranquilizó un poco y decidió subir.

—¡Quedaros aquí con Inma!

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba? —preguntó Inma un tanto alterada.

—¡El cuarto patas arriba! Estos niños siempre tan traviesos —se excusó para quitar hierro al asunto.

Julia no quería hacer participe a su amiga de los hechos pasados ni presentes «estas cosas es mejor no airearlas» pensó. Aunque en esta ocasión su casa había quedado al margen, tendría que dar demasiadas explicaciones.

En cuanto llegó a la planta de arriba percibió el reguero de agua que salía del cuarto de baño.

—¡Angelina, la bañera está rebosando! —gritó.

No tardó un segundo en dirigirse a su dormitorio y sacar del cajón un montón de toallas que fue esparciendo por el suelo.

—¡Corta el grifo, por favor!

Julia estaba allí, junto al grifo, pero su mano quedó inmóvil y sus ojos buscaban una justificación. El grifo no emanaba agua y, sin embargo, el agua se salía a todo el largo de la bañera.

—¡Destápala, mujer! —le gritó Angelina.

Sus oídos atendían las súplicas, pero la parálisis de su cuerpo le impedía actuar.

La dueña de la casa se afanaba en recoger toda el agua posible y Marcos le ayudaba a retirar toallas y estrujarlas en un cubo.

Julia se decidió a meter la mano en aquella agua, que rezumaba vaho, para darse cuenta de su estado glacial. Hizo amago de sacarla, pero era evidente que tendría que destaparla. Agachó su cuerpo con la vista puesta en el fondo; casi no podía soportar el dolor cuando tiró de la cadena que se alojaba en el fondo. Un negro profundo cambió el blanco de la tina por el abismo. El rostro verrugoso y corrupto que emergía, la hizo retroceder de un solo impulso, acuciando su pavor y la paralización de sus músculos. El brazo le quemaba, los temblores la sometieron a un estado cataléptico, y fue Marcos quién tuvo que sacarla mientras la rigidez afectaba sus globos oculares.

Abajo; Inma buscaba una prueba de lo que intuyó como una flagrante infidelidad. Como ella bien sabía, el lavadero siempre tiene algo que decir cuando se trata de sexo. En la cesta de la ropa sucia, un pañuelo impregnado en algo cuyo olor le fue familiar, delató lo que había supuesto. El saludo nervioso, sin mirar a su esposa, la mano a la altura del bolsillo y, sobre todo, la sonrisa forzada de Angelina intentando ser demasiado condescendiente, la puso en alerta sobre lo que podía haber pasado minutos antes.

Ya en el interior de la casa, con un niño en cada mano, observó cómo la pareja descendía los escalones con los ánimos por los suelos, mientras Marcos, que rodeaba a su esposa por los hombros, sin dejar de mirarla, se sentía culpable de la situación.

Inma observó la escena y se preguntó cómo podían los hombres ser tan mezquinos.

—Pero, ¿qué le ha pasado? —preguntó en cuanto vio que su amiga no se encontraba en las mejores condiciones.

—¡Nada de qué preocuparse, mejor nos vamos a casa!

Inma le reprochó con la mirada el daño que le pudiese haber hecho.

—¡Desde luego, no tenéis perdón!

Marcos no entendió sus palabras, continuaba demasiado preocupado por el estado psíquico de la mujer a la que amaba.

Angelina apareció desde lo alto con el semblante perdido.

—¿Qué ha visto? —le preguntó a Marcos que, sin saberlo, hundió la cabeza entre los hombros.

Inma los recriminó —¡Podíais haber tenido un poquito de cuidado! ¡Digo yo!

Marcos miró a Angelina. Esta abrió los ojos en señal de ignorancia y luego preguntó a Inma con la mirada lo que quería decir con aquellas insinuaciones. Entonces comprendió que fuese lo que fuese, lo que le había pasado a Julia, no tenía nada que ver con la relación existente entre Angelina y Marcos.

Salieron de la cafetería sin decir nada. En primer lugar, Julia con Marcos, que hacía de custodia, seguidos por Inma y la pequeña, que parecía ajena a todo.

El trayecto hasta la casa, aunque corto, guardaba los temores fundados sobre la vuelta a la inestabilidad doméstica.

Marcos sintió cómo su esposa apretó su mano, cargada de miedo, justo cuando llegaban al portal.

—¡Tranquila cariño! —escuchó Inma que, sin parar de cavilar, intentaba comprender lo sucedido, a tenor de las reacciones de todos.

—«Desde luego, si tuviese algo que ver con la infidelidad de Marcos, Julia no hubiese permitido su abrazo» pensó.

La casa de Angelina, sin ser un ejemplo de pulcritud, tampoco parecía estar tan mal como para espantarse. La única vía que le quedaba era la del esposo de Angelina. Tal vez estuviese muerto allí mismo —¿Tu amiga está casada?

—¡Sí! —respondió Marcos, mientras acomodaba a su esposa en el sillón central.

—¿No estaba en casa?

—No, mi amigo Ricardo trabaja casi todos los sábados.

—¿Tu amigo? —preguntó irónica con un deje casi agresivo.

Marcos se volvió hacia ella sin saber qué contestar. Por segunda vez se sintió culpable y le pareció tener a un juez frente a sí.

—¡Tal vez lo conozcas algún día! —se vio obligado a contestar — ¡Prepararé algo de tila! —siguió, quitándole importancia al interrogatorio de la amiga de su esposa.

Una vez Marcos en la cocina, Inma creyó tener la oportunidad para aclarar tanto secretismo. Se acercó a su amiga y se inclinó a su altura —¿Qué te ocurre? —preguntó casi acunando las palabras.

—Nada, no te preocupes.

—Si me dices que no te ocurre nada, sí que me preocupo ¿Qué ha ocurrido?

—Ya te dije que los niños habían dejado la habitación patas arriba. En cuanto a mí —bajó la voz —, desde hace tiempo sufro una especie de crisis nerviosa, me quedo como alelada y se me debe de bajar la tensión, porque tardo en recuperarme algunas horas.

—¿Has ido al médico?

—Sí, pero no me encuentran nada de importancia. Tú tranquila, si quieres, puedes seguir con tus compras, yo estoy bien.

Marcos entraba removiendo la tila con gesto de fastidio. La presencia de Inma parecía molestar y eso debió de sentir la inoportuna invitada.

—Bueno chicos, entonces me marchó ¡Espero tu llamada!

Ninguno de los dos dijo nada. Tan solo la pequeña Lucía que andorreaba por allí, se prestó para una despedida más o menos cariñosa.

Casi fue un alivio el hecho de que Marcos cerrara la puerta principal y

todo quedara en un silencio íntimo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó a su esposa en cuanto se acercó lo suficiente.

—No pienso entrar más en esa casa. Ni quiero que nuestra hija se relacione con Ricardo. Siempre pensé que el mal provenía de nuestro hogar, pero ahora entiendo que la casa de Angelina es la culpable. He visto algo demasiado macabro.

—Tendré que hablar con Ricardo. Si hay algo maligno en su casa, mejor que tome medidas.

—Ella misma nos dijo que no quería saber nada. Ahora la pelota está en su tejado y yo no haré nada. ¡Te lo aseguro! —Julia hablaba convencida. El último año había sido todo lo normal que cualquiera pudiese desear. «Cada cual que arregle sus problemas» pensó, paseando la mirada por todo el salón.

En la cafetería, Angelina intentaba atender a sus clientes con toda la naturalidad de la que era capaz. Pronto llegaría su marido y ella podría encargarse de terminar de recoger el cuarto de su pequeño y meditar acerca de lo ocurrido. Tal vez, la pequeña Lucía no tuviese nada que ver.

—¿Nos pones dos cervezas? Por favor.

Los clientes continuaban con su envidiable vida llena de normalidad y ella se sintió frustrada, enterrada en sus propios problemas que no eran de la incumbencia de nadie.

Sintió una mirada lasciva, claramente dirigida a su trasero y se estremeció al recordar que no llevaba bragas. Una punzada la hizo encogerse de dolor y observó como unas gotas de sangre marcaban el pasillo por donde ella se movía para atender a los distintos clientes. Otra, y notó como un líquido caliente y espeso se deslizaba por sus muslos, en tal cantidad, que se vio obligada a correr para adentrarse en la casa.

Subió desesperada hacia el cuarto de baño, se miró con angustia, pero todo parecía ser fruto de su imaginación. Estaba completamente limpia. Aprovechó para coger de su cuarto unas bragas y se las puso rápidamente, eran la una y media y su marido estaría al llegar. Buscó las compresas en el cuarto de baño y se puso una con el pensamiento puesto en las gotas de abajo.

Cuando bajó, su esposo ya estaba dentro de la barra tirando cañas con alegría.

—¿Qué haces con la fregona?

—¡El suelo está manchado! —se apresuró a decir.

—¡Si tú lo dices! —respondió con cierto tonillo de desconcierto.

Aquellas gotas habían desaparecido. Cerró los ojos y los abrió confusa. «De nuevo estoy viendo visiones» pensó.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Ricardo preocupado. El bar estaba repleto y se sintió incapaz de atender todas las peticiones.

—Nada, ya estoy contigo.

—Sí, mejor que te pongas las pilas. Hoy tenemos jaleo.

La tranquilidad de la mañana se había tornado alboroto y ambos no daban abasto para contentar a todos.

Los sábados al medio día siempre habían sido ajetreados, pero aquel en concreto, superaba cualquier expectativa.

La mayoría de las personas que se agolpaban en la barra no eran vecinos de la barriada y, por su aspecto, parecían haber estado en la celebración de algo «tal vez una boda» pensó Angelina. Pero no, realmente eran trabajadores de una empresa que festejaba su nueva ubicación. Allí no había niños, ni esposos agobiados por la presencia de sus mujeres. Ellas pedían directamente en la barra y pagaban sus consumiciones; las bromas de carácter sexual se sucedían y a nadie parecía importarles —definitivamente no era una boda—. Poco a poco fue cogiendo información de aquí y de allá y pronto supo que habían quedado de una a dos en su cafetería, para después ir a comer a algún restaurante cercano donde los esperaban sus jefes. —Esto es momentáneo, aguantaré sin derrumbarme —se decía a sí misma, mientras retiraba vasos vacíos para hacer hueco a los que preparaba su marido para ser servidos.

Poco a poco, el local comenzó a quedarse vacío y el tintineo de la caja superaba al griterío de los fugaces clientes.

—Me voy a la cocina a prepararte algo de comer —le dijo a su esposo, delatando las pocas fuerzas con las que contaba.

—Ya me contarás lo que ha ocurrido.

—Sí, cuando descansemos.

Ricardo tampoco quiso darle demasiada importancia y siguió poniendo copas de vino a los más rezagados, que parecían no querer abandonar su posición en la barra.

Angelina esperaba paciente la llegada de su esposo; después de haber preparado unos spaghetti y puesto a freír unos filetes de cerdo, que serían un almuerzo merecido, no pudo hacer otra cosa que sentarse. No se atrevió a subir a los dormitorios. Su esposo tendría que ver lo acontecido con sus propios ojos.

Aprovechó la espera para trocearle a su pequeño el flamenquín con el que debía de quedarse saciado, mientras él picoteaba en el plato de las patatas fritas y la ensalada de lechuga.

En media hora, las persianas de corredera anunciaron el cierre y Angelina respiró hondo. Sería mejor dejar comer a su marido antes de ponerlo al corriente. Ella haría un intento por hacerlo, aunque intuía que su estómago no sería capaz de digerir nada.

El tiempo pasa deprisa, y aunque ahuyenta los malos recuerdos con sus diarios quehaceres, sabe enlazar los acontecimientos de manera tan eficiente, que crea un silencioso vacío capaz de obviar, no solo los momentos cotidianos, sino los fugaces felices y los melancólicos tristes.

A Ricardo se le heló la sangre al descubrir la vuelta de lo que consideró una etapa pasada.

—¡Nos perseguirá toda la vida! —dijo abatido.

—¡Marchémonos! —suplicó Angelina, intentando perder el contacto con la realidad. Nunca le había gustado huir; le plantaba cara a los problemas y detestaba la idea de cambiar de vida de una forma tan radical, pero, en aquellos momentos, todas las soluciones pasaban por alejarse de su casa y de los amigos con los que, de una forma o de otra, compartían aquellas experiencias.

—No creo que sirva de nada. ¡Tengamos paciencia! Tal vez no sea lo que pensamos.

Ricardo comenzó a desmarañar los hilos de lana de los que pendían los peluches; la imagen era desalentadora, pero se negaba a admitir que aquello fuese fruto de las fuerzas del más allá.

Angelina arrancó a llorar desconsolada y Ricardo la abrazó con fuerza — No te preocupes, haré lo que tenga que hacer.

Julia se quedó dormida en el sillón y Marcos la contemplaba aturdido. Ninguno de los dos probó bocado y el silencio continuaba machacándole las sienes.

—¿Qué le estaba pasando? —se preguntó —Él nunca había sido una persona excesivamente ardiente. Su esposa seguía siendo bellísima y su amor hacia ella no tenía fisuras. Sin embargo, Angelina lo indujo a la lujuria con demasiada facilidad y, además, se había fijado en Inma con verdadero deseo sexual y, para colmo, en sus pensamientos aparecían imágenes de ambas

desnudas solicitando su atención «¿Estaría sucumbiendo a algo que dominaba sus instintos? ¿Tendrían las visiones y hechos acontecidos algo que ver con una actitud tan reprochable?»

Tendría que hablar con Angelina, preguntarle lo que la incitó a actuar así. Le daba la impresión de que siempre se habían deseado, de que fue una explosión de las oprimidas ganas de amarse frenéticamente, pero salvo en el hotel de Cádiz y ese día en la cafetería, no recordaba ninguna ocasión en la que Angelina se mostrase ni tan siquiera atraída por él.

Recordó a su amigo Ricardo. No se merecía una traición así. Apartó como pudo la mirada complaciente de la que era su mujer; el movimiento de sus pechos al alcanzar el orgasmo y la lujuria con la que engulló su pene. Se volvió a preguntar que le estaba pasando. Su esposa estaba allí, traumatizada por algo espectral, inocente de cuantos pensamientos obscenos lo estaban llevando a provocar otro encuentro sexual tan fuera del control humano. Su amigo no se merecía aquello, pero no podía dar marcha atrás. Tendría que verse con Angelina y aclarar lo sucedido.

Un mes después, aún no había tomado la decisión de llamar a Angelina para dejar clara su postura. Todo le parecía demasiado escabroso como para iniciar una conversación que lo llevara a perder la cordura si ella insistía en mantener una relación extramatrimonial. Evitaba pasar por la cafetería, tropezarse con ella en la calle, o tener que recordar el tacto de aquella piel tan especial que no conseguía apartar de su memoria táctil.

De lo que pasó acto seguido en las habitaciones de los niños prefería no hacerse preguntas. Si lo hacía, si intentaba racionalizarlo, tendría que inmiscuirse de lleno en la parasicología, en lo sobrenatural y en lo que tanto miedo le daba a su esposa; la búsqueda de una puerta que traspasara lo terrenal, para adentrarse en lo espiritual. Poco a poco y conforme pasaban los días, la incertidumbre acerca de la posible posesión demoníaca que sufriera su casa se fue desvaneciendo. A medida que pasaban las semanas, esperando algún indicio que los pusiese en alerta, los nervios iniciales se convertían en sosiego y las posibles repercusiones en la vida cotidiana dentro de la casa, fueron inexistentes. Al menos, por el momento, no tendría que hacer nada para proteger a su familia de los peligros que pudiesen acechar dentro de un hogar que, por su propia naturaleza, tenía que conformar el mejor refugio para todos.

Julia pareció sentirlo de igual manera y, en esta ocasión, no se tomó las visiones como algo demasiado personal. Después de ir al psiquiatra, que ya era habitual, y volver a tomar la medicación pertinente, retomó su vida cotidiana con bastante normalidad.

Cierto día, Marcos se encontró de lleno con su amigo Ricardo que subía calle arriba sin darse cuenta de su presencia. Llamó su atención, fue a su encuentro y le extendió la mano, provocando un saludo cordial que ambos festejaron.

Allí, en plena calle, entablaron una conversación bastante esclarecedora sobre la situación por la que estaban pasando. Al parecer las cosas no iban bien para la familia de Ricardo; su matrimonio se marchitaba y todos sus

esfuerzos por reavivar la convivencia se quedaban en nada. Para colmo, las nuevas y absorbentes amistades de Angelina los separaban aún más por razones que no entendía. Había dejado de trabajar en la carpintería, para poder atender su negocio, ya que su esposa no soportaba quedarse sola en la casa. —Desde aquel día en el que volvieron las visiones, las cosas han ido de mal en peor. No sé cuanto podré aguantar —le confesó Ricardo, justo antes de dirigirse a la cafetería que continuaba cerrada a esa hora de la mañana.

Marcos volvió a sentirse culpable. Durante el resto de la semana intentó convencer a Julia de que hablase con Angelina e intentase recuperar su amistad. Para Marcos, el matrimonio estaba por encima de todos los obstáculos que la convivencia diaria pudiese mostrar. Tomó el teléfono móvil y se dispuso a escribir un mensaje de texto para quedar con Angelina en un lugar público. Pasase lo que pasase con su matrimonio, él no podía ser el responsable.

—He recibido tu mensaje —fue lo primero que dijo, sintiéndose orgullosa por ello y con el móvil en la mano.

—¡Pasa por favor! Tenemos que hablar y hoy estoy tranquilo —dijo preocupado por la primera impresión que le causó Angelina.

Entró apretando los labios, contorneándose, como si estuviese en una pasarela.

El despacho de Marcos no era demasiado grande, pero sí lo suficiente, como para tener que dar cuatro o cinco pasos desde la puerta a su mesa.

—¡Siéntate, por favor!

Marcos se levantó de su silla, pero ni fue a su encuentro, ni le dio los dos besos esperados. Pretendía mostrarse frío, serio y distante, aunque Angelina no dejase de coquetear a cada paso.

—¿Ya te lo ha dicho Ricardo? —preguntó intentando intuir el motivo de su cita.

—¿Qué me tiene que contar? —respondió preguntando.

—¿Para qué me has hecho venir?

Las miradas quedaron enfrentadas; ninguno quería responder primero, para ninguno era fácil hacerlo, pero Angelina pensó que era el momento oportuno.

—Nos vamos a Colombia.

—¿A Colombia?

—Hemos ahorrado un poco y decidimos vivir un tiempo con mi familia. Ricardo está cansado y yo asustada, así que la decisión no ha sido muy difícil

de tomar.

Marcos no supo qué decir. Mejor no tocar el tema por el que la había citado. Ya que se marchaban, sería una descortesía hacerlo.

—¡Entonces, Ricardo está de acuerdo! —afirmó Marcos.

—¿Para que querías que viniese? Lo del mensaje me supo bien.

—Empiezas a hablar como una colombiana —le sonrió.

—Cuando vine a España, y de eso hace veinte años, me prometí a mí misma que olvidaría los dejes latinos que traía de allí y lo hice. No volveré a usarlos. Nadie merece tanto respeto.

—¡Desde luego! —le dio la razón, convencido de que era así.

—¿No vas a contestarme? —dijo con el mismo tono seductor que ya había usado en otras ocasiones, además de suspirar descaradamente, mientras realizaba sus pechos con toda la intención de mostrarlos generosos.

Marcos titubeó en su respuesta; no sabía como iniciar su negativa a mantener una relación paralela entre ambos. Después de todo, si se marchaba, quedaba claro que ella tampoco.

—El otro día en la cafetería... Ya sabes...

Ella lo miraba complacida por la satisfacción de haberle proporcionado un orgasmo de los que dejan huella.

—Lo siento, pero nos marchamos —lo interrumpió.

Marcos quedó desalmado, lo más sencillo era desearles suerte y pedir disculpas por ser tan osado de querer repetir.

—Créeme que lo siento mucho —fue todo cuanto se le ocurrió.

Angelina echó su cuerpo hacia delante y le acarició el rostro con las dos manos. El top negro, que envolvía su torso, se ahuecó por el centro dejando al descubierto el abismo oscuro del canalillo bronceado que conformaban sus pechos.

Se sintió absorbido por él, se hubiese dejado atrapar una vez más aun sabiendo que se arrepentiría.

—¿Para esto me has traído aquí? —preguntó insinuante.

—No, yo solo...

La lengua de Angelina volvió a jugar con sus labios. Marcos echo una ojeada a la puerta que permanecía semiabierta y se levantó de un golpe.

—No, por favor —insistió, colocando su mano en vertical.

Angelina continuó sentada. Le gustaba ver a Marcos al filo del precipicio. Cómo respiraba, cómo contenía sus instintos a la vez que tensaba sus músculos y cómo aumentaba la bragueta de su pantalón, que ahora la tenía a tan solo un

metro y a la altura de sus ojos.

La falda vaquera, cuatro dedos por encima de la rodilla y pegada a sus muslos, quedaba abotonada por delante con vistosos broches dorados que llamaron la atención de Marcos e hicieron volar su imaginación.

Volvió a mirar sus labios carnosos y apetecibles; su mente se estaba nublando e intuía que dejaba de ser dueño de sí mismo. Permanecía de pie, echó un vistazo a la puerta y deseó que estuviese cerrada a todos los efectos.

La mano de Angelina comenzó a desabrochar los botones centrales de su falda. Marcos negaba con la cabeza, aunque sus ojos descuidaron el entorno y se clavaron en la sensual mano de la chica, que continuaba con la labor de seducirlo, hasta dejar en su sitio solo el primer botón y los dos últimos. Parte de su muslo quedó al descubierto; moreno, terso y premonitorio. Lo dejó estar un minuto ante la atónita mirada de Marcos que se contenía, segregaba saliva y respiraba alterado.

Angelina realzaba sus pechos a cada respiración. Parecían querer salirse hasta mostrar las aureolas de los pezones que se marcaban aún más. Metió las manos en los bolsillos laterales de su falda, haciendo un pliegue rómbico, que dejó a la vista la Y griega perfecta, los muslos y unas diminutas braguitas negras y transparentes, que no ocultaban su perfilado pubis, con una línea de sedoso vello, y las suaves y delicadas ingles a las que no llegaba a cubrir. Su abultada pelvis, que ya empapara el brazo de Marcos en la cafetería y que ahora mojaba sus pantalones, se mostraba oscura como sus deseos y ardiente como su boca.

—¡Perdona Marcos! ¿Sabes dónde están los impresos que tenemos que revisar?

La puerta se abrió de golpe, en su totalidad, en ella, un compañero preguntando por no sabía qué papeles. Angelina de espaldas a él, sin inmutarse. Él con una erección de caballo y la boca inundada.

Tragó saliva, recompuso su mente, y decidió salir con él al descansillo para volver a preguntar y solventar su problema. Todos los problemas.

Cuando volvió a entrar; decidido a parar aquella locura, cerró la puerta tras de sí. La miró severo, pero ella sonreía burlona; estaba sentada en su silla de cuero, tal cual había entrado, puso cara de niña buena y se despidió.

—¡Nos veremos antes de irnos! —aseguró.

—¡Nos veremos! —repitió Marcos, más pensando en una despedida familiar que en otra cosa.

No quiso mirar su figura cuando se marchó de espaldas. Clavó el

bolígrafo en un folio que tenía delante y aguantó la respiración.

Tenía que llamar a su esposa, escuchar su voz para sentirla cerca, para saber que la deseaba más que a su amiga, aunque su perfume permaneciera en el despacho como salido de su fogoso interior. Movi6 el rat6n de su ordenador y volvi6 a iluminarse con la misma pantalla que usaba media hora antes. Se frot6 la mejilla, que a6n conservaba el calido tacto de sus manos, y ech6 mano del caj6n para sacar el m6vil. De no hacerlo, correr6 el riesgo de perderse para siempre en sus fantas6as.

Las tiras de algo suave se enredaron en sus dedos, perplejo, sac6 el m6vil envuelto en la poca tela del tanga que todav6a se mostraba c6lido.

Lo ten6a en sus manos, lo oli6, la oli6, era ella, su 6ntima fragancia «¿C6mo hab6a podido?»

Tres golpes en la puerta lo volvieron a increpar.

—¡Hola cari6o! —lo salud6 efusivamente su esposa.

Meti6 el tanga en su bolsillo lo m6s r6pido que pudo y sac6 un pa6uelo con la otra. Se levant6 y se acerc6 a ella con una sonrisa elocuente, aunque forzada.

—¡Hola mi vida! ¿Qu6 haces por aqu6?

—¿Has visto a Angelina?

—No. Digo s6. Ha venido a por unos papeles para el IVA y la he saludado.

—¿No te ha dicho nada? Me llam6 esta ma6ana y me dijo que la esperase aqu6.

—¿Ha quedado contigo aqu6?

—¿Tanto te extra6a?

—No, pero como no es usual —le temblaba la voz. No quer6a meter la pata y guard6 el pa6uelo en el mismo bolsillo donde guardaba el tanga.

Una musiquilla pegadiza sali6 del bolso de Julia siendo r6pidamente neutralizada.

—¿S6? ¡Ah vale! S6, s6, como quieras. All6 nos vemos ¡Ve compr6ndote algo! —antes de colgar se dirigi6 a su esposo — Es Angelina. Se est6 comprando lencer6a —le cotille6 en voz baja.

—¡T6 no necesitas esas cosas! Est6s preciosa al natural.

—Gracias cari6o. Me march6, luego nos vemos.

Un silencio lleno de contradicciones se apropi6 del despacho durante unos segundos.

De nuevo, el compa6ero que preguntara por los impresos toc6 la puerta.

—¡Uff, ha faltado nada! Me debes una.

—¿A qué te refieres?

—¡Si te pilla como yo, la cagas!

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—La morena, tus babas, tu erección ¡Pero si aún llevas la marca en el pantalón! —le dijo con un dedo señalando su entrepierna.

—Vale, de acuerdo, te debo una. Pero por favor no digas nada. No quiero ser la comidilla de la oficina.

—No te preocupes. En tal caso, la comidilla será ella ¡Qué maravilla de latina! —dijo arqueando el cuerpo y con los brazos extendidos.

El gesto de Marcos fue grandilocuente; tomaría represarias contra él si se le ocurriese mencionar lo más mínimo.

Aquella tarde la pasó inquieto, deseaba a su mujer, lo sabía. Intentaba no pensar; pero las imágenes volvían nítidas, los movimientos calculados, los silencios cargados de erotismo y el voluptuoso cuerpo de Angelina que marcaba sus impulsos.

Tendría que ir a ver a su amigo Ricardo, preguntarle al menos por su marcha, plantarse cara a cara y decirle que lo consideraba su mejor amigo, que sentía su marcha y que esperaba que regresase pronto; aislarlo de lo mezquino de sus pensamientos y separarlo de las maliciosas intenciones de su esposa, que parecía querer romper el matrimonio de sus amigos. «¿Cómo pudo arriesgar tanto?» se preguntaba mientras Julia pasaba de un lado a otro con la preocupación lógica de una ama de casa por mantener ordenado su hogar.

Decidió bajar al sótano, infiltrarse en las páginas de algún libro entretenido, de esos que su esposa compraba en el Círculo de Lectores, y dejar que pasase el tiempo. Buscó en las estanterías del salón alguno que le dijese algo. —Paulo Coelho, “Once minutos” —recordó que había leído uno suyo, “El alquimista” —le había quedado un buen recuerdo y no dudó en hacerse con él para intentar alejar ciertos pensamientos.

Una vez en el sótano, se relajó recostado en su sillón y volvió a leer el título. No le decía nada, «mejor», no era amigo de leer la contraportada, ni nada que le quitase el interés debido.

Sin embargo, tenía sus propias manías. Lo abrió por una página al azar. Siempre lo hacía, pensaba que lo situaría mejor en la forma de escribir de cada persona, de cada obra o quizá de cada momento por el que pasaba el autor.

En esta ocasión miró el pie de página. La doscientos veintisiete. Lo

primero que visualizó fue la palabra Freud. “El doctor Freud no estaba de acuerdo...” «¿Con qué no estaría de acuerdo?» volvió a la página anterior. ¡Hablaban del clítoris! continuó leyendo hasta acabar con el capítulo dos carillas más tarde. Le pareció muy interesante y comenzó a leerlo con la seguridad de que tantas páginas eran demasiadas para un órgano tan pequeño.

De vez en cuando su mente se alejaba del Brasil de la novela para divagar por Colombia que, aunque no la conocía, suponía muy parecida. Gran parte del territorio ocupado por selva, pueblos recónditos, violencia en las calles de sus capitales y personas intentando labrarse un futuro a expensas de lo que fuese.

—Mañana iré a ver a Ricardo, no tengo más remedio que hacerlo. Huir no es la solución.

Se llevó el libro a la cama, era de fácil lectura y lo enganchó desde el principio. Aunque las primeras hojas que leyó exponían el descubrimiento del clítoris hacía pocos años, para él fue poco revelador que las mujeres lo conocieran desde siempre.

El cabecero de la cama no estaba pensado para leer precisamente, y el cojín, que usaba para apoyar la cabeza, tampoco se adaptaba. Hizo un doblez a la almohada de matrimonio y esperó la llegada de su esposa que llevaba demasiado rato en el baño.

—¿Ocurre algo?

—¡Salgo en seguida! —gritó sin necesidad.

Volvió a abrir el libro y continuó con su lectura intentando prever el futuro de su clara protagonista. De vez en cuando, sus dedos resbalaban por las ingles de Angelina, haciendo el gesto en las suaves hojas del libro.

—¿Qué te parece? ¿Me queda bien? —preguntó Julia con voz recatada, pero asumiendo el papel de amante indecente que le otorgaba su atuendo.

Marcos cerró el libro de golpe; se incorporó dejando caer la almohada al otro lado y tragó saliva.

—¿Te lo has comprado hoy?

—Me lo ha aconsejado Angelina. Dijo que te volvería loco —continuó sin dejar de seducirlo con poses más o menos eróticas.

Marcos dedujo la intención de su amiga, por enrevesada que esta pareciera, le había aconsejado la misma ropa interior que ella le mostrara en la oficina, seguramente, en un intento de suplantarla en su matrimonio. Pero aunque el conjunto fuese el mismo, el físico de su esposa, menos voluptuoso, pero más elegante, no le causó el mismo efecto. La belleza exótica de

Angelina, y sobre todo su condición de nueva experiencia, acompañada por la comparación que había tramado y el hecho de acordarse de que en el bolsillo de su pantalón tenía un tanga exactamente igual, mermaron el ánimo de quién debería haber saltado de excitación.

Julia perdió por un momento el brillo de sus ojos azules y se sintió decepcionada una vez más.

—¡Eres tan hermosa, que me da miedo tocarte! —dijo con tono romántico.

—¿Miedo? —se recalcó hundida. Ella reclamaba pasión, no miedo.

Marcos reaccionó a tiempo; se levantó y se quitó la parte superior del pijama mientras llegaba a ella, que lo dejó hacer desilusionada.

Le acarició el pelo suavemente al principio, luego comenzó a besar su cuello, acabando por lamerlo con lujuria a la vez que forzaba el cabello hasta proporcionarle un dolor fino en su cuero cabelludo. Le introdujo la lengua en la oreja, le succionó el lóbulo, dejando escapar un hilillo de saliva para que recorriese su cuello y continuó por la nuca «¡Esta noche será para ti! ¡Nadie se interpondrá entre nosotros!» pensó con cierto orgullo.

Julia comenzaba a agitarse, se sentía deseada, aunque el comienzo no hubiese sido el que intuía. Los dedos de su esposo comenzaron a trazar círculos en su espalda, sin dejar de lamerle el cuello, acabando por hacerlos alrededor de sus pechos sin presionar demasiado. De vez en cuando, rozaba los pezones con la palma de la mano de forma intencionada para producirle una contracción y a la vez la rigidez de los mismos. Volvió a introducir la lengua en su boca, esta vez con más brusquedad, y sus lenguas luchaban tensas por atraparse la una a la otra. Las manos de Marcos restregaban la saliva que impregnaba su cuello y Julia quiso hacerse con su miembro. Estaba allí, duro, omnipresente en sus nalgas, pero Marcos le apartó las manos, todo llegaría, en su momento.

Sin que ella se diese cuenta, sin dejar de sentir su cuerpo vibrar, los finos cordones del sujetador se introdujeron en su boca. Sus pechos se liberaron tersos y los pezones se erizaron, llegando al dolor, cuando la lengua de Marcos los dejó humedecidos y sus dientes los pellizcaron lo suficiente.

Julia zigzagueaba con su cintura buscando la dureza que necesitaba. De pie, junto a la cama y frente al espejo. Marcos paseaba su miembro por los carnosos glúteos que se tensaban y destensaban ansiosos.

Él ya se había desnudado; se escondía tras ella tocando su cuerpo con deseo. La obligó a levantar la cabeza, a que se viese reflejada en el espejo;

exultante de gozo, manipulada y excitada, arqueada por el placer, mientras él, estiraba delicadamente los cordones de su tanga negro, para que rozaran su clítoris.

Allí estaba ella, frente al espejo que la reflejaba en toda su altura, con el pelo agarrado por su amante que la forzaba a mirarse. Sus pechos firmes y su pubis que necesitaba ser acariciado. Torció su cuerpo para dejar escapar el voluminoso miembro que rozaba sus muslos. Lo cogió con fuerza para verse en el espejo como lo que se sentía, una puta viciosa que deseaba dominar a su hombre. Buscó la boca de su amante, la lamio mientras con la otra mano se pellizcaba un pezón; quería sentir dolor.

En ese momento Marcos la lanzó sobre la cama quedando de la forma adecuada. Comenzó a lamer su ombligo, a despojarla de las tiras que ceñían su cuerpo sin dejar de hacerlo, sin dejar de humedecer su vientre a medida que ella sentía como la tira central acariciaba su ano y su vagina al mismo tiempo, dejando escapar un gemido de placer por su boca. Levantó las piernas para facilitar la labor de quién la manejaba a su antojo. Marcos aprovechó para cogerla por los tobillos y comenzar a lamer sus labios vaginales hasta introducir su lengua en el interior, por donde comenzaba a salir un líquido acuoso que le recorría el ano, mientras frotaba sus bordes con suavidad. Para entonces, Julia forzaba abrirse de piernas, dejar su clítoris a la vista y que lo mordiera si fuese necesario. Sus manos apretaban sus propios pechos, su boca necesitaba sentir algo dentro, deseó otro pene para ella. Marcos puso en marcha lo leído y comenzó a recorrer con su dedo la periferia del clítoris, sin tocarlo, bordeando la parte inferior, inundándolo de jugos para volver a trazar círculos alrededor. Julia gemía histérica, quería chillar, pero podría despertar a Lucía, metió el pico de la almohada en su boca, movía la cabeza, se tiraba del pelo, no podía aguantar más, dirigió su mano derecha al clítoris, pero otra mano más fuerte la cogió inutilizándola, lo intentó con la otra y quedó atrapada, solo podía mover la cintura, buscar la lengua que hacía círculos, para que se posara en el lugar requerido. Marcos aprovechó para colocar bajo su trasero el cojín que usara para leer. Soltó las manos de Julia para poder estirar la piel que recubre el clítoris y dejar la pequeña bolita al descubierto. Julia se retorció; el solo gesto le proporcionó un orgasmo intenso, una subida de noradrenalina que recorrió su espina dorsal. Creía que levitaba cuando la punta de la lengua de Marcos comenzó a rozar el erecto clítoris que vibraba vaciando sus jugos; cogió la sábana intentando arrancarla de cuajo y se contuvo de gritar ante un nuevo orgasmo que la doblegó. Podría hacer con ella

lo que quisiese, hasta su ano palpitaba ansioso.

Marcos no pudo contenerse más, se incorporó y la penetró con toda su alma, sin previo aviso. Julia notó como su vulva se rajaba por dentro, metió su puño en la boca y mordió. El pene golpeaba con fuerza, deseó otro orgasmo. Se puso boca abajo en el único movimiento en el que tomó la iniciativa y Marcos colocó el cojín bajo su maltratado clítoris. Comenzó a bascular enérgico, metió el dedo pulgar en el ano de su esposa y esta comenzó a gemir. No importaban los sonidos de los agitados muelles del somier, ni cómo el cabecero golpeaba la pared. Julia se sentía dolorida en su órgano más íntimo, pero temblaba a la espera de otro orgasmo que no tardaría en llegar. Gritó, chilló, golpeó el colchón, pateó y mordió sin poder contenerse. Todo su cuerpo se estremeció cuando salió de ella el miembro que la penetraba profundo y derramó su ardiente líquido a lo largo de su espalda. Cayó abatida, no se podía creer que su cuerpo fuese capaz de atesorar tanto placer, ni que su esposo supiese proporcionárselo.

Todo quedó en un reconfortante silencio agradecido por ambos. Él agradeció haber aprendido tanto en tan solo dos páginas y ella que no la volviese a tocar. Sabía que tendría que ducharse, que volver a la realidad, pero ahora, aunque el licuado semen corriese por sus costados, se resistía a hacerlo, no quería hacerlo.

Marcos hizo lo que todas las mañanas. Apagó el despertador, se levantó sin hacer ruido y fue directo al cuarto de baño. Apartó la toalla que había quedado en el suelo —cosa del todo inusual en su esposa—, y se miró al espejo. La incipiente barba que casi todos los días tenía que afeitarse, seguía allí, también sus ojeras y alguna arruga que se mostraba mañanera, pero él se sentía rejuvenecido, apto para cualquier desafío en el arte del amor.

En la ducha pensaba en su esposa, en la noche anterior, en hacía un rato, en sus movimientos, sus gritos, su boca y sus contoneos. La quería, la amaba y la deseaba; nada ni nadie podría hacer cambiar sus sentimientos.

Al llegar al despacho, lo primero que hizo fue sacar de la cartera una pequeña foto de carné con el rostro de su esposa; la miró detenidamente, realmente era preciosa. La incrustó en la esquina superior derecha de la pantalla del ordenador y se juró que jamás olvidaría quién se merecía todas sus atenciones.

Abrió su correo electrónico, desechó los que no valían la pena y pensó en

la frase a la que un día no pudo prestar atención. “Hay quién busca y no encuentra y quién encuentra lo que no busca. «¿De quién sería?, pensó. ¿Qué querría decir?»»

Pronto, comenzaron a llegar sus compañeros de oficina alejándolo de todo pensamiento propio; salió al descansillo para saludarse con casi todos y comenzar otra monótona jornada laboral.

Su cabeza la ocupaban números, cifras, nuevas leyes, nuevas formas de recaudación y nuevas fórmulas para evadir impuestos que le planteaban más incógnitas que soluciones.

Echó una ojeada a la foto de Julia que parecía sonreírle. Recordó la maniobra de Angelina y le resultó de lo más ruin «¡Si hubiese llegado en ese momento!», recordó el tanga.

Se levantó nervioso, cogió el móvil y las llaves, miró de nuevo la foto, ya no sonreía, se disculpó con el único compañero que vio en su camino y se dirigió al coche sin mirar atrás.

En el trayecto hasta su casa pensó en la excusa perfecta, «no la había». La pierna le recordó lo limitado de sus movimientos. No podía aguantar las punzadas, «seguro que iba a llover en los próximos días».

Bajó del coche cojeando, leve pero visiblemente. Subió las escaleras, introdujo la llave y abrió para encontrarse con algo inesperado. De la maneta de la puerta del salón colgaban dos tangas exactamente iguales. «¿Qué podría decir?, ¿cómo explicar aquella coincidencia?» Y lo peor no era la coincidencia, lo peor era explicar la procedencia.

Sintió un profundo desasosiego; entre lástima de sí mismo y miedo por perder al gran amor de su vida.

«¡O no está, o está en el salón con mis maletas hechas!», pensó.

Abrió despacio. No había nadie. Todo estaba en su sitio. Subió a los dormitorios. Todo en perfecto orden. Ni rastro de su familia. Bajó a la cocina, entró en el lavadero y allí estaba la rabia transformada en un pantalón hecho añicos «¡Lo ha encontrado en el bolsillo!». Hasta ese momento había albergado la posibilidad de que no fuese así. Tal vez en el suelo, en la cesta de la ropa sucia o al sacar la colada. En cuyo caso, hubiese pensado algo, alguna excusa más o menos plausible, pero ahora solo cabía la verdad. Le gustase o no, tendría que decir la verdad, negando, por supuesto, lo ocurrido en el almacén.

Pensó en ir a la cafetería, pero no hubo llegado a la puerta cuando desistió «¿Por qué iba a ir a la cafetería? Podría ser de otra persona».

Bajó al sótano y se acomodó en su sillón colonial. Lo giró completamente un par de veces y apoyó el codo sobre el escritorio y la frente sobre su mano. Cerró los ojos en un intento de visualizar una solución, de encontrarse con la manera de que todo quedase en nada.

De un impulso se cogió a la tapa de la mesa con fuerza; creía que se volcaba. Todo cuanto había en ella se desplazó a la derecha, provocando el sonido propio de los objetos al resbalar. Algo llegó a caer al suelo, miró a cada una de las cosas con recelo «¿Volverían a moverse?». Una brisa gélida recorrió su cogote; se sintió acompañado. Giró el sillón con rapidez, observó, era evidente que estaba solo. Un olor a ova húmeda, que le resultó familiar, quedó impregnado en el aire. No quiso respirar. Se levantó, rodeó el escritorio y se decidió a salir para buscar a su esposa. Ese era su principal problema.

Se agachó para coger lo que había caído y allí estaba la etiqueta del conjunto de lencería que comprara su mujer. En ella, el nombre de la tienda y el precio. «¿Qué hacía aquello allí?», su mujer se había negado a bajar incluso para limpiarlo, por lo que creyó poco probable que lo hiciese para probarse la lencería. Con la etiqueta en la mano, y rozando los realces del logotipo con la yema de los dedos, una idea lo hizo reaccionar.

Solo tendría que comprar otro igual, darle el cambiazo y meter la etiqueta en el bolsillo trasero del pantalón. Le diría que intentaba darle una sorpresa pero que ella se había adelantado. «Brillante», pensó satisfecho. Cogió el coche, bajó al centro y en media hora ya estaba de vuelta y con todo amañado.

La llamó al móvil. —El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento —volvió a intentarlo. —El teléfono al que... «¿Cómo podría localizarla?» un intento más —El tele..., salió a la calle preocupado. Podría estar hablando con Angelina y eso sería desastroso. Se asomó discretamente. Mejor no ser visto por nadie y menos aún por Angelina.

Ella sí estaba; charlaba amigablemente con dos clientes que parecían muy contentos. Esperó un par de minutos, pero nada cambiaba. «¡Inma! ¿Dónde había dicho que vivía? ¿Se lo había dicho?». Mejor esperar en casa.

Las horas pasaban —las cuatro y cuarto—, él ya hubiese llegado de trabajar y descubierto la pareja de tangas hacía una hora por lo menos.

Marcó de nuevo —El teléfono al que llama... —Buscó en la agenda por si casualmente estuviese el número del teléfono fijo de Inma. En aquel librito de piel hacía años que no se escribía, por lo que tendría que esperar.

Su estómago lo advirtió del tiempo transcurrido. Tarde o temprano tendría

que comer. Se preparó una tortilla francesa de dos huevos. Se sentó en la cocina y se sintió solo; la vida sin su mujer y su hija no tenía sentido, no valía la pena. Los cortes con el tenedor parecían marcar los minutos y la desgana lo hacía masticar suave y repetidamente. De vez en cuando, el sonido continuo y cansino del motor del frigorífico le recordaba el silencio en el que se veía sumido por culpa de su necedad. No podía consentir que aquel momento fuese el inicio de una nueva etapa.

En la mesa del salón los dos tangas nuevos; el usado por Angelina lo escondió debidamente en una de las estanterías del sótano, al que bajó con demasiado recelo. Las débiles corrientes de aire que cruzaron su rostro le contrajeron los músculos por ser heladas y profundas. Se frotó los brazos al tiempo que una sombra oscura cruzaba de lado a lado para perderse entre los libros. Algo respiraba y le pareció que la mancha de la pared se abombaba y mermaba como si tuviese vida propia. No la había vuelto a ver desde hacía mucho tiempo y ahora volvía a cobrar protagonismo.

Tendría que hacer algo; se acabó darle la espalda a lo que tenía frente a sus narices. Respiró profundo, intentó percibir alguna presencia, algo que sobrepasara sus propias convicciones. Intentó dejar la mente en blanco. No lo había practicado nunca y se creyó incapaz. «¿Cómo voy a dejar la mente en blanco con todos mis problemas?». Cerró los ojos, se concentró en su propia respiración, pero allí estaba él, preguntándose en que clase de persona se estaba convirtiendo «¿Qué pensaría su hija?», abrió los ojos, volvió a respirar profundo con más intención de oler que de aportar oxígeno a su sangre. Se dirigió a las estanterías de color nogal que sustentaban los libros, palpó la madera, recordó el día en que su esposa y él las pintaron con betún de Judea y frotaron con cera. Aun siendo de pino, supieron transformarlas en algo noble y delicado, en un fuerte armazón, cuya apariencia parecía inquebrantable. Así era su matrimonio, un cuadro pintado entre dos, con diferentes pinceles y distintos colores en un mismo lienzo que acabó resultando armónico, hasta que alguien se propuso mancharlo.

Debía de ser él el que reparara su parte del cuadro, la parte manchada de negro por no saber contenerse en el momento preciso.

Intentó odiar a Angelina, pero su conciencia no le permitía eludir la responsabilidad. Un simple «no» hubiese bastado. Lo sucedido después fue la consecuencia de sus actos.

De la estantería contigua cayó uno de los libros. En principio se asustó dando un pequeño respingo. Consiguió calmarse, miró alrededor, el olor a ova

había reaparecido. Entendió que no estaba solo y prefirió saber qué ocurría, qué se estaba perdiendo por no conocer más allá de lo material.

El libro, que se hallaba abierto en el suelo, era un pequeño novenario dedicado a la Virgen y compuesto por tres novenas distintas. Encuadernado en piel, su lomo no contenía escritura, aunque sí tres flores con siete pétalos cada una y tres cenefas entre ellas, todo ello en color dorado. Su reducido tamaño lo hacía apto para el bolsillo interior de una chaqueta, no llegando su grosor a un centímetro. Para Marcos, su rareza radicaba en que cada novena tenía una caligrafía distinta y distintas letras de impresión, siendo la primera, a Nuestra Señora de la Esperanza y dedicada al excelentísimo señor Don Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, Duque de Frías, Conde de Haro, Gentil-Hombre de Cámara de su majestad con ejercicio y Hermano dignísimo de Nuestra Real, e ilustre Congregación; con fecha de mil setecientos cuarenta y uno, según se leía en la primera página. Esta obra, creada sin duda para una persona en particular, gozaba del aprecio de Marcos, que no en pocas ocasiones había leído e intentado encontrar algo que se le antojase misterioso.

Ahora se encontraba en el suelo, impulsada por una fuerza que no comprendía pero que intentaba comprender.

Cogió el librito con delicadeza, con la escrupulosidad que creía conveniente para este tipo de antigüedades. Lo colocó sobre el escritorio, tal cual se hallaba, abierto por las páginas doce y trece. Se sentó tranquilo, nada hacía presagiar una tragedia, más bien parecía estar haciendo lo correcto.

Dulcifsima Reyna, y Amorofifsima Madre de la Efperanza, a eſta Sagrada Ancora me acoxo, Señora, para que mi Alma logre la felicidad de los efcogidos, borrando, à influxos de tu piedad, las manchas de mis pecados y fi la multitud de eſtos me hacían yà zozobrar en golfos de defconfianza, precipitandome defpechado a los profundos abifmos: tu, que, en boca de San Buenaventura, eres Ancora Sagrada, feaslo para mì: firvame eſte Sagrado Atributo, que en tu dieſtra manifieſtas, con que blaſonas fer Madre de Efperanza, de aſylo ſeguro, para que no fe

frufre en mi la preciofa Sangre del mas abrafado Fenix, y arribar con felicidad al mas aventurado Puerto de la Gloria. Amen.

Aora fe resarà una Salve à Maria Santifsima con mucho fervor, para confeguir fu amparo.

Y fe ha de meditar efte dia fobre la gravedad de nueftros pecados, para que, reflexionando fobre ellos, y viendo quan vilmente defpreciamos à Dios, quan arrojadamente nos hacemos efclavos del demonio, y quan infelizmente tratamos à nueftra Alma, faquemos de efte confideracion, confiados en Maria Santifsima de la Efperanza, firmifsimos propofitos de deteftar los vicios, y cortar las cabezas de los principales, cuya deformidad fe ponderarà en los dias figuientes y para confeguir efte victoria, implorèmos el fervor de nueftra piadofifsima Madre con efte.

Leyó detenidamente, asimilando las palabras como si salieran de su boca, aunque para él era algo que le resultaba sumamente extraño.

No quiso seguir, aquello era suficiente. «¿Acaso se estaba disculpando ante la Virgen? ¿Necesitaba de sus favores? ¿Fue el demonio quién lo indujo a equivocarse? ¿Existían aquellos personajes?». Quiso ser juicioso, tendría que buscar una razón mucho más terrenal a las fuerzas que conocía, aunque fuesen invisibles o extrañamente visibles.

Dejó el libro en el centro del escritorio. Cerrado. Puso los dedos de su mano derecha sobre él. De nuevo un halo frío recorrió su cogote —¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó en voz alta —¿Hay alguna forma de comunicarme contigo? —dijo haciendo lo que se suponía que había que hacer ante una

presencia espiritual.

El libro giró bajo sus dedos, los apartó con celeridad, intentó camuflar su nerviosismo, pero el corazón le palpitaba con fuerza, su cuerpo experimentó algo que subía desde el vientre hasta la garganta. Temblaba ante la reacción de su cuerpo. Quería huir, pero se contuvo, tendría que acostumbrarse para superarlo. El olor a ova, el frío intenso, la movilidad de los objetos y todo cuanto sucediera, tendría que pertenecer a su mundo y aprender a convivir con ello. Miró el libro con seguridad —¿Estás muerto? —preguntó haciendo acopio de valor y esperando una reacción posterior. «¿Por qué iba a ser la fuerza proveniente de un ser humano vivo o muerto?», pensó para volver a preguntar en voz alta —¿Por qué te muestras? —. La puerta del sótano se cerró con fuerza, el olor cambió a putrefacto y presintió el abismo a sus espaldas. No pudo volverse, el miedo lo mantenía agarrotado, inmóvil, aunque el golpe resonara en su cabeza y se sintiera inestable. Respiraba tan seguido que intuyó marearse; los oídos se taponaron con un zumbido agudo y continuo, para convertirse en gritos de sufrimiento. Eran sonidos humanos, dolor humano, tormentos del alma que entendió profundos. La visión periférica comenzó a oscurecerse; una sombra se cernía sobre su figura sin que pudiese hacer nada.

En ese momento, el libro se desplazó hacia la mano izquierda, que mantenía posada en la tapa de madera, y se coló bajo ella velozmente. No sabía si moverla. El sonido cambió a tempestuoso primero y dulce después, hasta llegar a placentero. La mano apretó el libro y todo quedó en silencio, la luz volvió a ocupar su espacio y la calidez del aire lo reconfortó.

Miró el libro con angustia «¿Sería la llave a otros mundos? ¿Sería el causante de todo?». La experiencia lo había dejado extenuado, recordó el estado de su esposa y sacó el móvil del bolsillo. Tres llamadas perdidas, todas del mismo número desconocido.

Se levantó; la puerta del sótano estaba abierta y ningún olor impregnaba el aire. Recordó la mancha, pero ya no estaba. Se dirigió a la cocina; miró por la ventana que daba a la calle y devolvió la llamada intuyendo que podría ser su esposa con el teléfono de alguien. La noche comenzaba a ser una realidad y las farolas lucían un blanco estéril que lo conmovieron hasta el punto de llevar su nostalgia al extremo de la tristeza.

—¿Dónde estás? —preguntó el teléfono con voz queda.

—¿Quién es? —quiso saber Marcos.

—¡Soy Inma, tu esposa está aquí! —siguió en voz baja.

—¡Dame tu dirección! —exhortó Marcos, saliendo por la puerta y con

las llaves del coche en la mano.

El bloque, de tres plantas, no tenía ascensor por lo que tuvo que subir al segundo por las escaleras. En cada tramo practicaba para sí la primera gran interpretación de su vida.

—Pasa, está dentro —indicó Inma, sentenciándolo con la mirada.

Lucía se tiró a sus brazos conforme lo vio entrar y Julia desvió la mirada al tiempo que sollozaba mientras negaba con la cabeza.

—¡Quédate con Inma, tengo que hablar con tu madre! —dijo entregando a la pequeña —¡No sabes cuánto siento mi torpeza! —se acercó lentamente.

Pero ella seguía sin tomar partido, parecía no sentir, ni oír, cualquier excusa le parecería poco creíble y él lo sabía.

—¡Te lo compré para ti! —dijo todo lo convincente que pudo.

La mirada de Julia lo acribilló.

—Creo que te lo has tomado demasiado mal ¡Solo es un tanga, maldita sea!

Julia se sorprendió de la magnífica interpretación de su marido. «¿A quién quería engañar?». Un arrebató de ira la hizo levantarse del sofá y comenzar a golpearlo. Sabía a quién pertenecía el tanga y él le estaba montando una película.

—¿Cómo has podido? ¡Era mi amiga!

Marcos supuso que había hablado con ella; tendría que seguir con la falsa hasta el final. Su matrimonio estaba en juego.

—¡Te juro que no sé de que me hablas! —mintió a la vez que intentaba parar los golpes de Julia que había perdido el control.

La abrazó con fuerza, la meció entre sus brazos y le dijo al oído —Te quiero, nunca te haría daño y lo sabes ¡Te lo demostraré!

Julia parecía más calmada. Lloraba intentando zafarse de él, pero le fue imposible, se sentía agotada física y mentalmente. Le había dado tantas vueltas a las razones de su traición que se sentía demasiado humillada para continuar con su relación.

Cuando salieron del salón, Inma ya había convencido a la pequeña Lucía para que pasase la noche con ella.

Marcos abrazaba a su esposa con ternura y ella, sin voluntad, se dejaba llevar por un sentimiento de impotencia que la desalmaba.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra en todo el trayecto. Llegaron a su hogar sin ilusión, como quién llega a un cumpleaños sabiendo que no habrá regalos, ni tarta, ni amigos con quién festejarlo. Podría ser cualquier casa

menos la suya, podrían ser cualquier cosa menos un matrimonio.

Marcos recordó la jugada. Podría resultar, tenía que intentarlo, no le quedaba otra.

La primera reacción de Julia fue tirar las prendas al suelo —¿Cómo pones eso en mi mesa? —lo recriminó aireadamente, con los ojos cargados de ira y un mohín de asco que Marcos creyó a su persona.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Te aseguro que estás equivocada!

—¡Este matrimonio se ha acabado!

—No, si me dejas que te explique.

—No creo que sirva de nada, pero aguantaré un rato más antes de mandarte a la mierda —vociferó.

Marcos sopesó las consecuencias de otra mentira. Sacó su móvil del bolsillo y tecleó unos números.

—¡Tengo que hacerte una pregunta! —dijo abatida, casi suplicando una respuesta sincera.

Marcos esperaba que alguien cogiese el móvil.

—Lo que me hiciste anoche ¿Te lo ha enseñado ella?

Marcos se quedó helado, le pareció casi un insulto; iba a contestar con rotundidad, pero prefirió atender la llamada que ya había respondido.

—¡Felipe! Perdona que te llame a estas horas. No, no ha ocurrido nada grave ¿Estás haciendo algo importante? Me gustaría que vinieses a mi casa. Me harías un gran favor. Gracias, te espero, no tardes.

Julia no sabía qué pensar ¿Qué podría saber el tal Felipe? ¿Sería una treta de su marido? Lo dejó hacer, fuese lo que fuese no podría engañarla, lo hombres no saben mentir.

—¡No me has respondido! —dijo apremiante.

—¡No te he respondido porque es la pregunta más hiriente que me han hecho nunca! ¿Crees que alguien puede enseñarme a amarte? ¡Yo me entrego a ti! Ninguna mujer tendrá ese privilegio. Si quieres acabar con nuestro matrimonio, adelante, pero no me culpes por algo que no he hecho.

—Ese tanga lleva el mismo perfume que usa Angelina. ¡No conseguirás convencerme de que lo compraste para mí! ¡Así que llama a quién quieras!

Marcos prefirió no abrir más la boca. Comprendió que todo lo que dijera se volvería en su contra. Se sentó en una silla; su sillón era para estar en familia y ahora lo veía inaccesible.

—¿Qué te ha contado Angelina? —preguntó sin poder contenerse; su amigo tardaba demasiado.

—¿Quién, esa zorra? ¿Crees que me voy a dignar a hablar con ella?

Marcos respiró mucho más aliviado; ahora solo esperaba que su compañero apareciese y que contase exactamente lo que vio, sin ponerse nervioso y sin ocultar nada.

—Estoy de acuerdo en lo de zorra —se le escapó.

—¡Mira; yo me marchó! No aguando más —se levantó justo cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Abre tú! No quiero que pienses mal —dijo Marcos convencido.

Julia suspiró hastiada, fuese quién fuese, no haría sino el ridículo.

—¿Tú? ¿Te ha llamado a ti? ¡Esto es indignante!

Marcos se dirigió a la puerta con celeridad, la reacción de Julia no correspondía con el personaje esperado —¿Se puede saber qué quieres? —se dirigió a ella con todo el despecho acumulado.

—¡Sabía que aunque fueses un buen amante, serías descuidado como todos los hombres! Las mujeres en cambio somos más discretas ¿verdad Julia? —preguntó insinuante.

—¡Fuera de mi casa! —la apremió Julia con el dedo en tensión. Podría hablar demasiado y eso no le convenía.

—¿Me devuelves el tanga?

—¡Fuera! —insistió Julia y, sin dar otra opción, cerró de un portazo.

—¿Sabes que se marchan a Colombia? —le preguntó Marcos intentando aliviar su enfado.

Julia se quedó mirándolo con desprecio. La había humillado, ya no podría sentirse orgullosa de él. Incluso cuando las demás vecinas la atacaran, tendría que callar avergonzada. Su mundo se había desmoronado y él creía que podría arreglarse por el hecho de que se marchase a su país.

De nuevo sonó el timbre, Julia se volvió con fuerza y fue Marcos quién la detuvo. Podría ser su compañero. Abrió tranquilo y allí estaba Felipe; con sus pintas de niño pijo y su parsimonia habitual.

Hizo una indicación a Marcos para asegurarse de que la chica que acababa de salir era la misma de la oficina.

—Sí, es la misma. Pasa por favor.

Bastó una mirada de Julia para que Felipe se sintiera acorralado. Agachó la despejada frente y entró atendiendo las indicaciones de Marcos que lo llevaron al salón.

—¡Siéntate por favor! —sacó una silla de un rincón y pidió a su esposa que tomase asiento también.

Los tres sentados, alrededor de nada y a una distancia prudencial, intentaron aclarar las cosas.

—Felipe, esto es muy importante para nuestro matrimonio. No quiero que mientas por evitarme un problema. El problema ya lo tengo y tan solo la verdad de lo que viste puede solucionarlo. Si mientes en algo, mi esposa se dará cuenta y perderás toda la credibilidad, por lo tanto, no te la juegues por favor.

Julia lo miraba expectante, con la cabeza ladeada a la derecha y los ojos llorosos.

—¡Pero yo no vi mucho! —se dirigió a Marcos desconcertado.

—Solo quiero que digas lo que viste y el tiempo aproximado que estuvo esa mujer en mi despacho.

—Diez minutos, quizá —miraba a Julia. —La puerta estaba abierta y entré a preguntarle a su marido por unos impresos —miró a Marcos que asentía con la cabeza. —Los dos estaban de pie. Ella de espaldas a mí y su marido de frente junto a la mesa. —se pensaba cada palabra. —Bueno, su marido miraba la falda de la chica y ella no hacía nada. Pude darme cuenta de mi metedura de pata —volvió a mirar a Marcos, —porque él estaba excitado y tenía una pequeña —Marcos cerró los ojos, —erección que no pudo disimular —acabó con rapidez, pues veía que ninguno se escandalizaba.

—¿Qué pasó después? —preguntó Marcos, soportando la mirada de su esposa.

—Tú saliste conmigo, me diste los papeles y volviste a entrar. No pasaron dos minutos cuando salió ella y ni diez cuando llegó usted —se dirigió a Julia cuando se refirió a ella.

Julia los miraba a los dos. Estaban diciendo la verdad — Pero, ¿qué tenía aquello que ver con el tanga? —se preguntaba.

—En ese momento, en que salí, Angelina aprovechó para meter el tanga en mi cajón. Cuando tú llegaste me puse nervioso y lo metí en el bolsillo de mi pantalón. Eso es todo —se anticipó Marcos, intuyendo lo que se preguntaba su esposa.

—¿Lo tenías en la mano?

—Sí. Cuando lo descubrí allí, lo cogí para deshacerme de él.

—¿Y luego insistió para que me comprara uno igual? —dudó Julia.

—No sé qué hay dentro de su cabeza, pero desde luego ha podido hacernos mucho daño.

—¿Y lo que ha dicho de “buen amante”?

—¡Ha intentado separarnos! ¡Todo es mentira! ¡También ha insinuado que tú me has sido infiel! ¿Tendría que hacerle caso?

—Estoy cansada y este hombre tendrá que regresar a su casa. Es tarde — se levantó y se dirigió a las escaleras negando con la cabeza.

El bueno de Felipe no supo que más podía aportar. Se levantó también, y tras dar un golpe en el hombro de Marcos, se dirigió a la salida.

—¿Tendría que hacerle caso? —volvió a preguntar Marcos, dirigiéndose hacia ella.

—Sabes que yo no haría eso, pero dudo de que tú no te la hayas tirado ¿A que vino darte un tanga con su perfume?

—¡Está enferma! —insistió en su defensa.

Felipe escuchó esta afirmación mientras cerraba la puerta. Su compañero tenía una difícil papeleta y él ya no pintaba nada en aquella discusión de pareja.

Tras el leve sonido que produjo el resbalón de la cerradura y los pasos arrastrados de Julia al subir las escaleras, Marcos se encontró con una vivienda triste que le pedía explicaciones.

De los cuadros de la entrada, que reproducían las cuatro estaciones del año, el único que reflejaba su estado de ánimo estaba cubierto por un manto blanco, la neblina impedía ver las montañas con claridad y los árboles permanecían estériles. No se atrevió a mirar al siguiente, la primavera se le antojó inalcanzable.

Él amaba a su esposa, pero presentía que nada volvería a ser como antes. Había fracasado como marido y tal vez como padre «¿Qué pensaría su hija cuando creciera y su madre le contara el porqué de su divorcio?», se dirigió al dormitorio común sin la intención de pasar allí la noche. Abrió la puerta lo justo para que su cuerpo quedase en el exterior, sin pasar del umbral.

Su esposa mantenía los ojos abiertos, pero no lo miró siquiera. Sus ojos no se dirigían a nada en concreto. La lámpara de la mesita permanecía encendida y la luz dejaba ver su rostro, sus ojos enrojecidos y la nariz irritada. Dio un paso al frente.

—¡Fuera de mi dormitorio! —dijo sin mover un músculo que no fuesen los de la boca.

Marcos se acostó en la cama de su hija. Pensaba en cómo la vida puede cambiar de un día para otro. De tenerlo todo a perderlo todo. Divagaba con la posibilidad de retroceder en el tiempo, de haber rechazado las insinuaciones de Angelina, de no haber cedido ante sus encantos «¿Por qué los hombres

somos tan fáciles de seducir?», se preguntaba, intentando generalizar sus propias debilidades «Ellas son diferentes, saben manejar la situación, sus impulsos han de ser distintos, más adecuados, más coherentes con su situación social y mucho más sosegados».

En su cabeza se alternaban las distintas dudas sobre lo apropiado de su existencia. No solo había engañado a su esposa con su mejor amiga, había engañado a su amigo y a los tres a la vez, al intentar contactar con las fuerzas ocultas que todos habían sufrido y que determinaron no volver a tocar. «Para Julia, tal vez, fuese más preocupante este hecho que una fortuita infidelidad», pensó. Ambas traiciones tendría que llevarlas en secreto, muy a su pesar.

En el dormitorio conyugal, Julia se debatía con el siguiente día. Él se iría a trabajar, ella iría temprano a por su hija, y después qué ¿La llevaría al colegio y volvería a casa sola? ¿Tendría ánimo para hacer sus tareas cotidianas y preparar la comida? ¿La comida para quién? ¿Para un marido infiel? ¿Para una familia destrozada? ¿Tendría capacidad para perdonar? Estaba segura de que Marcos había sucumbido a los encantos de Angelina, al igual que ella, aunque en su caso fuese diferente. Ella siempre había fantaseado con degustar un cuerpo femenino, jamás lo hubiese hecho con otro hombre, para eso tenía a su marido. Además, lo que hubo entre ellas fue un hecho puntual, una trampa del deseo, de su propia bisexualidad, que guardaba como un pecado mortal, imposible de desvelar.

Se alegró de que Angelina volviese a Colombia. Un peso menos en su consciencia. «Debería dormir un poco», se propuso, dejando de pensar en el peor día de su vida.

Las primeras navidades sin la cafetería se convirtieron en unas fiestas demasiado íntimas para lo acostumbrado en aquel barrio. Los vecinos no acudieron en pandilla a festejarlas casa por casa como en años anteriores. Cada uno las pasó con su familia; unos en su propia casa y otros en la casa de sus parientes. Ya no había sitio de encuentro, y después de los rumores que corrieron acerca del motivo de la marcha de sus propietarios, el barrio se sumió en la desconfianza.

Aquel invierno no estaba siendo demasiado frío, pero, aun así, las calles parecían desiertas. La costumbre de decorar las fachadas con bombillas de colores ya había quedado en desuso, por lo que tan solo dos casas anunciaban la Navidad.

La casa de Marcos no se decoró ni por fuera ni por dentro, Julia continuaba apática con todo lo que sonara a vida familiar, y Marcos sustituía su cariño con la lectura y su trabajo, llegando a pedir horas extras cuando la situación lo requería.

Lucía no parecía enterarse de nada, en su presencia procuraban una falsa armonía, que los dos habían pactado y que llegó a convertirse en algo habitual. Era lo más placentero que hacían juntos, puesto que Julia dejó bien claro que necesitaba tiempo para asimilar la infidelidad sufrida, aunque él la negara continuamente.

La pequeña, que crecía imparable, comenzaba a tener nuevos amigos, con los que además de jugar, tenía que compartir los deberes. También su madre le procuró una serie de actividades extraescolares que la mantenían ocupada todas las tardes.

Julia, por otra parte, se refugió en su amiga Inma. Le gustaba su compañía y desconectaba con facilidad, pasando con ella el mayor tiempo posible. Aquellas tertulias que nunca ahondaban en nada, sin compromisos y carentes de importancia, le eran más amenas cuando en la misma mesa, y alrededor de unas tazas de café, se reunían con tres amigas más del entorno laboral de Inma. Una de ellas, Pilar, o Pili como era conocida, resultaba bastante coqueta y siempre hablaba de los hombres en términos pocos decorosos, aunque sus comentarios eran bien recibidos por todas, que reían dejando al descubierto

sus propias frustraciones. Inma y Julia, las más jóvenes del grupo se miraban cómplices; las dos eran conscientes de la orientación sexual de Pili que, en una ocasión, le tiró los tejos a Inma de forma clara y sin tapujos.

Julia se había sentido en más de una ocasión deseada por ella y no se cortaba a la hora de mostrarle, con disimulo y siempre en público, alguna parte de su fisonomía, sabiendo que la excitaba.

Aquel tiempo, que pasaba con las amigas, la trasladaba de alguna manera a su juventud y se sentía liberada de un presente, que en ese momento le resultaba insulso.

Al contrario que a su amiga Inma, Pili le resultaba bastante atractiva, aunque en ningún momento llegó a insinuárselo siquiera. Lo ocurrido con Angelina no podía volver a repetirse. No quería ni pensar en la reacción de Inma si llegase a enterarse de su bisexualidad. Se satisfacía con los momentos íntimos, como los ocurridos esa misma tarde, en los que podía verla desnuda, o con cualquier conjunto de lencería de los muchos que compraba por hobby y que siempre le mostraba, para preguntar después, —¿Si fueses un hombre, que te parecería? —Siempre tenía que morderse la lengua; su cuerpo, bellamente contorneado, lucía mucho más elegante bajo aquellos tejidos transparentes que disimulaban los pocos defectos y realzaban su atractivo natural. —¡Los tacones hacen mucho! —le dijo. —Las dos sabían que cuanto más indiscreta fuese la ropa interior, menos desnudos debían de estar los pies.

—Ese body te estiliza tanto que te hace la pierna interminable.

—Es una de las razones por la que me gusta hacer nudismo. Me matan los cortes que deja el bañador ¡Quedan horrorosos!

—¿Haces nudismo?

—Siempre que puedo me escapo a la playa nudista de Torre del Mar —le aconsejó. —También me doy rayos uva para ayudar a no tener cortes de color.

—¡Tú sí que sabes cuidarte! —exclamó, delatando cierta envidia.

—Este lo compré no hace mucho, ¿si te apetece? —le entregó una cajita, que bien podría pasar por la de un perfume, cuyas líneas rojas sobre plata daban nota de su delicadeza y su tamaño de lo poco que podría llegar a cubrir lo que hubiese en su interior.

—¿No pretenderás que me ponga esto? —dijo, aludiendo con picaresca a la prenda en cuestión.

—Si te da vergüenza hazlo en el dormitorio. Yo no tengo por que verte ¡Te espero aquí!

Julia hacía tiempo que no conseguía excitarse, pero aquellas situaciones le despertaban la libido haciendo que se sintiese avergonzada y a la vez atraída por el placer. Su amiga también parecía gozar, pero de forma distinta, su risa nerviosa y su desparpajo, cambiaban a medida que Julia ponía más o menos interés, llegando a intuir, qué conjunto le quedaba mejor.

Desde luego, el que ahora ceñía su cuerpo, multiplicaba su atractivo para deleite de Julia que no se perdió detalle.

Las formas alargadas que le dibujaban el cuerpo, con unas finas bandas de raso rojo, subían desde el pubis a los tirantes, cubriendo los pezones y estilizando su voluptuoso cuerpo. El rojo intenso, destacaba sobre la seda negra transparente que, sin ocultar del todo los pechos, contorneaba su figura y marcaba su silueta. Los tirantes, de cola de ratón, cruzaban su espalda en una «X» de donde partía la fina seda que dejaba sus glúteos al descubierto. Lo escondía todo y no tapaba nada, estaba diseñado para incitar los instintos a la vez que convertía a su poseedora en una ninfa de la belleza.

Julia se decidió a entrar en el dormitorio, nunca se hubiese atrevido a probarse algo así en presencia de nadie, pero allí no había miradas indiscretas que la juzgasen, y eso le dio el valor suficiente. Recordó el día en que Angelina la convenció para comprar aquel conjunto que acabó tirado a la basura junto a los demás. Fue el día en que se dio cuenta de que ya no era la joven descarada de otros tiempos. Sin duda, habría hecho el ridículo con su actitud, pero realmente se sentía avergonzada, aunque no tuviese que entrar en ningún probador.

Se miró al espejo, tocó su pelo y la piel de su rostro. Tampoco estaba tan mal, podría pasar por unos años más joven. Se quitó la blusa y el sujetador; los pechos continuaban en su sitio debido, sin duda, a su tamaño «de puñaito», se decía ella. Bajó el pantalón vaquero hasta la rodilla, arrastrando con él las braguitas que quedaron prisioneras entre los muslos. En ese momento pensó que Inma podría entrar y no le gustó la idea. Se desvistió rápido y comenzó a enfundarse la fina reddecilla desde los pies. Debía hacerlo con cuidado; por su tacto sabía que no era una prenda barata y cualquier rasguño podría producirle un terrible desgarro.

Simplemente el paso de sus dedos entre los hilos y la piel le pareció erótico. Continuó despacio, gozando; por el interior de sus muslos paseaban un millón de fibras suaves que le cuadriculaban la carne y cuando llegó a su desnuda vulva un escalofrío recorrió su cuerpo. Se sentía desnuda ante una multitud de ojos que la observaban. Prosiguió hasta meter los brazos y quedar

completamente revestida de suave seda mientras sus puntiagudos pechos buscaban el agujero idóneo para alojarse. Abrió el zapatero del vestidor sabiendo que encontraría unos zapatos rojos y de finos tacones de los que Inma estaba muy orgullosa.

Ahora sí estaba preparada para salir, no quiso mirarse al espejo, saldría inocente de la posible reacción que le causara a ella misma, no quería encontrarse con su pudor, ni mostrarlo ante su amiga —Si fueses un hombre, ¿cómo reaccionarías? —preguntó antes de que Inma se levantase del sofá y abriera la boca de pura admiración.

—¡Estás realmente atractiva! Si fuese un hombre ya me habría corrido, te lo aseguro.

—¡No seas ordinaria! ¿Me queda bien?

—Mejor que a mí —se acercó contorneando su cuerpo y con la elegancia que le proporcionaban los tacones —En mí, estos rombitos se agrandan demasiado —dijo metiendo un dedo por la red a la altura del vientre.

El tacto de su uña primero y de la yema después, le produjo una contracción en el clítoris que le supuso segregación de fluidos y sequedad en la boca. Se la humedeció con la lengua, sin hacer alarde de ello; hubiese deseado que otra lengua lo hiciese, pero Inma rehusó el envite y la volvió de espaldas.

—Siempre me ha dado envidia tu trasero, lo mantienes tan firme que parece terciopelo.

Julia no decía nada, tan solo esperaba ser abordada, manoseada y amada para dar rienda suelta a sus instintos y mostrarse tal y como era.

—¿Te imaginas si nos viese Pili? Aquí, las dos juntas, tan cerca y vestidas así —le susurró Inma, rozando sus pezones en la espalda de Julia, que gemía por dentro, haciendo un gran esfuerzo por no balancear su trasero contra el cuerpo de su amiga que la ponía en un aprieto.

—Creo que le daría un infarto —resolvió, intentando que no le temblara la voz.

—¿Y si viniese un amigo mío?

Aquella pregunta rompió la magia y Julia se giró envenenada.

—¿Esto no será una encerrona? —gritó.

—¿Qué quieres decir?

Julia se sintió agredida, groseramente desnuda y desprotegida.

—¿Esperas a alguien?

—¡Claro que no! ¿Qué te piensas, que me gusta Pili?

—¡Me refería a un hombre!

—A los hombres los quiero para mí solita, ¿qué te crees? —mintió, pues pocas relaciones había mantenido con ellos.

Para entonces, Julia ya se había quitado los zapatos y casi la totalidad de la redecilla que cubría su cuerpo. Inma no tuvo más que deslizar sus tirantes y dejar caer el body para quedar totalmente desnuda ante sus ojos, que en la posición que se encontraba, sentada en la cama, casi podía oler su rasurado pubis.

Una vez más se contuvo, hizo caso omiso a sus deseos y recordó el daño que le causó Angelina. No tardó en verse completamente vestida y salió sin despedirse, dejando a su amiga desnuda, desilusionada, y pidiéndole perdón por algo que no entendía.

Esperó pacientemente sentada en la plaza de San Agustín; faltaban quince minutos para que su hija saliese de la academia, situada en la misma calle Jaime de donde había huido hacía media hora, sin dejar de pensar en el ridículo que acababa de protagonizar.

Allí, sentada en un banco de hierro colado, que se mantenía frío pese al rato que llevaba sentada, procuró poner sus ideas en orden. Tal vez su reacción habría sido exagerada. Seguramente todo se trataba de un juego, de algo tramado por Inma mientras esperaba en el sofá. «Quizá quiso ponerme a prueba, averiguar de qué lado estoy. Después de todo no tengo que arrepentirme de nada. Ha pasado lo mejor que podía pasar; Inma se guardará para sí sus juegos eróticos y yo no tendré por qué destapar mi bisexualidad. Mañana la llamaré para disculparme y asunto arreglado. Es mi amiga, tendrá que comprenderme».

En cuanto el sol dejó de calentar se notó tanto el invierno que el poco aire que corría parecía venir del Polo Norte. Se tapó las orejas con el cuello del abrigo y bajó por la calle San Pedro con el pensamiento puesto en su hija.

Algunas madres ya esperaban en la puerta de la academia, todas se movían inquietas por el frío y hablaban de cosas cotidianas. Eran personas normales a las que seguro que la vida no les había planteado más problemas que los propios de educar a sus hijos, sobrellevar a sus maridos y llegar a fin de mes. Se acercó despacio, saludó sin sacar las manos de los bolsillos, y se pegó a un corrillo buscando algo de calor. Las conversaciones, las de siempre; el frío que llegaba tarde, pero que llegaba, los estudios de los niños y las primeras comuniones que pronto llegarían.

Julia prestó atención al otro círculo de mujeres que parecían intercambiar opiniones sobre algo más escandaloso.

—¡Qué sí, nena! ¡La Paqui! La que decía que a su marido le daban asco las putas.

—¿No me digas?

—Pues la Loli la llevó en el coche.

—¿Y entró?

—Por lo visto no dejan entrar a las mujeres. Pero ellas se quedaron en el aparcamiento, escondidas en el coche.

—¡A mí me hace eso mi marido y lo mato!

—Nunca digas de esta agua no he de beber —dijo otra a la que todas llamaban la Cuernos cuando no estaba delante.

—Por lo visto, se abalanzó a él en cuanto salió ¡Si no es por la Loli, le saca los ojos allí mismo! —continuó la portadora del chisme.

—Desde luego los hombres no tienen perdón de Dios.

Julia se quedó con esa frase. Su marido tampoco lo tenía y, aunque ella no lo había pillado in fraganti, y mucho menos saliendo de un prostíbulo, enseguida se puso en el lugar de la ofendida.

El alboroto de los niños al salir acabó con todas las conversaciones. Se pronunciaron las sonoras despedidas y Julia recogió a su pequeña que demostraba su alegría dando saltos de emoción.

Subieron calle arriba, como algunas otras madres con sus hijos, solo que Julia posó su mirada en el zaguán del bloque de Inma y la echó de menos.

Llegó a su casa, situada en la parte alta de la ciudad, más triste que cansada. Durante el trayecto, y a pesar de que Lucía se empeñaba en contarle todo lo que había aprendido aquel día, Julia intentaba imaginarse como sería un burdel. ¿Escogerían ellas? ¿Escogerían ellos? ¿Sería como en algunas películas en las que los clientes se sentaban y ellas se exhibían en ropa interior? ¿O sería una especie de discoteca donde había que pagar para poder ligar? Tenía entendido que era un buen negocio y que la mayoría de los hombres pasaban por él con cierta asiduidad. No podía imaginarse a su marido haciendo el acto sexual con un cuerpo recién baboseado por otro tío cuando ella no se negaba a nada. Claro que con Angelina no tuvo ningún pudor a pesar de ser la esposa de su mejor amigo.

En otro tiempo le habría preguntado; hubiesen tenido una conversación amigable sobre el tema, pero ahora por desgracia, las cosas habían cambiado.

Una vez dentro de la casa, Julia se sintió reconfortada por el calor de la

calefacción que continuaba encendida. Quitó el abrigo a la niña y ella misma llamó a Marcos, al que creía en el sótano.

—¡Estoy aquí! —salió la voz de la cocina.

Lucía corrió a su encuentro, se abrazó a su cintura, y esperó a que terminase de sacar el revuelto de espárragos con jamón que había preparado para la cena.

Julia se acercó esgrimiendo media sonrisa que a Marcos le pareció suficiente para quedar satisfecho. Se había puesto un delantal repleto de aceitunas rellenas con pepinillos que alguien le regalo en su despedida de soltero. No buscaba impresionarla, pero sí recordarle que la amaba como el primer día. Cogió el tenedor de madera y le ofreció un taco de jamón, de los presentes en la sartén, no sin antes mirar a la pequeña y guiñarle un ojo, para evitar un posible rechazo que no podría soportar. Su aspecto era el de la joven que conoció; sus ojos brillaban como antaño y sus pómulos aparecían sonrojados, aunque, en esta ocasión, fuese tan solo por el cambio de temperatura experimentado.

Puso la mano en su barbilla; se la hubiera comido a besos. Deseaba volver a sentirla cerca, acurrucarla entre sus brazos y apreciar cómo se fundían en un mismo ser. No solo amaba lo que veía, amaba todo cuanto suponía vivir a su lado; su hija, su risa, sus pequeñas preocupaciones, sus grandes conflictos personales, sus retos y sus bromas alocadas, todo cuanto ella representaba lo consideraba su hogar. Estaba seguro de que, aunque tuviese que vivir entre cartones, ella sabría aportar lo necesario para hacerlo acogedor.

Durante la cena intentó reconquistarla con zalamerías que no despreció. Se sintió feliz por ello, era un primer paso para conseguir rescatar su matrimonio. Las miradas no eran recíprocas, pero no le importaba, mantuvo la esperanza de que pronto acabara el malestar que la mantenía ausente. Las risas intermitentes de la pequeña se alternaban con los silencios que ocupaban el espacio de la sobremesa.

En la televisión se podía ver un reality shows al que Marcos nunca prestaba atención, pero que divertía a Lucía aunque no se enterase de nada. Aparecían un grupo de personas, al parecer abandonados en una isla, donde tenían que hacer pruebas extenuantes para poder comer. La niña reía con cada caída y Marcos aprovechó para coger la mano de Julia, que se dejó hacer, sin dirigirle la mirada.

—¿En qué piensas?

—En qué en el próximo descanso publicitario me llevaré a Lucía a la cama y yo me iré con ella.

—No es mi intención hacer nada que no quieras.

—¡Por supuesto!

—Hace meses que no...

—Aún no estoy preparada. Será mejor que hoy duermas en el sofá — arguyó casi arrepintiéndose, puesto que la tarde con Inma la había dejado bastante excitada.

Marcos se levantó, recogió la mesa y bajó al sótano.

En muchas ocasiones había intentado contactar con las fuerzas extrañas que lo llegaron a obsesionar, pero en ningún caso obtuvo resultados. Desde luego, su capacidad para convocarlas, que así llaman los médiums a tal hazaña, era tan reducida que ni con la ayuda del librito conseguía resultados. Llegó a creer que lo ocurrido aquel día sería el punto y final. Él se había enfrentado a sus miedos y sus miedos a él. Asunto concluido.

El pequeño calefactor expulsaba aire caliente en dirección a su mesa. Eran las once de la noche y decidió indagar en alguna página pornográfica de las que tanto abundan en Internet.

No tardó mucho en procurarse una erección y tuvo que desabrocharse los pantalones para disminuir la presión. Algunas fotos eran realmente eróticas, otras tan pornográficas que desviaba la mirada para no perder lo conseguido. Buscó lo que más le excitaba. Dos lesbianas se besaban, con pasión y lujuria, acariciándose los puntos erógenos. Se imaginó a Julia con Inma, en una fantasía que lo transportó al clímax y a una eyaculación rápida pero tan abundante, que lo pringó todo. Se limpió como pudo con el pañuelo de tela que siempre llevaba en el bolsillo, cogió pañuelos de papel para secar el teclado y la tapa de la mesa; se vio desbordado por el pegajoso líquido.

Apagó el calefactor; el aire caliente mantenía su pene en erección, o eso creyó él. Abajo, una pantallita parpadeante, le exigía su atención. Creyó ver a Angelina guiñándole un ojo, se fijó un poco más, se parecía, pero no era. Después de dos meses sin sexo, la erección parecía perpetua, continuó descubriendo páginas. Un video, de fabricación italiana, volvió a excitarlo haciendo que su miembro se irguiese con renovada vigorosidad y se satisfizo una vez más. En esta ocasión no hubo tanto que limpiar.

Todo estaba hecho, el placer inmediato, una fantasía imposible y el derecho a no tener que complacer a nadie. Se retrepó en su sillón y se relajó pensando en poder abrazar a su esposa en ese momento de extrema felicidad

en que ambos caían abatidos y agradecidos el uno con el otro.

Subió y miró el sofá; aquel mueble no estaba hecho para dormir, se decepcionó una vez más y pensó en su espalda, en el día posterior, y en las horas de oficina que le quedaban con quién sabe qué dolores. Se dirigió a su dormitorio con la clara intención de no tocarla, ningún día la despertaba por la mañana, por qué hacerlo ahora. Se quitó la ropa en el descansillo y entro sin hacer ruido.

Julia no estaba en la cama. Echó una ojeada al cuarto de la pequeña y se encontró con una tierna imagen. Las dos dormían abrazadas; la niña de espaldas a su madre y su madre en el filo de la cama. Entró para cubrir la espalda de su esposa que había quedado al aire. Se mantuvo un rato apoyado en el quicio de la puerta pensando en lo ideal que podría ser su vida. Aun siendo la persona más afortunada del mundo, lo había echado todo por la borda. Las dos mujeres a las que amaba no querían compartir nada con él. Las veía unidas, satisfechas con ellas mismas ¿Y él qué? Desahuciado en su propia casa, obligado a dormir en el sofá y a trabajar, que según parecía, era para lo único que servía —¡No merezco dormir en mi cama! No, si ella no lo hace.

Se quedó dormido con la amargura en la garganta, con la horrible sensación de no ser nada, de no haber aportado al matrimonio más que la desgracia de la infidelidad, y una hija, que el día de mañana tendría algo que reprocharle.

«—mantenía el pequeño libro en la mano, pero no se podía deshacer de él, le quemaba la mano y no podía. El dolor era insoportable y el sudor empapaba su cuerpo. De las puntas de los dedos comenzaron a salir garras, de sus manos zarpas sangrientas, todo temblaba a su alrededor, estaba en el sótano y los libros caían en cascada, un deforme agujero se abrió en el suelo engullendo cuanto podía. El apreciado incunable ardió en plena caída sin que pudiese hacer nada. Su pequeño mundo era absorbido por aquel pozo sin fondo del que subía un olor a humedad y podredumbre que lo asfixiaba. Atendió a un suave ulular que saliendo forzado impedía que se marchase. Cayó boca abajo en el suelo, su propio cuerpo era arrastrado al interior, se sintió impotente, clavó las garras en el marmóreo suelo para evitar caer. El sonido chirriante de las uñas al arañar el piso le produjeron una sensación agria en la boca, sus dientes se alargaron puntiagudos, sus mandíbulas crujían y algunos dientes saltaban en pedazos mientras otros rechinaban al rozarse. Pudo sentir los pies fríos, helados, una corriente de aire gélido subía desde las profundidades del abismo. Su mujer y su hija pedían ayuda, estaban allí, en la

escalera, los peldaños se descolgaban. Julia hacía un esfuerzo sublime por abrir la puerta y salir de allí, pero todo su empeño era en vano, se abrazó a Lucía y gritó pidiendo ayuda. Cayó al suelo. Marcos intentó levantarse, pero las uñas estaban demasiado clavadas en el suelo y no podía soltarse, miró a la pequeña y estaba de pie, pero dormida, su madre la mantenía abrazada por detrás para impedir que cayese al oscuro agujero que la atraía. Las paredes comenzaron a teñirse de rojo, algunas imágenes quedaban representadas y eran espantosas, otras intentaban alargar sus tentáculos para coger a la pequeña. Se incorporó de un fuerte impulso que le produjo un dolor agudo; se había arrancado las uñas, que quedaron incrustadas en el suelo, mientras sus dedos sangraban y despedían pequeños gusanos blanquecinos. Su aspecto era monstruoso y Julia declinó su ayuda arrastrando a la niña que seguía durmiendo a pesar de su verticalidad. Él quería ayudar, pero Julia se acercaba cada vez más al ojo de la pared. Un ojo sangriento, purpúreo y amarillo, palpitante y sediento, cuya pupila, negra y profunda, clamaba a los infiernos por su forma rectangular. Intentaba disuadirla, impedir que siguiese andando hacia atrás, pero cuanto más se acercaba a ella, más pasos daba en sentido contrario. Rectificó su error y se alejó de ellas retrocediendo unos pasos, Del ojo salían unos brazos flácidos que, intentando asirse a su pelo, perdían la proporción y se descarnaban con violencia. Los sonidos, angustiosos y envolventes, impedían que su voz llegase a algún sitio, pero gritaba, se le desgarraba la garganta. Sus pies tocaban el tenebroso agujero y unas manos heladas y cargadas de arrugas lo mantenían en equilibrio. Julia soltó a la niña dejándola desamparada, giró su cuerpo que aparecía desnudo y fue arrastrada al interior de algo siniestro, sin nombre, algo que no había visto nunca, sin luz, y de cuyo fondo emergían voces aterradoras...

—Marcos, ¿quieres venirte a la cama?

Estaba temblando, la angustia no lo dejó responder, los pies habían quedado al descubierto y le parecían muertos, se miró las manos, el dolor que sentía era real, pero se alegró de ver a su esposa a salvo de todo.

—He tenido una pesadilla.

—Me lo imaginaba —lo cogió del brazo y lo ayudó a incorporarse.

Marcos no estaba completamente seguro de aquella realidad. Se miró al espejo de la entradita y su esposa sonreía con la cabeza apoyada en su hombro. Respiró aliviado, pero confuso, algo había cambiado en la actitud de Julia, algo, que por una parte lo hacía feliz y por otra lo desconcertaba.

Lucía debía de hacer su primera comunión, los dos años de catequesis la habían preparado para tal hecho, de forma que a medida que pasaba el tiempo su madre la descubría cada vez más responsable y mucho menos niña.

Ya se había aprendido las oraciones, el protocolo, y las distintas partes de la ceremonia. Se manifestaba tan alegre que siempre andaba rodeada de amigos y dispuesta a liderar cualquier juego por inocente que fuese. El vestido le hacía tanta ilusión que se dormía cada noche acariciando uno de los lazos que colgaban del perchero. Se había convertido en una mujercita, tan coqueta como su madre, aunque mucho más obstinada.

Últimamente, con lo que chocaba de pleno era con la catequista y su empeño en que fuese ella la que leyese en solitario uno de los salmos de la Biblia. Casi siempre acababa disgustada y con ganas de llorar. Intentaba por todos los medios negarse a hacerlo, erraba adrede, se mostraba compungida, hacía gestos de fastidio y pateaba si la cosa seguía adelante, pero nada parecía doblegar la insistencia de quién no tardó en definir como beata triste.

A la salida, su madre siempre esperaba verla sonriente, pero, en aquellos últimos días de preparación, su apatía se acrecentó y Julia intentó mediar entre la niña y la catequista.

—Perdone, pero si no lo quiere hacer, no veo porqué hay que forzarla.

—¡Si dejamos que los niños hagan lo que les apetece, acabarán por ser unos déspotas!

—Entiendo lo que me dice, pero se supone que debe de ser uno de los días más felices de su vida, no una tortura.

—¡Si para ella leer la palabra de Dios es una tortura, mejor que no tome el cuerpo de Cristo!

El tono de la catequista no le gustó nada a la preocupada madre que casi siempre hablaba conciliadora.

—Creo que está usted equivocando los conceptos. Mi hija lee la palabra de Dios, lo que no quiere es hacerlo en público. Además, si persiste en su empeño me veré obligada a hablar con el cura.

—¡No me extraña que su hija sea tan terca! ¡Si siempre consigue lo que

quiere, es normal que sea así!

La conversación acabó sin solucionar nada y cada una continuó por su camino sin despedirse siquiera. Después de todo, Lucía tenía que ir a la academia de inglés y el tiempo corría en su contra.

A Julia no le costaba entender el protagonismo que la catequista buscaba para su hija. Por supuesto, para ella se trataba de la niña más guapa y agraciada del colegio, de la ciudad y del mundo. Sus ojos almendrados, verdes y exagerados para su pequeña carita redondeada, resaltaban sobre la tez morena y esponjosa que llamaba la atención por su simple apariencia. Le resultaba lógico que siempre fuese la que destacase en las actividades escolares, en los bailes y en las obras de teatro que se organizaban en fin de curso. Era lista y aplicada, además de simpática y extrovertida, que gustaba a todo el mundo y se ganaba el cariño con facilidad.

En el colegio, Nuestra Sra. de Araceli, nunca hubo queja de su comportamiento y en las reuniones del APA Julia siempre salía fortalecida por la educación que le había dado a su hija. En una ocasión, se topó de lleno con la señorita Maribel, la miró de arriba a bajo, y le declinó el saludo con desprecio. Cuando era estudiante suya tenía que aguantar sus desplantes y las malas formas que tenía al reírse de todo el mundo, con una crueldad, que la caracterizaba incluso entre sus mismos compañeros. En su fuero interno, era consciente de las muchas vidas académicas que había destruido; ningún niño se merecía el castigo de tenerla como maestra y estaba dispuesta a cambiar a su hija de colegio si, por burla del destino, cayera en sus manos.

Estaba claro que aquella tarde no iba a ser la mejor que recordase. Se sentía frustrada, incomprendida y cabreada con el mundo. Dejó a Lucía en la puerta de la academia, y continuó calle arriba, para dirigirse a su habitual cita de las tardes con las compañeras de Inma y en el café de costumbre.

Cuando llegó, la conversación versaba sobre el fracaso escolar que este año parecía haber tocado techo.

—Yo creo que los profesores no sois conscientes de la influencia que podéis tener sobre unos niños tan pequeños —fueron sus primeras palabras, después de escuchar las distintas versiones de cada una de ellas.

—¡Claro que somos conscientes! Intentamos hacerlo lo mejor que sabemos —contestó Inma,

—No lo dudo, ¿Pero sabéis? ¿Os preocupáis por saber? ¿Enseñáis lo que sabéis? ¡Por qué esa es la cuestión!

—¡Somos personas, bastante tenemos con aguantar a niños maleducados

y padres prepotentes! ¿Tú tienes algún problema con el profesorado? —se defendió Inma, de lo que creyó un ataque directo.

—Yo sí que lo tuve, aunque he de decir que ahora estáis más preparados.

—¡Menos mal!

—Hay casos —continuó sin dar tregua—, en los que un profesor de matemáticas puede ser muy bueno en matemáticas, ¿Pero sabe enseñar la materia? ¿Cuántas autocríticas has escuchado de tus compañeros? ¿Cuántos se preocupan por saber si están fracasando en su oficio y luchan todos los días por superarse? ¡Si los niños aprueban es porque sois muy buenos y si suspenden es porque los niños son tontos o no atienden lo suficiente! Eso no ha cambiado, vosotros nunca sois responsables de nada.

La discusión entre Julia e Inma cogió unos tintes casi agresivos y las demás contertulias no quisieron entrar, aunque escuchaban escandalizadas. La reunión de las tardes se puso demasiado tensa y las acusaciones de Julia no agradaban a nadie, salvo a Pili, que además de estar de acuerdo en algunas cosas, le gustaba ver a sus otras compañeras en un apuro dialéctico que no sabían defender. María Teresa y Amparo, también profesoras en el mismo colegio que Inma, miraban con desagrado a Julia, que les pareció demasiado molesta por algo.

En realidad, todo su malestar se debía a la catequista que no era capaz de ver más allá de sus narices. Con su actitud podría hacer que su hija acabase por detestar la religión, dejar de respetar a sus mayores e incluso abandonar su deseo de hacer la primera comunión. Claro, que aquella mujer no era profesora ni maestra, aunque le recordaba a algunos docentes de su corta vida académica, que actuaban con idéntica irresponsabilidad.

—Creo que tienes un problema de resentimiento para con el profesorado de tu infancia. Pero eso no debe de nublar tu visión actual. Hubieses podido ser lo que hubieses querido. Además ¿De qué te quejas? Lucía va muy bien y sus maestros son muy buenos, ¿qué más puedes pedir? —le reprochó Inma, consciente de su pasado.

Julia se vino a bajo, sus argumentos eran validos, pero Inma le mostró una realidad demasiado dura de asimilar. Si hubiese querido tendría sus estudios terminados, al fin y al cabo, los profesores tienen su vida resuelta y la única responsable de la suya, era ella misma. Miró al resto de mujeres y pidió perdón por su desbocado discurso; tendría que ser más recatada y no poner sus responsabilidades en manos de nadie.

Decidió ir al día siguiente a hablar con el cura, aclarar con él la

situación, y pedir que se respetase la voluntad de su hija, que ya no era tan niña.

—¿Tienes algo que hacer mañana por la mañana? —le preguntó Pili antes de que se despidiese dejando la reunión para otro día.

—No, ¿por qué?

—Mañana tengo que ir a Priego a recoger unas camisas.

—¿Y tu coche?

—Mi coche está en el taller, hasta el jueves no lo recojo. Pero si no puedes no pasa nada, el autobús está para algo.

Las miradas malintencionadas, de María Teresa y Amparo, llegaron a Julia por el rabillo del ojo, pero no quiso decir nada por no volver a liarla; ya estaba bien de discusiones por aquella tarde. Hacía tiempo que no se sentía tan a disgusto con ellas. Husmeando en las conversaciones, sin exponer otra cosa que miradas cómplices, comentarios entre ellas, y sonrisas hipócritas que coartaban la libertad del resto.

—¡Muy bien, en cuanto deje a la niña en el colegio paso a buscarte! —dijo agradable y sonriente para demostrar que no tenía nada que esconder.

Inma se levantó al mismo tiempo que ella.

—¡Espera, me voy contigo!

Las dos, Inma y Julia, se dirigieron calle arriba sin decir ni una sola palabra. Julia tenía que ir al fotógrafo para pedir presupuesto de las fotos de comunión e Inma la seguía esperando alguna reacción por su parte.

—¡Esas tías son estúpidas! Cualquiera día les canto las cuarenta, te lo advierto —se revolvió Julia.

—Simplemente llevan tiempo observando cómo te mira Pili y la verdad, a mí también me parece sospechosa tanta amabilidad por su parte.

—¿Tú también? Pues ya sabes cómo me las gasto. No creo que dudes sobre mi condición de hetero.

—De la tuya no lo dudo, pero la de Pili...

—No entiendo por qué tenéis una idea tan sesgada de las personas que sienten diferente. Hay que aprender a respetar ¿Sabes?

—Ya, ya —dijo mirándose sus adentros.

El tono de Julia seguía siendo bastante crudo e Inma decidió mantener la distancia unos pasos por detrás.

—¿Sabrás decirle que no? —preguntó al fin, con la voz justa para que Julia la oyese.

Julia se giró y le clavó sus pupilas.

—¡Puede que haga con ella lo que tú no has sido capaz de hacer conmigo!

Esta frase congeló a la sorprendida Inma; sus pies no fueron capaces de continuar en movimiento, creyó desvanecerse, la había amado desde siempre y ahora le reprochaba el haber sido cauta. Nada podría haberle hecho más daño, su corazón latía desgajado y su mente lloraba de esperanza. En los años que había pasado en Madrid sus relaciones habían sido abiertas, sin nada que ocultar, pero allí eran otra cosa. Entre tantas personas desconocidas, la libertad sexual es simplemente un derecho natural que no compete nada más que al propio individuo, pero en una ciudad de tamaño medio, donde se conoce todo el mundo y marcada por sus raíces religiosas, lo que menos convenía era descubrir su homosexualidad. Todo cuanto había hecho por conseguir el destino profesional que ahora tenía, giraba alrededor de su gran amor. Prefería estar cerca de ella, aun a costa de ocultar sus deseos. Esto la llenaba más que todas sus anteriores relaciones, por satisfactorias que hubiesen sido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó temiendo la respuesta, como si de ella dependiera su existencia.

Julia intuyó lágrimas de alegría en los ojos que tenía enfrente; se había delatado más que nunca y ahora su coraza se esfumaba etérea. La realidad se antepuso a su afán por protegerse, sembrando de odio su propio ser. Ni respondió, ni se despidió, cogió su cuerpo y se marchó casi corriendo, pasando de largo por el taller fotográfico y con la idea de perderse.

Su temperamento la había traicionado, la había conducido a cometer un error irreparable. Se sentía defraudada consigo misma y hasta avergonzada. Lo que durante muchos años había significado un juego morboso, ahora le aplastaba la garganta y le perforaba el estómago, a la vez que le impedía mirar de cara a su marido.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Marcos, buscando la mirada de Julia que parecía estar lejos.

Hizo un esfuerzo por encontrarse con los comprensivos ojos de su esposo. Ladeó la cabeza y puso el gesto innato que lo enamoró. «¡Pide destino lejos de aquí!», pensó para sí como única manera de eludir el problema,

—¡No! Solo estoy dándole vueltas a la comunión de la niña —puso como excusa para no tener que dar explicaciones.

—Pues no te preocupes que todo va a salir bien.

En realidad, tampoco quería irse, fuese donde fuese, la perseguiría su bisexualidad. Tendría que seguir fingiendo el resto de su vida, apaciguar sus deseos de la misma forma que lo había hecho desde siempre y, así, contentar a su otro yo, que intentaba ser feliz en una sociedad tan cerrada.

Desde que perdonara a su marido, por su más que posible infidelidad, las cosas habían vuelto a ser casi como eran antes. Angelina se había marchado y su esposo se desvivía por demostrarle su amor como si cada día fuese el último.

Estaba convencida de que amaba a su esposo y que no cambiaría a su familia por nada, pero su metedura de pata la había colocado en el centro del huracán; en un espacio donde la quietud era solo momentánea y quedaba a la espera de que, tarde o temprano, las fuerzas del entorno acabaran por destrozarla.

Se despertó inquieta, algo le decía que el viaje con Pili no sería placentero y que tendría que pararle los pies. Desde que conoció su gusto por las mujeres no había parado de provocarla, aunque fuese con disimulo, sin hacerlo abiertamente y sin mirarla directamente a la cara. De todos los días que llevaba insinuándose, en solo una ocasión le devolvió la mirada cómplice que su amiga esperaba, pero, quizá por eso, solo por esa mirada, buscó la oportunidad de tenerla a su merced, de hacer que la soledad la desinhibiera para que mostrase sus apetencias sexuales. Era consciente de todo ello y por eso se sabía indefensa.

Su inseguridad la llevó a la indecisión; miró la ropa que tenía colgada en el armario y suspiró agobiada. Tenía claro que iría, no sería buena idea dejar tirada a la mujer que contaba con su ayuda, pero la elección de su atuendo constituyó otro problema con el que no contaba. Ella vestía para gustar y su ropa iba en la línea de la mujer atrevida y sin complejos de la que se sentía orgullosa.

Escogió un traje chaqueta de corte ejecutivo que le pareció lo más recatado que tenía, pero antes de acabar, se miró en el espejo y le resultó demasiado sofisticado para un día laboral. Volvió a desvestirse y, al fin, decidida, cogió un pantalón vaquero y un suéter de cuello alto que le favorecía lo suficiente. No podía evitar ser atractiva, sus rasgos físicos formaban parte del conjunto; se pusiese lo que se pusiese, allí estaba ella sin remedio.

La llovizna persistente pintó el paisaje de gris y oscureció el asfalto para crear una melancólica mañana en la que el sonido del limpiaparabrisas, y el salpicar de las ruedas, la indujeron a soñar con una vida diferente. Una vida

donde no tener que fingir y todas las personalidades tuviesen cabida, una vida donde el amor a los demás no tuviese que ser furtivo y la alegría formase parte del día a día. Nada de lo que hubiese hecho tenía porqué frustrarla, simplemente actuaba según le dictaba su consciencia y, a pesar de ello, se sentía culpable de no sabía qué.

Recogió a su amiga con una sonrisa forzada y, después de los buenos días, metió la primera marcha aferrándose con fuerza a la palanca y dispuesta a no hablar más.

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo.

—Perdona, pero con el día cómo está, tengo que ir muy concentrada en el volante —la excusa le pareció suficiente y continuó sin apartar la vista del asfalto.

Pilar llevaba las manos sobre su falda y prefirió no molestarla, a ella tampoco le gustaban los días lluviosos para conducir y se mantenía en tensión. En aquel viaje eterno, no hubo ni miradas ni sonrisas, solo el deseo de llegar cuanto antes al sitio en concreto.

El vehículo subía la empinada carretera que coronaba el puerto del Mojón a cada vez menos velocidad. Allí la lluvia arreciaba a cada metro y las cunetas bajaban inundadas de agua turbia. Un camión de gran tonelaje se divisaba entre la nube de agua que emanaba de sus ruedas y Julia prefirió no acercarse demasiado. Subía en tercera y, a pesar de las muchas curvas, mantenía el control de su Opel Astra con suficiencia. En aquellas circunstancias, y en aquella carretera de doble sentido, estaba claro que no tendría oportunidad de adelantar, por lo que se convenció de que llegaría a su destino sin perder de vista la franja de color naranja que tenía frente a sus ojos. Miró por el retrovisor para ver entre la cortina de agua una hilera de luces que subían tras ella. A cincuenta kilómetros por hora, el trayecto parecía interminable, miró a Pili con una sonrisa más relajada y preguntó por el destino con curiosidad.

—¿Cómo es que puedes comprar directamente en la fábrica?

—Mi hermano es representante de ropa y conoce al dueño personalmente.

—¿Y los precios?

—Para la calidad de los productos, son muy buenos.

—¿Si me gusta alguna para mi marido, podré comprarla?

El rostro de Pili se había vuelto a presentar amable y sus ojos parecían rejuvenecer a medida que la conversación se hacía más fluida.

—¡Cuidado! —exclamó Pili, aferrándose a la maneta de la puerta.

El trailer que la antecedió reflejaba un millón de luces rojas que delataban una parada inmediata. Julia pisó freno con la esperanza de que todos lo hiciesen, y se contrajo en el asiento ante la posibilidad de ser alcanzada.

El luminoso del restaurante de los Pelaos se mezclaba con el rojo de los pilotos, y la lluvia, que amplificaba la luz, mermaba la visibilidad de forma dramática. El trailer se apartó a la derecha donde una gran explanada acogía a los muchos camioneros que hacían su parada para el desayuno.

Julia respiró profundo, y continuó, sin querer mostrar el miedo que la mantuvo en tensión durante el proceso. De ahora en adelante, le esperaba una recta de gran longitud y la bajada del puerto no presentaba unas curvas tan cerradas como la subida. Miró de reojo al cruce de la carretera que ascendía a la ermita de la Virgen de la Sierra y pensó que también ella cuidaría de sus hijos, aunque no fuesen Egabrenses.

El resto del camino no tuvo más incidentes que los adelantamientos propios de los lugareños que, sin duda, habían sufrido en muchas ocasiones las inclemencias del tiempo en aquel puerto de montaña y conocían cada curva con la suficiente garantía.

La conversación llegó a ser tan fluida, que ninguna de las dos se percató del cruce de Carcabuey, ni de su llegada a las primeras naves industriales con las que contaba el polígono de Priego de Córdoba.

Después de visitar la fábrica, y ya en el pueblo con los ánimos renovados, hicieron las compras pertinentes con la eficacia digna de dos mujeres en un día lluvioso, y con el único refugio de un paraguas hecho para el sur del país, cuyo reducido tamaño, no dejaba otra alternativa que pegarse la una a la otra, para intentar, sin mucho éxito, que el agua no acabase por empaparlas hasta los huesos.

Julia se sentía feliz; las risas ocupaban más espacio que las palabras y las ocurrencias de su amiga le parecían mucho más divertidas que cualquier episodio en la cafetería de costumbre. Algunas personas las miraban extrañadas por tanta vivacidad, pero a ellas no les importaba nada ni nadie, se divertían, deambulando de una tienda a otra, como si el mundo les perteneciera de pleno derecho. Allí no encontrarían miradas indiscretas, ni saludos sarcásticos, ni gente estirada que las juzgasen. Frente a un escaparate, Julia miraba el reflejo de Pili y se planteó si realmente sería capaz de acosarla, de mostrarse seductora o de intentar seducirla, las dos lo pasaban bien y eso era suficiente para no intentar cruzar la línea. Alguna vez Julia le

cogió la mano y, las más, cuando llovía en exceso, se abrazaban por la cintura como dos colegialas bajo un mismo paraguas.

Así, el mediodía llegó demasiado pronto; tenían tres cuartos de hora para recoger a Lucía, y Julia apremió a su amiga para regresar al coche con urgencia. Las miradas se sucedían cómplices; la mañana había dado de sí todo lo que la lejanía y su falta de pudor les había permitido, pero la sensación de libertad que las embargaba, superaba el tictac del tiempo y los encorsetados cánones con los que se rige la sociedad o, incluso, sus propios prejuicios.

—Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

—¡Dímelo a mí, llevo años sin tener una escapada tan divertida! — contestó Pili sin quitarse la sonrisa de los labios.

—¡Tendremos que repetirlo! ¡Quiero quedar contigo estando las dos arpías presentes! —sugirió Julia.

—Arpías no, pobres mujeres. Con sus prejuicios solo se hacen daño a sí mismas. A mí me gusta ponerlas en situaciones embarazosas y ver su reacción, pero en el fondo son buenas personas.

—¡Pues a mí no me lo parecen! Creo que son unas desgraciadas y por eso se encierran en su propia coraza.

La carretera se mostraba resbaladiza; algunos tractores habían dejado huellas de barro al salir de los diferentes caminos y la película de agua, que cubría el piso, contribuía a licuarlo de forma que las ruedas perdían su adherencia natural. El coche se desplazó unos centímetros que le parecieron metros al cruzar uno de ellos y, pese a que Julia aminoró la marcha, la tensión se trasladó a su rostro y sus muñecas que apretaban el volante con demasiada fuerza. De nuevo la lluvia obligó a colocar la manilla del limpiaparabrisas en su punto máximo; la visión se interrumpía por momentos y ni las luces encendidas podían hacer nada por evitarlo.

Las nubes, negras y espesas, se cernieron sobre el cielo y el día se apagó en pocos minutos. Julia pensó en parar el vehículo, aproximarse al arcén y quedarse allí el tiempo suficiente, pero el riesgo de ser investida por atrás era alto y su hija estaría esperándola a la salida del colegio. Continuó subiendo despacio, en segunda, las escobillas desalojaban el agua formando olas verticales para volver a retirar una espesa capa de agua a su regreso.

Un chirriar de unas ruedas se antepuso a cualquier otro sonido que pudiesen percibir, alertando sus sentidos, cuando se cruzaron ante ellas las luces amarillas de un camión, seguidas de unos pilotos rojos que se aproximaron al parabrisas con rapidez.

El impacto del trailer, que hizo la tijera sin remedio, dejó al vehículo sin la parte superior y a sus dos ocupantes decapitados sobre el coche, que continuó arrastrado por el remolque unos cientos de metros.

La actitud de Lucía preocupaba tanto a su padre, que se vio obligado a concertar una cita con un psicólogo infantil de cierto prestigio en la ciudad y del que había oído hablar en la oficina.

El día del entierro insistió en acompañarlo al cementerio para despedirse de su madre y, al mismo tiempo, hacerle saber que no estaba solo. Actuaba como si no hubiese pasado nada, como si en vez de su madre, fuese una desconocida a la que había que velar. No demostraba ningún tipo de dolor por su pérdida, y en una ocasión, la observó sonriente, mientras miraba el féretro y hacía unos extraños gestos con los dedos.

—¡Se ha ido, mi vida! —se dirigió a ella con ternura.

—Aún no, pero se irá ¿Verdad?

Marcos no supo qué decirle, quizá fuese un consuelo pensar que su madre estaría en el cielo dentro de poco; cuando el operario acabara de colocar la losa y gastase el yeso de la espuerta que tenía a sus pies.

La escasa familia de Julia intentaba arropar a la niña, hacerla sentir protegida, pero Lucía insistía en no soltar la mano de su padre y rechazaba las caricias de los demás familiares que, por otra parte, se sentían abatidos por una muerte tan prematura.

Nadie creía conveniente la presencia de una criatura tan frágil en un sitio como ese, pero Marcos insistió en ello, dejando patente su condición de padre y educador.

Después de ver su actitud en el tanatorio, despreocupada, e incluso indolente, tendría que hacerla razonar, mostrarle la realidad por cruda que esta fuese.

Sin ser adulta, tendría que saber lo que significaba la muerte y las consecuencias que conllevaba. No volvería a ver a su madre. Tendría que conformarse con su recuerdo y asimilar su pérdida, del mismo modo que todos los que la lloraban y la querían. El que fuese al cementerio no era un castigo, sino una forma de que asimilara el futuro inmediato.

Para Marcos, el impacto de la terrible noticia fue tan brutal, que no acabó de creerlo hasta que llegó al tanatorio del hospital Infanta Margarita de Cabra y reconoció el cadáver. Allí estaba su esposa, ni siquiera tuvo la oportunidad de volver a ver su rostro, la identificó por su delicado cuerpo, que carente de vida, yacía pálido y cargado de moratones. La amaba tanto, que deseó con todas sus fuerzas ser él el que cubriera el frío acero de la camilla, el que dejara de existir en detrimento propio. Aquel cuerpo desnudo, que tanto lo había estimulado, al que tantas caricias había ofrecido, se marchitaba presuroso, como si sus ojos no estuvieran presentes, como si no le importase que fuese amado eternamente por quién en ese momento se supo infeliz para el resto de su vida. Cogió la mano que portaba el anillo de casada y se despidió llorando a lágrima viva, con el corazón encogido, y los recuerdos martilleándole la mente.

La cabeza, totalmente cubierta, se unía al tronco por medio de unas vendas que disimulaban el desgarró. Pidió al forense poder ver su rostro, pero la negativa fue tajante, prácticamente nada había quedado en su sitio y así se lo hizo saber el hombre con semblante compungido que, aun respetando su dolor, no pudo concederle tal deseo. Sería un mal recuerdo que arrastraría el resto de su vida, cuando las mejores imágenes, guardadas en su cerebro, podrían resultarle consoladoras.

Salió de allí temblando, en su cabeza un enjambre ruidoso y hueco lo acosaba con preguntas estériles y se sentó en uno de aquellos asientos, acostumbrados a los llantos amargos, para poner en orden los siguientes pasos a seguir. Vio llegar a una familia desgarrada por el dolor y supuso que serían los familiares de la acompañante de su mujer. La compañera de su último viaje, la mujer con quién compartió sus postreras risas y la última en ver su bello rostro.

No le importaba cómo había ocurrido el accidente, su amada estaba muerta y no había consuelo suficiente, pero el saber que había sido fortuito, que no recaía culpa alguna sobre su esposa, lo reconfortó de cara a los familiares de la otra víctima que debían de estar tan abatidos como él.

No tardaron en llegar los padres de Julia, sus tíos, y otros primos a los que solo conoció el día de su boda. Todos los abrazos fueron sentidos, pero la desgana y el desgarrado sufrimiento de los padres, lo hizo dirigirse hacia ellos con un dolor nuevo; el dolor de pensar en que hubiese sido su propia hija la que viajase en el coche en compañía de su madre. Ese dolor, el dolor de sus suegros, y la convicción de que ningún padre debe de sobrevivir a un hijo, lo

hizo estallar en un llanto aún mayor y profundo, en un gemido que le rompía las vísceras con espasmos violentos, haciendo que sus rodillas no pudiesen aguantar el peso del cuerpo. Creyó caer, pero fue su suegra la que cayó primero. Todos los esfuerzos de las personas allí presentes se dirigieron a auxiliar a la pobre mujer y, Marcos, necesito un poco de oxígeno para continuar físicamente entero.

Salió al aparcamiento y dejó que la misma lluvia que había matado a su esposa le empapara la cara. Las nubes estaban allí, impasibles, ajenas al dolor que habían causado, cubriendo el cielo y encubriendo al dios de su esposa; el mismo al que tanto amaba y el que no hizo nada por detener la tragedia. Lo odió con toda su furia contenida. Si existía debía de ser un cabrón y le lanzó un pensamiento amenazador. Sería su más ferviente enemigo y lucharía por descubrir su cara más despiadada.

Una mano se posó en su hombro; el operario ya había gravado las iniciales de su esposa en la lápida y las coronas de flores cubrían gran parte de la pared. El silencio se rompió entre pequeños murmullos y pisadas amortiguadas por la grava del piso, que parecía contribuir a la desolación que iban dejando.

Las nubes volvían a acumularse oscuras, reincidentes y opacas; la amenaza de lluvia comenzó con un viento racheado que agitaba los cipreses y se colaba entre las diferentes calles con las que contaba el cementerio de Nuestra Sra. de Araceli, ubicado a las afueras de la ciudad.

Las primeras gotas cayeron cuando aún no habían abandonado el espacio central que quedaba por edificar. Marcos giró su cuello en un intento por resistirse a dejar el cuerpo de su amada en la más absoluta soledad. Sus pies continuaron en movimiento, pero la imagen de una mujer totalmente vestida de negro, y que tocaba con sus dedos las hundidas letras recién hechas, lo dejó paralizado de cintura para arriba y fue solo cuando reconoció el perfil delineado perfecto de la amiga de su esposa, cuando pudo atender la insistencia de un pariente para que cogiera el paraguas.

Inma se quedó allí un rato más; no había podido decirle cuanto la amaba ni cuanto había esperado para decírselo. Lamentaba la última discusión del último día que estuvieron juntas, pero no aquel momento en que le lanzó el órdago de amor que ella recogió con esperanza.

Sacó de la manga de su jersey un papel antiguo, de su adolescente tiempo, lo colocó delicada y sensible sobre el nicho mientras las lágrimas golpeaban el suelo mojado, confundándose con la lluvia y con las gotas desprendidas de

su pelo. Nunca se le dio bien la poesía, pero aquellos versos los escribió con la absoluta certeza de que era el único medio por el que podría airear sus sentimientos. El miedo a que no dejase que articulara todas las palabras que necesitaba para mostrarle su amor, le dio la fuerza suficiente para hacerlo.

Si en aquellos días no podía apartarla de su mente, ocupando cada segundo y cada rincón de su subconsciente, ahora recordaba con tristeza cada movimiento grácil, cada sonrisa y cada guiño de sus ojos verdes. Se agarró las manos y las puso en su pecho, para recitarla en voz alta, como si de una oración se tratase.

¿Qué camino distante me desboca?
¿Qué camino sin salida me vuelve loca?

Sonrío a los chicos forzada,
me dirigen miradas huidizas,
pero solo tú me atraes,
tú, y no las demás chicas.

Siento cercano el día que me faltes,
el día que se bifurquen los caminos,
el día que parezca noche,
por faltarme tu energía.

Corazones pinto gravados
en todas las barandas,
para que tu mano los cubra
que es mi única esperanza.

Tengo que decirte Te quiero
aunque me cueste la vida.
Tengo que decirte Te amo
aunque la muerte me persiga.

Si algún día con esta poesía te encuentras,
no esperes que te lo pida,
bésame cariño mío,
aunque sea en la mejilla.

La lluvia golpeaba los claveles de las adornadas coronas, el papel se hacía transparente y todo el entorno se mostró de un gris ceniza, que la atrapó en su desdicha, sin que el chapetón perturbara su languidez profunda. Minutos más tarde, unos pasos presurosos se acercaron sonoros por una de las calles, despertándola de su ensimismamiento y haciendo que la realidad volviera a tomar forma.

A través de la cortina de agua, vislumbró la silueta de un hombre trajeado de negro que se dirigía directamente a su encuentro y se sintió ridícula; estaba empapada hasta los huesos y rememorando lo que pudo haber sido, como si la vida diera segundas oportunidades.

No tardó en distinguir los andares de Marcos, que después de dejar a su hija en el coche y paraguas en mano, se dispuso a recogerla, consciente de que la lluvia la habría sorprendido sin otro refugio que su propio cuerpo.

Posó su chaqueta sobre los hombros de Inma y la abrazó con fuerza, intentando cubrir con el paraguas lo ya mojado, con mucho más empeño que lo hiciese consigo mismo.

Ambos salieron apesadumbrados del recinto sacramental, subieron a sus respectivos coches y sin usar otra cosa que sus gestos, se despidieron con semblante amargo.

* * *

El primer problema al que tuvo que enfrentarse Marcos fue el cuidado de su hija. Aún no había cumplido los nueve años y de ninguna manera la veía lo suficientemente capacitada como para hacerse cargo de ella misma. Tendría que despertarla bien temprano para llevarla cada día a la casa de su abuela, y que esta, la llevase al colegio y la recogiese, además de prepararle la comida y otras muchas cosas que él no había hecho nunca. Las tardes las tenía libres, por lo que, pensó, que al menos podría compartir los deberes, y algunos juegos, siempre contando con la aceptación de su hija y con una capacidad que nunca había cultivado.

Durante las siguientes semanas, descubrió que la actitud de Lucía no había cambiado. Siempre pensó que a corto plazo su hija caería en una especie de depresión, pero, por el contrario, su ánimo no experimentó variación alguna. Siempre estaba riendo y jugando con sus soldaditos y muñecos articulados, sintiéndose a gusto en la más absoluta soledad.

Su protagonismo nada tuvo que ver con lo que supuso; él no sabía jugar. Cada vez que lo intentaba, su hija se lo hacía saber y acababa por dejarla en paz, entendiendo que las chicas tenían una forma muy diferente de divertirse.

El primer domingo de mayo, coincidiendo con el día de la madre, las fiestas en honor a María Santísima de Araceli volvieron a dotar a la ciudad de un aire festivo del que no se podía evadir ni un barrio tan periférico como el que habitaba Marcos.

Aunque el recinto ferial quedaba lejos, el aire del norte llevaba los ecos de la música, las bocinas y los altavoces de las tómbolas hasta el interior de su casa. Bastó con la primera noche para verse obligado a hablar con su hija acerca de la incomodidad que sentía y la necesidad de pasar unos días con su familia en Puente Genil.

—¿Echas de menos a mamá?

No pudo evitar que las lágrimas brotaran espontáneas.

—¡No puedo vivir sin ella! —balbuceó —Ni imaginarme estas fiestas sin ella. ¿Sabes que eran sus favoritas? Le gustaba ir delante de la Virgen en el último tramo del recorrido y cantar a su patrona, sin importarle los pisotones, los empujones ni el estruendo de los cohetes. Todo lo que tenía que ver con estos días le parecía irremplazable y ahora todo continúa sin ella, como si nunca hubiese existido. ¡No puedo aguantar esta presión que me duele tanto!

La pequeña escuchaba, entendiendo lo mal que lo estaba pasando su padre. La realidad lo estaba matando poco a poco y ella no podía hacer nada por remediarlo. Sabía que escapar no era una manera efectiva de olvidar, pero aceptó su propuesta de ir a Puente Genil a pasar aquellos días tan señalados.

Tampoco se atrevió a decirle que en poco tiempo tendría que hacer la primera comunión. Su preparación estaba a punto de terminar y en la primera semana de junio tendría que asistir al evento, aunque no tuvieran el ánimo para festejos. Su abuela materna se había encargado de concienciarla de que el acto no era sino un paso más en la vida de una persona católica; podría confesarse y comulgar aquel día, para luego hacerlo cada domingo, sin tener que festejarlo ni esperar regalos de nadie. Después de todo, aquellas desmesuradas fiestas, eran más propias de lo pagano que del recogimiento de los actos religiosos, le aseguró. Tampoco tendría por qué vestirse con ropas diferentes a las que usaba normalmente, podría escoger entre estar sentada con sus compañeros, detrás del altar, o en los primeros bancos junto a las familias para luego comulgar sin más. Todo un abanico de posibilidades que Lucía recogió con tristeza. Nada de lo que había imaginado se haría efectivo. Ni

fiesta, ni regalos, ni vestido blanco, ni de presumir por tener la madre más guapa del mundo.

La vida les había cambiado a los dos de forma drástica, haciendo que nada fuese como estaba previsto.

Para Lucía, todo era una espera indefinida hasta llegar a su madre; estaba convencida de que algún día, cuando dejase este mundo, encontraría sus brazos y su cariño, estuviese donde estuviese. Para Marcos, era la desesperación de no encontrarla cada día junto a él, de no sentir su risa, de no poder contemplar sus ojos verdes y besar sus labios en un gesto cotidiano, pero cargado de simbolismo, que lo animaba a vivir, a ir al trabajo, a salir del trabajo, a desear un día festivo para estar junto a ella, o a coger unas merecidas vacaciones que ambos pudiesen compartir. Salvo su hija, nada le importaba. Ya no bajaba al sótano, ni leía, ni se inmiscuía en los libros para sacarles información. Solo dormía el mayor tiempo posible, veía la tele sin prestar demasiada atención, y observaba a su pequeña, esperando que fuese mucho más feliz que él.

El deterioro de la casa iba en aumento; tampoco le importaba demasiado, ya no tenía sentido, su esposa no la iba a disfrutar ni él tampoco. Sus amistades dejaron de serlo, pues, a pesar de las muchas invitaciones, siempre se negaba a última hora para evitar las repetitivas súplicas que no le apetecía escuchar, procurando que poco a poco tardasen más en acordarse de su existencia. En Internet los foros dejaron de ser atractivos; no se sentía con fuerzas para debatir, ni tenía nada que aportar. Alguna vez pensó, que el estar muerto en vida lo eximía de muchas responsabilidades a las que no estaba dispuesto a plantarles cara. En su trabajo no le importaba dejar las relaciones humanas al margen, pasaba las horas con la única idea de realizar su empeño, sin involucrarse demasiado, solo lo hacía porque tenía que hacerlo.

Su aspecto también había cambiado. El espejo se convirtió en un enemigo que le reprochaba su dejadez, además de repetirle que estaría solo para siempre. Las cremas faciales, los distintos tipos de maquillaje y los cálidos perfumes de Julia, permanecían en el mueble acristalado como un recordatorio eterno del que no quería deshacerse. Ya no se afeitaba cada mañana, ni iba a la barbería todas las semanas, no le importaba estar presentable, después de todo, se pasaba el día metido en su oficina sin tener que dar la cara al público, sin tener que agrandar a nadie, ni que el mundo pensase que era una persona selecta. Muy al contrario, sus compañeros pensaban que su anterior apariencia era debida a que su esposa lo obligaba y lo mantenía en perfecto estado de

revista. Por mucho empeño que pusiese en plancharse las camisas, siempre aparecía alguna arruga que revelaba su poca pericia. Los jerséis de lana cedían a cada planchado, sin que supiera cómo evitarlo, y las rayas de los pantalones se multiplicaban por muy comedido que fuese.

En más de una ocasión su hija lo recriminó por la apatía con la que afrontaba el futuro —¿Pero qué futuro? —se defendía.

Las bolsas de los ojos delataban lo mal que dormía y lo descuidada que tenía su alimentación. Había dejado de ser un señor para convertirse en un ser desaliñado y despreocupado al que no le sentaba bien levantarse cada mañana.

A veces, se quedaba hasta muy tarde viendo la televisión, sin otra excusa que la pereza por subir las escaleras o la angustia que sentía ante el dormitorio conyugal y su tremenda frialdad. El mundo se había vuelto hostil, y lo asumía con desagrado, aunque, también, consciente de que no le apetecía cambiarlo.

Al igual que la casa, la confianza con su hija también se deterioraba por momentos. Dos años después de la muerte de Julia, prácticamente ni se hablaban, cada uno hacía su vida como mejor entendía que debía de ser y la mayor parte de las noches las pasaban separados. Lucía en la casa de su abuela y Marcos solo y con el carácter agriado. Un resentimiento que lo consumía por dentro, marcándole el entrecejo hasta formar parte de su fisonomía y su manera de enfrentarse a los demás. La pequeña no entendía el enfado continuo de su padre, lo rechazaba por instinto, por miedo en algunas ocasiones y por compasión en la mayoría, pero el caso es que el rechazo le resultaba recíproco e incomprensible. Cada día se parecía más a su madre, todo el mundo lo decía y, quizá por eso, a su padre le resultaba tan complicado asumir el futuro sin el amor de su vida. Los primeros desplantes le dolieron profundamente. Subía a su habitación y lamentaba estar viva mientras hablaba con su madre, derrochando lágrimas y pidiendo estar junto a ella, sin importarle cómo conseguirlo.

En una ocasión, abrió el mueble donde su madre guardaba las pinturas faciales y se maquilló tal y como recordaba que lo hacía su progenitora con la idea de volver a verla, aunque fuese en el espejo. Lo consiguió, para descubrir una soledad aún mayor, echó de menos su tacto, su calor, su olor y hasta las pequeñas broncas que recibía cuando no ponía todo su empeño en acabar los deberes escolares o dejaba el cuarto hecho unos zorros después de jugar con sus amigos. Aquel día, también echó de menos a su amigo Ricardo. Todo su pasado le pareció un cuento de hadas, una manera dichosa de existir, un mundo de alegría donde la familia era su protectora y le brindaba el calor suficiente

que ahora no tenía. La felicidad no era un objetivo a conseguir, sino un recuerdo al que debía de aferrarse siempre que repasara su vida y cayera en la desesperación de los afligidos. Las lágrimas hicieron que el maquillaje se abriese en un surco débil y el colorete que las mismas lágrimas se tiñesen de un rosa claro que mancharon su blusa amarilla y su alma. Nunca volvió a intentar parecerse a su madre, pero Marcos parecía no darse cuenta de que también ella la necesitaba.

Sin que fuese su intención, Araceli, la abuela de Lucía, contribuía cada domingo al distanciamiento entre padre e hija. Para Marcos, el hecho de que su hija fuese a misa no suponía más contrariedad que la pérdida de tiempo que conllevaba, pero, sin embargo, tampoco hacía nada por retenerla junto a él, simplemente se convencía de que la vida que escogiera, fuese cual fuese, siempre sería mejor que la de estar a su lado asumiendo la derrota y la desidia con la que afrontaba cada mañana. Mejor sería que se quedase con su abuela, después de todo, solo la veía algunas tardes y a la hora de cenar, sin que hubiese ninguna conversación que los llevara a confraternizar. Apenas si sabía de su vida, de sus gustos o de sus sentimientos. Cada vez que intentaba acercarse, Lucía chasqueaba la lengua demostrando su contrariedad, e insistiendo en que no era de su agrado hablar de esas cosas —sus intimidades—, para enseguida dirigir la conversación a sus logros académicos o las dudas relativas a las distintas materias escolares. Un caramelo demasiado amargo, a veces, para un padre insatisfecho con su papel en la vida.

Una mañana se sorprendió a sí mismo observando con demasiada parsimonia todo lo que ocurría a su alrededor. Se imaginaba invisible en un mundo de locos, donde las prisas de los demás comenzaban a parecerle ridículas y el aspecto mañanero de la mayoría, toda una evocación a la rutina de levantarse con la hora justa para comenzar el día. Detrás de cada trasero, veía a un jefe malhumorado, a una esposa hasta el gorro de ir a por el pan cada mañana, o a un trabajador que se sabía increpado por los minutos escasos que le quedaban para entrar en su cárcel particular. Siempre las mismas caras desveladas, los mismos calcetines gruesos bajo las batas ordinarias de sus propietarias y el mismo goteo acelerado de pisadas. El olor a pan en algún qué esquina, el de café en otras y el sonido repetitivo de algún despertador que intentaba despertar a todo el vecindario. Él, siempre despacio, tenía tiempo más que suficiente para observar al mundo y sus reacciones; las luces que poco a poco se encendían y apagaban en las ventanas superiores, los portazos, los frenazos de los coches con más prisa y ese silencio entrecortado

que diferencia las mañanas de cualquier otro momento del día.

En su paseo matutino y diario hacia el trabajo, siempre prefería la calle Alhama y la del Molino, para acabar en la de San Pedro, llegando al Coso por la calle Juan Valera, Los edificios modernos se alternaban con algunos mucho más antiguos que ennoblecían el entorno, llenándolos de ese espíritu que nos advierte de lo efímeros que somos y de las anteriores generaciones que pasaron por allí antes que nosotros. Ya no eran el símbolo de poder de antaño, pero sus piedras pulimentadas por cientos de mujeres, que un empeño repetitivo y diario de complacer a sus amos, se dejaron allí las manos, lo hicieron reflexionar sobre la fuerza humana y su rastro en los más duros materiales. Por primera vez, se planteó la posibilidad de que algo de nosotros quedase en el ambiente, en las piedras, en los barrotes de hierro, en las aceras, en las iglesias y en los juzgados, en todo aquello en lo que participamos, aunque no le demos la menor importancia. Tocó el frío escurridizo de un pórtico pétreo; quiso entrar en contacto con algo que estuviese más allá de su comprensión, acariciar las manos del maestro cantero o de la sirvienta que tanto brillo le dio, pero ni la suavidad de su tacto lo hizo reaccionar. Definitivamente, sus encuentros pasados con el más allá, solo fueron coincidencias mundanas a las que mejor no hacer ni caso.

Entró en el paseo del Coso sin atender a las gotas de agua que dejaban caer las hojas de los árboles. Hacía un rato que llovía débilmente, pero no se alteró lo más mínimo, las farolas, invariablemente deladoras, quedaban demasiado altas para su vista y los momentos anteriores al amanecer siempre aparecen húmedos en aquella época del año. El Coso, recién restaurado, ya no dejaba charcos y su caminar continuó, siendo pausado, impidió que se percatase de nada hasta llegar a la fuente central donde la lluvia formaba pequeñas hondas en la quietud del agua, y aunque su chaqueta oscura de paño absorbiera las grandes gotas y sintiese cómo le humedecían la camisa, no reaccionó hasta intuir una presencia humana. Al fondo, justo antes de comenzar las escaleras de piedra que custodiaban el lado este de la plaza elevada, una mujer ataviada con un abrigo ligero, y una bufanda que colgaba hasta la cintura, mantenía con una sola mano su paraguas de tela marrón, mientras la otra, permanecía clavada en el bolsillo de su abrigo como si con el forcejeo, además de mantener la temperatura, procurase que la espera fuese más llevadera.

Marcos no dejó de mirarla ni un solo instante; sus pequeños taconeos y la postura encorvada que mantenía bajo el paraguas, descubrían una

preocupación inusual en unas horas tan tempranas. Continuó, desde la fuente, sin dejar el lado derecho de su marcha y acelerando el paso ante la terrible sensación de que era él la persona esperada. Intentaba vislumbrar el rostro que se difuminaba entre la lluvia, cuando los ojos de Inma se posaron en los suyos haciendo que su cuerpo se parase por completo.

—¡Buenos días! —saludó Inma.

Marcos se aproximó sin decir nada, en su ánimo no estaba pararse a dialogar, pero no podía pasar por alto su cortesía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—¿Puedo hablar contigo?

Echó un vistazo al palacio de los marqueses de Campo de Aras, donde se ubicaban sus oficinas, y otro al rostro que suplicaba un sí.

—Claro que sí, pero solo tengo veinte minutos.

—Me bastará con ellos.

—¡Vamos a aquella cafetería si te da lo mismo!

La cafetería escogida estaba unos cuantos metros de otra más cercana donde sus compañeros de oficina tomaban su primer café del día. No le gustaban las especulaciones con las que podrían hacer cábalas los metomentodo, que como en todos sitios, buscan un resquicio de duda para alimentar su protagonismo. Insistió en alejarse del paraguas que portaba Inma y se distanció lo suficiente para no dar pie a habladurías.

El establecimiento más antiguo y, en consecuencia, con una clientela de mayor edad, parecía idóneo para resguardarse de la intemperie y proponer algún tipo de extensa conversación. Aquellos clientes no tomaban la consumición sin quitarse el abrigo, o con la chaqueta colgada del brazo, cada uno parecía tener su propia percha y su sitio en la barra. Otros esperaban en una mesa sin pedir nada en concreto hasta que el camarero, también entrado en años, les llamaba la atención para que cogieran su consumición del nutrido mostrador donde los pequeños platos se alineaban cargados de vasos y cucharillas.

Marcos e Inma se situaron en una mesa lejana después de pedir dos cafés cortados.

—¿Has visto cómo nos ha mirado el camarero? —preguntó Inma a un despistado acompañante que parecía estar más preocupado por la temperatura del café que por las noticias que pudiese recibir —¿Si estás incómodo nos marchamos y ya está? —dijo molesta.

—¡No, no, cuéntame!

La mujer esperó unos instantes a que se tragara el último sorbo y dijo directamente.

—¡Hace meses que siento la presencia de Julia en mi casa!

Marcos comenzó a dar golpecitos con el dedo corazón sobre la tapa de la mesa mientras se aceleraban sus pulsaciones sin saber qué decir al respecto.

—Creí necesario que lo supieras —dijo Inma, esperando una respuesta o un comentario que no llegaba —¿Me estás escuchando?

La mirada de Marcos no escondía nada; ira, frustración, lástima, odio y todo lo que su mente era capaz de sentir, lo transmitió para desconsuelo de Inma que no llegaba a comprenderlo.

—No me odies por esto. Te aseguro que no es algo que haya buscado —dijo antes de terminar uno de los cafés más amargos que había tomado en su vida —Bastante tengo yo con lo que tengo para, encima, tener que plantarme ante ti y decirte algo que sabía que no te iba a gustar.

—No quiero que digas nada de esto a Lucía, podría obsesionarse con algo imposible de asimilar —dijo al fin—. La realidad es ya suficientemente dura como para tener que rebuscar en el pasado algo que tú y yo sabemos que no existe.

Se levantó y se dirigió a la puerta sin despedirse siquiera. Un dolor en el estómago amenazó con un ardor que lo hizo huir del cargado ambiente que el tabaco, el olor a anís y los vapores del café, hacían demasiado espeso. Respiró profundo, se impregnó de la claridad que le proporcionó la mañana y se refrescó con una llovizna tan delicadamente fina que parecía quedar suspendida en el aire. Caminó por la calle mesoncillo sin tener en cuenta que se alejaba de su puesto de trabajo. La recorrió sin fijarse en nada, suspendido en un halo de nostalgia que no quiso reprimir. Se escapó de la nada para refugiarse en las nubes bajas que recortaban la subida de la sierra y continuó por la triste acera, empapada de gris brillante, para perderse entre las lamentaciones de las copas de los olivos y el agua que rezumaba de sus laderas. Casi sin darse cuenta, aceleró el paso para dejar atrás las últimas edificaciones, que hacían de la carretera un mundo urbano, y volvió a su languidez cuando el asfalto era lo único que separaba la naturaleza de su propio ser.

En su pensamiento, su esposa, los gestos que la hacían irrepetible, sus risas, sus silencios, sus enojos y su belleza entrañable. En su pecho el dolor y en sus extremidades la locura de seguir andando hasta desfallecer. No tenía voluntad de volver, de seguir viviendo una vida que no le apetecía y de la que

se sabía un impedimento para que su hija progresase social y afectivamente. Estaba a punto de estallar, de reventar por dentro, necesitaba recordar a la muerte que estaba preparado; que sus necesidades vitales le oprimían la garganta y que el deseo de continuar por la senda de los vivos hacía años que dejó de habitar en su yo racional. Salió del asfalto justo enfrente de la pequeña explanada donde hacía unos años se quedaron atascados con el coche; ni vio el considerable edificio que constituía el hotel. Se internó por un camino de grava que lo llevaría no sabía donde; se adentró en la maleza, entre espinos y chaparros retorcidos que arañaban su ropa como si quisiesen advertirlo del peligro. Apretó las mandíbulas para zafarse de las ramas más insistentes, quiso salir del enjambre que lo agobiaba, encontrar algún sendero de roca que impidiese el surgir de la vegetación; esa multitud de vida que hacía lo posible por sobrevivir, que ansiosamente peleaba por la luz, sin importarle el sacrificio de otras que estando en peor terreno, no podían sino dejarse cubrir, para en otro retorcido intento seguir progresando. Se arrodilló para salir gateando por un arco de ramas entrecruzadas por el que librarse de la espesura que lo atenazaba.

Para entonces el agua de lluvia lo embadurnaba todo, la roca se hizo resbaladiza y Marcos comenzó a sentir un frío húmedo que encogía su cuerpo en un entumecido deseo de ahogarse en sus propias lágrimas. Miró hacia arriba, hacia la ermita donde contrajera matrimonio con su amada, para contemplar cómo se difuminaba el blanco edificio con la neblina translúcida que le otorgaba el cielo «¿Qué podría recordar que no estuviese hecho?» Comenzó a tiritar, las piernas no sostenían el cuerpo, se dejó caer sobre la hierba y buscó algo parecido al sueño, algo con lo que acabar para no seguir sufriendo, un insostenible equilibrio que lo dotase de alma más que de sentimiento.

Inma llegó a su céntrico piso con la moral por los suelos y la sensación de culpabilidad que había arrastrado durante toda la mañana. Aquel día todo se le había hecho demasiado cuesta arriba; los niños le parecieron más alborotadores que de costumbre y su paciencia, casi inagotable, estuvo a punto de transformarse en agresividad en más de una ocasión. Después del rechazo que produjo en el marido de su amiga aquella misma mañana, se sintió demasiado sola, incomprendida y desamparada, como para aguantar las simpatías que gustaban derrochar las distintas madres de sus pequeños

alumnos.

Soltó las bolsas de la compra y se sentó en la banqueta de la cocina esperando encontrar en la espalda el alivio de los fríos azulejos. Cerró los ojos por un instante; la reconfortaba el pensar que no estaba sola, que su amiga Julia la acompañaba en silencio, besando sus labios cada vez que llegaba, o acariciando su rostro como había sentido en tantas ocasiones. Su vida social había desaparecido desde entonces. Aquel accidente había marcado un antes y un después; ella ya no era la misma y los demás tampoco, hasta su forma de vestir había cambiado paulatinamente, apartando los vivos colores por los pardos y negros con los que se identificaba debido a su estado de ánimo.

El interfono, que tenía sobre su cabeza y anclado en la pared, carraspeó levemente, pero con la suficiente capacidad de ser escuchado. Pensó que habría quedado descolgado y que eran los sonidos de la calle los que asomaban indiscretos. Se incorporó y clavó el telefonillo con fuerza para comprobar que, aun así, seguía emitiendo algún sonido. Lo descolgó intrigada para colocarlo en su oreja y sentir las alarmantes palabras que llegaban lejanas —Marcos... peligro —creyó intuir —Marcos está en peligro —repitió algo más claro.

—¿Quién está ahí? ¡No tiene ninguna gracia!

—¡Ayúdale!

Sin colgar el telefonillo, bajó las escaleras con toda la celeridad que le fue posible y llegó al portal con la mirada clavada en la puerta vidriera desde la que se podía ver la calle y el cuadro de los porteros automáticos.

Nadie estaba allí. Salió intentando visualizar a alguien en un intento de escapada, pero todo parecía normal, todo menos su respiración, que intentaba compensar el esfuerzo y que alertó a una dependienta que esperaba la hora de la comida para cerrar la tienda de chucherías que se hallaba justo enfrente.

—¿Ocurre algo?

—No, no, solo que me ha parecido que alguien llamaba a mi automático.

—Yo llevo un rato aquí y nadie se ha parado en tu puerta.

—Gracias, no te preocupes. Buenas tardes.

—Buenas tardes —se despidió la muchacha, convencida de que la alterada conducta de su vecina, a la que veía cada día entrar y salir, no era del todo normal.

Inma subió las escaleras despacio, casi abatida, la carga que tenía que soportar sobre sus hombros le fue mucho más pesada desde que desvelara su secreto y quedara expuesta al menosprecio de Marcos que, seguro, se fue a

trabajar con la certeza de que ella había perdido la cordura.

Al llegar al segundo rellano, donde se encontraba su piso, vio con sorpresa cómo el abrigo que había utilizado por la mañana se hallaba en el suelo y, sobre él, la bufanda con la que protegiera su garganta. Los recogió desconfiando de su entorno y abrió la puerta con la sensación de que no estaba sola, de que otro aliento recorría el pasillo y de que, por alguna razón, la angustia se presentía huidiza. Un vaho espeso impregnó el espejo de la entrada, donde cada vez que salía, como si de un ritual se tratase, acababa de colocar algún desperfecto de su pelo o de su maquillaje, para salir a la calle con la seguridad necesaria. En aquel panel blanquecino, donde nada se reflejaba, pudo ver la imagen de Marcos tumbado sobre una alfombra verde, acurrucado en sí mismo y con el pelo mojado, mantenía la chaqueta empapada y las manos refugiadas en los bolsillos. Parecía dormido, pero por el color que presentaba su rostro y los labios amoratados, dio la sensación de estar muerto. Un escalofrío intenso recorrió su cuerpo. La sangre se le heló punzándole el estómago y los sonidos, pertenecientes a la íntima naturaleza, se apoderaron de la vivienda que no dejaba de presentar su lado más inhóspito. Unos susurros, entre huecos y silbantes, comenzaron a repetir la palabra sálvalo cada vez con más claridad. Inma comprendió el mensaje; sería Julia la que la advertía y ella no era capaz de articular ningún músculo. La mirada perdida de Marcos, en la cafetería, no iba dirigida a su persona, sino a él mismo, tal vez no hubiese ido a trabajar, se veía afectado, tendría que comprobarlo.

Algo le decía que no debía de soltar el abrigo, pero cuando le confirmaron la incomparecencia de Marcos a través de una llamada telefónica, no tardó en coger el paraguas y dirigir sus pasos hacia el coche que tenía aparcado en la calle San Pedro.

Se dejó llevar por su instinto y, como en un sueño esclarecedor, acabó por adentrarse en la carretera de subida hacia la ermita con más urgencia de la debida. Pisaba el acelerador con la imprudencia de quién no sabe apreciar su vida, pero ella, en un esfuerzo por atravesar las nubes y la lluvia intensa, que parecían obstaculizarla, no tuvo la capacidad de prever el riesgo en ningún momento.

Sin saber cómo, aparcó el coche en un tramo medio de la montaña, se bajó olvidando el paraguas y recorrió un buen trecho con la absoluta seguridad de que iba en la dirección correcta. Su cuerpo esquivaba las ramas que salían al angosto sendero y sus pies no parecían tocar el suelo. Se sintió un

instrumento sin vida mientras una vorágine de pensamientos cruzaba su mente en repetidas peticiones de socorro. Notó como su consciencia se tornaba decadente y creyó caer en plena espesura de vegetación.

Cuando volvió en sí, su cuerpo intentaba calentar el desvaído cuerpo de Marcos que, en el asiento trasero de su coche, respiraba tan débilmente que resultaba imperceptible. Se quitó el abrigo, le quitó la chaqueta e hizo el intercambio preciso, antes de colocarse al volante y poner la calefacción a tope con la mente puesta en el ambulatorio más cercano. Ni se acordaba del camino recorrido, ni de las curvas de la carretera, el marido de su amiga estaba prácticamente muerto y ella era su única defensa. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba en la ambulancia de camino al hospital; miró de arriba a bajo a la mujer vestida de verde que controlaba las constantes vitales de Marcos y respiró hondo. Desde su pequeño asiento, situado en un lateral de la ambulancia, observaba el cuerpo flácido del marido de Julia y sentía cómo su corazón marcaba débilmente los pitidos de la maquina al que estaba conectado por electrodos. Volvió a inspirar, puntual pero profundamente, al percibir el sutil perfume con el que llevaba conviviendo durante meses. Ella estaba allí, la presentía, ni tan siquiera el olor a desinfectante que inundaba el vehículo podía encubrir la delicada fragancia que tanto consuelo le causaba. Cerró los ojos con la absoluta seguridad de que si ella estaba allí se haría cargo de la recuperación de su viudo. Nada podía salir mal. Se había dejado llevar por su subconsciente para salvar la vida de su esquivo amigo y se sintió aliviada por no haber sido la causa de su muerte. Tal vez no estuviese preparado para asimilar una revelación tan profunda y, ella, sabiendo que su ateismo venía de lejos, debía de haberlo previsto.

La hipotermia le había causado un coma del que estaba convencida que saldría, aunque los días en el hospital no pareciesen terminar nunca. Su familia se había hecho cargo de la situación y ella dejó de sentir la presencia de su amiga. De nuevo estaba demasiado sola, con su futuro desmoronado y su inapetencia por vivir. Volvió a sentir los rincones vacíos, y las noches demasiado largas, procurándole un deseo casi irracional por conseguir un contacto físico con su amada y, así, despedirse como hubiese querido.

Ningún domingo se levantaba temprano; la cama ocupaba el mejor refugio en el que superar sus miedos y gozar del placer de la libertad que le otorgaba un día sin compromisos, pero aquel le pareció distinto, excesivamente luminoso para ser las ocho y media de la mañana y cargado de unos sonidos claros y limpios como no había sentido nunca. Se levantó sin temor a

equivocarse, con la templanza justa para no provocar una posible degradación en su estado de ánimo y arruinar el día. Todo cuanto hizo lo ejecutó despacio; se duchó, se preparó el desayuno y comenzó a vestirse con la intención de no rozarse la piel siquiera, medidamente distante y contemplativa, como si quisiese apartarse de su cuerpo, ajena a la temperatura que la revestía de vida y delataba su estado material, placentero por otra parte aquella mañana.

Los olores de la calle, siempre impregnados de actividad humana, no hicieron mella en su decidida caminata por las irregulares aceras, donde algunas losas resquebrajadas se hacían sonoras por su precaria situación, y que para nada interrumpieron las delicadas pisadas que intentaban pasar desapercibidas. La fría atmósfera, que arrastraba su propio cuerpo al caminar, limpiaba su rostro de impurezas, creyéndose un ser invisible; una figura despojada de toda materia que pasara desnuda sin levantar sospechas ni escándalo alguno.

La sacaron de su particular trance un grupo de jóvenes, trajeados ellos y vestidas ellas con elegancia, cuando se repartían unos churros como si desearan compartir una vida llena de alegrías y de amores descubiertos en una larga noche de juerga. Deseó retroceder en el tiempo, sentirse capaz de esperar un futuro, o de retomar la ilusión de tenerlo, con la osadía que otorga la juventud.

Nadie reparó en ella, se sintió una sombra transparente, un reducto de nostalgia que viajase en otra dimensión más irreal, menos tangible, una dimensión donde las risas no tenían cabida y sí los gritos ahogados. Continuó hasta llegar al parque, cruzó la desierta avenida y respiró profundo aprovechando los olores de las primeras yemas cetrinas que las plantas le brindaban, recordándole a su vez, el inminente cambio de estación.

El olor que desprendía el pequeño puesto de churros, donde la familia Perrilleja había amanecido desde siempre, la trasladó a su infancia y recordó los resbaladizos juncos con los que se transportaban los jeringos antes de que el papel irrumpiera grasiento «todo tiene un final», se dijo.

Consiguió rebasar el límite del parque sin hacer concesiones a su imaginación, dejándose llevar por la nostalgia, para acabar en el siguiente barrio, y en otro más, antes de encontrarse de lleno con la empinada cuesta donde se situaba la casa de Marcos y donde la vida de Julia despertara su anhelo.

La casa estaba vacía. Marcos continuaba en el hospital y su pequeña en casa de los abuelos maternos. Ahora estaba deshabitada, pero parecía haberlo

estado durante siglos. Miró el descuidado jardín, la desconchada fachada y los polvorientos barrotes de la puerta donde podrían enraizar hasta los árboles. Desde la muerte de su amiga no había pasado por allí, pero cuatro años no eran suficiente tiempo para tanto deterioro, además, Marcos estaba viviendo en aquella casa junto a su hija y no entendía la notoria dejadez del edificio «Julia no lo hubiese consentido», pensó dirigiendo la mirada hacia las ventanas superiores donde una imagen aparecía borrosa en el cristal. Entrecerró los ojos para distinguir la cuidada melena de su amiga. Estaba allí y sonreía. Sonreía felizmente a la vez que saludaba con la mano. Sintió una punzada en el estómago y un frío interior y desconocido que le impidió moverse, un desgarró en la garganta que no la dejó articular palabra. La profunda necesidad de que estuviese viva, para poder abrazarla y poseerla como había soñado durante la mayor parte de su vida, le devolvió la ilusión. Su amor no había muerto y entendió que aquella era la prueba definitiva. Minutos más tarde intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada, el vecindario dormía y excepto los lejanos ladridos de algún perro, ningún otro sonido irrumpía en su mente para sacarla de aquel momento de angustia.

Retrocedió unos pasos, pero la nítida imagen se había diluido entre las sombras del cristal y los pliegues de las cortinas que se mostraron inamovibles. Se sintió engañada por su subconsciente y presintió que poco podía hacer por evitar aquellas apariciones.

De vuelta a su incompleto piso, donde en pocas ocasiones se había sentido como en un verdadero hogar, se paró en la fuente que le recordara sus tiempos de colegiala y en la que en tantas ocasiones había bebido de uno de sus dos caños, solo para tener enfrente los labios de su amiga Julia como en un beso eterno donde el agua uniera sus codiciados alientos. Ya no había nadie al otro lado, ni el pilón reflejaba vida, tan solo dos caños bajo una estatua, de no sabía quién, permanecían como siempre a expensas de las bocas sedientas con las que cumplir su cometido.

Un frenazo la advirtió de que la mañana había tocado las horas en las que la ciudad volvía a regenerarse y retrocedió unos pasos, pidiendo perdón, para volver a cruzar por el paso de cebra, sin levantar la mirada del asfalto y con la mente puesta en la prioridad de llegar a su piso cuanto antes. Estaba decidida a contactar con alguien que la guiase por el mundo de los espíritus «No tengo otra salida. Todo lo que me está pasando tiene que tener una explicación y no puedo mirar a otro lado sin buscarla. Tiene que haber alguien que me ayude, alguien que esté preparado y que pueda hacerlo, sin que suponga un trauma aún

mayor. Tendré que tener cuidado con las personas que viven de esa clase de timos donde los inocentes afectados dejan todo su dinero a cambio de trucos baratos y palabras de consuelo que no sirven para nada. Yo no quiero palabras de consuelo» se repetía, «quiero encontrarme con ella una vez más. Preguntarle si me amó alguna vez y si lo último que me dijo significaba que sí, “¡Puede que haga con ella lo que tú no fuiste capaz de hacer conmigo!” lo hubiese hecho mil veces, pero cómo arriesgar su amistad, no podía perderla por grande que fuese la recompensa, debía haberlo comprendido y ser ella la que diese el paso. Si me amaba por qué no me lo dijo», continuó torturándose.

—¡Buenos días! —la abordó Araceli, la madre de Julia.

—Buenos días —respondió de forma automática sin saber muy bien a quién saludaba.

Al darse cuenta, dejó las llaves metidas en la cerradura de la puerta principal del bloque y se volvió segura de que algo malo había sucedido en el hospital.

—Tengo noticias de Marcos —dijo, disipando las dudas con una sonrisa complaciente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pronto le darán el alta. Ya se ha recuperado y todo parece ir bien.

—¡No sabe cuánto me alegro! Iré a verlo en cuanto pueda ¿Cree usted que volverá a su casa o...?

—Me imagino que sí, aunque me ha dicho hoy mismo que preferiría que Lucía se quedase conmigo una temporada. Según me ha dicho, tiene varias cosas que arreglar en su vida ¿Sabes algo de eso?

Se quedó pensativa unos segundos. Lo que sabía no podía decirlo y lo que pensaba Marcos quedaba fuera de su alcance.

—No, no tengo ni idea.

—Me lo imaginaba ¿Tú sigues soltera no?

Aquella pregunta sí que no se la esperaba.

—¿Por qué lo pregunta?

La mujer dejó la boca abierta, no sabía si responder, si pedir perdón, explicaciones, o si era la persona adecuada para inmiscuirse en la vida privada de su yerno.

—¿Ha dicho Marcos algo sobre mí? —insistió, dando un paso hacia delante.

—No —dijo demasiado escueta, dejando la mentira al descubierto.

—¿Seguro?

La presión de la mirada de Inma, y su decidida intención de averiguar la verdad, la llevó a desmoronarse y contar lo que sabía.

—Justo cuando salió del coma, lo primero que hizo fue preguntar por usted. Bueno, no sé si conoce a otra Inma, pero me pareció que se refería a usted.

—¿Qué dijo? ¡Dígamelo por favor!

Las palabras parecían no querer salir por ser demasiado violentas para una persona tan visiblemente recatada. Pero un hilo de voz salió cómplice, arrastrando su cadencia en pos de tranquilizar su consciencia —¿Dónde está Inma? ¡Tiene que ayudarme a cuidar de Lucía, solo su amor puede despertar mi consciencia!... ¡Te necesito Inma! —acabó afligida, sintiendo un puñal en el pecho mientras recordaba a su hija y hablaba con la que entendía que sería su sustituta, a pesar de la expresión de extrañeza con la que esta atendía a sus palabras.

—No entiendo lo que ha querido decir —dijo Inma sin ocultar su desconcierto.

Araceli la miró desconfiada, reprochándole su falta de honestidad, si eran amantes, como sospechaba, debía de ser más consecuente con sus decisiones, al fin y al cabo, le iba a arrebatar a su nieta tarde o temprano y se sentía con el derecho a saber en manos de quién recaía la responsabilidad.

—Espero que entienda usted mi preocupación. No me gustaría que mi nieta sufriera ningún desengaño.

—Le aseguro que no entiendo nada, pero mañana mismo iré a hablar con Marcos. Tengo que saber a lo que se refiere, porque, aunque no se lo crea, entre nosotros no hay nada en absoluto.

—Solo espero que penséis en Lucía más que en vosotros mismos —se despidió continuando su camino, satisfecha de haber dicho lo que tenía que decir.

Fueron las palabras de Marcos las que no supo cómo asumir; lo único que intentaba era comprender su significado más allá de la posible relación amorosa que le atribuía la madre de su difunta amiga. Subió las escaleras pensando en el lunes, pues sabía, que un domingo no era el mejor día para visitarlo en el hospital y abordar el tema. Seguramente, todos sus amigos y compañeros de trabajo irían a verlo, haciendo imposible una conversación tan espinosa. Se preguntaba si la aparición de Julia en la ventana de su casa no era una advertencia de que allí solo viviría ella, y nadie más, o si era una llamada de auxilio para que se involucrara en los problemas de su familia.

La cabeza comenzó a darle punzadas y se preparó otro café sin preocuparse por la hora cercana al almuerzo del medio día.

Angelina creyó haber escapado para siempre de las visiones que la aterrorizaban en España, y de una ardiente atracción, que la estaba llevando a destruir su matrimonio y que tendría un final desastroso para sus amigos, y su propia familia, si no ponía los medios necesarios. Estaba convencida de que Marcos amaba a Julia por encima de todas las cosas y que inmiscuirse en su relación era algo deleznable de lo que tenía que huir. Soñaba con rehacer su vida y volver a encontrar el amor en su esposo, que hacía años se le antojaba lejano. Volvería a intentar ser feliz, a olvidarse de lo que sentía por Marcos, ahora a miles de kilómetros, para centrarse en su hijo y en Ricardo antes de perderlo todo. El reencuentro con su familia fue algo más que festivo, sus padres, que habían regresado a Colombia, poco después de que ella contrajera matrimonio, para cuidar de sus progenitores, la recibieron con la alegría propia de quienes no contaban con su presencia en muchos años, pero convencidos de que no sería para siempre; ellos lo hicieron por razones de apego familiar, cultural y amor patrio, pero ella había crecido en España, se había casado con un español y criado a un hijo en una sociedad diferente; su determinación debía de obedecer a otro razonamiento, encontrando poco natural e ilógica la decisión de volver a su país. Aun así, poco había que reprochar, disfrutarían de su hija y de su nieto el tiempo que fuese, sin preguntarse cuanto.

El futuro inmediato tampoco le preocupaba a Angelina; llevaban suficiente dinero como para vivir sin problemas una larga temporada y poder, entre tanto, buscar un local donde ubicar una bonita cafetería y terminar sus días en la tierra que la había visto nacer y que, aunque marchó siendo muy niña, en los últimos meses había añorado excesivamente.

Ricardo, por otra parte, no tenía demasiada devoción por sus hermanos, todos demasiado mayores, nunca habían compartido nada; su padre fallecido y su madre con demencia senil, hacía años que no sentía el calor familiar, importándole poco su cercanía o la opinión que tuviesen al respecto, simplemente debía de dejarse llevar y atender las necesidades de su esposa,

últimamente depresiva y distante.

Las bulliciosas calles de Medellín, con su simétrica estructura cuadrangular, sus anchas avenidas, sus altos edificios y su céntrico aeropuerto, no parecía el mejor lugar para llevar una vida tranquila donde poder respirar cada mañana sintiéndose parte de la naturaleza. Sin duda, Angelina estaba mucho más preparada para coexistir con el enjambre de coches y sonidos ultrasónicos que percibía Ricardo. Él nunca había vivido en otro lugar que no fuese su pueblo, una ciudad moderna, pero, al fin y al cabo, un pueblo donde todavía las sirenas de la policía llamaban la atención de la gente. Tenía el presentimiento de que nunca encontraría su sitio, de que estaba en un mundo agreste, en el que todos desconfiaban de su persona, a pesar del esfuerzo de su suegro por integrarlo entre sus amistades y el pequeño mundo que conformaba el barrio obrero donde residía. A su alrededor, las montañas se erguían tan desafiantes como los edificios, todo era selvático. La gran ciudad, asentada a orillas de un río que corría impregnado de los olores fétidos de la contaminación, y los millones de personas que interactuaban aprisionados en un valle que debió de ser hermoso no hacía tanto tiempo y que, ahora, ocupado por la humanidad, producía tanta basura como todas las grandes ciudades españolas que conocía, le causaba un cierto desamparo al que nunca llegó a acostumbrarse. Siempre había pensado que vivir en una gran ciudad, como Madrid o Barcelona, sería algo que no podría soportar durante mucho tiempo, pero cada vez que veía la cara de felicidad de su esposa, comprendía que su adaptación sería inevitable. Ella se mostraba satisfecha con su nueva disposición de amante esposa y madre entregada a la educación de su hijo. Todos los días lo llevaba al colegio, era un orgullo para ella poder hacerlo y disfrutar de la compañía de otras madres que, como ella, no tenían que ir a trabajar por tener cierto estatus económico. No tardó en adoptar el dialecto materno, aquellos tratamientos, dejes y palabras que se propuso olvidar en España, formaron parte de sus conversaciones antes de que Ricardo pudiese decidir si quedarse o no. Nada podía hacer por evitarlo, ni lo intentó siquiera, era un jaguar en su habitat natural, una pantera a gusto con su manada; imposible despojarla de su ego.

Una mañana de tantas, en las que no tenía nada que hacer, se descubrió a sí mismo persiguiéndola desde la distancia. No lo había hecho nunca y se sintió mal, comenzó a experimentar una ira incontrolable cada vez que alguien se volvía para dedicarle alguna frase, inaudible, pero que por sus gestos delataba lujuria, mientras ella sonreía satisfecha y continuaba con sus

contoneos y un exhibicionismo demasiado exagerado hasta para una mujer de la calle. Nunca se había sentido una persona celosa, pero las cosas habían cambiado desde que Inma lo pusiera al tanto de la posible relación que pudiera mantener con Marcos. La prueba era irrefutable; un pañuelo de Angelina impregnado de semen, cuando ellos llevaban semanas sin hacer el amor, no podría ser otra cosa que una infidelidad.

El consuelo que sintió cuando, días más tarde, su querida esposa le propusiera volver a su país, lo liberó de una carga que posiblemente no hubiese podido soportar. La amaba y haría lo que fuese por recuperarla, pero no podría confiar en ella estando Marcos tan cerca. Se convenció de que hubiese sido algo fugaz de lo que estaba completamente arrepentida y odió a su amigo con todas sus fuerzas. Después de todo, fue ella quien decidió alejarse y eso, para él, la exculpaba de forma tajante. Seguramente, fue su propia falta de atención la que causó el desliz de su compañera; tanto trabajo lo imposibilitaba para satisfacer a su esposa, dejándola en manos de cualquier desalmado sin escrúpulos. Con esa convicción, se prometió a sí mismo no decirle jamás que lo sabía, tendrían una segunda oportunidad, e intentaría aprovecharla, aunque tuviese que sacrificar su orgullo.

Hacía semanas que se vestía mucho más provocativa que de costumbre; su maravilloso cuerpo se dejaba envolver por casi todos los modelos que se llevaban en un lugar tan cálido y su belleza no dejaba indiferente a nadie. Era feliz y lo demostraba cada día con sus abiertos comentarios sobre lo renovada y moderna que le parecía su ciudad. Parecía vivir una segunda juventud y animaba a su marido a salir bastante a menudo por los locales nocturnos, e incluso discotecas, de las que siempre se había sentido desvinculada, para mostrarse mucho más simpática incluso con personas desconocidas para Ricardo. Su nueva situación económica, conseguida gracias a la venta de su vivienda en España, le permitía frecuentar locales de moda y vestir con ropa cara, que lucía con elegancia y desparpajo, para conseguir unas amistades cada vez más elitistas y poder olvidarse del barrio en el que vivían gracias a sus padres y a las habitaciones que les habían dejado temporalmente. Una nueva vida de la que no quería desprenderse, aunque tuviese que prescindir, en parte, de la familiar con la que soñó recién llegados a Medellín, y donde sus cada vez más numerosos conocidos y nuevos amigos, la consideraban una diva exótica, capaz de haber triunfado fuera, para regresar a su país cargada de dinero y de glamour. Muchos eran sus admiradores y no menos las celosas compatriotas que deseaban su marcha para siempre. Pero con lo que no contó

fue con los incipientes celos de su marido y con una manía persecutoria que rozaba lo enfermizo. Ricardo comenzó a tener un sentido de la propiedad que lo transformaba en alguien irascible, alguien desconocido, pero que le usurpaba la personalidad a cada paso de su esposa. Pensó en comprar un arma; en aquel lugar no era algo común su tenencia, pero con un permiso especial podría acceder a ella. Se excusó en la posibilidad de tener que defender a su familia para hacerlo, aunque en su interior, latía el odio y los deseos de aniquilar a toda persona que osase acercarse a su mujer con ánimo de poseerla. Tendría que demostrarse a sí mismo que podría proteger a su esposa y a su matrimonio fuese como fuese y a costa de lo que fuese. No tardó mucho tiempo en verse, de forma cotidiana, haciendo guardia en las esquinas y persiguiendo a su mujer y a sus amigas allá donde fuesen. Las calles dejaron de ser inhóspitas para convertirse en su medio de vida, y el colt45, un aliado inseparable con el que sentirse seguro en momentos de tensión. En alguna ocasión había asistido, como espectador, a ajustes de cuentas en plena calle o de persecuciones, donde sin perder la compostura, miraba al mafioso de turno hacer su trabajo, para luego continuar con el suyo, que no era otro que espiar a su mujer y evitar en lo posible otra infidelidad de la que no podría recomponerse.

El día seis de junio comenzó como otro día cualquiera, Angelina llevando a su hijo al colegio, cerca de casa, Ricardo detrás, controlando las distancias sin dejarse ver, y un grupo de amigas resueltas a pasárselo bien, esperando, como siempre, en el parque que se situaba al otro lado de la calle.

Aquella mañana Angelina resplandecía sobre todas las demás. Su capacidad para llamar la atención parecía no tener límites y eso exasperaba a Ricardo de forma visible. A medida que se acercaba al círculo de amigas, que la miraban, un carro de grandes dimensiones aparcó a escasos diez metros, y otro aún mayor, una especie de limusina cuatro por cuatro, se detuvo más cerca haciendo chirriar sus enormes ruedas. Ricardo corrió a su encuentro, poco le importaba nada, sacó el revolver y se dispuso a disparar cuando del primer coche salieron cuatro personajes que, metralleta en mano, frenaron su avance. Los gestos fueron claros, moriría si persistía en su empeño. Por primera vez en mucho tiempo, notó cómo las piernas le temblaban y el arma carecía del valor suficiente para enfrentarse suicida a un tiroteo que tenía perdido de antemano. Quedó inmóvil, prendido por el miedo a perder su vida y asustado por perder la de su esposa, que había desaparecido, mientras el vehículo cuatro por cuatro se alejaba acelerado. Lo siguió con la vista para

intentar quedarse con la matrícula, dando una corta carrerilla en la dirección correcta para, luego, volverse ante la mirada agresiva de un hombre trajeado de blanco que lo advertía de su situación.

Todas las armas habían desaparecido, solo quedaba el coche gris marengo, los cuatro matones con las manos dispuestas hacia delante en actitud pasiva, y el hombre que esperaba su llegada, tan enigmático como siniestro. Nada había cambiado en el resto de las personas que circulaban por las aceras; había un afectado y era él, los demás continuaban con su cotidianidad sin atender a otra preocupación que no fuese la suya propia, incluso las amigas de su esposa prolongaron su paseo sin llamar la atención de nadie, sin alterarse lo más mínimo ante lo que había sucedido. Se preguntó si ellas conocerían al individuo o individuos que la habían secuestrado, dudó de si era un rapto o si era una forma de deshacerse de él sabiendo que la seguía. Un nubarrón de desconfianza, tan tupido como su nuevo carácter, se cernió en su pensamiento lamentando haber abandonado España por muy mal que pintaran las cosas. Angelina podría habérsela jugado de nuevo, pero con la diferencia, de que poco o nada podía hacer en un espacio tan desconocido. Dirigió sus pasos directamente al colombiano que esperaba paciente a que Ricardo comprendiera la situación.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó alzando la voz unos metros antes de llegar.

—Pregunta equivocada. ¿Cómo puedo recuperar a mi esposa? Esa es la correcta.

Con aquellas pocas palabras, dejó claro que no había sido por voluntad propia, sino un secuestro en toda regla.

—¿Qué tengo que hacer para recuperarla?

—Mejor suba al carro, lo llevaremos a un lugar más discreto.

Uno de los matones se acercó a él, y le sustrajo el arma, antes de invitarlo a subir con modales de mayordomo.

Dentro del vehículo, los cristales tintados y algunas sonrisas maliciosas, le produjeron la sensación de que su vida no valía una mierda y de que se estaba metiendo en un laberinto sin salida, que lo marcaría para siempre.

—Usted y su esposa se van a tomar unas vacaciones en España. Irán a arreglar unos papeles imprescindibles para seguir viviendo acá y lo harán mañana mismo.

Ricardo no dijo nada al respecto. Continuó con la mirada clavada en el único enlace que tenía con su mujer, sabiendo que todo estaba predispuesto y

que, dijese lo que dijese, no serviría para nada.

—Ahora lo llevaremos a su casa, recogerá todos los documentos necesarios y volverá al carro sin hacer ninguna llamada telefónica.

—¿Y qué le diré a mis suegros?

—No se preocupe por ellos, un pequeño accidente a su hijo, en el colegio, los ha hecho salir de casa.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hijo? —preguntó alterado.

—Tampoco se preocupe, ha sido solo un rasguño en la rodilla, algún mamón que le puso la zancadilla. En estos días nada puede pasarle, le hemos puesto dos escoltas bien cualificados.

Un fuerte dolor en el pecho le hizo cerrar los ojos, se sintió responsable de la terrible situación de su familia y decidió no arriesgar nada. Haría lo que tuviese que hacer sin plantearse ninguna treta que los pusiese en peligro.

Desde el pequeño, desordenado y sucio motel, donde tuvo que pasar el resto del día, le aconsejaron que hiciese una llamada a sus suegros, excusándose por pasar la noche en Bogotá junto a su mujer, antes de partir para España al día siguiente. Se habían demorado con algunos papeles y ahora todo tendrían que hacerlo precipitadamente.

En el aeropuerto, las dos maletas que tenía que embarcar le pesaban demasiado. En ellas solo había ropa. Él mismo las había visto llenar y nada parecía sospechoso. En una; un par de mudas, calcetines, toallas de baño, pantalones, camisas y postales de recuerdo. En la otra, como si de un ajuar se tratase, mantelerías, sábanas y una buena cantidad de bolsas de papel, cargadas con el mejor café de Colombia para que lo repartiera entre sus familiares.

Seguramente tendrían un doble fondo, estaba seguro de que transportaba droga, aunque nada podía hacer por impedirlo. Su instinto lo llevó a alejarse de la presión policial que se mostraba sin tapujos en el cargado ambiente de la Terminal, pero sus ojos, escudriñaban cada rincón con la esperanza de ver a su esposa y poder cerciorarse de que estaba viva.

Una vez facturadas las maletas, con éxito, se dispuso a buscar a Angelina con más independencia y mucho más resuelto.

—¡Ni se le ocurra chivar a la policía! —lo paró en seco un muchacho de apenas veinte años, que le clavó algo duro y cilíndrico en el costado — ¡Diríjase al banco del fondo!

Hizo amago de preguntar por su esposa, pero el individuo no dejó otro rastro que un encontronazo fortuito. Echó un vistazo al lugar indicado y vio de

espaldas la despoblada coronilla del hombre que lo estaba guiando desde su desaparición.

—Me dijo que mi esposa viajaría conmigo —fue lo primero que interpeló, sin dirigirse a nadie en concreto.

—No, no. Le dije que se lo dijese a sus suegros para no preocuparlos, ¿no querrá comprometerla?

—No, claro que no.

—Cuando salga de Barajas —continuó importándole poco la respuesta de Ricardo—, lo recogerá un auto, dejará las maletas en el mismo y le darán nuevos billetes, esta vez con destino a Buenos Aires donde esperará a que lo recojamos para llegar hasta Medellín en un vuelo privado. Es algo limpio y sencillo, no lo complique.

—Y si tengo problemas en Madrid, ¿qué?

—En ese caso asumirá su responsabilidad; las maletas son tuyas y solo tuyas. Recuerde que su esposa y su hijo siguen aquí. De todas formas, haga lo posible porque todo salga según lo planeado. No se ponga nervioso y recuerde que en las maletas no hay otra cosa que tejidos. Si algo sale mal, será el responsable de lo que ocurra con sus seres queridos.

La llamada del vuelo con destino a Madrid interrumpió la tensa conversación y Ricardo se levantó del asiento sin despedirse, aunque, expresivo, amenazó con la mirada a su interlocutor que no parecía sentirse aludido.

Sin quererlo, se había convertido en un resignado camello al que seguramente descubrirían, nada más desembarcar, y que tendría que pasar una larga temporada en la cárcel por algo que no podía dejar de hacer. Por algo que ninguna justicia del mundo perdonaría, por muy cierta que fuese su historia. Por delante, al menos catorce horas de vuelo sin poder evitar el doloroso pellizco en el estómago que lo mantenía enclaustrado en su asiento de clase turista y que, en un intento por pasar desapercibido, no abandonó ni para ir al servicio. Un viaje en el que su consciencia no lo dejaba descansar, y que tuvo que pasar fingiendo que dormía para no ser molestado.

La bella imagen de su esposa aparecía y desaparecía del negro estrellado que le procuraban sus párpados cerrados, mostrando una inocente juventud de la que jamás debía de haberse desprendido. Una mirada cautelosa y pícara a la vez, una mezcla entre lo divino y lo tendencioso, que la hacía pasar por un ser encantador, capaz de cautivar, sin dejar ninguna puerta abierta al escándalo. Se sentía orgulloso de haberla enamorado, de haber acariciado la esencia de lo

terrenal y lo efímero de lo cándido, de haber hecho del amor un hijo por el que ahora se jugaba la libertad y quién sabe si la vida. Se planteó la disyuntiva de cambiar la existencia de su hijo por la de su esposa, incluso se flageló las sienes por dudar de su disposición, en el caso de ser solo su mujer la que estuviese en peligro. Una ráfaga de repetitivas ideas y pensamientos funestos impactaban sobre su cerebro, dejando que algunas lágrimas se escurriesen repentinas, cuando la azafata lo advirtió de que tendría que prepararse para tomar tierra en pocos minutos. Notó el pulso en la garganta, la agitación de su pecho lo delataría; tenía que conseguir desmarcarse de todo lo que implicaba aquel viaje, y del contenido de las maletas, que podrían acusarlo de un delito aun sin conocer cuál.

Se concienció de que era un pasajero más, un turista que regresaba de un viaje placentero, un empresario acostumbrado a viajes transatlánticos, un alma que no buscaba un destino, sino la forma de regresar con su familia. Consiguió relajar sus músculos, aliviar la congoja que lo estrangulaba y respirar acompasadamente. Después de todo, podría tratarse de una broma de mal gusto; él había visto como llenaban las maletas y solo había ropa en ellas, podría tratarse de una prueba de fidelidad, de esas que necesitan los narcos para asegurarse un buen cómplice. No lo sabía con exactitud, pero tendría que actuar con naturalidad o todo estaría perdido. Así lo asimiló y así puso todo su empeño en hacerlo.

Cuando salió de la zona de embarque, cargado con las maletas de cuero beige, se sintió el centro de todas las miradas, una diana fácil que hasta los niños detectarían; todo era demasiado espacioso para avanzar despacio, se frenaba a sí mismo cuando se descubría alargando el paso y notaba como su respiración acaparaba más oxígeno del que debía.

No supo si desviar la mirada o mantenerla ante la llegada de dos tipos con placas acreditativas que le llegaban de frente sin mantener conversación entre ellos. Respiró profundamente y soltó las maletas en el suelo; hizo ademán de sacarse la cartera para ver la reacción que causaba, y se sintió aliviado al ver que pasaban de largo. Siguió despacio; los continuos anuncios de otros vuelos, y su musiquilla cansina, pasaron a un segundo plano cuando las vidrieras exteriores le parecieron mucho más cercanas; pronto podría respirar el aire cálido de Madrid, aunque se intuyera sofocante, y la búsqueda del coche indicado supusiera un reto añadido.

Pero nada es como imaginamos que pueda ser; en cuanto salió al exterior, una señorita bien vestida, con falda de cuero negro y blusa escotada, se

abalanzó a sus brazos para impregnar sus labios de carmín e indicarle el aparcamiento donde se encontraba el vehículo en cuestión. Se aferró aún más a las maletas. Nadie le había dicho que sería una chica, y menos que tendría que hacerse pasar por su amigo, la que recogiera un recado tan importante como para retener a su esposa y a su hijo.

—¡Será mejor que me siga el juego! —le aconsejó sin perder la sonrisa.

La chica, sin duda española, alargó el brazo para coger la más pequeña de las maletas. Volvió a besarlo en la mejilla y le susurró su nombre —Felisa—, para abrazarlo por la cintura y pegar su huesuda cara en el hombro de Ricardo que continuaba tenso y asustado.

—¿Qué significa este juego?

—¡Qué te quiero amor mío! —ronroneó creíble.

Ahora fue Ricardo el que la atrajo con fuerza, y beso su cuero cabelludo, al comprender que las cámaras de vigilancia estarían haciendo su trabajo. Recordó la pistola automática que había dejado en Medellín, y la echo de menos, estaba tratando con mafiosos y sin ella se sentía en desventaja. Cualquier cosa que pudiese pasar, pasaría, pero si trataba el asunto como un profesional, al menos, tendría una oportunidad de salir indemne de un negocio tan repugnante.

Cada vez se cruzaban con menos gente; quedaba claro que habían aparcado bien lejos, quizá donde no hubiese cámaras y la confidencialidad del intercambio estuviese garantizada.

—¡Estás metido en un buen lío! ¿Lo sabes?

—Haré lo que tenga que hacer por salvar a mi familia.

—Pues lo que llevas en las maletas indica lo contrario —le reprochó con una entonación maliciosa.

—¡Si tú lo dices!... Yo no he visto nada extraño en ellas. Me la llenaron de ropa para el viaje y algunos regalos para mi gente.

—Esa ropa de la que hablas está manchada de sangre. Será mejor que te des cuenta de lo que has hecho y asumas que no hay marcha atrás. En cualquier caso, para algo estoy yo aquí. Te guiaré para que lleves a cabo tu venganza y puedas satisfacer tu instinto asesino.

—Me parece que te has equivocado de hombre. En cuanto me des los billetes para Argentina, os doy las maletas y me largo sin más.

—Todo ha cambiado, ya nada es igual, debes admitirlo ¡Pero tú camina sin inmutarte!

A Ricardo no le pareció acertado el repentino cambio que los

narcotraficantes habían adoptado.

—No entiendo a qué ese cambio de planes.

El pitido que acompañó a los intermitentes de un coche de alta gama, estacionado unos metros más adelante, lo situaron en su próxima parada.

—No pienso soltar las maletas hasta que te expliques.

—Muy bien, no las sueltes, sube al coche y actúa como si fuese...tu amante —dijo sin querer meter el dedo en la llaga.

—¿Dónde están los billetes?

Felisa metió la mano que tenía libre en el bolsillo de su falda y sacó una fotografía doblada en la que aparecían su mujer y su hijo, para, con una sonrisa forzada, apremiarlo a que entrase en el coche sí o sí.

—De los narcos ya se encargó la policía ¡Ahora meterás las maletas atrás, me darás un beso y te sentarás al volante! ¿De acuerdo?

Ricardo hizo lo recomendado a la fuerza y miró de mala gana a la mujer que sonreía agradable.

—¡Vamos a casa, cariño!

Pisó el acelerador y se preguntó por su desdicha. No sabía si estrellarlo contra la primera columna, o si debía de seguirle el juego a la desconocida que tenía a su lado.

—¿Qué va a pasar con mi familia? En cuanto llamen a Medellín y sepan que no les he entregado las maletas, los matarán.

—Las maletas las tienen, y tú estás esperando la salida del vuelo a Buenos Aires.

La reacción de Ricardo fue instintiva. Tocó ligeramente el freno e hizo amago de aparcar.

—Será mejor que sigas conduciendo.

—No pienso dejar que maten a mi familia.

—¡Está bien, aparca aquí! Quizá tengas que ver ciertas cosas.

En ese momento, un coche patrulla estacionado a su izquierda dejó el hueco perfecto.

—¡Aparca ahí mismo! No te preocupes por nada.

Ricardo la miró de soslayo. Supuso que sería policía y que por lo tanto había fracasado. Aquel sitio estaba destinado a los coches oficiales y nadie podía aparcar que no fuese del cuerpo. Se quitó el cinturón y la siguió hasta la Terminal con la imagen de su esposa parpadeando en la retina; estaba convencido de que la policía española no tenía influencia suficiente como para detener su asesinato, ni el de su hijo, todo se había perdido y una lágrima

ardiente se descolgó por la mejilla.

—¡Ahí estás, esperando el vuelo!

El efecto que le causó la imagen de sí mismo lo dejó aturdido; era él, con un billete en la mano, moviéndose de un lado a otro mientras observaba las pantallas luminosas. La miró boquiabierto, con la respiración forzada y la sensación de perder el equilibrio. Un súbito mareo se adueñó de su mente y tuvo que buscar un asiento para meter la cabeza entre las rodillas.

—Aquel día todo salió bien —le explicaba su joven compañera—. Cogiste el vuelo, te recogieron en Buenos Aires y te llevaron en un avión privado hasta Medellín.

—¡Dime qué estoy viendo, por favor!

—Estás viendo lo que ocurrió en el primer viaje que hiciste.

—¡Pero esto es imposible!

—Me temo que eres tú. Los narcos quedaron tan satisfechos que te pagaron diez mil dólares por ello.

—Pero solo traía ropa —la miró desorientado.

—Toda esa ropa que traías, y que pasó por los escáneres sin levantar sospecha, estaban impregnada de cocaína. Una especie de almidón que, de no haber sido por el café, lo hubiesen detectado los perros.

—¿Acaso me estoy volviendo loco?

—Es obvio que tu cerebro ha ocultado ciertas cosas para que puedas hacer lo que tienes previsto hacer.

—No entiendo nada, explícate por favor.

Pero en ese momento, al levantar la cabeza, volvió a estar en el coche. Su acompañante era Angelina e intentaba llamar su atención con gestos lascivos que no supo interpretar. Algo asomaba entre sus pechos, le pareció una forma fálica, miró sus ojos y se sobrecogió al descubrir unas cuencas vacías de donde salieran gusanos sanguinolentos. Puso la vista en el retrovisor al sentir otra presencia y se encontró con una calavera que lo saludaba sonriente bajo un sombrero de copa, colocando su huesuda mano en el filo del ala de forma cortés.

Los oídos comenzaron a perforarle el cerebro y perdió el conocimiento.

Ciertamente, aquel primer viaje salió mejor de lo que esperaba. Regresó a la casa de sus suegros, y allí estaba su hijo, jugando a la pelota con otros amigos sin percatarse de nada. Ojeó la calle en busca de alguien sospechoso, pero todo parecía normal, se preguntó si Angelina estaría dentro, con sus padres, eran las dos del medio día y como nadie fue a recogerlo al aeropuerto,

cogió un taxi que lo llevara directo a casa.

Justo en el momento en el que se disponía a cruzar la calle, el enorme coche gris marengo que lo llevara al aeropuerto se detuvo ante él. Salió su esposa sonriente y se abrazó satisfecha pero no alterada ni preocupada. El único hombre con el que había tratado le pasó una bolsa de papel desde el asiento del copiloto y le dirigió una sonrisa socarrona que no llegó a comprender. «Son tíos de palabra», pensó. Él había cumplido y ellos también. Las cosas estaban como debían de estar, pero con la única ventaja, de que ahora tenía diez mil dólares en el bolsillo.

Le pidió a su esposa regresar a España para impedir otro suceso similar, alejarse de aquel mundo lo máximo y lo más rápido posible. Pero su respuesta no fue la esperada. Resultó que su implicación iba más allá de un extraño secuestro. Ella misma había colocado los ahorros de ambos en el mercado de la coca con la intención de enriquecerse en poco tiempo. Podrían vivir lujosamente y su hijo tendría una educación exquisita sin faltarle de nada. Ya no tendrían que trabajar; y ni ella ni su familia volverían a pasar penurias para subsistir. Sería una vida ideal, en la que pronto dejaría de ser un simple recadero, para convertirse en alguien importante, una persona respetada y poderosa, que podría optar a algún cargo político con el que limpiar su imagen, y sacar a su familia adelante como siempre había soñado; sin tener que rendir cuentas a nadie.

Pero su obsesión no quedaba ahí, en los próximos viajes tendría que abrir nuevas redes en Barcelona, y otros puntos, para asegurarse un puesto de relevancia en la organización colombiana. —No hay éxito sin esfuerzo—, le decía convencida de que acataría sus deseos, sin plantearse el riesgo que corría.

Efectivamente, Ricardo se vio envuelto en una espiral de droga, dinero, lujo y perversión, que lo mantenía satisfecho consigo mismo, a pesar de que era consciente de que el amor de su esposa ya no significaba nada. Desde que descubrió lo poco que le importaba, al exponerlo en su primer viaje a una condena por narcotráfico, sabiendo que su secuestro fue solo para demostrar que podía hacerlo, Ricardo perdió su confianza y las miradas jamás volvieron a ser las que eran. Sabía que era una marioneta en sus manos, un pelele bien vestido y con peinado de peluquería, que vivía sin limitaciones, aunque ella, su gran amor, no se mostrase receptiva salvo en contadas ocasiones, cuando las ganancias superaban sus propias expectativas. En más de una ocasión le preparó un ménage à trois en su propia casa, escogiendo para ello, a las

mejores chicas de su entorno como premio a su abnegada forma de proceder y los riesgos que corría. También eran frecuentes las orgías en los distintos palacetes con los que contaba la mafia, y de los que era partícipe, aunque su esposa jamás participara en ellas. A pesar de ser escandalosamente atractiva, se mantenía apartada de la promiscuidad generalizada, siendo esta cuestión muy valorada por Ricardo, que presumía de que su cuerpo le pertenecía de pleno derecho y que Angelina se conformaba con los lujos que él mismo le proporcionaba, sintiéndose feliz rodeada de joyas, pieles, coches deportivos y dinero suficiente para vivir diez vidas sin que le faltase de nada. Todo esto estaba muy bien de cara a sus socios, pero alguna vez pensó que realmente seguía añorando a Marcos, siendo esta la causa de su inapetencia sexual. No podía soportar verla en silencio, pensativa, escudriñando su interior como si tuviese algo de lo que arrepentirse o echase en falta algo que nadie podía darle. En esos momentos, en los que no estaba rodeada de admiradores, ni de babosos mentecatos que pretendieran sus favores sexuales, él la abrazaba e intentaba que no se sintiera demasiado sola. Pero ella nunca encontraba una respuesta creíble ante las insistentes preguntas de su esposo, una respuesta con la que Ricardo se sintiese tranquilo, más allá de echar de menos a su hijo que, por razones de tiempo, continuos viajes, arriesgadas entregas de paquetes y, sobre todo, con la intención de alejarlo del escabroso mundo donde ahora habitaban sus padres, estudiaba en un internado católico diseñado para la clase alta del país. Un hijo, que lejos de ser feliz, se aislaba de todo y de todos, escudándose en su condición de excluido social, por razones de nacionalidad y de pobre venido a más, que los demás consideraban casi un insulto a su riqueza dinástica.

Su falta de interés lo llevó a ser un pésimo estudiante, un ser oscuro e inadaptado que no concebía otra amistad que la suya propia. Un niño arisco y desconfiado, cuya existencia estaba llena de pensamientos tan tétricos y tan extraños como su forma de acercarse a los demás. No tardó en proferir insultos a las monjas que trataban de ayudarlo, culpándolas de los males que lo acechaban por no tener a Dios de su lado. Para él, todo se había convertido en un negro agujero donde el dinero dominaba las almas y la ambición se regocijaba en la pobreza de los demás. Incluso los dorados crucifijos que adornaban los pasillos, las aulas y las habitaciones, no parecía decir otra cosa que «sin tener nada, la bondad y los ideales no sirven sino para sufrir la ira de los poderosos, aunque fueses el hijo de Dios».

En una ocasión, después de una noche más en la que los sueños giraban

alrededor de la muerte, se propuso alcanzar el profundo abismo que le mostraba una nebulosa de partículas amorfas, cuyo volumen aumentaba a medida que se acercaban a un fondo de gelatinosa masa, perdiendo su brillo, para convertirse en sombras que se alzaban flotantes después de haberse disipado su energía vital.

Se dejó arrastrar por su lento discurrir, se inmiscuyó en los alaridos y en los espesos sonidos que rodeaban la nada, donde se sentía flotar, para percibir cómo la pérdida de su voluntad lo acercaba vertiginoso a una mirada cargada de odio que se iba materializando en un ojo ensangrentado, cuya pupila, amarilla y de rectangular forma, lo atraía sin remedio. En un principio sintió miedo, su encuentro parecía inminente. Una caída a más velocidad de la que su estructura corporal podía soportar le oprimía el estómago y le dificultaba la respiración, pero las miradas resignadas de otros personajes que, como él, se dirigían en caída libre a su mismo destino, tranquilizaron su espíritu, dejando que una satisfacción desconocida lo animara a proseguir en pos de una complicidad macabra que ya había vivido junto a Lucía, aunque a ella la guiara otra luz que se presentaba como la antítesis de la suya.

Un estruendoso golpe lo dejó suspendido entre la realidad y la ficción con la que se batía a muerte. Quiso salir de allí, regresar ansioso a la almohada donde su cabeza se hundía sudorosa, utilizar su cuerpo para ayudar a su compañero de habitación, que se asfixiaba con sus propias manos, mientras pateaba con espasmos violentos. Pero una severa parálisis le impedía moverse, su cuerpo estaba siendo aplastado por algo que lo cubría en toda su extensión, y comprendió que era tarde para cambiar lo que quería hacer por lo que en realidad había deseado.

Ese individuo, robusto y remilgado, siempre lo había tratado con desprecio. Lo humillaba cada vez que podía, dejando en evidencia su pasado modesto y su calidad de hijo de narcotraficante que siempre negaba infructuosamente. Desde el primer día que lo asignaron a la misma habitación había intentado que fuese su sirviente, una especie de esclavo que le procurara aún más estatus entre los demás, obligándolo a copiarle las tareas, hacerle los deberes y adecentar la estancia común. Ricardo, en su negativa, siempre acababa con algún moratón y con el continuo aislamiento por parte de los demás compañeros que brindaban pleitesía a tan monstruoso personaje. Su vida, lejos de ser lo que creían sus padres, se había convertido en una lucha contra todos, sin que nadie, excepto el ser que lo poseía, apreciara su desgracia.

Desde su lecho, inmóvil y agitado a la vez, notó como varias presencias giraban alrededor del cuerpo que luchaba por conservar su vida. Las sintió amigas, deseosas de agradar a su persona y de brindarle la muerte como muestra de su complicidad. Las risas huecas llenaron la estancia y Ricardo fue consciente del poder que ejercía su voluntad en forma de deseo. Estaba tan seguro de sí mismo, que se incorporó sorprendentemente, sin que ningún sentimiento ocupara su mente.

Miró a la que presintió su víctima a los ojos, y se regocijó en su dolor, esperando con paciencia que su enemigo notase su falta de auxilio como prueba del odio que le procesaba.

Arqueó los labios mientras un estallido de placer recorrió su cuerpo, dejando que unas palabras desconocidas salieran de su boca.

—¡Beelzebul atiende mis deseos! El infierno se encargará de tu descanso.

Nunca se había sentido tan poderoso. Percibió la ansiedad con la que aplastaba la soberbia de su compañero de habitación con más violencia de la que jamás pensó que pudiese albergar. Esperó gozando de aquellos últimos minutos, los sintió obra suya, se vanaglorió de su dominio e intentó capturar el postrero aliento que saliera de aquella boca amoratada que ya desprendía olor a muerte.

De nuevo los zumbidos huecos y perturbadores, el olor a podredumbre, que le llegaba hasta el estómago, y las risas histéricas de quienes lo acompañaban como sombras alteradas, cobraron tal protagonismo, que se sintió ligado a su decadencia para comprender que, desde ese momento y por decisión propia, se debía a algo tan perverso y cruel que lo doblegaría y dominaría hasta el fin de su existencia.

Una arcada, un malestar cargado de frío y un agudo dolor de cabeza, que acabó en mareo y pérdida de consciencia, fue lo último que recordó antes de recobrar el sentido en la camilla de la enfermería. Quiso comunicarse con alguien, preguntar por lo ocurrido, pero hasta su respiración parecía estar ausente. El blanco del techo y de los pequeños azulejos de la pared impregnaban su retina, impidiendo visualizar los últimos acontecimientos que lo llevaron a desfallecer. Ningún dolor físico ni sensación térmica evidenciaban su estado material. Intuyó la soledad que lo abrazaba en el inodoro espacio que ocupaba y sacudió sus pensamientos en un intento de espantar a la muerte de la que se creyó preso. —Ahora no—, se lamentó después de intentar mover los dedos sin encontrar el éxito esperado. Su madre,

su padre y todos los recuerdos felices, que guardaba blindados en su cerebro, recorrieron su mente. Había elegido y lo había hecho mal. Fue consciente de que se había aferrado al odio por la falta de amor, a la que se enfrentó, sin dejar espacio a la más mínima posibilidad de comprensión. Sus padres lo habían dejado en aquel hogar de nadie, abandonado por algo que no tenía edad de alcanzar a entender y que, por otra parte, tampoco había elegido. Seguramente, su amiga Lucía viviría feliz, acompañada de sus seres queridos, mimada y protegida como siempre, sin tener que preocuparse por quién le diera los besos con los que afrontar los días más tristes, y menos propensos a la autosuficiencia, con la que él había aprendido a convivir. A ella siempre le iban mejor las cosas, y por ese motivo, y aun sin quererlo, el trasfondo de la envidia marcó su infantil relación.

Ahora estaba en una camilla, boca arriba, y pensando que la muerte no tenía nada de especial salvo el hecho de estarlo. Ni siquiera un detalle por el que recordase como fue. «¡Espero salir del cuerpo antes de que me hagan la autopsia!», pensó repentinamente, dejando a un lado al resto de las personas que conformaban su vida. Si algo le aterraba era la idea de ser enterrado vivo. Claro que nunca había pensado morir en un sitio así, en una enfermería, donde seguro que se haría efectiva cuando el bisturí hiciese su trabajo.

En un momento, en que creía todo perdido, las palabras del director del centro llamaron su atención.

—¡Cuando lo encontramos aún tenía las manos en el cuello de su compañero! La rigidez era tal, que nos fue imposible apartarlo. Nunca había visto nada parecido.

—No sé qué ha podido ocurrirle. El pobre era tan bueno que no puedo creerme lo que me está contando.

La voz de Angelina parecía provenir de la habitación contigua, y ha juzgar por las palabras de ambos, Ricardo comprendió que había asesinado a su compañero.

—Cuando lo vimos con los ojos en blanco y en un estado de tanta tensión, decidimos administrarle un potente sedante que lo mantiene aún inmovilizado.

—¿Puedo pasar a verlo?

—Claro que sí, pero antes me gustaría aclararle un par de cosas.

—¡Usted dirá!

—¡Su hijo ha cometido un asesinato! —esperó unos segundos para que la bella mujer que tenía enfrente asimilara sus palabras —Espero que se haga

cargo de lo que ello implica. El juez no ha llegado todavía para levantar el cadáver, pero cuando lo haga, su hijo será detenido. Entenderá que no puedo hacer otra cosa.

De los ojos de Angelina brotaron unas lágrimas desoladoras; hasta ese momento no había querido asumir la gravedad de la situación, pero aquel hombre de prominentes ojeras, le estaba acribillando la mente con sus palabras. Se revistió de fortaleza y no dejó que sus sentimientos quedasen al descubierto. Se frotó rápidamente los ojos con la mano y le clavó la mirada como una felina que defendiese a su cachorro, para demostrarle que haría lo que fuese por impedir que le hiciesen daño.

—¡Espero que lo comprenda! —repitió.

Pero Angelina ya estaba de pie y dirigía sus pasos hacia la salida. Encontraría a su hijo, estuviese donde estuviese. No le importaba lo más mínimo lo que el juez opinase de su comportamiento, tenía que sacarlo de allí y lo conseguiría.

El joven Ricardo, que ya conocía el porqué de su inmovilidad e intentaba por todos los medios salir del inducido letargo, luchaba intensamente por emitir algún sonido que alertase a su madre del lugar donde se encontraba, obligando a su garganta a gritar, aunque de nada le sirviese.

La puerta, que tenía en el lado derecho de su cabecera, se abrió súbitamente para volver a cerrarse con la misma fuerza. Continuaba sin poder moverse. La lentitud del tiempo o su deseo de que pasase rápido le alteraba la respiración, sus órganos vitales querían salir del cuerpo, vivir en un espacio más amplio del que él mismo podía proporcionarle, pero continuaba sin poder hacer nada. El rugir de un potente coche que se aproximó a la ventana, cuyos cristales plastificados de blanco solo dejaban pasar la luz, le despertó la curiosidad, dejando a un lado las dudas sobre el perfume que dejó tras de sí la persona que abriera la puerta.

De nuevo la puerta; alguien entra jadeante, unas manos femeninas que lo abrazan por la cintura, el perfume delicado, y el hermoso rostro de su madre que le sonríe.

Al fondo del pasillo, como si el eco delatara a la locura, las voces escandalizadas y lastimeras de las monjas se quebraban de dolor. Angelina, cargando con el peso desplomado de su hijo, que ya no era ningún niño, aligeraba el paso todo lo posible. Pero él, aun sin poder dirigir el cuello en la dirección que deseaba, pudo ver el cuerpo inerte del director del centro con unas enormes tijeras clavadas en la garganta. Nadie se atrevió a detener a

madre e hijo, las monjas se santiguaban presurosas y las distintas puertas se abrían al compás de los puntapiés que Angelina les propinaba. La huída se hizo efectiva cuando ambos salieron, a toda prisa, en el deportivo rojo, último regalo de su padre, dejando atrás el olor a goma quemada que el rozamiento de los neumáticos había producido sobre el asfalto.

Desde el prominente espacio que ocupaba el centro escolar, las sirenas de la policía se diluían entre las copas de los árboles. El coche serpenteaba por la ladera en un continuo forcejeo entre la llanta, la goma que pugnaba por deformarse, y los frenos desprendiendo calor. Ricardo, tumbado en el asiento trasero, solo percibía los continuos vaivenes que tenía que soportar su cuerpo, intuyendo que las cosas podían ir a peor, en el preciso instante en que una figura reconocida lo miró satisfecho de gozo. Era el mismo espectro que en otras ocasiones lo defendió de sus enemigos, era la forma más humana que pudo reconocer de sus propios odios y rencores, era el mal, acumulado en cientos de días de reclusión forzosa y momentos de ansiedad.

Un vómito espeso, que lo zarandeó de pies a cabeza, y la caída libre que experimentó, dejando por unos instantes su cuerpo en ingravidez, fue suficiente para lamentarse de la primera vez que tuvo que escoger entre el bien y el mal para, en un acto de ira, arrojar a su amiga Lucía al fondo de una piscina con la intención de matarla.

El tremendo impacto lateral que sufrió el vehículo, tras los interminables segundos que duró la caída, deformó la carrocería, hasta el punto de desencajar la puerta trasera y verse arrojado al vacío, después de dejarse una pierna en el marco, que el mismo golpe había dejado tan afilado como una guadaña. Ningún tipo de dolor le hizo perder la consciencia, ni tan siquiera el último grito de su madre le llegó a causar sentimiento alguno, era un ser sin alma, que viajaba al final de su destino.

Para Ricardo, la noticia de la muerte de su esposa y de su hijo fue demoledora. Todo su castillo de naipes, montado en los frágiles cimientos del narcotráfico, y sustentado en el dinero fácil con el que contentar a su reina de corazones, se desplomó sin que le diese tiempo de asimilarlo. Montó su colt45, con que pretendió defender a su familia en un primer momento, y se lo colocó directamente en la sien.

El frío acero lo paralizó, se detuvo en el día en el que contrajo matrimonio, en como su joven esposa le juró fidelidad y en los planes de futuro que ambos concibieron al montar una cafería en la nueva urbanización donde tenían la intención de pasar el resto de sus días. Todo hubiese sido

perfecto de no haber existido Marcos. Un personaje que se le antojaba insulso y falto de personalidad, aburrido y vulgarmente peinado, con su aburguesado físico de oficinista y su falta de sentido del humor. Una imagen, que tomó más protagonismo que su propia angustia, mientras el cañón de la pistola resbalaba por su rostro hasta quedar desdibujado en su mente. Él fue el causante de su desgracia, el que destruyó su matrimonio y provocó la huida de su esposa, y su posterior deterioro, hasta convertirse en un engendro amante del dinero y de la popularidad, tan incapaz de educar a su hijo como de asimilar la desgracia que esto conllevaría.

La reacción de Ricardo ante la mirada complaciente de la joven azafata, que insistió en despertarlo para que se abrochase el cinturón, fue tan desconcertante que pidió disculpas a pesar de estar haciendo su trabajo.

—¡Perdone, pero estamos llegando al aeropuerto! ¿Si es tan amable de abrocharse el cinturón?

—¿Felisa? —preguntó haciendo un mohín extraño.

—¿Nos conocemos?

Ricardo comprendió de inmediato que el rostro de la azafata se había colado en su sueño.

—No, no lo creo, ha sido un error.

—Será mejor que se abroche el cinturón, vamos a aterrizar.

En ese momento intentó poner sus ideas en orden. Había escapado de la mafia, regresado después de haber enterrado a su familia y se disponía a vengarse de su antiguo amigo.

Volvió la mirada hacia la muchacha, que continuaba con su trabajo, y recordó la foto que llevaba doblada en el bolsillo de la falda cuando aún estaba soñando. En ella, Angelina estaba embarazada y su hijo sostenía un pequeño bastón en la mano izquierda «¿Qué significado tendría? —Intentó reiniciar el sueño, volver a ver aquella instantánea, pero el impacto de las ruedas en el suelo no dejó espacio para más. La realidad se anteponía de nuevo y él no tendría más remedio que afrontarla.

Bajó del avión despacio, aspiró el aire de Madrid y se encaminó a recoger las dos maletas con las que hizo el viaje de ida, sabiendo que jamás volvería a Colombia.

El bullicio de la Terminal no consiguió que su mente se apartara de su objetivo. Marcos pagaría el daño causado a su familia y de eso estaba completamente seguro.

Al igual que en el sueño del avión, que ahora veía premonitorio, dos

agentes con sus placas acreditativas se acercaban de frente y sin mantener conversación entre ellos. Paró de igual forma, soltó las maletas en el suelo y metió su mano derecha en el bolsillo de la chaqueta para ver su reacción.

—¡Alto policía! —gritaron al unísono.

—¡No haga ni un movimiento más! —gritó uno de ellos.

Las pistolas apuntaban directamente a su cabeza y Ricardo claudicó enseguida.

—¡Queda detenido por narcotráfico, evasión de impuestos y pertenencia banda criminal! ¡La justicia colombiana lo está buscando, pero aquí tiene bastantes delitos por los que pagar! Así que prepárese para pasar una larga temporada entre rejas.

Todo cuanto tenía planeado tendría que esperar. Cerró los ojos y pensó en Marcos con más odio que nunca.

Inma, después de una de las mañanas más largas de su docencia, se despidió de los compañeros disculpándose por la necesidad de acudir al hospital sin demora, para ver a un amigo que había caído enfermo.

Salió más rápido que de costumbre y se encaminó hacia el Ford Focus, que tenía aparcado en el lateral del colegio, sin levantar la cabeza por si a alguna madre, de las muchas que esperaban en la puerta, se le ocurría la brillante idea de preguntarle algo. No tenía el cuerpo para muchas explicaciones y una necesidad imperiosa de hablar con Marcos.

Durante el fin de semana no había parado de pensar en las palabras que le dijese la madre de Julia: «Tiene que ayudarme a cuidar de Lucía» «Solo su amor puede vencer al mal» «Te necesito Inma».

Desde el trágico accidente, Marcos nunca se había mostrado precisamente encantado con su presencia, e incluso pensaba que le era ciertamente molesta. No podía olvidar la mañana que se fue refunfuñando de la cafetería, cuando ella le quiso decir que Julia permanecía junto a ellos, aunque fuese en un estado inmaterial. Tampoco podía olvidar el estado de shock en el que lo encontró, tirado en plena sierra, y que sin saber cómo, fue capaz de dar con él.

Por otra parte, Marcos no estaban en su mejor momento físico, y quién sabe si mental, para hacerse responsable de sus palabras y volver a repetir las.

Demasiadas preguntas con la certeza de que nadie las respondería con suficiencia. En su yo interior algo le decía que no podía retroceder, que tenía que descubrir todo cuanto estaba pasando, pero tampoco quería deshacerse del que, creía, era el propósito de Julia. La idea de formar una familia, si eso es lo que insinuaba Marcos y de lo que parecía estar convencida su suegra, no tendría sentido sino fuese deseo de ella. Los dos la habían amado y quizá ese vínculo fuese suficiente para reconstruir las vidas de ambos.

Levantó la cabeza diez metros antes de llegar a su auto y paró en seco al descubrir a Marcos dejado caer en uno de los costados. Una extraña sensación

le recorrió la espina dorsal; hubiese preferido verlo en el hospital, tener tiempo de preparar su discurso, de intuir siquiera lo que le iba a decir.

De lo mucho que tenía previsto preguntarle nada se le ocurría en aquellos momentos. Continuó andando con calma, despacio, mientras se encontraba con la nitidez de un semblante demasiado serio y descolorido como para prever algo de felicidad en él.

—Buenos tardes —saludó seca y fríamente.

Marcos la miraba contemplativo, sin gesto alguno. Tampoco parecía tener mucho que decir.

—Buenas tardes.

—Ahora iba a verte.

—Pues ya estoy aquí.

En el metro y medio que había entre ambos cabían demasiadas incomprendiones.

—¡Tenemos que hablar!

Marcos afirmó con la cabeza, giró su cuerpo y se cogió a la maneta de la puerta. Inma dejó de mirarle para hacerlo al suelo y dirigirse al lado del volante.

Antes de arrancar el motor, otra mirada, ahora decidida, y la pregunta salió mucho más energética, como rompiendo un hielo cuyo espesor los hacía irreconocibles.

—¡Quiero que sepas que no espero ninguna explicación!

—¿Estás dispuesta a buscar respuestas?

—Sí —contestó Inma sin ningún atisbo de duda.

—En ese caso te invito a comer —dijo Marcos, con un gesto mucho más condescendiente.

—¡Tú dirás dónde vamos!

Hacía mucho tiempo que Inma había perdonado la sórdida infidelidad con la que Marcos hizo tanto daño a su querida Julia, y que ella, por rencor y despecho, se encargó de poner en conocimiento de Ricardo, para que, por fortuna, pusiese un océano de por medio. Era consciente de que un error lo podía cometer cualquiera y que el amor se demostraba de otras muchas formas. En su vida sexual había tenido todo tipo de amantes; hombres, mujeres y ambos a la vez, pero ello nunca mermó lo más mínimo lo que sentía por Julia. «El amor es otra cosa», se repetía.

En Marcos comenzó a ver a un tipo enamorado todavía de su esposa, un alma a la que nadie accedería por mucho empeño que pusiese. «Hay veces que

las relaciones se acaban y vuelven a empezar y veces, como esta, que ni la muerte puede acabar con ellas», estaba convencida.

Se sintió observada desde el asiento del copiloto, pero no quiso apartar la vista del asfalto. Si la mirada persistiese, no sabría qué decir, y tal vez una sonrisa no era lo más adecuado dada la poca alegría que mostraba su acompañante.

La comida tampoco fue divertida. Las miradas se sucedían y la conversación se basó en las necesidades de Lucía y en lo difícil que le resultaba a un padre comprender a una hija adolescente. Alguna vez se le pasó por la cabeza mostrarse voluntaria para ayudarle en su educación, pero rápidamente apartaba la idea de su mente y volvía a clavar el tenedor en el filete de ternera, o la cucharilla en el flan, según el plato que tocara. Ambos intentaban alargar el momento de enfrentarse a lo que los había unido aquel día, pero ninguno de los dos quería forzar una conversación que sabían delicadamente difícil.

—¿Sigues presintiendo que Julia está contigo? —Inma bebió un sorbo de café y lo miró sin apartar la taza de sus labios. —Voy a ponerte en antecedentes para que entiendas que esto no es nuevo para mí —comenzó Marcos, intentando parecer lo más cuerdo posible.

—Quizás no sea este el sitio adecuado —lo cortó Inma.

—¿Te parece mejor que vayamos a mi casa?

—Mejor a la mía. No quiero habladurías en tu barrio.

Marcos entendió la postura de Inma. Él viudo y ella soltera, en un barrio donde los chismes eran el deporte preferido, no podría sino fomentar la creencia de que eran amantes.

Cuando llegó la hora de la cena, sobre las nueve de la noche, Inma, que en ningún momento se había mostrado incrédula, comenzó a verse acorralada en un círculo de pasión, odio y vivencias paranormales, de las que no había sido partícipe y en las que, sin quererlo, se había involucrado tras escuchar impertérrita durante toda la tarde a su interlocutor.

—¿Qué sabes de tu amigo Ricardo?

—Nada, nuestra relación acabó el mismo día en que decidió marcharse. No hemos vuelto a hablar desde entonces, imagino que las cosas le irán bien.

—El domingo fui a dar un paseo por tu barrio. Me quedé mirando la fachada de tu casa y vi la imagen de Julia en la ventana superior.

Marcos entrecerró los ojos y balanceó la cabeza como si se lo esperara.

—Luego desapareció tal cual y me dije a mí misma que, aunque tal vez

estuviese demasiado obsesionada con aquella imagen, intentaría llegar hasta ella de cualquier forma.

—No me gustaría que Lucía se enterase de nada de esto —determinó Marcos sin cambiar la pose que mantenía desde hacía rato —Quiero que me lo prometas. Nuestra vida ya está marcada, pero la suya tiene que permanecer al margen.

—No puedo estar más de acuerdo.

—¡Dame la mano! —dijo suavemente.

Inma cedió su mano sin dejar de mirar los ojos de Marcos que se descubrían sinceros y paternales.

La distancia entre el sillón y uno de los lados del sofá, donde a esa hora de la noche se acomodaba Marcos, no requería de ningún esfuerzo para que el contacto se hiciese material. Lo notó firme pero delicado, afectivo y hasta cariñoso, negando esta última sensación, aunque a medida que separaba cada uno de sus dedos, para ser acariciados con suavidad, su respiración se relajaba sin ocultar un cierto placer que la hizo cerrar los ojos. Se dejó hacer sin decir nada, mientras las palabras de Marcos la sumían en un trance sosegado.

—Estos días en el hospital, después de todo lo pasado, he resuelto que tengo que retomar mi vida. Volver a coger las riendas y recuperar a mi hija. Acabar con esta desidia que me está matando, e intentar ser feliz, para que la existencia de Lucía no se convierta en un infierno —respiró profundamente y presionó la mano de Inma. —Es posible que entre los dos lo consigamos. Podríamos formar una familia.

Aquella última frase la sacó de su letargo y abrió los ojos decididos. Apartó la mano tan deprisa como pudo y miró a Marcos desconcertada.

Aunque ella lo hubiese imaginado, siempre en destellos fugaces, no podía mostrar su apetencia.

—¿Tú estás bien? —le preguntó alterada.

—He sido muy directo, ¿verdad?

—¿Estás pensando en serio que podría haber algo entre nosotros?

—Nunca se me ha dado bien esto. Lo siento.

—¡Creo que no sabes lo que dices! ¡Yo estaba enamorada de tu esposa, no de ti!

En ese momento Marcos se derrumbó, buscó las palabras exactas, el verdadero motivo de su repentina declaración, la razón por la cual se sentía obligado a permanecer junto a ella —Julia me lo ha pedido —dijo al fin,

dejando que su cuerpo cayera contra el respaldo del sofá.

Inma no pudo hacer otro movimiento que colocar la mano sobre su boca y contener la respiración. El silencio se prolongó cauteloso como el peor de los consejeros. Durante diez minutos todo quedó en suspenso, las miradas en algún sitio indeterminado y los sentimientos secuestrados por la aprensión.

—¡Será mejor que te marches! —dijo Inma sin ocultar su dolor.

—Eres la única persona que puede ayudarme.

—Tenía intención de hacerlo, ¿pero ahora?

—No me digas que me marche. Solucionémoslo.

—Estoy confundida. No sé que clase de relación podría haber entre nosotros.

—En estos momentos, yo tampoco, pero no me parece una idea tan descabellada ¡Piensa en Lucía!

—Sigo sin entender nada. Yo estoy dispuesta a ayudar a Lucía, sea cual sea su problema, pero sigo sin entender el tipo de familia que podríamos llegar a ser.

—Yo estoy tan perdido como tú, y aunque no voy a negar que me gustas, no creo estar preparado para una relación amorosa, ni creo que tú seas la persona adecuada. La única razón por la que me he decidido a pedírtelo es la insistencia de Julia en que te haga feliz. Me lo pidió como algo necesario.

—Creo que estamos perdiendo la cabeza ¡Julia está muerta! ¡Yo la veo y tú la escuchas! ¡Tenemos un problema, pero no creo que esa sea la solución!

—Tengo que preguntarte algo —volvió a cogerle la mano.

—Si no fueses el marido de Julia aún podría intentarlo, pero... —Inma parecía no haber escuchado la última interpelación.

—Sé lo que escondiste en la lápida de Julia.

A Inma se le cambió el rictus; pensó que tal vez se refiriese al poema que dejó escrito en aquel papel envejecido. El otro objeto, el que introdujo en el yeso recién puesto, quedó demasiado incrustado como para ser visible y, sin duda, la piedra de granito colocada días más tarde, era la tapadera perfecta para que el anillo quedara allí por mucho tiempo.

—¿Es posible que le dejaras una alianza en la lápida?

Inma se estremeció. Recordó aquel día lluvioso y cómo esperó a que Marcos se alejase con su pequeña para hacerlo en la más absoluta intimidad.

—Si es cierto, dímelo, porque es la prueba de que no han sido alucinaciones las que he tenido mientras estaba en coma. Inma se frotó la frente. No sabía qué responder —En ella hay una inscripción —siguió

Marcos. Ahora Inma ladeó la cabeza y preguntó con la mirada. —” Perdonar mi cobardía. Te amaré siempre” —se decidió a decir con un tono interrogante que consiguió dos lágrimas por parte de su interlocutora —¿Es cierto? —volvió a preguntar con más ímpetu.

—¿Lo tienes tú? —preguntó incrédula.

—Sigue donde tú lo pusiste.

—¿Es imposible que lo sepas!

—Julia sigue entre nosotros. Esa es la realidad que tenemos que aceptar.

Inma quedó tan perpleja, que cayó en un silencioso y pétreo estado de exclamación. Llevaba mucho tiempo sintiéndola a su lado, en su casa e incluso en su dormitorio, pero aquellas revelaciones la sacaron de su natural manera de afrontarlo.

Marcos la abrazó con ternura, y después de sentarse en el brazo izquierdo del sillón, la contrajo sobre sí, para posar los labios en su cuero cabelludo.

—Creo que Julia nos advierte de algún peligro. Es la única explicación que encuentro.

—No creo que pueda afrontarlo —sollozó Inma casi inaudible.

—Entiendo lo que dices, pero considéralo como algo posible.

—No creo que pueda hacerlo.

Marcos se levantó y se dirigió a la salida mientras Inma lo miraba angustiada.

—Piénsatelo, tal vez sea lo mejor para los tres —comentó Marcos antes de cerrar la puerta tras de sí.

Después del sonido de los diferentes anclajes con los que contaba la puerta, Inma se sintió más sola que nunca; ya no podía divagar con la esperanza de entregarse a Julia, ni había nadie que la hiciese sentirse parte de algo. Todo se reducía a la soledad y el silencio.

Caminó hasta la cocina sin tener claro el porqué, abrió el frigorífico, y se quedó contemplando el interior como si de una lamentable comparativa de ella misma se tratase; medio vacío, frío y demasiado pulcro para ser una lacena, que es lo que era en definitiva. Los movimientos, automáticos, la decidieron a coger una manzana que se interpuso entre sus ojos y el plano relieve del fondo color blanco. «Aun sin ganas algo tendré que cenar, esa es la constante en mi vida, aun sin ganas tendré que hacer esto o aquello», consideró absorta, al tiempo que percibía sin ser del todo material, que alguien llamaba a la puerta.

Se acercó despacio, y miró a través de la mirilla, esperando ver el rostro de Marcos que volviera insistente.

«¿Angelina?, ¿qué hace esta aquí?», pensó al ver su perfil.

Con escepticismo, y dudando de las buenas intenciones de tan extraña visita, se dispuso a desbloquear las diferentes cerraduras, optando por dejar puesta la cadena como medida preventiva ante un posible ataque. Después de todo, fue ella la que delató su infidelidad con Marcos al entregarle el pañuelo a su marido.

Los ocho centímetros de margen que habilitaban dicho seguro no fueron suficientes para encontrarla en el espacio que debía ocupar. Volvió a cerrar y repitió el proceso de la mirilla. Allí no había nadie. Se decidió a abrir la puerta de par en par y salir al rellano para, acto seguido, bajar algunos escalones y mirar por el hueco de escalera. Regresó dudando de su visión, de su estado mental e incluso de la realidad. Miró la manzana que continuaba estática sobre el mueble situado en la entrada y decidió meterse en la cama sin cenar.

La visión de Angelina, la imagen de aquella mujer que apenas si conocía pero que no le resultaba agradable, parecía haberse grabado en su cerebro. Un acusado presentimiento le puso la carne de gallina, incluso el pasillo le resultó inusualmente frío, algo le decía que no estaba sola, pero sus pasos continuaron en dirección al dormitorio que se situaba al fondo. Encendió la luz apoyando suavemente el dedo índice en el interruptor, y respiró más tranquila al observar que la habitación se encontraba vacía. Se desnudó con rapidez, la respiración alterada, y el convencimiento de que anímicamente no se encontraba bien.

Imposible coger el sueño; Julia, el anillo, Angelina, Marcos y su repentina sugerencia de vivir juntos, todo un caos mental que no podía desmarañar. Las mil y una vueltas que dio en todas direcciones, hicieron que se sintiera atrapada por las sábanas y llegado el momento no se podía ni mover. En ese instante, una angustia no vivida antes la hizo hiperventilar, los brazos quedaron inmovilizados y las piernas no eran lo suficientemente fuertes para salir del ovillo en el que estaba enredada.

A través del espejo del comodín, que se hallaba a su izquierda, pudo entrever una figura humana que se confundía con las diferentes sombras con las que contaba el pequeño espacio entre el armario y el balcón. El miedo paralizó sus músculos más que las fibras de la ropa de cama y no sabía si dirigir la mirada a la extraña visión o colocarse boca abajo para ahuyentar el terror que la atenazaba.

Descubrió el vaho que salía de su boca y el aire helado que respiraba, de

forma simultánea, hasta producirle un dolor fino en sus pulmones.

—¿Es así como te gustaba verla? —resonó una voz profunda en la habitación.

Decidida a no dejarse amedrentar, miró con osadía al rincón de donde provenía la pregunta.

Allí estaba Angelina, vestida con el fino picardías de malla roja que tan elegantemente luciera Julia en su último encuentro y que, ahora, en aquel cuerpo marchito, no se podía mostrar más vulgar y despiadado.

Intentó decir algo, gritar, descargar la rabia que en ese momento le oprimía el corazón y le asfixiaba la garganta, dedicarle todo tipo de insultos y expulsarla de su vida de la manera más cruel, pero pronto llegó a comprender que no se trataba de alguien real. Toda la habitación permanecía a oscuras excepto el lugar donde se encontraba el espectro de Angelina. La vio desplazarse hacia ella, intentó zafarse de las sábanas, luchó por desligar sus brazos, gritar al menos, pero todo fue inútil. El rostro completamente desfigurado, en su lado izquierdo, quedó al descubierto cuando sus labios se aproximaron a la aterrorizada Inma.

—¡Te voy a destrozar el coño! —gesticuló con la boca, exhalando el olor más fétido que Inma hubiese respirado nunca.

Intentó clamar un no desesperado, una negación desgarradora que la hiciese volver a respirar, pero nada pudo hacer cuando las sábanas se rasgaron entre sus piernas y una fuerza inhumana forzó sus extremidades hasta dejar su vagina al descubierto.

El primero en entrar en su despacho, sin previo aviso, fue Felipe; seguidamente dos policías uniformados y tras ellos otros dos de la científica con traje y corbata.

—¿Señor, Marcos Asensio? —preguntó uno de los policías.

—Sí ¿Qué ocurre?

—Será mejor que nos acompañe a comisaría.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hija? —se levantó de un solo impulso.

—¿Conoce usted a Inma Fuentes?

—Sí claro ¿Qué le ha pasado?

—¡Usted acompáñenos!

La noche anterior apenas si había conseguido dormir; en su rostro se marcaban las huellas del cansancio y su ropa aparecía demasiado descuidada. Pantalón vaquero, zapatos negros, camisa lila cuyo cuello permanecía manchado, corbata de rayas con un doblez bien marcado en el último cuarto, y la chaqueta de paño, color gris marengo, completamente arrugada.

Antes de salir de su despacho los policías de la científica ya habían comenzado a remover papeles. Marcos quiso protestar, pero uno de los policías uniformados lo cogió con fuerza de la muñeca y lo instó a continuar amenazando con ponerle las esposas.

—¿Estoy detenido?

—Aún no, pero si se resiste, cabe la posibilidad. Tenemos una orden judicial para efectuar los registros oportunos. No se preocupe si no tiene de qué preocuparse.

Felipe hizo una mueca interrogante y se despidió levantando la mano.

—¡Antes de ir a comisaría pasáros por su casa! ¡Qué se cambie de ropa y la que tiene puesta la lleváis en una bolsa! —vociferó el canoso policía que parecía llevar las riendas.

—¡Esto me parece un atropello!

—Oiga, intentamos hacerlo con la máxima discreción. ¡No nos lo ponga más difícil!

En el coche patrulla ni una sola palabra. Su incomodidad lo hizo sentirse un delincuente callejero desde el momento en que cayó en el asiento trasero y descubrió su dureza. Todo en su interior lo percibió con desagrado. Diseñado

para hacer que la persona que lo ocupase se sintiese en inferioridad, él no pudo reprimir las ansias de abrir y pedir explicaciones, pero aquellas puertas de poliéster, al igual que el asiento, no tenían manetas y elevallas, ni siquiera un hueco donde cogerse, solo el cristal que lo separaba de los policías ya le resultó intimidatorio, pero lo que más fobia le causó, fue el hecho de que por primera vez se encontraba retenido en contra de su voluntad. Las ordenes fueron precisas y la ejecución se llevaba a cabo con cierta rapidez. Durante el trayecto, Marcos, intentó adivinar lo que pudiese haberle pasado a Inma, esperó algún comentario de los agentes, pero los policías, profesionalmente serios, hacían su trabajo sin inmutarse. Lo acompañaron a su casa, le advirtieron que no se entretuviera, y sin dejar de estar presente uno de ellos, Marcos se puso otro vaquero, una camisa de cuadros y una de las chaquetas que tenía colgada de un gabán.

Al llegar a la comisaría el inspector jefe lo estaba esperando. Entraron en una sala apartada, donde tan solo una mesa y dos sillas ocupaban todo el espacio, y donde Marcos, con los brazos cruzados, intentó parecer tranquilo, aunque la duda lo estuviese carcomiendo por dentro.

—¿Es usted Marcos Asensio?

—Sí.

—¿Conoce usted a Inma Fuentes?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Anoche —contestaba telegráficamente a las preguntas.

El inspector lo miró por encima de sus pequeñas gafas. Las respuestas, demasiado tajantes, se le antojaron desafiantes.

—¿Dónde la vio por última vez?

—En su casa.

—¿Sobre qué hora?

—Estuve en su piso hasta las diez y media, más o menos.

—¿Lo vio alguien salir?

—¡Oiga, no sé si me vio alguien salir o no! ¿Puede decirme que le ha ocurrido?

Ahora el inspector se quitó las gafas, las puso en la mesa, e inclinó su cuerpo hacia delante.

—¿Está en el hospital! ¿Sabe porqué?

—¿Cómo lo voy a saber? Cuando la dejé estaba en perfecto estado.

—¡Pues alguien cometió un error!

—¿Un error?

—Dejó un pañuelo impregnado de semen justo en la mesita de noche.

—¿Puede decirme qué le ha pasado? —suplicó Marcos, que se temía lo peor.

—¿Mantuvo usted relaciones sexuales con su amiga, anoche?

—No, y de eso estoy completamente seguro —respondió casi con ironía —Le pedí que se casase conmigo, ella no aceptó y me marché sin más.

—¿Le importa que cojamos una muestra de ADN?

—Hagan lo que tengan que hacer, pero tengo que ir a verla al hospital, es posible que me necesite.

—Me temo que eso no va a ser posible. Está demasiado traumatizada, no creo que pueda recibir visitas.

Las lágrimas comenzaron a aflorar en los ojos de Marcos a medida que iba asimilando las terribles consecuencias de una violación. Casi no podía creer lo que estaba oyendo y, a pesar de que todo indicaba que había sido él, en ningún momento se preocupó por su propio futuro.

—¿Está usted detenido como principal sospechoso de la violación de Inma Fuentes! —se decidió a actuar, a pesar de que a Marcos no pareció afectarle lo que el policía calificó como “error” por parte del agresor.

—¡Tengo que hablar con ella!

—Si quiere llamar a un abogado, tiene derecho a hacerlo, es todo cuanto puedo ofrecerle.

—¡Es imposible que ella me haya acusado!

—Pues no para de repetir su nombre.

—Eso es porque me necesita —solicitó angustiado.

El inspector sopesó las posibilidades que tenía un hombre como Marcos de escapar, y las muchas que tenía de inculparse, si la mujer lo rechazase en el momento de verle.

—¡Está bien, iremos al hospital! Si el psiquiatra lo permite, tal vez pueda hablar con ella.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Cuando llegaron al centro hospitalario, Reina Sofía de Córdoba, Marcos se vio escoltado por varios policías que, además de los que viajaron con él, lo estaban esperando en la puerta con gesto de indignación.

Sus manos no se vieron esposadas en ningún momento, pero se tocó las muñecas con la esperanza de que no lo estuviesen nunca.

Cogieron el ascensor de servicio, reservado para el personal del centro,

justo en el momento en que un facultativo aceleraba sus pasos y se colaba con rapidez.

—¡Es Angelina! —afirmó Marcos, exaltado, antes de que las puertas terminaran su recorrido.

El inspector colocó la rodilla entre ambas para evitar que se cerrasen.

—¿Dónde?

—No se preocupe, es solo una amiga.

—Joder ¿Hacia dónde se dirigía? —levantó la voz el inspector.

—A girado a la derecha, ¿tiene algo que ver?

Sin ánimo de responder, lo agarró del brazo y salieron del ascensor. Quedaba claro que aquel nombre no le era ajeno. Ya se lo había oído pronunciar a la víctima, en uno de sus delirios, en el mismo ambulatorio donde fue atendida en primera instancia.

—¡Busquemosla!

Mientras recorrían a toda prisa los pasillos adyacentes, los otros tres policías preguntaban en cada consulta quién había entrado el último. Marcos tampoco se permitió un respiro. Si Angelina estaba envuelta en el caso, tendría que tener mucho cuidado; sabía por su experiencia que la maldad formaba parte de su persona.

—¡Dígame cómo es esa mujer!

—Morena, buen tipo, guapa, colombiana.

—¿Es amiga de la víctima? —continuó preguntando el inspector, sin dejar de mirar en todas direcciones.

—¡No, como mucho conocidas! Si no me equivoco.

—¿No está seguro?

—Las presenté yo mismo, pero al poco tiempo se marchó a Colombia con su familia. No creo que hubiesen...

El inspector se paró en seco, ya habían dado una vuelta completa y ni rastro de nadie con aquella descripción.

—Espero que no sea una estratagema suya.

—Mire usted, yo solo la he visto y me ha parecido raro, supuestamente está en Colombia. Tampoco sé si está implicada en el caso, si es que está, ni sé porqué la estamos persiguiendo.

Los otros tres policías llegaron a su encuentro.

—¡Ni rastro!

—Está bien, ha podido ser una confusión. ¡Continuemos con lo nuestro! En cualquier caso, he dispuesto un vigilante en la puerta las veinticuatro horas

del día.

Cuando llegaron a la planta, el inspector acudió al mostrador y entabló una larga conversación con los tres facultativos que salieron a su encuentro. Marcos esperaba, impaciente y escoltado, lejos de la comprensión de las palabras que se cruzaban en un siseo continuo.

Ya eran más de las cinco y, aunque su hija hacía meses que vivía con su abuela materna, cabía la posibilidad de que fuese a visitarlo.

—¿Puedo hacer una llamada?

—Usted ya ha hecho bastante, ¿no cree?

Marcos tuvo intención de responderle, pero se contuvo al recordar la típica frase. «Todo lo que diga, podrá ser utilizado en su contra».

Se volvió a armar de paciencia y continuó dándole vueltas a la cabeza en pos de encontrar una explicación a tan deplorable hecho.

—¡Está bien! Entraremos en la habitación acompañados del psiquiatra, pero eso sí, en el momento en que dé por terminada la visita, nos iremos sin alterar el estado de la paciente ¿De acuerdo? —dejó claro el inspector con un gesto afirmativo.

Marcos se levantó despacio, aplanó los perniles de su pantalón baquero, y se dispuso a acompañar al inspector. No sabía en el estado que había quedado su amiga, pero confiaba en que no lo acusara por afectada que estuviese.

Durante el trayecto que los separaba de la habitación intuyó dos o tres miradas inquisidoras, por parte del psiquiatra, que no quiso atender, por parecerles tan tendenciosas como la del policía que parecía estar apostado en la puerta desde siempre y que se irguió un poco más, ante la visita de su jefe o quizá la de él mismo, como persona no grata.

Los primeros en entrar fueron el psiquiatra y el inspector cerrando la puerta tras de sí. Al poco rato y ante la mirada atenta de los tres policías, fue inducido a entrar, recordándole que lo hiciese despacio y sin acercarse a ella.

La primera visión lo dejó totalmente abatido; en el centro de la habitación, Inma miraba al techo con los ojos perdidos en algún sitio, estaba monitorizada, los múltiples tubos que bajaban desde un soporte anclado a la pared terminaban en sus blanquecinos brazos, mientras, la nariz y la boca, quedaban cubiertas por una mascarilla de color verdoso. El plasma sanguíneo, que tuvieron que administrarle por la consiguiente hemorragia producida en su parte más íntima, y los distintos sueros, aumentaban la sensación de extrema gravedad en la que parecía estar sumida, aunque en realidad, lo

verdaderamente importante estaba en su subconsciente.

—Señorita Inma. —la solicitó el psiquiatra casi en un susurro —Un amigo ha venido a verla.

Sus ojos parecían no atreverse a buscar a una visita que, fuese quién fuese, le producía una vergüenza irracional que le impedía moverlos. Dieron unas vueltas sobre el techo y al fin se dirigieron a Marcos que los esperaba angustiado.

El gesto de Marcos; una mueca compartida entre su pesar y la sonrisa forzada que intentaba solidarizarse, hizo que su amiga levantara levemente la mano derecha y que sus ojos lo absolvieran de todo pecado.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Mal, muy mal! —la congoja la hizo balbucear, produciendo en sus labios un tembloroso movimiento.

—No te sientas culpable. El que haya sido pagará por ello.

La mano de Inma volvió a levantarse en lo que Marcos entendió como una invitación a sentir su contacto. Se acercó después de cruzar una mirada con el inspector y la tomó con la fuerza necesaria para mostrarle su apoyo.

—Me ha hecho mucho daño.

—Lo imagino —dijo Marcos con voz queda.

El inspector miró al psiquiatra, que negaba con la cabeza, y lo instó a salir de la habitación con cierta decepción. Parecía quedar clara la nula implicación de Marcos en el escabroso asunto, por lo que le pareció poco ético permanecer en ella como meros espectadores.

—Tendremos que esperar. Si tiene tan claro que ese hombre no ha sido, tal vez pueda recordar quién fue —dijo el psiquiatra una vez en el pasillo.

—Eso espero. Ese tipo de delitos se suelen repetir hasta detener al delincuente.

Según el psiquiatra, el señor Beltrán, la reacción de la paciente hubiese sido de rechazo en caso de ver a su agresor, y aunque reconoció a Marcos como el esposo de Julia Gonzáles, paciente suya con leves trastornos producidos por algunas visiones extrañas, no quiso mezclar ambos asuntos.

Dentro, en la habitación que continuaba custodiada, el silencio parecía no querer romperse. Inma volvió a dirigir su mirada al techo y Marcos se afanaba en acariciar su mano, intentando transmitirle consuelo. La poca luz que se filtraba por la persiana totalmente bajada, a petición de la paciente, hacía necesaria la claridad proporcionada por la eléctrica que se hallaba sobre su cabeza. En aquellos momentos no se sentía con fuerza para enfrentarse al

mundo y la luz solar formaba parte de ese mundo en el que la gente se ríe, disfruta de los pequeños momentos y ama sin miedo, ante un futuro incierto, pero siempre cargado de esperanza.

Marcos se preguntaba el porqué de sus continuas desdichas, dejándose llevar por la nostalgia de otros tiempos en los que la realidad era mucho más amable. Le hubiese gustado haber podido acariciar la mano de su esposa, haber podido dedicarle palabras de ánimo o al menos transmitirle que era el amor de su vida y que, sin ella, todo sería insustancial. Pero aquella trágica muerte, que no le permitió ni despedirse de ella, lo dejaría para siempre con la sensación de haber guardado demasiado.

Ahora se encontraba dando consuelo a su amiga, sin saber qué decir ni qué hacer, ante una brutal violación que traspasaba los límites de su comprensión y que lo reclamaba como único responsable.

—Creen que he sido yo —dijo sin atreverse a mirar a su amiga.

—¡Ha sido ella!

—¿Ella?

La luz artificial comenzó a parpadear y el monitor delató con sus alarmantes pitidos la aceleración repentina que el ritmo cardiaco de Inma iba experimentando. Marcos no se podía creer que el indicador situado al lado de un pequeño corazoncito, en la parte inferior de la pantalla, marcara doscientos cuarenta. Un reguero de lágrimas se deslizaba por las sienes de la inmóvil paciente, que temblaba incontrolable, mientras un olor nauseabundo envolvía la habitación y provocaba las arcadas de Marcos que intentaba, sin éxito, abrir la puerta que parecía haber quedado sellada. La golpeó con fuerza, sabedor de que el policía que continuaba apostado tras ella haría lo imposible por abrirla y que, sin duda, alertaría al personal sanitario de que algo no iba bien. Pero el supuesto sonido de los golpes no los percibía ni él mismo, parecían quedar amortiguados por la densa atmósfera que estaban obligados a respirar, y se dirigió al cabecero de la cama para pulsar convulsivamente el interruptor de llamada.

—¡Otra vez no!, ¡por favor! —gritó Inma desesperada.

—¡Tranquila, ahora estoy yo aquí! —intentó calmarla, escondiendo sus propios miedos tras una voz medianamente relajada.

El rostro parcialmente desfigurado, la piel mermada y cargada de llagas, los pechos descolgados, que se intuían a través del mismo vestido rojo que llevaba el día del accidente que le costase la vida junto a la de su hijo, y que ignoraban tanto Marcos como Inma, apareció de la nada para mostrarse

aterradora, cargada de violencia, y dispuesta a introducir su huesuda mano en la castigada vagina de la pobre Inma que ya había perdido el control.

—¿Te hubiese gustado hacerlo a ti? —susurró lascivamente, como si de un juego erótico se tratase.

—¡Estás loca! —afirmó Marcos, sin llegar a comprender el deterioro de su físico.

—¡No! —gritó. —Estoy muerta y pagaréis por ello.

—¿Y qué tiene que ver ella en todo esto? —preguntó dirigiendo su mirada a la inocente postrada.

—¡No dejaré que ames a otra mujer! ¡Ese será tu castigo! ¡Ya le canjeaste tu alma a lucifer el día que salvaste a tu mujer de ser engullida por su sombra!

—¿De qué me estás hablando?

—En el sótano, recuerdas el sueño, las imágenes, todo era real. Lucifer la quería a ella y tú se lo impediste. ¡Ahora ella está con él y tú serás mío y solo mío!, ¡nada se puede hacer contra la voluntad del maligno!

Marcos creyó que le estallaba la cabeza; aquella voz tan hueca como tétrica y la extraña parálisis que le impedía abalanzarse sobre ella para evitar que cumpliera su objetivo de volver a violarla, acabaron por desvanecerlo antes de que su consciencia asimilara aquellas palabras que no parecían provenir del marchitado cuerpo que tenía ante sí.

En el hospital psiquiátrico penitenciario de Sevilla, un joven funcionario, doctorado en psiquiatría, observaba la relajada espera de una de las chicas más guapas que había visto nunca. Nada en ella distorsionaba en su conjunto; armónico hasta en su forma de sentarse. Las piernas cruzadas en el interior de unos tejanos de pitillo, las manos ajustadas a su rodilla y el cuello un pelín ladeado a la derecha; miraba fijamente el pie en suspensión, que no paraba de girar, como si las manillas del tiempo sucumbieran a su insistencia. Las manoleínas, de color negro, resultaban paradójicamente elegantes en una imagen tan cargada de sencillez que resultaba inevitable sentirla cercana. La blusa de raso, con cuello de barca poco pronunciado, verde esmeralda como sus ojos y manga francesa, conseguía preconizar unos exiguos pechos que los distintos brillos resaltaban a duras penas, mientras la cándida dulzura de su rostro, cuyos rasgos delicados y sutiles se situaban en el centro de una melena suelta con raya en el centro y por debajo de los hombros, la hacían un ser inocente, pero, a la vez, enérgico y misteriosamente decidido. Hacía tres semanas que se había incorporado al trabajo, después de unas difícilísimas oposiciones, y nunca había tenido la oportunidad de verla a pesar de ser fiel a su cita de los sábados. La mayor parte del tiempo lo había empleado en estudiar los informes de los más de ciento ochenta reclusos que habitaban aquellas instalaciones siempre masificadas. La mayoría de ellos por agresiones leves que, de no ser tratados —como ocurre en el ochenta y cinco por ciento de los casos—, podrían derivar en delitos graves y, otros, los menos, por violación y homicidio involuntario. Su internamiento en un centro así, es debido a que no se les puede hacer responsables de sus actos y, aunque todos los facultativos coincidan en que no es el mejor lugar para tratar a un enfermo, lo cierto es que la mayoría pasan el resto de su vida en lo que, a todas luces, es una cárcel encubierta.

Marcos le resultó el recluso más llamativo por sus primeras declaraciones y porque en ningún momento, antes de su atroz crimen, le fue diagnosticada una enfermedad mental que pudiese servir de soporte para estudiar su peculiar

psicopatía.

Una mano amiga se posó en su hombro derecho profiriendo una sonrisa picarona.

—¡Menudo bombón, eh!

—¿A quién viene a ver? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Su padre es Marcos Asensio, el violador —respondió el guardia de seguridad, con la misma seriedad con la que había sido preguntado.

—¡Sí que es guapa, sí! —distendió el joven Javier, intentando quitarle importancia a su notable interés.

—Para tu información, se llama Lucía y es hija única.

—Tendré que hablar con ella.

—¡Claro que sí! —rio el compañero. —¡Y si cae algo más, mejor!

—No seas imbécil, es solo interés profesional.

—¡Qué suerte tenéis los médicos! —concluyó, dándole otro golpecito en la espalda y dirigiéndose a continuar la ronda.

Javier, un chico bien parecido, alto, fuerte, con el pelo largo y rizado, intentaba siempre cuidar su imagen, manteniendo un afeitado perfecto y un cabello brillante y suelto que le daba, junto a sus gafas de grandes lentes y armazón plástico de color negro, un atractivo poco usual. Pese a no pasar inadvertido entre las chicas, siempre fue bastante tímido a la hora de comenzar una relación, siendo esta cuestión clave para que desde muy joven se centrara en sus estudios y careciese de novia o compañera con la que compartir su vida. Vivía en un apartamento bastante antiguo situado en el barrio de Triana. Lo había alquilado hacía un mes para comenzar su nueva vida en una ciudad desconocida hasta el momento, pero que no extrañó demasiado por ser de Córdoba, una ciudad igual de bulliciosa, pero que conservaba el atractivo de pueblo grande que tanto bien hace a la convivencia. En un solo día ya tenía la confianza de Pedro, uno de los guardias de seguridad del centro, que le ofreció su apoyo en el intrincado mundo de los garitos nocturnos donde poder hacer vida social. No todos los guardias eran tan afables, pero aquel tipo y otros compañeros facultativos de igual talante, hicieron que se sintiera como en casa a los pocos días de comenzar a trabajar en las frías instalaciones donde, por encima de cualquier otra cosa, resonaban los alaridos provocados por las distintas demencias de sus huéspedes.

—Disculpe, ¿podría hablar con usted un momento? —se dirigió a la muchacha escudado en su bata blanca y las manos clavadas en los bolsillos, manteniendo la prenda abierta, para mostrar un pantalón vaquero y un polo

ajustado a su torso, que Lucía consideró de alguien demasiado joven, y que pudo corroborar, al levantar la vista y verse sorprendida con una atractiva sonrisa.

—Sí, claro. Dígame —se mostró dispuesta al levantarse de su asiento.

—Soy el doctor Javier Rosales.

—No lo había visto nunca.

—Tan solo llevo tres semanas aquí. Quizá por eso no me conozca.

—¿Cómo está mi padre?

—Lo cierto es que todavía no he tenido oportunidad de hablar con él.

Lucía se quedó mirándolo directamente a los ojos; intentaba prever un atisbo de inteligencia, algo que lo distinguiese del resto de los hombres, un resquicio por donde poder colarse en su mente y conseguir ver algo más que la simple compasión o, peor aún, una cita para más tarde que lo convirtiera en un ser ordinario. Era consciente de su belleza y aunque intentaba disfrazarla, procurando vestir de forma discreta y evitando cualquier tipo de maquillaje o peinado llamativo, en pocas ocasiones lo conseguía. En su haber no había ninguna relación, estable o fugaz, se limitaba a vivir su vida evitando que nadie entrase en sus propios asuntos, que creía demasiado delicados. Desde los catorce años, en los que no pudo evitar estar al corriente de la terrible enfermedad mental de su padre, y posterior condena, por violar y provocar el paro cardíaco de su profesora y amiga de la familia, Inma Fuentes, tomó la determinación de inmiscuirse de lleno en la parapsicología, para intentar aclarar ciertos aspectos de su vida, que no tenía claro si eran producto de su imaginación o eran tan reales como su propia existencia.

—¡Está bien, hablemos!

Javier aún seguía colgado de sus ojos verdes cuando, sin tiempo a decir nada más, avisaron a Lucía para que entrase en la sala donde visitaba a su padre desde hacía ocho años.

—Lo siento, tengo mejores cosas que hacer —se despidió con la sensación de que su corazón latía con más fuerza que de costumbre.

El cristal que separaba el lazo paterno filial desde hacía tanto tiempo ya no constituía ningún problema para Marcos, es más, lo creía conveniente. En los últimos meses, las visiones y encuentros nocturnos con seres del más allá se habían incrementado hasta el punto de sentirse peligroso, por lo que, y pese a su aparente normalidad, prefería seguir siendo un enfermo mental mantenido lejos de sus seres queridos, y de una sociedad, que jamás comprendería los sucesos que lo llevaron a la cárcel.

En el juicio por su causa, los forenses pudieron demostrar que el semen hallado en el pañuelo encontrado en el domicilio de Inma Fuentes era del acusado, y en el hospital, todo apuntaba a su persona como único responsable de la violación y posterior muerte de la víctima, mientras aprovechaba una visita consentida.

El rostro de Marcos delataba un cansancio que su hija no tardó en reconocer.

—¿Cuántos días llevas sin dormir?

—No lo sé.

—Te encuentro demasiado cansado. Eso no me gusta. La última vez estuviste a punto de perder la vida.

—¿La vida? Me pregunto qué me ata a esta cochina vida precisamente.

—Te he traído algo.

—¿Una cuchilla de afeitar?

—¡No tiene ninguna gracia! ¡Sabes que me tienes de tu parte!

—Lo siento, es que no me encuentro con fuerzas.

—El otro día me pasó algo muy curioso en el sótano de casa.

De repente los ojos de Marcos parecieron despertar de su embotamiento.

—Bajé al sentir un golpe seco; la puerta se abrió a mi llegada y noté como algo llamaba mi atención. Sentí la presencia de mamá. Sé que era ella. Cuando llegué abajo me encontré este librito en el suelo. No lo había visto nunca. Desde que murió mamá no había estado allí.

Lucía sacó un pequeño librito de su bolso, que ya había sido registrado, y lo puso en la pequeña bandeja que cruzaba el doble acristalamiento. Marcos recordó la tarde en la que el libro se posó en su mano ante la presencia de algo maligno, aunque en aquellos momentos, no supiese lo que significaba.

—¿Has visto la presencia?

—¿Qué presencia? —preguntó preocupada.

—No quiero que vuelvas a bajar al sótano.

—Tienes que contármelo todo. Es la única manera de poder ayudarte. ¡Ya no soy una niña! Yo también he tenido experiencias paranormales y seguiré teniéndolas hasta que pueda comprender.

—¿Comprender? ¿Qué quieres comprender? ¿Qué estoy loco? ¿Qué he sufrido alucinaciones? ¿Qué he violado y matado por causa de mi locura?

—Desde que era muy pequeña sé que no estoy sola; me ha acompañado una presencia con la que convivo y me ayuda —le reveló por primera vez, para que su padre entendiera que no valían la pena los intentos reiterados por

apartarla de ese oscuro mundo donde todo parece terrible.

—¿No sabía nada de eso! —se preocupó Marcos, bajando la voz.

—Pues ya lo sabes. Deja de preocuparte por mí e intentemos que los médicos te encuentren rehabilitado y en condiciones de volver a casa.

—Me temo que eso será imposible.

—Creo que el doctor Gálvez se va a jubilar.

—No me extraña, lleva tiempo chocheando, aunque no parece tan mayor.

—En la sala de espera me ha abordado un joven médico. Se llama Javier Rosales.

—Lo mismo está de prácticas. En estos ocho años han pasado muchos jóvenes por aquí.

—Creo que no, pero lo averiguaré.

—De cualquier forma, me parece que soy yo el que no quiere salir.

—¿No digas tonterías! ¡Te necesito conmigo!

—No quiero que te hagas ilusiones. ¡Mi condena será larga y tú lo sabes!

—¿Eso lo veremos!

Varios minutos después aún seguían mirándose sin decir nada. Marcos cogió el libro de la bandeja y lo agarró con fuerza.

—¿Qué sabes de este libro?

—Mamá me dijo que te lo trajese.

—¿No quiero que vuelvas a bajar al sótano!

—Ya te he dicho...

—Te lo pido encarecidamente, por favor —suplicó Marcos sin dar más explicaciones; nunca le dijo a su hija lo que Angelina le reveló con respecto a la posesión demoníaca de su madre. Si estaba con el maligno no sería una buena influencia. Mucho menos si había sentido su presencia en el sótano o hablado con ella.

—¿Ahí está la clave, verdad, en el sótano?

—¿Puedes entender que tenga miedo por tu seguridad?

—¿Puedes entender que necesite librarme de esto para poder vivir como una persona normal?

—Entiendo la carga que esto supone, pero...

—¿Harás lo que te diga?

—Lo intentaré —dijo Marcos a la vez que negaba con la cabeza.

—Te he escrito unas notas. Quiero que las leas y hagas lo que pone. Nos veremos la semana que viene.

—¿Eres una hija muy especial!

—De acuerdo, me marchó. Tengo una conversación pendiente con un apuesto psiquiatra.

—¡Te quiero, ten cuidado!

—¿Estoy mona?

—¡Te pareces tanto a tu madre...!

Por primera vez, en ocho años, Lucía creyó en la posibilidad de sacar a su padre de aquella cárcel para enfermos mentales. Se humedeció los ojos con su propia saliva y salió con una sonrisa en la cara y gestos de satisfacción.

Como imaginaba, el joven doctor la estaba esperando; se dirigió hacia él y lo cogió del brazo.

—¡Es la primera vez que mi padre no me habla de fantasmas! —fingió una felicidad esperada desde hacía tiempo.

—¿Y usted? ¿Le ha hablado a él de fantasmas?

—¿Qué quiere decir?

—Según he podido ver, en su muro de facebook, es usted aficionada a lo paranormal.

Lucía intentó sobreponerse al inesperado golpe.

—¿Ha violado mi intimidad? —protestó enérgicamente.

—Perdone, pero es su carta de presentación —dijo sin inmutarse.

Lucía agachó la cabeza y apretó los labios sabiéndose descubierta.

—No se puede ni imaginar por lo que he tenido que pasar. Mi padre acusado de violación y él negando su participación con una excusa muy poco probable. Mi madre que murió en un accidente después de años intentando controlar unas visiones que cambiaron su vida por completo... En fin, una serie de circunstancias que me llevaron a investigar en este campo. Como se puede imaginar no he sacado nada en concreto, pero ya sabe, en las redes sociales las cosas permanecen demasiado tiempo.

—¡No estoy diciendo que sea malo interesarse por estos temas! De hecho, yo lo hice en mi etapa de estudiante.

—Creo que usted y yo tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿no?

—Bueno, tengo que decir que mi interés es puramente científico.

—¡No sabe cuánto me alegro! Ahora tengo que marcharme. Mi autobús sale en media hora.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Hágala, después le diré si puedo contestarla.

—¿Qué tiene de especial ese librito que le ha traído a su padre?

Para no decepcionar a su perspicaz interlocutor, le devolvió una mirada

intrigante para luego sonreír abiertamente.

—Es para recordarle que su colección de libros antiguos sigue esperando su llegada. Eso es todo.

—Comprendo. Espero estar de turno el próximo día que venga a visitar a su padre.

—Tiene que saber que vengo todos los sábados, ¡usted verá! —siguió riendo.

Aquello no le pareció una despedida corriente sino, más bien, una forma de cita bastante astuta.

Con su ego en las cotas más altas que recordaba, el rostro de Lucía en la retina y un pellizco en el estómago, no pudo hacer otra cosa que asomarse a las grandes vidrieras con vistas a la salida, para volver a deleitarse con la figura de la mujer que lo hizo sentirse algo más que un simple doctor.

No tardó en querer saber más acerca del caso de Marcos Asensio; enseguida se dirigió al ordenador y puso su nombre para introducirse de lleno en el personaje. Las primeras declaraciones en el hospital las creyó decisivas para conocer la enfermedad mental a la que se enfrentaba. Esquizofrenia paranoide, según las estimaciones de su colega el doctor Gálvez. «Debía de estar muy afectado para volver a reincidir sabiéndose solo y la habitación custodiada por un guardia», se dijo. Según las declaraciones del policía, todo ocurrió en el más absoluto silencio.

«Llegando a ser sospechoso el tiempo transcurrido sin escuchar ningún tipo de conversación, ni sonido alguno, me decidí a entrar, para descubrir a la enferma sangrando abundantemente por los muslos y totalmente desplomada en su cama, mientras el detenido, yacía inconsciente junto al monitor que marcaba cero pulsaciones», citaba el informe.

Javier comenzó a frotarse el entrecejo; desde luego, la pérdida de consciencia no señalaba a la esquizofrenia. Tampoco el hecho de que no se culpara a sí mismo después de atender, como era normal en estos casos, a una voz que le hubiese aconsejado. Es más, él había luchado por impedir que otra persona agrediera a su amiga, novia, o lo que fuese.

En su libreta apuntó, «relación existente entre víctima y violador...» Según el informe policial eran solamente amigos, aunque la noche de autos, él hubiese ido a su domicilio a pedirle matrimonio sin conseguir su objetivo. «Relaciones anteriores desde la muerte de su esposa. Ninguna. Posible frustración», siguió anotando.

Buscó entre las numerosas líneas que ocupaban el informe médico algún

otro episodio sicótico, pero nada hasta esa noche, excepto otro desvanecimiento ocurrido en el mes de enero de ese mismo año, del que fue testigo la víctima, siendo ella misma quien lo llevase al hospital.

«Pérdida de consciencia reiterada. La víctima conocía sus problemas de salud».

Volvió al informe policial para darse cuenta de que en el mismo hospital dijo haber visto a la que apuntaba como agresora física de la víctima, «Angelina Castro», detallando su aspecto y con el total convencimiento de que se hallaba en el mismo. Siendo este hecho totalmente imposible —señalaba el informe —por haber fallecido en Colombia, meses antes, junto a su hijo en un accidente de tráfico.

«Alucinaciones ópticas».

En el pie de página había una reseña escrita a mano por el que supuso, doctor Gálvez, en la que decía «sigo sin entender el porqué la víctima no lo acusó en el momento en el que entró en la habitación del hospital estando en presencia del psiquiatra y del inspector de policía», más abajo, entre paréntesis y de color rojo. «La víctima había acusado a la misma persona en el momento de intervenir la policía».

—¿La misma persona? —se preguntó, imaginándose a la tal Angelina Castro.

Tenía que hablar con su antecesor; las alucinaciones múltiples, si eran el caso, no eran nada frecuentes, incluso se podría decir que indocumentadas.

—El doctor Gálvez no creo que esté en las mejores condiciones para responder a nada —le comunicó su amigo el guardia cuando escuchó la petición de Javier.

—Creí que el Alzheimer se lo habían detectado hacía muy poco tiempo.

—Sí, pero para entonces ya no se acordaba ni de donde vivía. No se me olvidará el día en que salió de su turno, y volvió a entrar, para preguntarme cuál era el autobús que cogía para llegar hasta su casa de Estepona.

—¿Era de allí, no? —preguntó Javier, convencido.

—Sí, pero llevaba toda su vida viviendo en Sevilla. Su coche estaba en el aparcamiento y nunca había salido con la bata puesta —se lamentó Pedro, sintiendo su pérdida desde aquel día.

—¿Os lleváis bien?

—¡Nos llevábamos! Me volví un extraño para él —volvió a lamentarse.

—Lo siento mucho. Es una de las enfermedades más crueles que existen.

—Sé donde guardaba todos sus papeles. Si quieres, la llave está en su

cajón.

—Me vendría muy bien. Aunque me temo que tendré que empezar de nuevo.

—Claro, cada doctor tiene su punto de vista. Imagino.

—Eso es correcto, amigo mío.

—Si me necesitas, ya sabes. Estoy dando vueltas.

—Te tendré en cuenta. Gracias.

El caso de Marcos se convirtió en su primera experiencia real con los entresijos de la mente. Un hombre adulto, con trabajo fijo, cultura suficiente y una hija preciosa, comienza una vida de pesadilla después de la muerte de su esposa.

Durante toda la semana estuvo recabando datos sin dejar de atender al resto de los enfermos; anotando las posibles preguntas que creía pertinentes para la primera sesión que, aunque tenía que ser distendida y poco relacionada con su enfermedad, esperaba de ella alguna aclaración por su parte.

Le llamaba la atención cómo, después de ocho años de internamiento, seguía defendiendo su inocencia en detrimento de la tal Angelina, aun sabiendo que había fallecido antes de que se produjesen los hechos. En pocas ocasiones pudo apartar su mente de Lucía y, sobre todo, del pequeño libro del que su padre no se había separado ni un momento. Según los apuntes de su colega; las malas noches, en las que el descanso era inexistente, constituían el principal problema para poder mantenerse lúcido durante el día. Sus miedos, sus pesadillas y las alucinaciones que lo martirizaban, hacían imposible cualquier tipo de recuperación psíquica, por lo que, desde el principio, hubo que prescribirle algún tipo de somnífero que lo mantuviese relajado, sin llegar a obtener el éxito esperado por elevada que fuese la dosis. Sin embargo, mucho había cambiado desde que durmiera en posesión de aquel singular librito. Hacía solo cinco noches desde que su hija se lo trajera, pero fueron suficientes para que el personal sanitario advirtiera la notable mejoría que había experimentado, en cuanto a sosiego, en las interminables horas del turno de noche. Dormía tranquilo, sin sobresaltos, acomodado en su cama como cualquier mortal y, aunque aferrado al libro, siempre contra su pecho, nada parecía mantenerlo en tensión.

Aquel libro no era uno más de su colección, de eso estaba seguro, tendría que tener un significado más profundo y tenía que averiguarlo.

Para Marcos aquellas visitas a la consulta de psicoterapia ya no eran una novedad, ni siquiera un incordio o una solución a sus problemas, simplemente

eran una forma de pasar la mañana de los viernes. Se sentaba en la misma silla blanca, totalmente acolchada, y esperaba la llegada del médico, que más que un médico, parecía un detective intentando engañar a un niño para poder sacar sus propias conclusiones a cerca del cerebro humano.

—¡Buenos días! —se pronunció el joven psiquiatra justo después de cerrar la puerta.

Marcos prefirió no responder. Se quedó contemplando el porte físico del hombre que, según su hija, constituía la nueva esperanza de salir de aquel manicomio.

—Soy el sustituto del doctor Gálvez. Quiero que sepa que me he quedado con su caso por verdadera curiosidad y porque creo en las muchas posibilidades que tiene de superar su enfermedad.

Marcos seguía sin responder y sin dejar de mirar sus perspicaces ojos que pretendían ocultar el nerviosismo que delataban sus manos.

—Me gustaría que no me tomase por un incauto novato que quiere saber más que su antecesor. Solo voy a intentar hacer mi trabajo y espero contar con su ayuda.

Marcos cambió la postura en la que se encontraba e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Bien, mi nombre es Javier. Se lo digo por si le apetece entablar alguna conversación o preguntarme algo que le parezca oportuno —prosiguió sin alterarse lo más mínimo.

Marcos sintió que ya había pasado por esto en más de una ocasión. Era el modum operandum de todos los psiquiatras y psicólogos; conseguir la confianza del enfermo durante las primeras sesiones, sin agobiarlo con preguntas relacionadas con su caso.

—¿Ha presentido alguna vez que no estaba solo? —preguntó Marcos con la intención de ahorrarle la pérdida de aquellos días improductivos.

—Sí —respondió confundido por su actitud.

—Bien; pues piense que en mayor o menor medida todos estamos locos. No me tome por un descerebrado, aún, sino por alguien que además de haber notado una presencia, la ha visto, la ha escuchado y la ha sufrido, para desgracia de mi raciocinio. Antes de todo esto yo era la persona más escéptica del mundo; de hecho, y para más inri, totalmente ateo. Así que comprendo la actitud del resto de los mortales, que no creen una sola palabra de lo que digo, yo tampoco les creería.

—Yo no he dicho que no le crea —intentó suavizar la creciente

agresividad de sus palabras.

Marcos desvió la mirada unos centímetros para colocarla justo detrás del psiquiatra.

—¿Y si le dijese que hay una muchacha detrás de usted intentando decirle algo?

Javier, que desde su última intervención había sentido un halo frío en su nuca, tragó saliva e improvisó una respuesta coherente.

—Le diría que no me sugestiono tan fácilmente.

—Esta muchacha le reprocha el no haber dejado la vela encendida durante los siete días que le pidió.

Un tic nervioso, en el hombro derecho de Javier, reveló la inquietud producida, aunque intentase, con una pequeña sonrisa, disimular el impacto de aquellas palabras.

—¿La ve como me ve a mí? ¿Con la misma claridad?

—Se llama Blanca, Blanca de Ucel ¿Le suena de algo?

—¿Son frecuentes este tipo de alucinaciones? —Javier preguntó de nuevo, pero con la respiración tan alterada que comenzó a balbucear.

—Ella lo está esperando. Debe continuar lo que empezó.

—¿Está bien! ¿Cuál es su aspecto?

—De unos diecisiete o dieciocho años, ojos tristes, morena de pelo, aunque su piel es muy clara, viste una especie de camisón que le cubre hasta los tobillos y las lágrimas parecen haber hecho un surco en su rostro. Sufre mucho, de eso no hay duda.

—¿Por qué cree que yo no puedo verla?

—¿Me pregunta eso un psiquiatra?, ¡yo qué sé!

—¿Cree usted que podría hacerme algún daño físico?

—No, no lo creo. Aún no ha llegado a ningún sitio; continúa vagando entre las distintas dimensiones sin haber encontrado consuelo.

Javier echó mano de todo lo aprendido en la facultad para sobreponerse al primer impacto, ciertamente doloroso, que le causó aquella revelación, por ser una historia pasada y vivida.

—Ya se marchó. Puede respirar tranquilo —lo informó Marcos, relajando él también su espalda, aunque continuara sin ver nada anormal.

—¿Qué entiende por distintas dimensiones?

—Como comprenderá, en estos años de reclusión he intentado buscar respuestas.

—¿Alguna conclusión que crea probable?

—Creo que al igual que no percibimos los sonidos que se salen de las frecuencias que captan nuestros oídos, tampoco percibimos las imágenes que se salen de la velocidad que captan nuestros ojos. Creo que es tan puramente físico que da miedo pensarlo.

—¿Y por qué usted sí y yo no?

—Buena pregunta, pero me temo que no tengo la respuesta.

—¿En qué dimensión cree que está la tal Angelina para que pueda materializarse como cuerpo físico?

Marcos respiró hondo y descubrió en los ojos de Javier una curiosidad sana y sincera.

—Creo que sabía cómo hacerlo antes de morir.

—¿Cree que conocía una de esas puertas que nos unen a otros mundos?

—Creo que venía de allí. Esa mujer no era la Angelina que conocimos mi esposa y yo cuando llegamos a la nueva urbanización.

—¿Hubo una historia entre ustedes?

—Siempre hay una historia, ¿no cree?

—Muy bien, eso es bueno, así podremos encontrar la conexión entre el antes y el después de sus primeras visiones.

Marcos volvió a respirar hondo; estaba seguro de que la muchacha que le había descrito a Javier formaba parte de su pasado y que él lo sabía, por lo que probablemente las sesiones con el nuevo doctor podrían ser mucho más útiles de lo que habían sido las anteriores.

—¿Qué me dice de su amiga Blanca? ¿También hubo una historia?

Javier dejó de anotar en su cuaderno y entrecerró los ojos para volver a preguntar.

—¿Le suena de algo el palacio de Orive en Córdoba?

—No, no me suena de nada, ¿debería?

—¿Ha leído mucho sobre sucesos paranormales?

—Sí, pero nunca me he centrado en casos concretos. No quiero sugestionarme con ejemplos que podrían llevarme a conclusiones equivocadas.

Las respuestas de Marcos, demasiado coherentes, lo estaban llevando a conducir la sesión por senderos bastante inestables para la psicoterapia que pensó en un principio.

—¿Qué sabe su hija de todo esto?

—Siempre he intentado mantenerla al margen y espero que usted me ayude a conseguirlo.

—Oiga, creo que será mejor acabar por hoy. Necesito replantearme el cómo llevar su caso. Ciertamente me ha desbordado.

—Lo siento, no era mi intención.

—Lo sé, lo sé —dijo por último, antes de levantarse de su silla y recorrer con la vista el espacio que quedaba tras de sí.

—¡Tendrá que aclarar lo de esa muchacha! —le aconsejó Marcos cuando se dirigía en dirección contraria.

No quiso responder a esa afirmación. Durante el trayecto que le llevara a su despacho, pensó que no sería capaz de llevar el caso, que no tenía suficiente capacidad para enfrentarse a algo en lo que curiosamente había declinado profundizar desde su experiencia en el palacio de Orive. Sin duda, la parasicología lo llevaría al pozo sin fondo que constituía esa ciencia, imposibilitando la curación de su paciente. De no haber tenido lugar aquella circunstancia, lo hubiese seguido tratando como un caso psiquiátrico, pero ahora no sabía qué pensar ni cómo actuar.

«¿Cómo aquel hombre podía tener conocimiento de la psicofonía que había conseguido hacía tantos años en la vivienda del huerto de san Pablo?, ¿cómo podría saber que solo pudo tener la vela encendida durante tres días y no siete como ella pidió?, ¿acaso aquel juego de estudiantes lo había marcado para siempre?».

En su despacho se debatía entre pasarle el caso a un compañero, sin dar más explicaciones, o intentar profundizar en aquella mente que parecía traspasar los muros de la consciencia o, simplemente, ver lo que los demás no somos capaces de ver.

—¡Quillo!, ¿qué pasa?, ¡qué te duermes! —lo saludó Pedro, su amigo el guardia de seguridad, que estaba como casi siempre de buen humor.

La posición de Javier, retrepado en su sillón de oficina y con los brazos extendidos hacia abajo, era todo un símbolo de derrota o de agotamiento, pero Pedro entró dispuesto a cambiar su particular ensimismamiento.

—Hoy estoy más cansado que de costumbre —se disculpó Javier sin mover un solo músculo.

—¡Pues descansa que hoy es viernes!

—¿Y?

—¡Viernes!, ¡juerga!, ¡chicas!

—¡Uy, uy, uy! Me parece que hoy no es el mejor día.

—Mira, he quedado con un puñado de pibitas, entre ellas mi prima Rocío, que tiene unas ganas locas de conocerte y que te va a gustar seguro, en

un garito de Triana donde ponen los mejores mojitos del mundo, ¡incluyendo cuba y sus alrededores!

—¡Tú siempre tan exagerado!

—¿*Exagerao?*, ¡cuando acabemos esta noche me lo vas a contar!, ¡*miarma!*

—Bueno, ya veremos —intentó concluir la conversación con la máxima celeridad posible.

—¡Quillo, que tú no conoces a mi prima!

Para entonces, Javier ya estaba de pie y con una mano en el perfil de la puerta.

—¿Tu prima? —preguntó con sarcasmo.

—¿Qué pasa? Dios no reparte la belleza por igual.

—¡Desde luego que no!, ¡y menos mal que no te cogió como ejemplo! —rio abiertamente.

—¡Mira el guapo!, ¿a ver si te crees el Adonisio ese de los griegos?

—Adonis, es Adonis —lo rectificó de forma jocosa.

—Prepárate para esta noche, ¿de acuerdo? —Concluyó Pedro con el dedo índice apuntando a su nariz.

Cuando cerró la puerta, se quedó mirando el montón de archivos que se levantaban en su mesa y la pantalla del ordenador donde jugaban unos pececillos amarillos.

«¡Tengo que separar mi vida privada de la profesional!», pensó.

No habían pasado dos minutos cuando unos tenues golpes en la puerta volvieron a interrumpir sus cavilaciones.

—¡Cuando te pones *pesao*, te pones!

—Perdone, no era mi intención —entró la cálida voz de Lucía por el resquicio de puerta que ya había abierto el contrariado psiquiatra.

—¡No, no, pensé que eras otra persona!, ¡pasa por favor!

—¡Buenas tardes!

—Buenas tardes, ¿cómo tú por aquí un viernes? ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada especial. Bueno sí, que me gustaría hablar con usted.

—Preferiría que me tuteases, si no te importa, no acabo de acostumbrarme a ese tratamiento y menos de una chica tan...

—¿Tan...?

—Tan de mi misma edad, quiero decir.

Lucía se dio cuenta de la poca soltura con la que se relacionaba el guapo psiquiatra de su padre, a pesar de ser eso, un psiquiatra.

—¿Ha hablado ya con mi padre?

—Sí, esta misma mañana hemos tenido un primer contacto.

—¿Cómo ha pasado las últimas noches?

—Bien, muy bien, parece que la tenencia de ese libro le ha proporcionado la paz interior que necesitaba.

—Me alegro.

Javier se reclinó hacia delante después de unos segundos de reflexión.

—Voy a hacerte una pregunta bastante peculiar, si no te importa.

—De acuerdo —dijo intuyendo el camino.

—¿Conoces la leyenda del palacio de Orive en Córdoba?

—Sí.

—¿Crees que tu padre la conoce?

—Yo creo que no. Esas cosas nunca llamaron su atención. Además, él no sabe que yo... bueno que a mí me gustaban ese tipo de historias.

—¿Y ya no te gustan?

—Ahora solo quiero que mi padre se mejore para poder sacarle de aquí. Estoy convencida de que fuera, en la sociedad, se recuperará mucho más rápidamente.

—El caso de tu padre es bastante más complicado de lo que crees.

—No sé a qué te refieres.

—Tu padre no solo está aquí para recuperarse, sino para garantizar la seguridad de los demás.

—¿Crees qué es peligroso?, ¿me estás diciendo que mi padre puede hacerle daño a alguien?

—Sinceramente no. ¡Bueno no lo sé! Ni siquiera sé si seré capaz de llevar su caso.

—¿Crees que serías capaz de contarme lo que ha ocurrido esta mañana?

—Eso no puedo contártelo. Existe el llamado secreto médico paciente que no puedo vulnerar.

—Está bien, se lo preguntaré a él.

—Eso ya no es cosa mía.

La tensión que se creó en aquellos instantes hizo que Lucía desviara la mirada y negara con la cabeza.

—Creí que podríamos ser amigos —se lamentó.

—¡Tu padre sigue viendo fantasmas! —puntualizó Javier, arrepintiéndose antes de terminar la frase.

—¿Te lo ha dicho él?

—¡Me lo ha demostrado!, ¡qué es peor!

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Mejor que no lo entiendas —pensó en voz alta —De cualquier forma, creo que nos estamos precipitando. En el caso de que continuase con la terapia de tu padre, cosa improbable, hay muchos puntos que tendría que examinar y tú debes permanecer al margen. En cuanto a nuestra amistad; tú sabrás lo que quieres sacar de ella.

En este punto, Lucía ya tenía las lágrimas corriendo por sus mejillas. Parecía tan desilusionada y hundida que daba la sensación de no poder continuar con su lucha.

—En ese caso tendré que actuar por mi cuenta —sollozó la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

—Nada que te incumba, ¿puedo ver a mi padre?

—Ya sabes que la hora de visitas es por la tarde, si quieres te invito a comer y luego podrás estar con él.

—No tienes que invitarme a nada. Además, prefiero comer sola, así tendrás tiempo de pensar en seguir o no tratando a mi padre.

—De acuerdo, como quieras. No me gustaría parecer impertinente.

De nuevo la puerta se cerró, dejándolo en el interior de una habitación que, a falta de personalizar, ella misma parecía haberlo hecho con su soledad.

El aviso que recibió Marcos, acerca de la visita de su hija un viernes por la tarde, lo preocupó lo bastante como para olvidar en su habitación el pequeño libro y, por supuesto, las notas que se hallaban en su interior cuidadosamente dobladas. En ellas, Lucía explicaba a su padre todo lo concerniente a los sucesos paranormales que, según la leyenda popular, ocurrían en el palacio de los Orive. Velas que se consumen rápidamente, los gritos de una joven aterrorizada, alguna sombra misteriosa que vaga por la casa y otras irregularidades, que según quién las cuente, pueden resultar aterradoras. Según dicha leyenda, el corregidor y dueño de la casa, Don Carlos de Ucel, viudo y con una hija, permitió que pernoctaran en el zaguán de su domicilio unos hebreos que pidieron asilo esa misma noche. Pero, en vez de dormir, se dedicaron a hacer una especie de encantamiento; encendieron un cirio y recitaron unas extrañas oraciones que, para sorpresa de Blanca y de su criada que lo observaban todo por la rendija de la puerta, acabaron cuando el suelo se abrió y pudieron descender por unas escaleras de mármol que los llevara bajo tierra. Al poco rato, salió un joven que portaba un cofre lleno de joyas, apagaron la vela y el suelo volvió a cerrarse como si nada hubiese pasado. A la mañana siguiente los hebreos se marcharon después de dar las gracias al corregidor. La joven Blanca, que se había quedado con todo lo dicho y hecho, decidió, junto a su doncella, hacer esa noche exactamente lo mismo. Encendió una vela, recitó las oraciones que había retenido en su cabeza, y el suelo volvió a abrirse apareciendo la misma escalera. Convencidas de que hallarían otro tesoro, descendieron tanto ama como criada, para desgracia de la primera, que quedó sepultada para siempre, después de que la vela se apagase por la tardanza de la infructuosa búsqueda, saliendo la doncella en el último momento para así poder contar lo sucedido al corregidor, que después de hacer cientos de excavaciones, tuvo que resignarse a pasar el resto de su vida llorando la pérdida de una hija que seguía reclamando su auxilio de forma

lastimera cada vez que se la invocaba. Según se cuenta, es su alma cargada de pena la que habita el edificio desde entonces.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Marcos antes de llegar al cristal que los separaba.

—No, pero me moría de ganas de saber de ti.

Una sonrisa complaciente salió del rostro de su padre que respiró tranquilo al verla tan bella y radiante.

—¿Has hablado ya con el doctor? —preguntó Marcos, suponiendo que sí.

—¡Lo has hecho muy bien, papá!

—¡Estás empezando a preocuparme! No me imaginaba que tú... — Marcos bajó la voz paulatinamente.

—¡Le hemos dado en su subconsciente más consciente!

—¡Deberías de haber visto su cara! Comenzó con un tic nervioso en el hombro y luego sus ojos no sabían qué dirección tomar. Estaba claro que sabía de quién le hablaba.

—¿Qué has hecho con la nota? —le preguntó Lucía.

—No he podido deshacerme de ella.

—Debes hacerlo; nadie debe sospechar que soy yo la que puede ver más allá.

—Ahora sí que lo tienes en tus manos.

—Papá, ¡está pensando en abandonar tu caso! Creo que tiene miedo a que esto acabe con su carrera.

—Lo comprendo.

—Me gustaría pasar la noche en Sevilla. Aún no sé cómo convencerlo para poder pasarla con él, pero sería conveniente que pudiera persuadirlo de la obligación contraída con esa muchacha.

Marcos frotó su frente con la palma de la mano derecha. La idea no le gustaba nada, después de todo, era su hija la que estaba pensando en pasar la noche con un hombre desconocido.

—Esa idea no me hace ninguna gracia.

—¡Tranquilo! No me voy a acostar con él.

—No me refería a eso.

—¡Claro que no, tienes miedo de que la cama no tenga las sábanas limpias! —rio. ¡No tienes de qué preocuparte, ese muchacho es pan bendito!

—Está claro que no conoces a los hombres. Espero que no te arrepientas; eso es todo. Algunas veces, lo terrenal puede ser aún más espantoso que lo

espiritual.

—¡Ahora soy yo la que cree que estás loco! —rio.

Los ojos de Marcos se dirigieron a la puerta que Lucía tenía a sus espaldas.

—¡Perdón! ¿Puedo pasar? —interrumpió Javier, con su bata blanca y porte de gladiador.

—¡Es una visita privada!, ¿recuerda? —contestó Lucía con un mohín despreciativo.

—He pensado que como es viernes por la tarde, tal vez os apetezca salir al jardín delantero.

Los ojos de Marcos se iluminaron al pensar en poder abrazar a su hija.

—¿Qué pasa?, ¿ya no lo considera peligroso?

—¡Está bien, si crees que no es buena idea!

—¿Cómo qué no? —se levantó Marcos como un resorte.

También la actitud de Lucía cambió repentinamente.

—Perdona, es que no acabo de creerme que pueda abrazar a mi padre después de tanto tiempo.

Lucía se dirigió hacia él y lo volvió a coger del brazo como hizo el primer día.

—Estoy siendo muy egoísta. En vez de agradecerte el esfuerzo parece que tenga que luchar contigo. Espero que algún día me comprendas. Te agradezco el gesto y espero poder contar contigo en adelante.

—Esta decisión es solo porque creo que le vendrá muy bien a mi paciente. Recuerda que aún lo es.

Aquella tarde de la última semana de marzo, con el horario de verano ya en vigor y un tiempo apacible y soleado que resaltaba los colores de las primeras flores de los arriates, no podía ser más propicia para embriagarse con la soñada libertad de quienes, por sus propios hechos, se veían obligados a disfrutarla cuando a otros se les antojaba.

Javier observaba a padre e hija paseando por los jardines, abrazados, unidos paternalmente y gozosos por aquellos momentos de esparcimiento que tanto echaban de menos.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—En principio ganarme la confianza de Javier; demostrarle que tu comportamiento no es fruto de una demencia, sino de algo que se nos escapa de las manos y que nunca volverá a ocurrir.

Marcos apretó las delicadas manos de su hija.

—¿Cómo sabes que no volverá a ocurrir? Podría presentarse en cualquier momento.

—No si entre los dos averiguamos el origen de todo esto y la devolvemos al lugar que le pertenezca.

—¿El origen?

—Papá; todo tiene un principio. Quizá el sótano de casa; allí es donde más notamos la presencia de mamá y donde tal vez comenzó vuestra pesadilla.

—Angelina nunca ha estado en el sótano, que yo sepa. Además, tienes que saber que, aunque las primeras visiones las tuvo tu madre, en poco tiempo se convirtieron en algo colectivo. Algo que sufrimos los cuatro, sin querer desvelarlo, hasta el día que subimos a la sierra y vimos por primera vez cómo aquellas energías con forma humana se dirigían hasta la ermita.

—Recuerdo aquel día. Todas aquellas personas habían encontrado la luz y se dirigían hacia ella. El altar del cielo, tiene el nombre que le pertenece.

—Tú sabes que soy un ateo convencido. No me gustaría que pensases que voy a creer en santos o vírgenes a mi edad.

—También recuerdo lo que ocurrió en casa de Ricardo el día de los peluches decapitados.

—¿Cómo es posible que lo recuerdes?, ¿eras tan solo una niña!

—No lo recuerdo todo, pero sí las escenas más llamativas.

—¡Pobre hija mía!, ¿desde cuando sufres estas visiones?

—Desde siempre, papá. No recuerdo ni un solo momento en que no estuviese acompañada por el que es mi ángel de la guarda. Ya sabes que mamá me hacía rezar todas las noches aquella oración que decía: Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes sola, que me perdería.

—Pero eso no es nuevo. A mi también me la enseñaron mis padres para ahuyentar mis miedos nocturnos.

—Sí, papá, pero la diferencia, es que yo lo tenía delante, junto a mi cama, en el salón y donde yo estuviese. Por lo que realmente se lo pedía a alguien en concreto, a un ser que, sin ser tangible, lo tenía siempre presente. Él evitaba que las otras apariciones se acercasen demasiado o incluso que me hiciesen daño.

Marcos cogió la mano de su pequeña y, en un gesto de cariño, se compadeció de ella de forma visible.

—He visto a muchos seres buscando la luz, y a otros, los menos, gozando de su perpetua oscuridad en su cometido de hacer daño. Pero nunca he sentido

miedo. Él siempre está a mi lado.

De nuevo apretó las manos de su hija y la miró directamente a los ojos.

—¿Has visto a tu madre?

—No, a mamá la siento como un ser luminoso que, aunque tiene en su mano dirigirse hacia la luz, no está dispuesta a hacerlo hasta que estemos a salvo.

—¿A salvo de Angelina?

—Posiblemente, no estoy segura.

El rictus de Marcos cambió de compasivo a preocupado.

—Verás... Angelina me advirtió en su última aparición, en el hospital, justo antes de perder el conocimiento, que mamá estaba en manos del maligno, que nada podría hacer por separarla de él y que yo tampoco escaparía de su influencia.

—¿Mamá con el maligno? No lo creo posible; yo la veo como una luz blanca, ni tan siquiera como esas pobres almas que vagan pidiendo perdón por sus pecados.

—Es posible que me mintiera, después de todo, ella sí que parece pertenecer al mismísimo diablo.

—¡Tenemos que buscar el origen de esto, papá! Me gustaría hacer una sesión de espiritismo en el sótano de casa.

—¡No! Te lo suplico. En el sótano de casa no. Allí fue donde tuve mi primera experiencia demoníaca de la forma más espantosa y violenta que pudiese imaginar. Si no hubiese sido por el pequeño libro que me trajiste, es posible que me hubiese hecho daño.

En los ojos de Marcos no solo se reflejaba la realidad vivida, sino también, el miedo que esta le produjo.

—¿Nunca llevaste a Angelina al sótano?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que erais amantes...

—¡No!, ¡no éramos amantes, solo fue un desliz! —confesó airado —Ella dejó de ser la persona que era cuando nos conocimos, y lo que ocurrió, ocurrió en el almacén de la cafetería de forma tan casual e inesperada que se nos escapó de las manos. Algo debió de pasarle, pero desde luego, nada ocurrió en nuestra casa.

Lucía respiró profundo, como intentando capturar el momento en el que su padre y ella se sinceraban por primera vez.

—El doctor nos persigue con la mirada; si supiese de lo que estamos

hablando se caería redondo. Luego hablaré con él. Es muy guapo, pero tranquilo, no pienso acostarme con él todavía.

—¿Todavía? Si lo haces no me lo cuentes, ¿podría matarle!

—¡Papá, tú no eres un asesino!

—Ya; eso crees tú, ¿pero él?

—¿Recuerdas como os conocisteis? —preguntó Lucía en el momento en que invitaba a su padre a tomar asiento en uno de los bancos metálicos que amueblaban el jardín.

—¿Tu madre y yo?

—No, vosotros y la familia de Ricardo.

—Bueno, pues yo los conocí en la oficina del promotor, el que construyó nuestra urbanización. Recuerdo que nos citaron a tu madre y a mí para ver los planos. Cuando nos casamos todavía no tenía la plaza fija en Lucena, por lo que decidimos alquilar un pequeño piso en la calle del Agua. Después, en el momento en el que conseguí esa añorada plaza, nos pusimos a buscar vivienda y nos propusieron una casita adosada en la zona del parque. Yo no ganaba mucho dinero, pero tu madre insistió en que esas casas estaban predestinadas para nosotros.

—¿Predestinadas? ¿dijo predestinadas?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—¡Continua, papá!

—Cuando llegamos al solar, donde además se encontraban las oficinas del promotor, nos encontramos con muchas parejas que, al igual que nosotros, deseaban comprar una casa. Algunas muy jóvenes, otras no tanto, recién casados, familias con hijos, en fin, gente de todas las edades y condiciones. Entre ellas, tu madre pudo distinguir a una antigua amiga. Era Angelina. Llegamos hasta ella como pudimos y ambas se abrazaron como adolescentes. Su novio y yo nos saludamos con la mirada, y después de un buen rato de efusivos saludos por parte de ambas, se decidieron a presentados como novio y esposo respectivamente.

—¿Mamá y ella se conocían con anterioridad?

—Sí, parece ser que se conocieron en un concurso del instituto o algo así. Tampoco le di más importancia.

—¿Y os volvisteis a ver antes de mudaros a casa?

—Claro que sí; ellas hacían todo lo posible por verse. Después de decidirnos a comprarla, y ya con los planos, y el promotor distribuyendo las viviendas entre los demás compradores, conseguimos quedarnos con la que

lindaba con ellos. Éramos vecinos o futuros vecinos colindantes, claro.

—¿Vecinos?

—Te cuento; en los primeros planos de la urbanización había un gran parque circular que serviría para el esparcimiento de todos los vecinos, y como Ricardo y ella tenían claro desde el primer momento que querían montar una cafetería, lucharon con todas sus fuerzas por quedarse con una de las casas que lo rodeaban. A mí, como comprenderás, no me hacía ninguna gracia; ya sabes que no me gustan demasiado los niños y la sola idea de compartir sus voceríos y su espacio me ponía enfermo. Pero los deseos de tu madre fueron más fuertes que mi negativa, así que desde ese momento quedábamos con ellos para ir a ver el curso de las obras, las diferentes calles y todo lo concerniente a azulejos, locería y demás opciones que teníamos para personalizar la vivienda.

—¿Cuánto tiempo tardaron?

—Dos años y medio, aproximadamente. La verdad es que en ese tiempo se creó un vínculo bastante fuerte entre Ricardo y yo. Diría que nuestra amistad fue en aumento a medida que asimilábamos lo poquita cosa que éramos en manos de nuestras compañeras. Es más, en muchas ocasiones, recuerdo que las dejábamos a ellas decidir mientras nosotros nos íbamos a tomar una cerveza o lo que fuese. Después de todo, nuestra presencia no importaba demasiado.

—¡Vaya, las mujeres al poder!

—Un día nos llamó el promotor. Según el constructor, y por unas razones bastante peregrinas, el parque inicial con su forma redondeada no podía hacerse tal y como se reflejaba en los primeros planos. No te quiero contar el enfado de Angelina y por supuesto de Ricardo, que exigieron de inmediato la devolución del dinero. Recuerdo a tu madre intentando convencerles de que hiciesen presión para que les abaratasen la vivienda; bastante más cara que la nuestra por razones de solar y otras adecuaciones a su futuro negocio.

—¿Y lo consiguió?

—¡Siempre conseguía lo que se proponía! —Marcos comenzó a hacer un verdadero esfuerzo por recordar todos los detalles, que comenzó a ver de gran trascendencia —A todos nos costaba mucho pagar aquellas primeras cuotas que nos exigía el contrato. Yo no ganaba mucho y tu madre ingresaba lo poco que ganaba como dependienta en una tienda de cosméticos. Poco menos les ocurría a ellos; Ricardo daba todas las horas extras que podía en una carpintería de mala muerte, y ella, que llegaba a ganar más que él limpiando

escaleras, lo aportaba todo para conseguir el objetivo. Recuerdo que no podíamos ni comprarnos ropa. Los caprichos estaban fuera de nuestro alcance.

—Es normal, ¿no?, ¡quién algo quiere, algo le cuesta!

—Sí. Hasta que, por azares del destino, los planes de Ricardo y Angelina se torcieron lo suficiente.

—¿Qué ocurrió?

—¡Angelina se quedó embarazada!

—¿Y?

—Bueno, sopesando la situación, decidieron casarse después de tener al bebé. Pero con lo que no contaron fue que a los cuatro meses ella comenzara a tener pequeñas hemorragias. El médico la obligó a guardar reposo durante el resto del embarazo, debido al riesgo que tenía tanto la madre como la criatura, y eso estaba por encima de cualquier proyecto. Sin sus ingresos, dado que tuvo que dejar de trabajar, todos sus sueños se quedarían en eso, sueños. Los padres de Angelina no podían ayudarla; bastante tenían con mantenerse ellos y mantenerla a ella que no aportaba nada en su casa. Por otra parte, el pobre de Ricardo, huérfano de padre, tampoco contaba con el apoyo de sus hermanos mayores, todos casados, mayores que él y en total desacuerdo con la relación que mantenía con Angelina.

Lucía presentía que su padre estaba a punto de desvelarle algo importante, algo que quizá fuese la clave, por lo que se mantuvo al margen de los motivos que tuviesen los hermanos de Ricardo para no aprobar dicha relación.

—No sé si esto que te voy a contar tendrá relación con los acontecimientos que estamos sufriendo, pero, en cualquier caso, te lo contaré.

Lucía asintió con la cabeza.

—Yo ya sabía que Angelina era supersticiosa, pero lo que no sabía era hasta qué punto era capaz de llegar —Marcos se recompuso en su asiento —un día, recién levantados, tú madre consiguió que prometiese acompañarla, sí o sí, al sitio que ella dijese; yo ni siquiera sabía que el dos de noviembre era el día de los difuntos, pero cuando me hizo llegar hasta el cementerio, comprendí la encerrona. Allí estaban, como era de esperar, Angelina y Ricardo. Ricardo me explicó que todo obedecía a un antojo de su mujer, que ya contaba con siete meses de embarazo, ocultándome que había sido él el artífice de las dos cajitas de madera que las mujeres sacaron de sus respectivos bolsos. Era temprano, las nueve de la mañana, pero ya había muchas personas esperando en la puerta para adecentar las tumbas de sus parientes. El día anterior, día de

todos los santos, había estado lloviendo y las lápidas mostraban un aspecto desaliñado y bastante sucio, sobre todo, después de haber colocado flores nuevas y naturales que lo mancharon todo. Como sabes, yo estoy totalmente en contra de esas tradiciones que hacen que la gente solo se acuerde de sus muertos por esas fechas, pero allí estaba yo, entrando en el Campo Santo, con la cara alargada y completamente traicionado. Se dirigieron a la izquierda, directamente a una enorme cruz cuajada de flores y otros objetos, como fotos, coronas, rosarios y muchas más cosas que no me paré a curiosear.

—¡La cruz de las Ánimas! —exclamó Lucía con suspense, como si supiese algo de ella que pudiese guardar relación.

—¿Qué significa esa cruz?

—Esa cruz simboliza a las almas que se están purificando en el purgatorio. Según algunos escritos y, sobre todo, el acervo popular, la cruz tiene el poder de conceder los favores más variopintos y difíciles de conseguir a quienes se postran ante ella. Esas almas necesitan de las oraciones para subir al cielo y descansar eternamente. La fórmula consiste en pedir un favor a cambio de acudir a rezarle durante un tiempo o pagar un tributo en forma de algo material pactado en el mismo momento. Pero también, y por ello hay que tener mucho cuidado con lo que se pide, si no cumples tu palabra, ella te lo hará pagar caro. Según algunas personas, te persigue su espíritu hasta que cumplas la palabra dada, llegando a ser hostil si se persiste en no cumplir el pacto.

Marcos asentía con la cabeza como si todo el puzzle encajara perfectamente.

—Pues recuerdo, aunque yo estaba a unos metros de distancia, intentando distraerme con las inscripciones de las lápidas más antiguas, situadas bastante cerca, que colocaron las cajitas sobre uno de los peldaños, sacaron un rosario y se pusieron a rezar las dos juntas.

—¿Qué contenían las cajitas?

—No lo sé, ya sabes que no creo en supercherías, así que no le di más importancia. Lo que sí recuerdo, es que cuando regresé a por ellas, las cajas ya no estaban en el escalón. Ricardo se limpiaba las manos y ellas se santiguaban repetidas veces. Después de aquel episodio le hice prometer a tu madre que nunca más volvería a hacerme algo así, que no me volvería a tratar como a un idiota, que solo sirve para asistir a sus tonterías de vieja reprimida, y que no me hacía ninguna gracia que jugase a ser una especie de bruja enfermiza.

—Nunca he visto que mamá tuviese un rosario.

—Ahora que lo dices, el rosario tuvo que dejarlo allí, en cualquier sitio. Desde luego no volvió con él.

—¿Y las cajitas?

—Pues no lo sé. Imagino que con el enfado que tenía pasé por alto esa pregunta.

Lucía miró la hora en el móvil; la tarde se estaba extinguiendo y no sabía cuando darían por finalizada la visita.

—¿Qué pasó después?

—¡Qué me maten si esto tiene relación! A las dos semanas nos llamó el promotor. Nos sorprendió bastante que fuésemos los únicos asistentes, pero pensamos que tendría que ver con el estado en que iban a quedar nuestras viviendas. Cuando entramos nos estaba esperando un matrimonio bastante mayor que sonreían cariñosamente. El promotor nos cogió a Ricardo y a mí del hombro y nos felicitó. Todo nos pareció bastante extraño. Angelina tenía las lágrimas a flor de piel por la más que probable pérdida de su vivienda, pero aguantó el tipo con la mano puesta sobre su vientre. Sorprendí a tu madre imitando la postura y casi me desmayo al pensar en la posibilidad de que también estuviese embarazada.

—¡Lo estaba! Yo era siete meses más joven que Ricardo. ¡También estaba en el cementerio! De alguna forma, los seis estábamos en el cementerio aquel día.

Marcos se quedó pensativo unos segundos y, después de recapacitar, continuó algo más deprimido.

—El hecho es que aquel matrimonio quería quedarse con nuestras viviendas; con las dos. Tu madre se negó en rotundo y me acusó con la mirada de saber algo de aquella cita. Yo también me negué argumentando los esfuerzos y quebraderos que nos había causado la elección de todos los elementos decorativos y funcionales de la casa.

—¿Y Ricardo?

—Ricardo el pobre no pudo defenderse con el mismo ímpetu; el siguiente pago, de cuatrocientas mil pesetas, no lo podría efectuar, por lo que negaba con la cabeza mucho más de lo que hablaba.

—¿Pero, al final?

—Nosotros, que no escuchábamos las razones por las que querían quitarnos nuestras viviendas, nos sentimos bastante agredidos hasta que habló el promotor. Nos ofrecían un millón de pesetas, a cada uno, y la posibilidad de

escoger entre las viviendas que aún quedaban por vender.

—¡Bueno, bueno!

—Esto cambió las cosas. Angelina agradeció al cielo y Ricardo sonrió por primera vez en muchas semanas. Nosotros nos alegramos con mucha más complicidad y tu madre intentó sacar algo más. Lo único que consiguió fue que la nueva casa fuese más barata, pero claro, su ubicación tampoco le gustaba, por lo que todo quedó en suspenso hasta que pensásemos qué íbamos a hacer.

—¡Me da repelús solo de pensarlo!

—Desde luego, nuestra casa estaba predispuesta para nosotros. Después de aceptar la que quedaba arriba del todo, aunque no le hiciese ilusión a tu madre, de nuevo nos llamó el promotor para ofrecernos la que tenemos ahora. Al parecer, la pareja que se había hecho con ella se había separado, y aunque el precio volvía a ser el inicial, a tu madre y a mí nos pareció mucho mejor situada, por lo que accedimos al trato.

—¡Así que todos contentos! Lo que seguramente no sabes es lo que le pidieron a la cruz, ni lo que ofrecieron a cambio.

—De eso no tengo ni idea y Ricardo creo que tampoco. Me pregunto por qué no habrá vuelto de Colombia.

Un guardia de seguridad se aproximaba lentamente a sus posiciones cuando Lucía advirtió que se le había pasado la hora del autobús. No le quedaba más remedio que pasar la noche en Sevilla. Entonces pensó en Javier, el atractivo médico de su padre que, además, tendría que ayudarla en su propósito.

—Ya hablaremos otro día ¡Dame un abrazo!

—¡Ten cuidado cariño!

—Mejor que tenga cuidado él.

—¡Hasta mañana!

Lucía se dirigió a la salida cabizbaja y pensativa; daba la sensación de no estar muy satisfecha, de haber pasado un mal trago.

—¿Te ocurre algo que quieras contarme? —le preguntó Javier, que había estado esperando la finalización de la visita, aunque su turno ya se hubiese acabado.

—¡Gracias! Gracias por haberme hecho pasar un rato tan cerca de mi padre.

—¿Pareces triste?

—Bueno, después de todo, parece que continúa viendo las alucinaciones que lo trajeron aquí.

—¿Te refieres a lo que pasó esta mañana durante la sesión?

—¿Te parece poco decirle a tu psiquiatra que tiene detrás a una muchacha que nadie ve?

—Esa información me ha dejado bastante confundido, ¿cómo es posible que supiese algo así?

El movimiento de Lucía, sacando el móvil del bolso para mirar la hora, dejó la conversación en suspenso.

—¿El autobús? —preguntó Javier.

—Me temo que me he quedado sin él.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, me imagino que buscar una pensión o algo así.

—De eso nada. Bueno quiero decir... que por mi parte te puedes quedar esta noche en mi casa. Te aseguro que no es mi intención... ya sabes, quiero decir que te la ofrezco solo para dormir... sin malas intenciones, de acuerdo.

—Me dejas que no sé qué decir. Tal vez no sea buena idea; después de todo eres el psiquiatra de mi padre. No sé, a mi me da igual, ¿pero a tus superiores...?

—¿Qué superiores? Además, hoy no tengo nada que hacer y solo quiero prestar auxilio a una mujer que no tiene donde pasar la noche. Tampoco creo que sea tan malo.

—Espero que esto no perjudique a mi padre.

—En absoluto. Los dos somos adultos y hemos tomado una decisión de lo más natural, ¿no?

—¡Por supuesto!

—¿Estás preparada?

—Sí.

—¡Pues subamos al coche!

Antes de salir del aparcamiento, Lucía echó un vistazo al edificio donde se había quedado su padre un día más. Se recordó a sí misma el motivo por el que iba a pasar la noche en el piso de un, prácticamente, desconocido y que, aunque le gustaba a rabiar, no debía de dejarse llevar por la atracción física.

—¿Vives lejos?

—Pues sí, al otro lado de la ciudad. ¿Conoces Sevilla? —preguntó seguidamente.

—No, solo entro hasta la estación de autobuses y de allí al centro penitenciario, así que, de Sevilla, nada de nada.

—A mí en cuatro semanas tampoco me ha dado tiempo de conocer

mucho. Así que parece que estamos los dos iguales. ¿Recuerdas a Pedro?

—¿Cuál?, ¿el de Heidi?

—No —rio la ocurrencia de su futura huésped—, el guardia de seguridad. Ese muchacho larguirucho que hablaba conmigo el otro día.

—Sí, creo que sí. Pero solo de vista —aclaró.

—Me ha propuesto que vayamos esta noche a un garito en el centro de Triana, ¿te apetece?

—Escucha; si te voy a causar algún problema buscamos una pensión y punto.

—¡Mira que sois difíciles las mujeres!, ¿te apetece?

Lucía se quedó mirándolo con asombro; el mosquito muerta se estaba espabilando.

—No, no me apetece.

—Pues estupendo, a mí tampoco, ¿qué te gustaría cenar?

«A ti», pensó.

—Si te apetece podemos pedir pizza. Pago yo —se anticipó Lucía.

—¡Está bien, pagas tú! No quiero que pienses que soy un machista trasnochado.

La ciudad iba pasando ante sus ojos, aunque ellos solo percibiesen la multitud de reflejos multicolores que les proporcionaban los miles de luces a través de los cristales del vehículo y que, por su naturaleza, definen a una gran urbe en cuanto la noche se adueña de ella. Para ellos, todo su mundo se reducía al interior del Peugeot y a la increíble atracción que ambos sentían, y que intentaban disimular, evitando ser sorprendidos con una mirada que lo evidenciase.

Fuera, sobre las aceras, los sevillanos se preparaban para un viernes noche casi veraniego. La temperatura rondaba los treinta grados y eso se reflejaba, no solo en los paneles electrónicos, sino también en su forma de vestir, en la soltura de sus movimientos y en una alegría que parecía ser pegadiza. Mirasen para donde mirasen, siempre encontraban un punto que les recordara el porqué estaban allí haciéndose mutua compañía, intentando solucionar sus problemas sin decirlo abiertamente, ocultando unos sentimientos solapados por los mismos y en un silencio cargado de interrogantes.

—¿Crees que la envidia es algo natural? —preguntó Lucía de forma súbita.

—¿La envidia? ¡Ese sentimiento que nos hace sentirnos más

desgraciados que otros por lo que poseen! Sí, es algo tan natural como la generosidad, el amor o el odio.

—Cuando miro a la gente me pregunto qué clase de problemas tendrán. Nadie parece tenerlos y, sin embargo, siento que todos los tengo yo. ¡Es posible que los envidie! —acabó con tristeza.

—Todo se basa en que cada uno asuma sus problemas con suficiencia para poder soportarlos y, así, enfrentarnos a ellos sin tener que pensar en los de los demás. Si supiésemos todos los problemas que adolecen al resto del mundo y que mitigan con sus sonrisas, sus aspavientos, sus relaciones infieles, sus borracheras esporádicas y sin embargo programadas, sus verdades a medias o sus silencios, es posible que no buscásemos la solución a los nuestros, y eso es primordial para que todos sigamos adelante. Piensa que si envidias la vida de otro es porque no la conoces.

—Seguir adelante, ¡esa es la cuestión! —concluyó Lucía, dejando un suspiro detrás de sus palabras.

La pregunta, que quedó en el aire antes de que Lucía mirara la hora al terminar su visita en el centro penitenciario, rondaba la cabeza de Javier, que no encontraba el momento oportuno para volver a repetirla.

Una mirada oblicua los sorprendió a los dos; ambos se miraron con la certeza de que tendrían que romper barreras si querían solucionar sus respectivos problemas.

—Es conmovedor lo sereno, majestuoso y a la vez tenebroso, que cruza el Guadalquivir entre tanto bullicio de coches y luces amarillentas que lo perfilan, para dejar ese centro oscuro e inquietante en el que nadie quisiera navegar —comentó Lucía al cruzar de noche el puente de San Telmo.

—¡Vaya, te ha quedado muy poético! Aunque en tu subconsciente, y eso es preocupante, siempre sale a relucir el lado oscuro de las cosas.

—¡Será por qué lo tienen!

—¿Cómo lo tiene tu padre?

—¡Cómo lo tenemos todos! —puntualizó Lucía irguiéndose en el asiento y tensando sus músculos —¿Qué hiciste para que esa muchacha te persiga desde el más allá?

La pregunta llegó en el peor momento; Javier intentaba encontrar aparcamiento y su atención la tenía centrada en dicha odisea.

—¿No me vas a responder? —volvió a preguntar.

—¡Estoy intentando aparcar!, ¿no lo ves?

Quedaba claro que la pregunta lo había incomodado hasta el punto de

enojarlo, pero, no por eso, la conversación iba mal encaminada.

Lucía prefirió cerrar la boca y volver a colocarse de forma cómoda en el asiento —Estas cosas tardan tiempo en ser encontradas —dijo refiriéndose al aparcamiento.

Bajaron del coche, que quedó situado a tres manzanas, y sin hablar, llegaron al zaguán donde Javier extrajo las llaves del bolsillo derecho de su pantalón y se dispuso a abrir la puerta principal.

—¡Aquí vivo yo! No es que sea un sitio muy elegante, pero seguro que te va a gustar.

—¿Tengo otra alternativa? —bromeó sarcástica.

—Sí, decirme que no te gusta y aguantarte con lo que hay —siguió Javier con tono jocoso.

Por alguna razón, a Lucía le encantaba provocarlo y escuchar sus incisivas ocurrencias, propias de una edad a las que sus contemporáneos no llegaban ni de lejos, sintiéndose más cerca de sus propias capacidades intelectuales, además de estimular su sentido del humor, últimamente bastante olvidado.

Según había calculado, debía de tener al menos veintinueve años para haber terminado la especialidad y haber aprobado las oposiciones; todo esto, contando con que fuese un alumno sobresaliente, o incluso genial, como intuía. Ella, aunque por sus propias experiencias podría parecer mayor, solo contaba veintidós, pero, aun así, se veía capacitada para tratarlo de tú a tú, e incluso, para mantener una relación de pareja que se le antojaba improbable.

A medida que pasaba más tiempo con él, más atractivo le parecía y más se fijaba en sus detalles físicos; su forma de andar, su culo redondeado, sus manos fuertes o la manera en la que sus rizos envolvían sus orejas. Una lástima que la conversación se tornara bastante menos romántica de lo que cabía esperar entre dos personas jóvenes que se gustaban mutuamente.

—La idea surgió en la facultad de medicina; ya sabes, éramos jóvenes y por lo tanto incautos, capaces de cualquier cosa, incluso de indagar en aquellos mundos desconocidos y llenos de leyendas que nos ofrecía la ciudad. Siendo de allí, me eligieron como el cabecilla del grupo para buscar la prueba irrefutable de que los espíritus existían. También fui yo quien les habló del palacio de Orive y de la historia que lo relacionada con lo paranormal, por lo que, sin quererlo, me hice responsable de lo que saliera de allí.

—Lo entiendo.

—Las primeras noches lo basamos todo en el huerto que hay en la parte

trasera. Desde allí intentamos que ocurriera algo, quemando romero, incienso y todas las hierbas aromáticas que se nos ocurrían. Quedaba claro que no teníamos ni idea de aquello. Alguien pensó en hacer una Ouija, pero nos dio demasiado miedo. De los cinco, cuatro pensamos que era peligroso hacerla sin saber como cerrarla adecuadamente. Eso era lo que decía todo el mundo y nosotros, como neófitos en la materia, no íbamos a ser menos.

—Creo que hicisteis bien. Hay que estar muy preparado emocionalmente para meterse en esos berenjenales.

—Sí, yo también lo creo. Te sigo contando. A los pocos días advertimos que un hombre de avanzada edad, unos setenta y tantos, que paseaba por allí todas las noches, parecía estar interesado en lo que hacíamos. El tipo, peculiar hasta en su forma de vestir, nos pareció un abuelete de estos que no dejan de ser galanes en toda su vida; traje oscuro, mascota clásica y clavel en la solapa, toda una joya de nuestra España romántica del siglo pasado.

—Entiendo que estuviese interesado, ¡a saber qué estabais haciendo!

—En nuestro intento por percibir alguna señal no nos cortábamos a la hora de cogernos de las manos, rezar alguna oración o, como te he dicho, quemar algún tipo de hierba aromática. Pero este hombre, que cada vez acertaba más su ronda, llegó el momento en que se paró frente a nosotros y se quedó observando lo que hacíamos. Uno de mis compañeros le reprendió su descaro y le aconsejó que continuara su paseo de una manera tan irrespetuosa que todos sentimos vergüenza. Pero este, en vez de molestarse, sonrió a la vez que se rizaba una de las puntas de su cuidado bigote y nos amenazara con un ¡Cuidado con lo que encontráis! ¡Ella no está sola!

—¡Un momento! ¿Cómo sabes que se trata de la misma Blanca a la que se refería mi padre? —disimuló su implicación.

—¡Déjame terminar!, por favor.

A Javier no le era fácil admitir una coincidencia de esta índole, pero quiso esclarecer esta cuestión para evitar sorpresas en el caso de decidir dejar la terapia de su padre en manos de otro facultativo.

—El caso es que un día me propuse ir yo solo al huerto de San Pablo. Después de tantos intentos infructuosos, debido a que los demás chicos pasaban más tiempo bromeando que intentando concentrarse, decidí buscar un cauce que nos condujera a la verdad de estas leyendas, por lo que creí que sería más efectivo hacer una psicofonía yo solo.

—¿Hiciste una psicofonía?

—Resulta que cuando llegué al pequeño parque o huerto, como lo

quieras llamar, allí estaba el abuelete con su traje de todos los días y su clavel reventón en la solapa. Me acerqué a él disimulando no tener qué hacer y me senté a su lado, en el mismo banco que usaba todos los días, aunque en esta ocasión, estuviese dormitando y con media sonrisa en la boca. Lo saludé y como si me estuviese esperando me dijo:

—¡Hay quien busca y no encuentra y quien encuentra lo que no busca!

—¿Qué cree usted que busco? —le pregunté.

—Explicaciones que no va a encontrar —me contestó seguro de sí mismo.

—¿Y si busco conocer?

—Cuando conozca querrá saber y cuando sepa querrá encontrar una explicación.

Después de unos minutos en los que no sabía qué hacía yo hablando con un desconocido que, además, podría estar tocado del ala, le pregunté:

—¿Qué hace usted aquí?

—Lo ve, ya me ha conocido y ahora quiere saber, ¿qué tal si le digo que estoy esperando?

Por alguna razón creí conveniente presentarme.

—Yo me llamo Javier —dije para extenderle la mano seguidamente.

—Yo no recuerdo el mío, aunque creo que eso importa poco en estos momentos.

—¿Qué no lo recuerda?

—¡Hay cosas que se olvidan con el tiempo! Ya lo descubrirá algún día. Aunque también es cierto que siempre hay alguien que viene a recordarte lo que has querido olvidar.

—¿Espera a alguien? —le pregunté pensando en la demencia senil más que en una posibilidad real.

—¡A usted!

—¿A mí?

—Espero que cuando escuche lo que va a grabar esta noche no haga caso omiso.

—¿Cómo sabe usted...?

—Ya está buscando explicaciones; las mismas que no va a encontrar, pero es posible que encuentre lo que no ha venido a buscar.

—Perdone, pero la filosofía nunca ha sido mi fuerte.

—Pues tendrá que serlo, se lo aseguro.

—¿Cómo sabe qué tengo una grabadora?

—Lo interesante no es que sepa eso. Lo verdaderamente interesante, es que sé donde debe ponerla para tener éxito.

En ese momento se detuvo en seco para contemplar su rostro y ver si estaba tan sorprendida como lo estuvo él —¿Has escuchado alguna vez la expresión, tiene cara de antiguo?

—¡Sí, la he escuchado!

—Pues eso, tenía cara de antiguo; sus ojos no tenían brillo, ni sus labios color, ni arrugas importantes, salvo en sus ojos. Era como un retrato de esos que guardan nuestros abuelos.

—Inquietante, ¿no?

—Lo más inquietante, después de analizar los hechos, fue que seguí sus instrucciones sin plantearme nada, sin sospecha ni desconfianza alguna, simplemente entré en la sala capitular del convento de San Pablo, que estaba en obras por aquellos días, deposité la grabadora en el hueco que me indicó y la dejé allí en proceso de grabación. Cuando salí, nadie había en el banco, ni en el huerto, solo el ulular de una lechuza distrajo mi desconcierto.

—Y por supuesto conseguiste la psicofonía.

—La psicofonía y la petición de auxilio que en ella me formulaba el alma de Blanca de Ucel. ¡Por eso supe que la muchacha a la que se refería tu padre era ella! No solo me dijo el nombre, sino que también me recordó la promesa incumplida. ¿Cómo podría saber eso?, ¿quién podría saberlo que no fuese ella misma? Nunca tuve valor para contárselo a nadie. Por este tipo de cosas, es por las que te pueden tachar de loco o algo peor.

—¿Y ahora estás convencido de que mi padre ve espíritus?

—La verdadera razón por la que escogí la especialidad de psiquiatría fue porque desde ese día comencé a plantearme los entresijos de la mente.

—¿Sigues buscando esas explicaciones que no tienen respuesta!, ¿volviste a ver al anciano?

—Nunca más —dijo casi abatido.

—Mi padre me habló de mantener encendida una llama durante siete días.

—Solo pude hacerlo durante tres. Fue un fin de semana largo, por ser festivo el lunes, llevé una de esas velas de plástico rojo para que durase más, pero el martes, las obras de remodelación continuaron y me imagino que los albañiles la apagaron. Yo no tuve fuerzas para ir de nuevo y concluí que tal vez hubiesen sido suficientes o que, quizá, la hubiesen respetado por tratarse de una vela de difunto. Después me convencí de que se trataba de una broma,

un montaje por parte de alguien que quería reírse de mí para que no volviera por allí. No he vuelto a saber de aquella historia hasta ahora, hasta que tu padre me la ha recordado.

—¿Tienes la cinta?

—No. Mi hermana pequeña la utilizó no sé para qué y aunque intenté recuperarla nada se podía hacer. Lo que te puedo decir es que no era una psicofonía como las que salen en la tele. Su voz, aunque ahuecada por el amplio espacio de la sala capitular, era clara, nada de susurros, simplemente la voz de una joven angustiada. Por eso me convencí definitivamente de que todo era una estafa, tramada y urdida por el hombre que me aconsejó.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy aquí, contigo, recordando en voz alta cosas del pasado que nunca me atreví a contar, pero que como dijo aquel hombre, siempre hay alguien que viene a recordarte lo que a uno se le olvida.

El sonido del portero automático los advirtió de que la cena había llegado. Dos pizzas medianas y un refresco de cola, según habían pedido por teléfono.

—En tu caso no es buena idea cenar con velas, ¿no?

—¡No te cachondees, que esto es muy serio!

—Primero cenamos y luego lo intentamos solucionar. Dicen que con el estómago lleno...

—¿Esperas que admita que tengo algo que solucionar?

—Uff, la mente de un psiquiatra sí que es complicada —dijo como si él no estuviese presente.

—De admitir eso tendría que admitir que tu padre no violó y mató a esa mujer.

—¡Eso sí que es un buen comienzo! Yo te ayudo y tú me ayudas. Aunque a lo mejor encuentras lo que no buscas.

—¡Yo ya no busco nada!

—Es posible que por eso lo encuentres ¿No fue eso lo que te dijo el anciano misterioso?

—Mejor le abrimos al chaval de las pizzas. Me parece que la noche va a ser larga.

El piso de Javier apenas si estaba amueblado. En el recibidor una consola castellana con dos cajones y un espejo sobre esta. Y la lámpara; un sencillo cubo metálico cerrado con cristales transparentes. En el salón, una mesa, cuatro sillas y un mueble bar, tan antiguo como la araña que colgaba en

el centro de la habitación y que nada más verla se intuía la poca calidad de sus materiales, un escritorio barato para el ordenador, comprado recientemente por él mismo, y una jardinera de madera en uno de los rincones. En la cocina, varios muebles sueltos y una hornilla con la bombona incorporada, el termo sin cubrir y un frigorífico bastante oxidado en su parte baja, que Lucía no abrió por no saber qué iba a encontrar. Los dormitorios simples; en uno de ellos una cama de matrimonio con el cabecero metálico y dos mesillas de noche, una de ellas, al lado del armario de cuatro puertas, terminado en formica de sapely y decorado con terminales de metal. En el otro, una cama individual sin cabecero, una mesilla y un armario de dos puertas, seguramente comprado en cualquier almacén de bricolaje. En el baño, un mueble de chapa con un espejo por puerta y una banqueta de tres patas muy poco fiables. Limpio y ordenado, pero nada acogedor. Su decoración se basaba en fotos de Sevilla protegidas con un cristal y con marcos lisos de madera —tres en el salón y uno en el dormitorio de matrimonio—, ninguno más grande que un folio habitual. Eso era todo cuanto cubría unas paredes lisas, pintadas de verde agua, y unos azulejos demasiado coloristas.

—¡La masa está muy hecha para mi gusto!

—Pues a mí me encanta que este así de crujiente —contestó Lucía, mientras intentaba separar una de las porciones cuyo queso se resistía a formar parte de una o de otra.

—¿Te traigo un cuchillo?

—No, no te preocupes, ya me las apaño.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Javier, como quien lanza un comentario al aire.

—Veintidós ¿Y tú?

—Treinta cumplí las navidades pasadas.

—Me lo imaginaba.

—¿Y eso?

—Calculé los años de carrera, más las oposiciones y tu físico, en fin, más o menos treinta y algo, pensé ¿Te parezco muy joven?

—¿Crees que te trato como a una niña?

—No, ¡te juro que no es por eso, me pareces todo un caballero!

—Por una razón o por otra, nunca he tenido una relación estable. Me imagino que no sé tratar a las mujeres.

—Pues conmigo lo estás haciendo de lujo.

—¡Gracias! Es la primera vez que traigo una chica a este piso.

—¿A las cuatro semanas?, ¡no me lo creo!

Javier se levantó, recogió las cajas y las servilletas de papel, sintiéndose un privilegiado por tener una compañía tan generosa.

—Tendría que haber comprado un sofá —dijo desde la cocina.

—No te preocupes, estoy bien.

—Como estoy solo, después de ver un poco la tele me voy a la cama, esa es la razón por la que no lo tengo, aunque si te digo la verdad, espero mudarme pronto.

—¿Tienes la intención de marcharte de aquí?

—¡Esto queda demasiado lejos del curro! —afirmó Javier, mientras ocupaba su silla enfrente de Lucía.

—La verdad es que sí. Atravesar toda Sevilla es mucho para ir todos los días a trabajar.

—Me gustaría alquilar uno sin amueblar. Ya sabes, para intentar hacer de él mi hogar. Otra razón para no comprar algo de lo que luego me arrepienta.

Lucía se quedó unos segundos admirando su entereza, su determinación y sus ojos negros. Era un caballero, pero si no lo fuese tampoco le importaría demasiado.

—¿No te has enamorado nunca? —le preguntó, dejando la conversación inmobiliaria para otro momento.

—Por desgracia no sé que significa esa palabra. Confieso que he sentido atracción por alguna chica, pero amor, lo de las mariposas en el estómago, jamás.

—Yo tampoco; supongo que por falta de tiempo.

—¡Seguro que de ti sí se han enamorado muchos! ¡Eres preciosa!

—Pues tú estas tremendamente bueno y aún no te he dicho nada —dijo sin ocultar su parecer, aunque se sonrojara por su falta de control.

Desde la silla que ocupaba, Lucía pudo distinguir un reflejo en el espejo de la entrada que le llamó la atención. Fijó un poco más la vista y, en él, se delineó el rostro desfigurado de una demacrada joven que mantenía una vela encendida entre las manos y a la altura del pecho.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Javier, sabiendo que su expresión no era ni mucho menos normal.

—No, no, es que me ha parecido ver algo que...

Javier se levantó y se puso a su lado para tener la misma perspectiva. Al acercarse percibió el halo frío que desprendía su cuerpo y le cogió la mano con suavidad.

—¡Estás fría como el hielo!

—Creo que la pizza me ha sentado mal.

—¿La pizza? Me parece que has visto algo que no me quieres contar.

—¿Puedes abrazarme? —le pidió sobrecogida al contemplar como otra figura, mucho más siniestra, se acercaba a la niña por detrás con la clara intención de tocarle sus incipientes pechos.

Sin mediar palabra, los brazos de Javier rodearon su torso y apretaron en la medida justa para que se sintiese protegida.

La reacción de lo reflejado en el espejo se tradujo en la explosión de la bombilla de la lámpara y los añicos de esta cayendo sobre la tapa de la consola. Un estruendo que no esperaba Javier y que hizo que se sintiese totalmente aterrado.

Los dos de pie, abrazados y asustados, eran incapaces de reaccionar; una oleada de frío intenso cruzó el salón y traspasó sus cuerpos, mientras observaban cómo las cortinas de la ventana se agitaban enérgica e incomprensiblemente.

—¿Has notado lo que yo? —preguntó Javier con un nudo en la garganta.

—¡Debemos de poner fin a esto! Recuerdas lo que te dijo aquel hombre —ella no está sola.

—¿Crees que ha sido Blanca?

—Estoy completamente segura. Creo que la agresividad de su acompañante está aumentando por alguna razón y no va a permitir que nadie se entrometa entre ambos.

Lucía se deshizo de los brazos de Javier y tomó asiento como pudo.

—¡Esto es demasiado!, ¡después de tantos años ahora viene con exigencias! —se indignó Javier, dando vida a quién no la tenía.

—Tal vez te tengas que enfrentar a algo más peligroso. Creo que tendríamos que hablar con mi padre de esto; él sabe mucho más de lo que dice.

—¿Con quién crees que pueda estar?

—No lo sé, pero después de tanto tiempo es posible que se sienta protegida por ti. Si la están hostigando, tú eres su única salvación. Intentará llamar tu atención sea como sea.

Después de unos minutos considerando su cordura, o incluso lo real de lo que estaba pasando, Javier se sentó y apoyó la cabeza sobre la mesa.

—¿Qué propones que hagamos? —dijo sin levantarla.

—En dos semanas llega la Semana Santa, tendríamos siete días para mantener la llama encendida y poder ayudar a esa alma en pena.

—Te olvidas de que en la sala capitular ahora hay exposiciones permanentes. No nos dejarán hacer lo que dices —se incorporó Javier.

—¿Y en el palacio de Orive? Allí fue donde ocurrió todo.

—El palacio está siendo utilizado por la consejería de cultura del ayuntamiento, tampoco lo creo posible.

—¡Tendremos que entrar el sábado y quedarnos allí toda la semana!

—¿Escondidos?, ¿sabes que me ocurriría si me pillasen?, ¡soy un psiquiatra, por Dios!

—Y yo tu conejillo de Indias. No está mal para empezar una relación medico paciente de lo más erótica.

—¿Cómo eres capaz de hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Pasar del miedo a la ironía en cuestión de segundos. Hacer de un problema una solución o dejarme con la boca abierta cada vez que hablas.

Lucía se acercó a él y lo rodeó con sus brazos. No pudo resistirse a besarlo ni a dejarse llevar por sus impulsos.

—Después de todo no puedes dejar que duerma sola en una habitación sin lámpara —se insinuó.

—¡Todo sea por tu seguridad! Pero prométeme que no le dirás nada a tu padre de lo que ha pasado aquí esta noche, ni de lo que vamos a hacer en Córdoba. Quiero seguir tratándolo como a un paciente más.

—¡Te lo prometo!, ¡seré cauta!

Javier se despertó con Lucía en sus brazos y una pesadez en los párpados nada usuales en él. Estiró su brazo para ver el despertador y se encontró con que solo había dormido dos horas —las cuatro y media—, se sorprendió. Intentó volver a coger el sueño, pero fue imposible, todos sus pensamientos pasaban por los acontecimientos de aquella noche y decidió levantarse procurando ser comedido en sus movimientos para no despertar a Lucía que dormía placidamente.

Se dirigió a la cocina, echó un vistazo al espejo roto y a la bombilla que ya no estaba, hizo varios movimientos con el cuello que sentía agarrotado y se dirigió al frigorífico para tomar un vaso de leche fría.

Poco a poco, la pesadez de sus párpados pasó a toda la cabeza y se dirigió de nuevo al dormitorio, donde se precipitó sobre la cama, sin darse cuenta de que Lucía yacía inconsciente en el suelo. Pasó su mano por el lugar de la almohada donde suponía encontrarla, y se despejó en un segundo, para notar una respiración detrás de su cabeza. Encendió la luz, pero allí no había nadie, se levantó y, antes de terminar de bordear la cama, descubrió los pies desnudos de la muchacha. Sin saber a qué se enfrentaba, se arrodilló a su lado, le retiró el pelo de la cara e intentó reanimarla, dándole unos golpecitos en el rostro que no resultaron tan eficaces como esperaba. Cogió su mano y buscó el pulso en la muñeca que, aunque débil, existía, y respiró profundamente al descubrir unas marcas rojizas que rodeaban su cuello de manera extraña. La situó sobre la cama, cogió el móvil, y se dispuso a llamar al cero sesenta y uno cuando la voz de Lucía interrumpió su gesto.

—¡No llames a nadie, ya me siento mejor! —dijo tan débilmente que Javier no soltó el móvil hasta llegar a la habitación y encontrarla semi-incorporada y con los codos clavados en el colchón.

—¡Será mejor que llame a una ambulancia!

—Tal y cómo están las cosas no tardarán en detenerte. ¡Mejor dejarlo

como está!, ¡estoy muy mareada! —dijo sin haber recobrado las fuerzas y cayendo hacia atrás, tendida, tras el esfuerzo realizado.

Javier no estaba dispuesto a dejar las cosas así, volvió a marcar en el teclado y esperó a que alguien respondiese. ,

—Cero sesenta y uno, ¡dígame en que puedo ayudarle!

En ese instante, pensó que tal vez Lucía tuviese razón. Las marcas en el cuello delataban violencia física y él era la única persona que se encontraba junto a ella. Pulsó el botón rojo para interrumpir la llamada y se sentó en la cama con una sensación de culpa que nunca había sentido.

—¿Cómo te encuentras? —le susurró, inclinando el cuerpo hacia ella.

—¡Mareada, muy mareada!

—¿Te duele algo? —volvió a preguntar completamente angustiado.

—No, pero estoy muy cansada y me gustaría seguir durmiendo.

—¿Te apetece un poco de agua?

—Sí, gracias.

Lucía hizo un gesto de dolor cuando el líquido penetró en su garganta y expulsó la poca agua que había ingerido.

—¡Tengo que llamar a un médico!

—Me encantaría que te acostaras a mi lado y me abrazaras. Estoy segura de que en unas horas estaré mucho mejor.

La voz de Lucía iba recuperando su tono habitual y Javier, aunque receloso, cumplió el deseo de su amiga y se recostó a su lado con un brazo alrededor de su cuerpo.

El cansancio fue tan evidente, que en poco rato ambos dormían, aunque la postura en la que habían quedado no lo permitiera profundamente. Al más mínimo ruido, Javier volvía a abrir los ojos y se quedaba unos segundos observándola hasta que volvía a vencerle el sueño y caía rendido.

Por la mañana, Lucía continuaba durmiendo, mientras Javier prepara unos cafés sin dejar de pensar en la pasada noche y en lo injusta que puede llegar a ser una situación tan inverosímil.

—¡Buenos días! —saludó Lucía con una mano en el cuello y la sonrisa en la boca.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo me encuentro de qué? —respondió, dejando a Javier con más dudas aún.

Javier retiró la mano con la que Lucía no paraba de acariciar su propio cuello y pudo ver las marcas dejadas por alguna fuerza que él desconocía.

—¿No recuerdas nada?

—¡Me estás asustando! —dijo a la vez que cogía el antebrazo de Javier y lo besaba en la boca —¿A qué te refieres? ¡Yo también lo pasé muy bien! ¿Pero...?

—¡Ve al baño y mírate el cuello, por favor!

—¡No me digas que me has dejado marcas! —se preocupó por la promesa hecha a su padre.

Javier se quedó atónito, no sabía qué responder; por una parte no recordaba haberla cogido del cuello y mucho menos hasta el punto de hacerle unos cardenales tan pronunciados pero, por otra, tampoco podía admitir que se debiera a un episodio, paranormal, con unos efectos tan físicos como violentos. Sería admitir, que todo en lo que su padre basaba su defensa, podría ser totalmente cierto.

—¡Yo no...! No recuerdo como ocurrió. Lo siento, no sabes cuanto lo siento.

Desde el baño, Lucía maldecía lo inoportuno de la marca y se decía a sí misma, en voz alta, lo estúpida que era y lo contraproducente que sería el que su padre lo viese.

—¿De verdad no recuerdas que anoche te caíste de la cama?

—¿Me caí?, ¿esto ha sido por qué me caí? —se sorprendió, señalando con su dedo índice el hematoma reflejado en el espejo.

—No mujer, yo no he dicho eso. Lo que te digo es que anoche te caíste y luego te sentiste muy mareada.

—¡Te juro por lo que más quiera que no lo recuerdo! —le confesó llegando de nuevo a la cocina con los ojos llorosos.

—Bueno pues, en ese caso, mejor. ¿Estás bien?

—Sí, lo que no sé es lo que le voy a decir a mi padre.

—Algunas chicas en la facultad se ponían un pañuelo de cuello para disimularlo.

—¡Mira el experto en moratones!

—Lo siento. ¡Ven aquí! —la abrazó con ternura y volvieron a fundirse en un beso cargado de complicidad.

Poco tiempo más tarde llegaron juntos a la penitenciaría. Lucía le pidió, y así lo hizo, que la dejase a unos cien metros de la entrada. A ninguno le convenía que los viesen juntos; podría ser poco ético para él, e inmoral para ella, cuya imagen había procurado que se mantuviese al margen de habladurías por parte de los familiares que visitaban asiduamente a sus enfermos y que, a

lo largo de ocho años y repetidas reuniones y fiestas, la habían considerado un ángel con la mala fortuna de tener un padre esquizofrénico. Al principio iba a visitarlo llevada por sus abuelos paternos, pero a medida que iba creciendo, y cumplió los dieciocho, dándose cuenta de que debido a su avanzada edad, les era cada vez más penoso acudir todos los sábados a visitar a su hijo, decidió ser ella la que cogiera las riendas y los llevase cuando ellos tuviesen a bien pedirselo. También entendía lo difícil que les resultaba verlo en las condiciones que se encontraba, después de todo, y aunque él parecía estar bien, tenía que convivir con personas claramente diferentes. La mayoría parecían estar drogados, otros vivían en un mundo muy diferente al nuestro y de los demás no te podías fiar.

Lucía hizo amistad con casi todos los familiares, sobre todo, con los más necesitados de recursos, que viajaban como ella en autobús. A ellos no les importaba bajarse en la parada más cercana al centro penitenciario, sin avergonzarse, ni saludar efusiva y calurosamente a otros padres o hermanos en su misma situación. Siempre intentaban animarse entre ellos y se sentían orgullosos de los logros que demostraban sus familiares, aunque, la mayoría, eran conscientes de que su rehabilitación era más una quimera que una posibilidad real. Realmente era envidiable la entereza con la que sobrellevaban un lastre tan pesado en su existencia. Era la demostración de amor más grande que Lucía conocería jamás. Estaban por encima de los elogios que provocan otras enfermedades, al ser atendidas, por ser socialmente aceptadas o dignas de lástima. Tenían que convivir, en la mayoría de los casos, en el mismo sitio que los familiares de las víctimas que habían dejado atrás sus propios seres queridos y, para colmo, tenían que asimilar la reclusión como algo inevitable, necesario y forzoso para asegurar la seguridad de los demás. Aun así, todos los padres que conocía, no dudarían un segundo en cambiar su vida por la curación de sus hijos, llegando a respetarlos, hasta el punto de no querer herir sus sentimientos con un asunto tan tórrido como el ser la amante del doctor de su padre.

Cuando llegó a la entrada muchas de las madres se alegraron al verla. Hubiese sido uno de los pocos sábados que no acudía al encuentro con su padre y esto las preocupó, sobre todo, porque la última vez la vieron salir llorando y con aspecto compungido.

—¡Hoy has perdido el autobús, chiquilla! —le recalcó Dolores, una de las madres más cariñosas del grupo y que siempre la trataba como a una hija.

—Hoy he tenido que venir en taxi. Me ha costado un ojo de la cara, pero

no podía faltar. Ya no podré venir hasta después de la Semana Santa y eso es demasiado tiempo.

—¡Pues podría haberte dejado en la puerta! —dijo otra bastante arisca, que le recordaba a una arpía por su delgadez y perfilado rostro.

—Se lo he pedido yo —le respondió sin hacerle más caso del debido.

—¡Nena! ¿Has visto al nuevo doctor? —le dijo otra con picardía.

—Sí. Estuve hablando con él el otro día.

—Acaba de entrar. Me he fijado y no lleva alianza ¡Ni de casado ni de compromiso! Si yo fuera tan joven y guapa como tú le tiraba los tejos.

—¡Qué está muy bueno, como decís ahora, coño! —soltó otra con desparpajo.

—Es algo mayor, ¿no? —disimuló Lucía.

—¡Anda ya!, ¿y eso es excusa?, ¡yo, aunque fuese *pa* un revolcón!

—¡Cómo el tuyo de anoche, niña! —dijo otra.

Lucía se echó mano al cuello he hizo un mohín de descontento que todas percibieron.

—¡Dejar a la chiquilla tranquila que esto lo arreglo yo en un periquete! —Dolores sacó de su bolso un estuche de maquillaje y se dispuso a retocar las partes más oscuras, mientras otras, bromeaban a cerca de su propia y lastimosa vida sexual.

Aquel corrillo de mujeres, en el que siempre acababa metida, conseguía sacar lo más jocoso de cada una y las risas siempre inundaban la espera por uno u otro motivo.

Todo cambiaba cuando el guardia abría las puertas y las instaba a guardar silencio. Entonces cada una se dirigía al modulo pertinente y procuraban andar por los pasillos sin hacer demasiado ruido. Al final se verían todas en el patio, pero el primer encuentro con sus familiares se producía en una pequeña sala, asignada para tal uso.

—¿Qué tal, papá?, ¿cómo has pasado la noche?

—Yo bien, ¿y tú?

—¡Ya te dije que no te preocuparas!

—¿La has pasado con él?

—¡No, papá!, ¡la he pasado en su piso, que no es lo mismo!

—Vale, no te atosigo. ¿Has sacado algo?

—¡Síííí! —se enorgulleció—, ahora sí que lo tengo en el bote.

—¡No hables así, pobrecillo!

—Hemos tenido la suerte de que se produjera un claro poltergeist y,

además, he conseguido una evidencia de que algo maligno y agresivo podría entrar en juego. Creo que va a revisar tu caso con otra perspectiva. Fue un efecto magnífico. Así que he conseguido que se sintiese tan culpable, como para tener la necesidad de ayudar definitivamente a la muchacha que lo persigue.

Marcos apretaba el pequeño libro entre las manos y, como si intentase ver en su interior, cerró los ojos y le advirtió a su hija:

—¡Tienes que tener cuidado!, ¡esa muchacha no está sola!

—¡Lo sé!, he visto un espectro que la acosaba, aunque nada nítido. Pero no te preocupes, ya nos libraremos de él.

—Eso es justo lo que me preocupa.

—Por cierto, ahora que lo dices, Javier me habló de otro personaje que apareció en su historia.

—¡Describemelo!

Lucía no tuvo que hacer mucho esfuerzo para reproducir las mismas palabras que utilizase Javier, y aunque la descripción no le proporcionó a Marcos ningún dato, la frase con la que se presentó dicho individuo, sí que le recordó uno de los mensajes que recibió en el ordenador, justo cuando empezó a sufrir las visiones y los contactos con seres extracorpóreos.

—¡Hay quién busca y no encuentra y quién encuentra lo que no busca! — repitió enigmático —No me fío de ese personaje, no es la primera vez que me viene esa frase.

—¿Qué quieres decir?

—En una ocasión, estando en la oficina de Hacienda, me llegó un correo electrónico de alguien desconocido que me escribió justamente lo mismo. A partir de ahí, mi vida se complicó tanto que no quisiera que tú pasases por algo similar. ¿Qué habéis pensado hacer?

—Pues lo que pide Blanca; mantener una llama encendida durante siete días.

—¡Cuéntame todo lo que te haya dicho Javier sobre ese personaje!

Marcos intentó alertar a su hija de los peligros que la podían asechar cuando el relato llegó a la parte en que este individuo cambió el lugar de la psicofonía, para proponer la sala capitular del convento, en vez de el edificio donde ocurrió la tragedia de la muchacha. Entonces supo que intentaba llevarlos a su propio terreno y así tener más posibilidades de éxito.

El pequeño libro de novenas a la Virgen comenzó a quemarle las manos. —¡Ese edificio nunca podrá albergar al Santísimo! —dijo con los ojos

cerrados—. Cada vez que lo intenten, se producirá un grave accidente y su estructura se derrumbará. ¡No debéis entrar ahí! Ese es el motivo de que quedara inconcluso. Sus paredes se resquebrajaban sin explicación aparente cada vez que colocaban al cristo en su hornacina.

—¡De todas formas hemos pensado hacerlo en el palacio! En la antigua sala capitular hay exposiciones permanentes y no nos parece el mejor sitio.

—Estoy seguro de que él procurará llevaros hasta ella. ¡No lo consintáis! ¡Estaréis en su terreno! Allí se ubicaba el antiguo circo romano. Es sitio de muertes inocentes y de pecado.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunto Lucía extrañada.

—Lo mismo que sé que es el mismísimo diablo el que intentará poseeros. Si intentáis contactar con el más allá desde esa iglesia, que es de su dominio, se hará con vuestras almas.

—¿Es el libro el que te indica?

—Son muchas las voces que me avisan, no las subestimes.

Lucía se irguió en su silla para demostrarle a su padre su determinación.

—Yo tengo mis propios recursos. Te aseguro que no me da miedo lo que pueda intentar el diablo.

—¡Llévate el libro! Yo lidiaré con los demonios como lo he hecho hasta ahora.

—¿De verdad que lo crees necesario?

—¡Ojalá no lo necesites! Pero si aparece, te aseguro que agradecerás tenerlo cerca. Lee en voz alta la primera oración de la primera novena, la de la Virgen de la Esperanza y, sobre todo, no miréis al ojo que intentará subyugaros. ¡Siento el peligro cerca y os necesito a los dos! ¡Prométeme que harás lo que te he dicho!

—¡Lo haré, no te preocupes! —intentó tranquilizar a su padre, que se encontraba completamente abstraído y visiblemente nervioso.

Después de aquello, Marcos se desplomó sobre la mesa convulsionando y Lucía avisó a las emergencias pulsando el botón de alarma.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Javier en cuanto pudo localizarla.

—¡Ha perdido el conocimiento! Le estaba contando nuestro plan para ayudar a esa pobre muchacha y de pronto comenzó a temblar y se ha desmayado.

—No creo que sea conveniente hablarle de estas cosas. Su subconsciente puede jugarle malas pasadas y volver a revivir aquellas experiencias que lo llevaron a la locura. No creo que sea lo mejor para él.

—¿Locura? ¡No sabes cuanto me duele esa palabra! —se enfureció Lucía, deshaciéndose de la mano que la sujetaba por el brazo.

—¡Perdona, ha sido un error! No debí decir eso, ¿de acuerdo? Ahora voy a entrar y luego saldré para darte noticias. ¡Y tranquilízate por favor! —le sugirió Javier antes de alejarse.

En la enfermería, el médico de guardia hacía todo lo posible por estabilizar al paciente. Todas sus funciones vitales estaban alteradas, los niveles de azúcar y la tensión demasiado bajos, además de la arritmia cardiaca y la pérdida de control de los esfínteres. El sudor empapaba toda su ropa; las glándulas sudoríparas emanaban líquido por todo su cuerpo, como si de millones de manantiales se tratase, y sus fuerzas quedaron tan disminuidas que le era imposible incorporarse.

—¿Un ataque epiléptico? —preguntó Javier.

—No, no lo creo, parece más una lipotimia, pero tendremos que hacer pruebas para averiguar el porqué de la pérdida de control de sus esfínteres.

—¿Es posible que sea debido al estrés?

—Estaba con su hija, no creo que hubiese nada de estresante en su visita. ¿O sí? —preguntó el médico de guardia a su colega, que demostraba un gran interés por el caso.

Marcos, que había recobrado el conocimiento a los pocos minutos, aún se encontraba tan débil que no podía ni levantar la cabeza.

—Nunca se sabe. Estas cosas pasan sin saber muy bien porqué —aludió Javier a lo más natural del mundo.

—Pronto se recuperará, puedes decírselo a su hija. Creo que es solo una lipotimia, eso sí, de las más intensas que he visto. ¡Por cierto! ¿Qué haces hoy aquí?, ¿no lo tenías libre? —se refirió al fin de semana.

—Precisamente he venido a por el historial de Marcos, pero he decidido leerlo aquí. ¡Este tío me tiene el seso comido! —disimuló Javier.

El primer intento por incorporarse en la camilla acabó con la regurgitación del desayuno y la cena anterior. Marcos comenzó a pensar, dentro del malestar que lo entumía, que tendría que expulsar todos los fluidos de su cuerpo para notar alguna mejoría. Volvió a intentarlo y volvió a vomitar, dando unas arcadas tan dolorosas que hasta la muerte se le antojó mejor remedio. Después de expulsar, lo que creyó, era la bilis y todos los jugos gástricos, abatido por el cansancio, decidió no mover un solo músculo hasta que su cabeza dejara de retumbar como una tinaja vacía.

Los médicos, en cambio, no parecían estar demasiado preocupados por su

estado físico. Salvo uno de los enfermeros, que asistía a sus arcadas y limpiaba el suelo para que no quedase manchado, mientras maldecía su trabajo, y aconsejaba a Marcos que dejase de hacerlo, como si fuese algo voluntario, tanto el doctor Mejía como Javier, continuaban deliberando acerca de los síntomas y el posible desencadenante de lo que podría ser un ataque epiléptico.

Fuera, en la sala de espera, Lucía se deshacía en preguntas y respuestas inútiles, mientras la irritante espera la convertía en un manojito de nervios. Los médicos nunca piensan en los familiares que esperan una noticia, por ínfima que esta sea, pero en su caso, pensaba que Javier tendría que hacer una excepción con ella. Si no lo hacía, tendría que ser por que algo iba mal, de lo contrario, no sabía como iba a reaccionar.

Cuando lo vio salir por una de las puertas dobles que accedían a la enfermería, todo su nerviosismo se convirtió en expectativa y corrió a su encuentro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Lucía mucho antes de llegar.

—Nada importante, tranquilízate.

—¿Nada importante? ¿Y para eso tanto rato?

—¡Pero si no han pasado ni diez minutos! ¿Qué me estás contando?

—¡Está bien, vale!, ¿cómo está? —preguntó intentando sosegar.

—Se está recuperando, tranquila. Según el doctor Mejía es solo una lipotimia, así que es cuestión de tiempo que recobre la normalidad.

—¿Puedo verlo?

—Antes me gustaría hacerte algunas preguntas.

El doctor Mejía, que salía en ese instante, se paró ante ellos con gesto de disconformidad. Después de todo era su paciente y no entendía la intromisión de Javier.

—¿Sabe usted si su padre ha sufrido ataques epilépticos en el pasado?

—¡Qué yo sepa no! ¿Pero no me había dicho que se trataba de una lipotimia?

—Mire usted, señorita —intervino el doctor Mejía—, la diferencia es tan sutil entre una cosa y otra, que necesitamos saber los antecedentes de su padre, eso es todo.

—Pues que yo sepa nunca había sufrido nada de esto, y, de lo que sí estoy segura, es de que este sitio va a acabar con él.

—Es posible que lleve razón, pero en cuanto a ese respecto, no podemos hacer nada. Otra cosa es proporcionarle la mejor calidad de vida dentro de

nuestras posibilidades.

—¿Puedo pasar a verlo? —atajó Lucía ante la infructuosa conversación que pudiese tener con aquel médico que le era casi un desconocido.

Javier, que había agachado la cabeza desde que intervino su colega, tampoco quiso pronunciarse sobre la conveniencia de que lo viese en un estado tan lamentable.

—Mire usted: su padre ha sufrido un desvanecimiento con alguna convulsión añadida. Está empapado en sudor, se ha meado y cagado encima y, para colmo, ha vomitado bastante. Le ruego que tenga paciencia para esperar a que sea aseado por los enfermeros que ya están en ello. Luego podrá verle el tiempo que quiera, ¿de acuerdo?

Las lágrimas de Lucía caían en silencio, y Javier que, aunque deseoso de abrazarla, se mantuvo en un segundo plano para no despertar ninguna sospecha, insistió en quedarse para ver la evolución del ataque, sopesando lo sucedido como algo realmente extraño. Esto fue decisivo para que el doctor Mejía tomase la decisión de mantener a Marcos en una de las salas de la enfermería, custodiado por Javier que se presentó voluntario, para que su hija pudiese estar con él toda la tarde. Esta decisión, que satisfizo a todas las partes, dejó un extraño sabor a complicidad por parte de ambos doctores, que Lucía no pasó por alto.

Marcos, por su parte, estuvo toda la tarde dormitando, abatido, sin decir nada, pero expectante en alguna ocasión, ante la conversación que mantenían los dos jóvenes y sus planes para ejecutar el ceremonial que tenían previsto en el palacio de Orive.

—¡No olvides mis consejos! ¡No te dejes llevar por nadie! ¡Haz lo que tengas que hacer, pero siempre alerta! ¡Esto es muy importante! —se despidió Marcos en voz baja, mientras Lucía lo besaba en la mejilla y cogía el pequeño libro de la mesita que tenía al lado derecho.

—¡Llamaré todos los días! ¡Tú sí que eres importante, papá!

Javier intentó persuadir a Lucía de que lo mejor sería pasar juntos toda la semana para poder protegerse mutuamente, pero la negativa, tan incomprensible para él que lo dejó desalmado, reconfortó a Marcos, que vio como su hija se marchaba dejando a Javier más asustado que pensativo, y a la espera de que viniese algún guardia para llevarlo a su celda.

—¡Tienes que proteger a mi hija! —le ordenó a Javier desde la camilla.

—¿Cree usted que podría ser peligroso?

—¡Ya le he dado instrucciones a ella! Durante la semana se las daré a

usted. Tenéis que hacerme caso, con estas cosas no se juega. ¡Recuérdalo siempre!

—No se preocupe —terminó Javier, justo antes de que llegase el enfermero para trasladarlo.

Javier se marchó a su casa con la sensación de no haber actuado con la suficiente responsabilidad. Había ocultado a su colega el incidente de la noche anterior, donde Lucía acabó agredida y marcada en el cuello, para evitar ser cuestionado. No quería delatarse como posible autor «podría haber sido él mismo sin darse cuenta», pero, como Lucía así lo creyó, tampoco quiso admitir la hipotética posibilidad de que algún ente espectral lo hubiese hecho. Estaba entre la espada y la pared; si admitía el hecho como algo irracional pero real, tendría que asumir la inocencia de Marcos, y si no lo hacía, podría ser el cómplice de lo que le ocurriera a Lucía en un futuro próximo. Todo cuanto rondaba por su cabeza tenía que ver con los últimos y recientes acontecimientos, incluso el desvanecimiento de Marcos le parecía demasiado coincidente y sospechoso.

El bullicio de las calles, propio de un sábado por la noche, pero acentuado por la primavera sevillana recién entrada, impedía que Javier pudiese concentrarse en nada. Todo le parecía espeso y negativo, recargado de imágenes pasadas y envueltas en un ruido profundo de gritos enloquecidos, que le impedían, más que concentrarse, centrarse en lo más mínimo. Tomó la determinación de salir a la calle, envolverse en aquella marea de jóvenes que quería comerse el mundo, sentirse un ser libre y fuera del repentino universo de fantasmas en el que se veía acorralado por las visiones de otros y su propia consciencia. Recordó las indicaciones de su amigo Pedro con respecto a ese garito donde ponían los mejores mojitos del mundo, y se dispuso a buscarlo, con la convicción de que lo encontraría en su interior. Estaba completamente seguro de que su amigo Pedro era la única persona que podía desconectarlo del agobio que sentía. Sus risas, bromas e incluso salidas de tono, serían la medicina perfecta para unas horas de bajón que lo estaban asfixiando. Llamó repetidas veces a su móvil, pero estaba apagado o fuera de cobertura, por lo que se convenció de que se encontraba en uno de los garitos de la zona. Después de preguntar a varios jóvenes, uno de ellos lo llevó hasta la misma puerta.

—Por las pistas que me has dado es aquí ¡Otra cosa es que sea!

Después de agradecer amablemente su indicación, se volvió de nuevo.

—Oye. ¿Tú no conocerás por casualidad a un tal Pedro, el niño de la

Encarna? —le preguntó por si sonaba la flauta.

—No, no tengo ni idea.

—Gracias de todos modos. ¡Hasta otra!

Al entrar, se encontró con un ambiente mucho más frenético de lo que creía. Incluso la música le pareció demasiado alta para que fluyeran las conversaciones que mantenían los distintos grupos haciendo corrillos alrededor de la nada. Se acercó a la barra como pudo y pidió un ron con cola, que fue servido por una chavala de dulce mirada y sonrisa forzada, que le pareció demasiado triste para ejercer aquel trabajo de cara al público.

—¡Perdona! —tuvo que vociferar.

No sabía qué molestaba más, si la música o las voces de los clientes, que con un volumen cada vez más alto, intentaban ser escuchados.

—¿Conoces a un tal Pedro, el hijo de la Encarna?

Javier se sentía ridículo al preguntar por el hijo de la Encarna cuando se trataba de un tío de casi treinta años, pero esa era la consigna que le había dado, por si necesitaba encontrarlo por aquel barrio.

La chica se lo quedó mirando con intriga.

—¿Es usted policía?

—No, ¿acaso tengo pinta? —se desgañitaba.

—¡Está en el hospital! —le aclaró, después de estudiar su atuendo.

—¡Hoy no tenía guardia! —afirmó Javier que continuaba vociferando.

La chica se alejó unos metros para dirigirse al oído de un compañero y salir de la barra.

—¿De qué conoce a Pedro? —le preguntó, a la vez que lo sacaba a la calle con gestos claros de fastidio.

—¡Soy un compañero de la penitenciaría!

—¿También eres guardia?

—No, soy psiquiatra, pero eso da igual, somos buenos amigos.

—¡Pues tengo que darte malas noticias!

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ayer... —casi se le saltan las lágrimas al pensarlo— ayer estuvo aquí; era mi primer día de trabajo y vino a verme con un montón de amigos. Era temprano, las diez y algo, se tomaron unos mojitos y le pidieron a mi jefe que pusiese unas sevillanas; montaron en el patio una juerga flamenca en la que bailé hasta yo, y luego, cuando comenzó a entrar gente, se salieron a la puerta. ¡aquí donde estamos nosotros!

Javier miró a su alrededor; la calle peatonal, estrecha, luminosa y llena

de escaparates no le pareció peligrosa en ningún sentido.

—¿Y qué ocurrió?

—Al parecer, alguien rompió uno de los cristales que adornan el lateral de aquella marquesina. Pedro fue a ver lo que ocurría y entonces se le cayeron encima todos los que cubrían el techo ¡Tiene cortes grandísimos! —sollozó.

—¡Lo siento mucho! ¿Eres su prima? —se interesó Javier, intentando suavizar las cosas.

—No, yo soy Susana, su prima es amiga mía. Pedro y yo llevamos saliendo un tiempo. Creo que me he enamorado de ese idiota metomentodo que se cree guardia a todas horas —Susana ahogo su pena en una indignación contenida, que nada tenía que ver con sus verdaderos sentimientos.

—¿Sabes cómo está ahora?

—Sí, está en cuidados intensivos. Pero me han dicho que, a pesar de todo, su vida no corre peligro. ¡Está hecho un cristo! —volvió a lamentarse.

—Escucha, mañana por la mañana te recojo donde me digas e iremos a verle. ¿De acuerdo?

—De todas formas, yo iba a ir, así que mejor nos vemos allí a las nueve y media, vale. Tampoco sé a la hora que cerraremos el local y este no es el mejor momento para dejar el curro, ya sabes cómo están las cosas. Y ahora tengo que seguir poniendo copas, siento no poder ayudarte más.

—No sabes cuánto te lo agradezco. ¡Nos vemos mañana!

A Javier se le quitaron las ganas de todo. Miró la marquesina e imaginó el alubión de cristales que tuvo que recibir y la mala suerte de estar bajo ellos.

—¡Luego la culpa para los jóvenes! —oyó a su espalda una voz que denunciaba aquella injusticia generalizada.

—¿Sabes quién fue?

—Un *abuelete* ¡Entradito en años vaya!

—¿Un abuelo, a las tantas y por aquí?

—Hombre, tan tarde no era, serían las once y media más o menos y este era un tío flamenco; su sombrero, su bigote más antiguo que el cagar y un clavel en la solapa, que resaltaba más que un gitano en la Moncloa —lo describió de forma jocosa el chaval, que seguramente esperaba una sonrisa y se encontró con un marmóreo individuo, que dejó de respirar y a mover uno de sus hombros de forma incontrolada.

—¿Te ocurre algo, tío?

Javier no dijo nada, no podía decir nada, se dirigió a su piso convencido de que algo oscuro se cernía sobre él y de que las palabras de Marcos no se

alejaban nada de sus propias pesadillas y, para colmo, tendría que ir al día siguiente al hospital Virgen del Rocío y verse allí cara a cara con la inocente víctima de su propio atrevimiento.

A lo largo de su vida nunca se vio en un espejo tan lleno de incertidumbre, en una situación, que no solo cuestionaba su yo presente, sino también su pasado, y un futuro, en el que no podría negar la existencia del bien y del mal desde un punto de vista espiritual y completamente ajeno al material cuerpo que ocupaba.

La noche se llenó de fantasmas, pero el que más lo atosigaba, vestía de negro y amenazaba con continuar haciendo daño a las inocentes personas que compartían su vida, si no terminaba lo que empezó hacía tantos años. Imposible coger el sueño; la almohada se le tornaba incómoda y las arrugas de las sábanas aristas implacables de dureza infinita. De improviso, cuando su vida parecía tomar el rumbo de la estabilidad, se cruzó en su camino la persona que, por designios divinos o demoníacos, la convertiría en un laberíntico pozo de dudas y aprensiones.

La imagen de Lucía, la muchacha que lo encandiló con sus ojos verdes y su simpática sonrisa, no se apartaba de sus sueños. Ella sería su salvación o su verdugo, su futuro o su pasado, pero desde luego, significaba más que cualquier otra mujer en su vida.

En el hospital nadie podía imaginarse que el individuo que asestó el primer golpe al cristal de la marquesina era un antiguo conocido de Javier; cómo suponer que aquel accidente fortuito no lo era tanto, y que estaba ligado al enrevesado mundo de los espíritus, y sus ancestrales motivos, para captar las almas de los que por naturaleza son intrépidos y más dados a las preguntas trascendentales.

Pedro continuaba en cuidados intensivos y sus familiares se martirizaban con la idea de perderlo. Apartada, sin brazos a los que asirse, se encontraba Susana; la muchacha que soñaba con él para compartir el futuro y formar una familia. Javier se dirigió hacia ella, a los demás no los conocía, le preguntó por su estado de ánimo y le propuso un café ante la total seguridad de que ninguno de los dos entraría a verle.

—¿Le has preguntado a sus padres?

—No me he atrevido. No me conocen y tampoco quiero que se hagan una idea equivocada.

—¡Ven conmigo, lo preguntaremos los dos! Diremos que somos amigos y ya está.

Susana aceptó la idea y ambos se dirigieron directamente al matrimonio que, por su edad y por ser el centro de todas las atenciones, parecían ser sus padres.

Las noticias no eran del todo buenas; salvaría la vida, pero posiblemente perdiera parte de la movilidad de las manos por los cortes producidos en los antebrazos y que afectaban a los tendones de manera importante. El rostro también quedaría marcado, aunque ahora, los nuevos avances en cirugía estética lo disimularían casi totalmente.

Susana no pudo contener el llanto y la madre supuso de inmediato que aquella muchacha era algo más que una amiga para su hijo. La hizo sentarse a su lado y le acarició la cabeza con ternura. Javier comprendió de donde le venía a su amigo aquel carácter, simpático y servicial, que lo hacía un ser extraordinario.

Entre las lágrimas de Susana, las presentaciones y los nervios, Javier sintió que sobraba y se escabulló por los pasillos interiores, buscando algún colega que pudiese informarlo con más detalle. El sentirse responsable de aquel accidente lo llevó a intentar, al menos, que la familia fuese atendida lo mejor posible.

De allí se marchó al centro penitenciario para interesarse por el padre de Lucía; había quedado con ella en que la llamaría temprano para informarla de su estado y ahorrarle el desplazamiento. Cuando llegó, se encontró con todos los familiares en la puerta y a los enfermeros y médicos desbordados por un brote sicótico colectivo, que resultó incontrolable. Los gritos se escuchaban desde la entrada, los familiares también gritaban pidiendo a sus presos que mantuviesen la calma, y las sirenas de varias ambulancias, que se aproximaban desde otros hospitales, acababan por hacer más caótica una situación que ya lo era desde hacía rato. Uno de los guardias lo reconoció cuando intentaba acceder por medio de la gente, consiguiendo que solo entrase él, a pesar de los empujones que recibió y los intentos de los familiares por mantener la puerta abierta y así tener libre acceso. Algunos enfermos deambulaban por la sala de estar completamente perdidos y sangrando por la nariz por causas desconocidas. La mayoría solo gritaba desde sus habitaciones, pero los que habían accedido al patio y a los pasillos, parecían querer suicidarse o huir, dando alocadas carreras de un lado para otro e incluso golpeándose la cabeza con cualquier arista, aunque en previsión de ello, estuviesen redondeadas o acolchadas.

Javier no tardó en sumarse a los demás facultativos que inyectaban

sedantes como podían e intentaban, con escaso éxito, devolverlos a sus celdas. Pero las dosis parecían no causar el efecto deseado y, uno de ellos, el grandullón Joaquín, después de haber quitado la jeringuilla a uno de los enfermeros, se dirigió hacia él y consiguió introducísela por la espalda, en la zona cervical, provocándole una pérdida de consciencia paulatina, que lo llevó a caer justo delante de los pies de Marcos, que también intentaba tranquilizar a sus compañeros, y que lo pudo rescatar, para llevarlo a su propia habitación.

Cuando entró la policía, las luces del techo comenzaron a encenderse y apagarse de forma simultánea y las puertas golpeaban los marcos con tal fuerza, que hasta las paredes se resquebrajaban alrededor de los diferentes accesos. Los policías, con los atuendos antidisturbios, no portaban armas de fuego ni escudos protectores, y las porras que las sustituían apuntaban temblorosas a no sabían qué.

Avanzaban agrupados, despacio, expectantes ante el místico silencio que se convirtió, repentino, en una amenaza mucho mayor que la que suponía una cincuentena de personas incontroladas. De pronto, los alaridos cesaron y salvo algún quejido de dolor, nada apuntaba a la necesidad de que estuviesen allí.

Por la megafonía comenzó a escucharse el ulular de un viento inexistente, pero intimidatorio, que se reflejó en la conducta de los agentes, y que algunos no supieron asimilar, huyendo despavoridos y en dirección contraria. Otros, continuaron progresando con la mirada puesta en todas partes y un miedo que se negaban a admitir, aunque sus movimientos fuesen visiblemente espasmódicos. Cada uno sentía el paso de alguna corriente helada que traspasaba su cuerpo y lo hacía titubear; pero cuando el techo, constituido por placas de escayola, se les vino a bajo, dejaron de ser una piña para convertirse en una estampida humana, en la de nuevo volvieron a sonar los gritos y los lamentos de quienes se autolesionaban, atropellados por sus propias desbandadas.

Marcos aprovechó el caos para salir al patio y refugiarse en una de las esquinas, donde un frondoso jazmín le recordó la delicadeza con la que su esposa solía envolver sus flores, para llevárselas como un auténtico tesoro a su madre y por extensión a todas las amigas de ella, que gozaban con su perfume. Se deslizó por la pared del fondo hasta acceder al sótano por una pequeña puerta metálica, y aprovechar la entrada de vehículos de la policía y ambulancias, para en un descuido del guardia de turno, poder salir a la calle y enfrentarse a la libertad que le ofrecían muchas de las voces que ocupaban su

cabeza. Caminó sin rumbo durante horas, siempre en el mismo sentido, recortando los olivares y los viñedos para no quedar al descubierto en las extensas campiñas que se abrían ante sus ojos. Era consciente de que sería buscado y perseguido, pero el instinto le decía que el peligro amenazaba más a su hija que a él mismo, por lo que tendría que zafarse de todo y llegar cuanto antes a amparar a su pequeña. Lo último que escuchó cuando se alejaba, fueron los disparos y las lamentaciones de cuantos asistían a tan inexplicable suceso.

Totalmente ajena a cuanto iba a suceder aquel domingo en Sevilla, Lucía se preparaba para ir al cementerio de Lucena y llevar, como acostumbraba, un ramo de flores naturales a la tumba de su madre. No entendía la tardanza de Javier en llamarla para darle noticias de su padre, pero como nunca confió en la palabra de un hombre, se puso un chándal y se encaminó a la Huerta del Galeón, para comprar allí, como también era costumbre, media docena de rosas blancas perfectamente adornadas con hojas de helecho que, aunque más propio de una novia, sabía que agradaba a su madre más que cualquier otro tipo de ornamento fúnebre.

A punto estuvo de llamar a Javier. Aunque la mayoría de los hombres, según su punto de vista, no fuesen estrictos con sus obligaciones, su caso no era la típica llamada de compromiso para cerciorarse de lo que ya sabía. El desvanecimiento de su padre, el día anterior, no era un tema baladí, y ella, más que contar con su médico, había contado con la palabra de su amigo, aunque seguramente por aquella relación, prefirió anteponer la prudencia a la impaciencia que le provocaba no tener noticias.

Después de adquirir el hermoso ramo de rosas, con la seguridad de que duraría al menos una semana a la intemperie, debido a la frescura que reflejaba y el convencimiento con el que se lo dijo Mari Carmen, una de las dependientas del establecimiento, cruzó la acera de las Fontanillas para continuar su camino hasta el restaurante Las Tres culturas, donde desayunaba todos los domingos que visitaba a su madre. Allí saludó a su dueño, viejo conocido de la familia, y se tomó un café con leche y una tostada con mermelada. La mañana, aunque fresca, invitaba a tomar los primeros rayos de sol que iluminaban las aceras y continuó su camino por la ronda de San Francisco, en dirección a los multicines, hasta la carretera de Cabra. Se sentía a gusto, relajada, segura de que la primavera le traería buenas nuevas y de que las cosas volverían a su cauce, con la misma rotundidad con la que se habían

desbordado. Se detuvo un momento a mirar el sucio aspecto del río Lucena cuando pasa por el puente de Cabra. Allí, sus aguas contaminadas siempre parecen lo que son; residuos urbanos y malolientes que el ser humano no sabe gestionar con civismo. Solo después de una gran tormenta quedan limpias y puras, y aunque el estruendo de la riada y sus consecuencias puedan ser dañinas, siempre queda el consuelo de que el río vuelve a su cauce y a su natural estado.

En aquel punto recordó los sentimientos que despertó en ella su caballero de armadura blanca. Volvió a sentir los latidos de su corazón, cuando después de hacer el amor, se apoyó en su pecho y se sintió libre de carga. Fue como una avalancha que deja tras de sí la roca viva y el calor de la primavera. Sonrió de alegría y de esperanza. «Cuando pase la tormenta, seguro que llegará la calma», pensó, para acto seguido ser saludada por otra de las mujeres que acudían regularmente al cementerio y que pasó a su lado cargada con un cubo y un ramo de flores. No era la única; cada día, pero sobre todo cada domingo, desfilaban centenares de ellas para adecentar las tumbas de sus seres queridos o depositar flores frescas, en una demostración de amor incondicional, que las ayudaba a sobrellevar la pena y a sentirse un poco más cerca de sus difuntos.

Subía la corta pero pronunciada pendiente que culmina en el Campo Santo, tal y como la había enseñado su abuela; rezando una Salve, cinco Aves María y un Padre Nuestro, para ayudar a las almas que lo necesitasen a alcanzar la gloria eterna. El sol, que todavía se colaba entre las pequeñas y oscuras nubes, traspasaba la piel con una agudeza tan profunda que se agradecían las alargadas sombras que proporcionaban los árboles. Caminó segura, decidida a repetir un ritual que llevaba años ejecutando y que la hacía sentir una persona justa y coherente con sus ideas. Los jardines perfectamente cuidados, como siempre en los últimos años, y los malos olores que recordaba de niña, que también hacía mucho tiempo que habían cambiado por otros más refrescantes y placenteros, la hacían sentirse bien, en un escenario tan cargado de desolación. Continuó despacio, como si la vida se detuviese en el momento de traspasar la puerta principal, como si la prisa estuviese prohibida en aquel recinto donde la mayoría había dejado de tenerla, para demostrar que el tiempo es sinónimo de infinito. Abrazó con fuerza el ramo de rosas blancas y se sintió tentada de girar a la izquierda para visitar por un momento la cruz de las Ánimas, que quedaba oculta tras los desgastados y grises panteones que se erguían majestuosos. Pero algo en su interior la hizo reaccionar; aquel no era

el día de plantarle cara a algo tan extraordinario. Se centró en su periódica visita y dejó caer su vista en los centenares de lápidas que alzaban sus cruces en el ala este, y que, gracias al cuidado de aquellas personas que se afanaban en mantenerlas pulcras, resplandecían de puro blanco. Aquel día, le llamo la atención que todas las lápidas estuviesen orientadas al sur; nunca lo había pensado, pero curiosamente, desde esa posición se podía ver la ermita de la patrona, situada a más de ocho kilómetros de distancia. Su madre en cambio, no estaba enterrada en el suelo, sino en un nicho situado en una de las últimas calles construidas antes de comenzar el nuevo cementerio, que se iba a fundar al otro lado de la ciudad.

Siguiendo los pasos de alguien, se adentró en las estrechas calles que, cargadas de flores, constituían el entramado de nichos donde descansaba su madre.

El cementerio es el lugar más curioso del mundo, nadie levanta la voz, más bien se habla con susurros casi inaudibles, como si fuesen a molestar a los muertos, como si realmente no quisiesen despertarlos de su merecido descanso. «¿Será respeto o miedo ancestral?», pensó mientras observaba a un par de señoras que buscaban, como si se tratase de un hecho clandestino, el nombre de alguien conocido, inscrito en las numerosas piedras.

Lucía no lo veía así, para ella, el cementerio no era otra cosa que el lugar donde poder recordar a su madre sin que, para ello, tuviese que reprimir su felicidad o fingir una pena que muchos revestían de silencio.

Todo su optimismo se derrumbó cuando, desde al comienzo de la calle, vislumbro un punto rojo en el centro de la lápida de su madre. Se extrañó tanto que aceleró el paso hasta llegar a su altura y quedar sobrecogida. La piedra, de granito negro, estaba resquebrajada en diagonal por un claro golpe en el centro que, además, pensó, aprovechó el autor para introducir el tallo de un clavel, de un rojo tan intenso, que resaltaba sobre lo negro de manera evidente. La primera reacción fue sacarlo de allí y tirarlo contra el suelo a unos metros de distancia, «nadie tiene derecho», pensó enfurecida. Luego, como un flash, se le vino a la memoria el singular personaje que aconsejó a Javier en el huerto de San Pablo y que portaba un clavel en la solapa. Lo volvió a mirar y allí estaba, en el suelo, con su rojo intenso y su tallo verde, queriendo decir algo que no podía, pero que se intuía, mientras la lápida de su madre permanecía quebrada y las últimas flores, que ella misma había llevado el domingo anterior, se mostraban completamente quemadas, como si un calor intenso se hubiese cebado con ellas a pesar de estar en el comienzo de la

primavera.

Cuando se está ante la tumba de un ser querido lo demás no existe, nada queda alrededor, la mente se evade de otras distracciones y todo se concentra en el metro cuadrado que tienes ante ti, pero aquella frustrante imagen la dejó paralizada, enclavada en un mundo de misterios que ella conocía pero que no llegaba a controlar.

Una tos seca, grave y profunda sonó tras ella. Se volvió repentina para encontrarse con un nicho vacío, con la oscuridad de un túnel al que su vista no accedía al fondo y desde donde se escuchaba el susurro de una garganta asfixiada por la falta de aire.

—¡Lucía, extírpame del vientre del maligno! —creyó escuchar repetidas veces, aunque las palabras no fuesen del todo humanas —¡Te lo suplico, sálvame!

—¿Ricardo? —preguntó asomando su cabeza desde la distancia.

—¡Acércate! —continuó rezumando aquel aliento frío.

Miró hacia un lado y hacia otro intentando encontrar apoyo humano, pero nadie aparecía por los alrededores. La brillante luz se había transformado en un gris parduzco, que anunciaba lluvia inminente, sin que se diese cuenta del viento permanente que azotaba la parte alta de los nichos. Devolvió la mirada a la lápida de su madre y se encontró con la inesperada visión del clavel en su centro. Para entonces, ya había depositado el ramo de rosas en el florero que adornaba la parte derecha y volvió la mirada al nicho vacío, donde una imagen conocida llamaba su atención.

—¡Ricardo! —afirmó convencida de que se trataba de su amigo de la infancia.

Ricardo parecía lamentarse de su situación y su rostro reflejaba el dolor y la agonía de un adolescente que se había quedado ahí.

—¡Acércate! —repitió suplicando clemencia.

Lucía hizo amago de hacerlo, estirando el brazo en su busca, cuando de repente el pedigüeño rostro se transformó en una horrible máscara desfigurada, cargada de marcas profundas y ensangrentadas llagas de pus, que pugnaba por salir del nicho, reflejando en sus ojos lo más repugnante del ser humano. Contrajo el brazo en el mismo momento que el fogonazo de un rayo le cegó la visión y las ideas. La lluvia apareció de forma abundante y el estruendo que a continuación quebró el cielo, de punta a punta, se le antojó premonitorio y apocalíptico.

Aunque la tormenta la había cogido de improviso, en su afán no estaba

huir de la situación, se giró con rabia y cogió de nuevo el clavel, para salir corriendo y buscar el antiguo pozo que se encontraba junto a la tapia del lado este. Cuando llegó a él, su cabello y parte de su ropa ya goteaban en la suficiente cantidad como para una vez asomada por la barandilla metálica de arqueadas formas, con las que contaba el brocal, poder sentir como el goteo llegaba a las profundas aguas de color negro, abriendo pequeñas ondas que posibilitaron su visión. Alzó la mano y arrojó el clavel con rabia, con auténtico deseo de mandarlo al infierno, pero, para su desconcierto, el nivel del agua comenzó a subir rápidamente y, en pocos segundos, la flor volvió a salir a la superficie, deslizándose por el suelo, a la vez que una raíz venida del interior pretendió agarrarse a su tobillo. Un acto reflejo la impulsó hacia atrás, pero sus zapatillas se hundieron en el lodo que se acababa de formar alrededor del pozo y cayó de espaldas, haciendo inútil cualquier posibilidad de huir, aunque no de defenderse. Desde el suelo, pudo patear con contundencia a las alargadas formas, semejantes a tentáculos peludos, que no cesaban en su empeño de asirse a sus extremidades. El agua continuaba saliendo a borbotones, y su cuerpo se hundía cada vez más en el barro blanco que coloreaba la primera capa de chinarro, cuando un antiguo conocido, de elevada estatura y aspecto luminoso, se la quedó mirando con ternura, y recogiendo el clavel, lo aplastó entre sus manos, mientras su figura se difuminaba en la lluvia y desaparecía al instante. Entonces, un potente rayo cayó cercano y la consiguiente explosión, hizo temblar el suelo de tal manera, que las aguas volvieron a retirarse precipitadas, tras un estruendo, aún mayor, en las profundidades de aquel pequeño abismo que intentó engullir sin éxito a la decidida muchacha que, aunque apercebida por su padre, no dudó en enfrentarse al maligno. Tal, y como suponía, su ángel de la guarda volvió a demostrarle que siempre estaría a su lado, aunque, en aquella ocasión, las consecuencias lo llevaran a desaparecer de forma súbita. Lucía experimentó cómo se creaba un vacío en todo su cuerpo, como el agua traspasaba su ropa y, por primera vez en toda su vida, se sintió desprotegida y frágil, expuesta a los peligros que pudieran acecharla y, reconociendo el miedo como un sentimiento que nunca había sufrido con anterioridad, arrastró su cuerpo hacia atrás, para incorporarse con dificultad, pero segura de cual sería su próximo objetivo. Empapada, con las manos impregnadas de barro, el cabello aplastado sobre su cabeza y visiblemente alterada, se encaminó hacia la lápida de su madre para acabar el pequeño ritual que llevaba a cabo cada domingo.

Durante el trayecto, la lluvia aminoró en intensidad y las pasajeras y

compactas nubes se fueron diluyendo, para dejar paso a algunos claros por donde la luz solar volviera a iluminar el ambiente. Todo brillaba en exceso; los perfiles de acero, los crucifijos, las letras en relieve y cuantos adornos metálicos se cruzaban ante sus ojos dañaban su retina, impidiendo una visión nítida que la hacía incluso tambalearse a la hora de avanzar. Cuando llegó, ya no tuvo valor para volver a mirar el nicho vacío; se centró en arreglar el ramo de rosas e intentar limpiar los trozos de granito que habían quedado esparcidos.

—¡Buenos días! —oyó a sus espaldas —¿Es usted pariente de la fallecida? —preguntó la voz, señalando con la mano el nicho de su madre.

Lucía tardó en volverse para ver quien era la persona que preguntaba, pero una vez hecho, se dio cuenta de que era el operario encargado del cementerio.

—¡Sí, es mi madre! ¿Sabe lo qué ha ocurrido con la piedra?

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el operario, esta vez preocupado por su salud.

—Sí, sí, no se preocupe —le contestó, restando importancia a su aspecto.

El operario, conocido como el Pícaro, un hombre corpulento, rubio, con aspecto de buena persona y siempre dispuesto a ayudar a todo el mundo, no pasó por alto su lamentable estado, pero prefirió continuar con lo suyo y explicar lo sucedido —Ha sido un accidente —dijo consternado —al limpiar el nicho de enfrente, se me escurrió la escalera y fue a parar al centro de la loza. Lo siento mucho, pero no se preocupe, volveremos a colocar una nueva sin coste por su parte.

Lucía cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Me podría avisar o decirme cuando lo van a hacer?

—¡Claro, si me da su número de teléfono lo haré encantado! ¿Está segura de que se encuentra bien? —volvió a preguntar, aun suponiendo que se había caído intentando huir de la tormenta.

Después de la corta conversación y la actitud de Lucía, claramente indicadora de que prefería estar sola, el operario se marchó con su número de teléfono y la sensación de no ser perdonado por lo que fue un accidente.

Lucía, por su parte, cogió una de las rosas blancas, que había depositado en el florero de su madre, y se dirigió a la lápida de Inma sin detenerse, como en otras ocasiones, a dedicarle unos segundos a la de su abuelo, que se hallaba a su paso. Cuando llegó, algo había cambiado, la lápida de Inma, enclavada en

el suelo, mostraba uno de los rincones al descubierto. Alguien había movido la piedra lateralmente y la había dejado en aquella posición por algún motivo. Hizo amago de asomarse, pero el nuevo concepto del miedo que había adquirido hacía unos minutos, la hizo desistir y ojear el cementerio en busca del operario. Dejó la rosa en el mismo sitio de siempre; en la cruz de mármol que se situaba en la cabecera, y que, a modo de denuncia, o eso creía ella, la rodeaba una corona de espinas.

—¡Oiga, por favor! —levantó la voz, para que llegara al operario que se encontraba bastante lejos de su posición.

El hombre, de unos cincuenta años, acudió sin contestar y agilizó el paso para llegar cuanto antes, entendiendo que la muchacha con la que acababa de hablar no se encontraba muy bien del todo.

—¿Le ocurre algo? —dijo unos metros antes.

—¡Esta lápida ha sido movida por alguien!

La miró intentando descubrir en ella un indicio de locura y le preguntó por el parentesco que la unía a la persona enterrada allí.

—¡Es una amiga de la familia! —le contestó.

El hombre notó algo raro en su forma de expresarse, pero no supo descifrar qué.

—¿Es usted la que coloca todos los domingos una rosa blanca en la cruz?

—Sí, desde hace unos años —contestó con naturalidad.

—Hace un rato ha estado aquí una mujer, no la había visto nunca, pero me llamó la atención el hecho de que vistiese de negro riguroso. Lo cierto es que su aspecto me dio un poco de yuyu. ¡Hacía mucho tiempo que no veía a nadie con la cabeza cubierta por un velo!, ¿sabe?, ¡no me atreví a molestarla! —se excusó El Pícaro con cierta vergüenza.

—¿Aquí? —dijo Lucía, mostrando la losa vacía.

—Sí —asintió el hombre justo antes de empezar a llover—. Me he fijado en ella, porque los parientes de esta muchacha me pagan para que cuide la lápida y la mantenga limpia. Se marcharon a Barcelona y como comprenderá no pueden venir muy a menudo. Desde entonces, nadie, excepto usted, que parece ser la que coloca la rosa blanca, ha venido a visitarla.

—¿Y la losa movida? —volvió a insistir.

El Pícaro, que la miraba desconfiado, rodeó la tumba y se posicionó en el lugar adecuado para poder mirar en el interior. Sacó una pequeña linterna del bolsillo y la dirigió al sitio adecuado, para acto seguido, meter la mano y sacar una rosa roja ensartada en una alianza de oro.

—¡Esto sí que es raro! —comentó el encargado de la lápida.

—¿Podría describirme a la mujer que hizo esto?

—No. Después de refugiarme de la tormenta ya no la he vuelto a ver, imagino que salió por la puerta lateral.

—¿Puede leer el interior del anillo?

El hombre, que no entendía nada, puso cara de sorpresa y sacó el anillo a través del cabo de la rosa —Perdona mi cobardía. Te amaré siempre—. Acabó leyendo, para dejar caer una mirada interrogante en Lucía, que respiraba con ansiedad y totalmente acongojada —¿Le suena de algo?

—¡Esa alianza era de mi madre!

El hombre miró la alianza y la rosa; desde luego la mujer que la había puesto allí debía de ser muy fuerte, cualquiera no podría mover una losa tan pesada, y mucho menos aquella chiquilla.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó desbordado por la situación.

Lucía tampoco sabía muy bien qué hacer.

—¿Le importaría guardarla usted hasta que averigüe lo ocurrido?

—No, supongo que no me importa. La guardaré hasta que usted me diga, pero le ruego que me eche una mano a colocar la losa en su sitio.

—¡Por supuesto! —dijo convencida.

El operario volvió a depositar la rosa en el interior, y se dispuso a empujarla, cuando Lucía advirtió una extraña figura marcada en la piedra por una veta de color ocre.

—¿Se ha fijado en esto? —preguntó alterada.

—Mire usted, no tengo ni idea de lo que se traen entre manos, pero estas cosas a mí no me hacen ninguna gracia. Así que, si me puede ayudar bien, y si no, ya buscaré a alguien.

Lucía se imaginó que, como casi todas las personas, era supersticioso y no quiso ahondar en la herida. Las cosas de los muertos deben quedarse para los muertos.

—A mí no me importa de quien sea el anillo este. Si usted dice que es de su madre, para usted, que bastante tengo yo con lo mío —se deshizo de él, como quien se deshace de un maleficio, entregándoselo directamente en la mano.

Seguidamente, y después de un gran esfuerzo, la pesada losa quedó en su sitio y ambos se despidieron con un sencillo adiós, que casi queda interrumpido por una llamada de teléfono que recibió Lucía en su móvil y que imaginó se trataba de Javier.

—¡Ya era hora! —contestó sin mirar la pantalla.

—Perdone, pero la llamo del hospital Psiquiátrico Penitenciario de Sevilla.

—¿Ha ocurrido algo?

—Pues verá, su padre se ha escapado del centro y nos gustaría contar con su apoyo para encontrarlo.

—¿Qué se ha escapado? ¡Eso es imposible! ¿Cuándo?

—Hará cosa de una hora. Perdone que se lo diga así, pero es urgente que se persone en el centro a la mayor brevedad posible.

—¿Sabe si está el doctor Javier Rosales?

—Sí, pero está en la enfermería.

—¡Dígale por favor que me llame!

—En estos momentos es imposible, ha sido agredido por uno de los internos y está sedado.

—¿Agredido? ¿Me puede decir que ha ocurrido?

—Creo que será mejor que venga, todo esto es largo de contar y por teléfono no creo que sea la mejor manera.

—¡Está bien, llegaré cuanto antes!

Después de todo lo ocurrido en el cementerio, su capacidad de reacción quedó reducida a la nada; no sabía qué hacer ni cómo hacerlo. Salió por la puerta lateral y comenzó a correr en dirección a su casa; tendría que cambiarse al menos de ropa. Pero ella no era precisamente deportista, y pronto, el no saber administrar sus fuerzas, se tradujo en un cansancio que acabó por detenerla, para avanzar con una mano en la cintura y un lento caminar, que llamó la atención de una conocida, quien detuvo su vehículo y que se ofreció para llevarla a su destino.

Lucía no quiso decirle la verdad, de hacerlo, en pocas horas se habría enterado todo el pueblo y la alarma se extendería por la comarca casi simultáneamente. Por desgracia, se trataba de la huida de prisión del loco que violó y mató a una mujer no hacía tanto tiempo, y esto, además de abrir heridas, despertaría el morbo y la inquina de la inmensa mayoría de la gente. Prefirió decirle que la habían llamado porque su padre se estaba muriendo y no sabían si llegaría al medio día. Esta mentira la llevo a tener que declinar la generosa oferta de llevarla al hospital con la excusa de que el taxi lo pagaba la seguridad social y, por ello, no tendría que molestar a nadie.

De igual manera, antes de que llegase el taxi y ella estuviese preparada para salir, otra llamada, esta vez de su abuela Araceli, se interesaba por la

salud de su padre, lo que demostró el interés que despertaba la muerte de aquel individuo y el poco aprecio que se le tenía.

Vestida con pantalón vaquero, blusa azul y una rebeca blanca, Lucía salió a la calle con la esperanza de que el taxi no se demorara demasiado. En su impaciente espera, bajó la pendiente que suponía un rodeo menos para el vehículo y lo acechó allí, dando pequeños pero nerviosos paseos, que la ayudaban a sobrellevar la angustia.

Lo paró agitando el brazo y obligando al taxista a frenar bruscamente para, acto seguido, cruzarse por delante y acceder al asiento delantero, aunque el hombre la instara a ocupar el de atrás, como medida de seguridad.

—¡Al hospital psiquiátrico penitenciario de Sevilla, por favor!

—¡Buenas tardes! —le reprochó el taxista, mirando por el espejo retrovisor, a la vez que pisaba el acelerador con cautela.

—Perdone, pero esto es una emergencia. Mi padre está muy grave.

—¡Lo siento! Ha dicho al Psiquiátrico Penitenciario, ¿verdad?

—Sí, ¿puede darse prisa, por favor?

Para aquel hombre, la expresión darse prisa, era algo tan cotidiano que actuó como el profesional que era. Se inclinó un poco hacia delante y no sobrepasó en ningún momento los límites de velocidad. Incluso el pequeño tramo de autovía existente, antes de llegar a la rotonda que los conduciría a la carretera de Puente Genil, lo cruzó a menos velocidad de la indicada. Nunca creyó conveniente circular por él a ciento veinte, cuando tenía que decelerar en tan poco espacio. El camino más corto para acceder a la autovía A-92, desde Lucena, es por la carretera que une Puente Genil y Herrera con Estepa. Una vez allí, la autovía nos lleva directamente a la capital de Andalucía sin tener que desviarnos en ningún sentido, por lo que el taxista, versado en todo tipo de trayectos, lo usó, como no podía ser de otra manera.

Lucía se desesperaba al ver como el indicador de velocidad no pasaba de los noventa kilómetros por hora, pero, aunque pensara que aquél taxista se lo estaba tomando con mucha tranquilidad, no se atrevió a contradecir su forma de conducir, hasta que pasado el río Genil vio cómo un hombre, de la misma complexión de su padre, se apeaba de un camión de gran tonelaje.

—¡Pare, pare, por favor!

El taxista, que la miró a través del espejo retrovisor, se dio cuenta de que pasase lo que pasase, su rostro reflejaba una urgencia demasiado exagerada. Paró el vehículo donde pudo y la vio salir a toda prisa para meterse en una de las calles y desaparecer. Todo aquello le resultó tan extraño, que buscó en el

dial de la radio cualquier emisora que estuviese dando las últimas noticias del día, pero nada encontró que le indicara algún tipo de alarma o situación que explicara la forma de proceder de su joven pasajera. Esperó unos minutos más y decidió entrar en el pueblo e intentar dar con ella, al menos para cobrar la carrera; no se podía creer que hubiese sido objeto de una estafa a esas alturas de su vida. La muchacha no tenía aspecto de ser una de esas drogadictas que acuden con frecuencia a buscar su dosis en el pueblo vecino, pero, aun así, lo había engañado como a un simple pardillo. Las calles, bastante concurridas por ser un domingo al medio día, delataban una normalidad que cabreó aún más al taxista —después de cornudo, apaleado —se dijo en voz alta, antes de decidir marcharse y olvidarse de su desgracia, cuando intuyó de reojo, al pararse en un stop de difícil visión, un billete de cincuenta euros en el asiento trasero. Extrañado, se deshizo de sus funestos pensamientos y alargó la mano para hacerse con él mientras pensaba que, con seguridad, hubiese sido mejor una estafa, que la pérdida de una joven en pleno trayecto. Siguió buscándola durante un buen rato, hasta que convino en la certeza de que se trataba de un amor imposible que tendría que ocultar a su familia y aunque, por otra parte, la excusa de la penitenciaría le pareciera muy rocambolesca para una chica de su edad, no la descartó por la explosiva imaginación de la que gozaban los jóvenes, según su propio criterio.

Lucía no solo encontró a su padre, sino que lo ocultó en el portal de una vivienda de aspecto lúgubre, cuya antigüedad quedaba de manifiesto por la decoración de los pequeños azulejos del portal, y que parecía abandonada, para pedirle explicaciones acerca de su comportamiento. No entendía la razón por la que tuvo que escapar, sobre todo, cuando su médico ya estaba convencido de que lo ocurrido nada tenía que ver con la locura. Hubiese sido cuestión de poco tiempo el conseguir la reducción de la pena o incluso ser conmutada por una residencial, pero ahora, todo estaba perdido; su condición de convicto fugado lo devolvería a la cárcel para cumplir la pena íntegra sin ningún género de duda.

—¡Te aseguro que lo que menos importa es mi futuro! —afirmó contundentemente.

Lucía se calmó y respiró profundo.

—¿Me puedes contar lo que ha ocurrido?

—¡Lo importante es que tú estés bien!

—¡Cuéntamelo, por favor!

Marcos intentó penetrar en los cristalinos ojos de su hija para transmitirle

lo trascendental de los hechos.

—Todo ocurrió después de enfrentarme al maligno. Tuve que hacerlo; su rostro volvió a aparecer con más fuerza que nunca, en realidad, lo sentía tan cerca que pude percibir su aliento helado y exánime, mientras intentaba persuadirme de que nos alejásemos del doctor Rosales. Está decidido a matarlo si persiste en su empeño de arrebatarme a Blanca, pero también me amenazó con matarte a ti si lo ayudabas. Te aseguro que su ira se reflejó de forma tan aterradora, que su rostro pasaba de lo sangriento a lo óseo, para mostrarme lo cruel que podía llegar a ser, cuando en una de sus macabras transformaciones, me enseñó en lo que había quedado Angelina después de caer en sus garras. ¡No quiero que te ocurra nada de eso! ¡Tengo miedo y te aseguro que es fundado! Te ruego que abandones la idea de ayudar a Javier y reinicies tu vida como una persona normal, alejándote hasta de mí si es preciso.

—¡Tú sabes que eso es imposible! ¡Todos tenemos una misión que cumplir y esta es la mía!

Marcos no entendió las palabras de su hija.

—¿De qué misión me hablas?, ¿cuál es tu misión? —la zarandéó.

Lucía comprendió en ese instante y por primera vez en su vida, que era ella el gran obstáculo para que Lucifer lograra el objetivo de apoderarse de cuantas almas, aun sin ser pecadoras, cayesen en sus garras.

—¡Me temo que tendré que ser yo la que se enfrente a ese demonio que te acecha!

—No sabes lo que dices.

—¿Por qué crees que un ser tan poderoso me amenaza? —preguntó convencida —Estoy segura de que si pudiese ya me habría eliminado.

El silencio, que ocupó el pequeño portal durante unos segundos, se rompió al tiempo que los cristales de las puertas del zaguán saltaban en pedazos de forma súbita. Del interior, una voz grave, masculina y cansada por la edad, se quejaba airadamente, profiriendo insultos a quienes, por su poca vergüenza, los habían destrozado deliberadamente. Al abrir una de ellas, desde el interior, la pareja de ancianos que residían en la vivienda se quedaron estupefactos. El rostro del hombre que tenía enfrente, había quedado salpicado de pequeñas esquirlas por donde sangraba tan abundantemente que sus rasgos quedaron difuminados de rojo, mientras una muchacha que podría ser su hija, intentaba asistirlo tan apresuradamente que consiguió autolesionarse las manos.

—¡Ay, dios mío! ¿Se puede saber qué hacían? —se lamentó la anciana, que rápidamente se retiró de la puerta para que pudiesen entrar.

—¡Pasen, no se queden en la puerta! —los convidó el que parecía ser su marido y que, como ella, vestía de luto riguroso y aparentaba más de noventa años.

Padre e hija no fueron capaces de declinar la oferta, más bien, agradecieron el gesto y se apresuraron a entrar. Después de todo, a esas alturas del día, seguro que lo estaban buscando por todos los pueblos y la casa de sus padres no sería el mejor lugar para esconderse.

La anciana, de corta estatura, encorvada, con un moño blanco y bien recogido sobre una pequeña cabeza redondita que la hacía entrañable, lucía unas manos blancas y pulcras que, junto con su desdentada sonrisa, desdibujada por el tiempo, hacía que fuese delicada y tierna como cualquier abuela que hubiese dedicado su vida a cuidar hijos y nietos, con la sabiduría de los muchos años de labor. Su marido en cambio, aunque también mermado por la edad, se veía mucho más fuerte, tosco, de mandíbula prominente, con las manos señaladas por el duro trabajo del campo y una mirada desconfiada y fría, que no dejaba espacio a la confidencialidad, por mucho que intentase ser amable.

En sus manos, una palangana con agua tibia y un unguento extraño en un tarro de cristal. De su bolsillo sacó un pequeño útil, y se dispuso a sacar los trozos de cristal, con el esmero de un cirujano y la paciencia del santo Job, mientras Marcos que apenas si se quejaba, observaba como la anciana acariciaba las manos de su hija, después de haber curado sus heridas.

—¡Tienes que cuidarte mucho! —le decía con la voz más baja que su garganta podía emitir —El niño que llevas en tus entrañas se merece una vida feliz, y eso, incluye a su padre.

—¿Qué me está diciendo? ¡Yo no estoy embarazada! —negaba con la cabeza, cuidando no alzar la voz para que su padre no escuchase la conversación.

La posterior mirada de la anciana le produjo una extraña sensación de calor que la hizo acoger sus palabras como quien escucha a su propia conciencia.

—¡Deja a tu padre con nosotros y recupera el taxi que te llevará hasta donde tengas que ir!

Lucía miró a su padre, que poco a poco iba recuperando su aspecto natural, para después descubrir una sonrisa sincera en aquel rostro de

pulimentadas arrugas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Lucía con cariño.

—Yo me llamo Ana y mi marido Rafael.

En consideración, Lucía se dispuso a presentarse

—Mi nombre es Lucía y mi padre se llama Marcos.

—¿Crees que podrías hacernos un favor a Rafael y a mí? —preguntó la anciana, suplicando la gracia.

—¡Claro que sí, lo que queráis!

—Cuando llegues a Lucena, sube a la ermita, pídele a la Virgen de Araceli por nosotros y enciende dos velas en nuestro nombre. ¡Eso es todo cuanto te pido!

—No dude que lo haré, aunque sea lo último que haga.

—Anda vete, que el taxi va a pasar por la puerta.

Lucía se despidió de ella besando sus manos y aconsejando a su padre que no abandonase la casa hasta su llegada.

El taxista que ya había decidido salir de la ciudad, para dirigirse a Lucena, se encontró de lleno con la muchacha que intentaba cruzar la acera.

—¡Me tenías preocupado! —dijo sin bajarse del coche.

—Perdóneme, ha sido un error, creí haber visto a alguien conocido.

—¡Venga sube! ¿A dónde quieres que te lleve?

—Al Psiquiátrico, por favor.

El taxista condujo su vehículo hacia la carretera de Estepa y, sin pedir más explicaciones, la llevó hasta el lugar indicado.

Hacía horas que el revuelo organizado en el hospital se había calmado, y aunque la policía había acordonado la zona, era evidente que aún estaban buscando a su padre por las proximidades del lugar.

—¿Todo esto es por su padre? —se extrañó el taxista.

—¡Espero que no! ¿Le debo algo más?

—Son veinte eurillos más, pero no se preocupe, ya me los pagará.

—No, no, tome y muchas gracias por esperarme —se despidió esperanzada en encontrar a Javier lo antes posible.

Javier ya la estaba esperando; salía y entraba con claro nerviosismo, cuando ella llamó su atención y se dirigió hacia él con los brazos extendidos.

—¡Menos mal que has llegado!

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó palpándole la cara.

—Yo estoy bien, pero tu padre...—negó con la cabeza.

—¡Mi padre está donde tiene que estar! —le susurró al oído.

—¿Dónde?

—¡Será mejor que cojamos tu coche y nos vallamos a su encuentro!

—¡Pero si sabes dónde está, tendremos que avisar a la policía!

—¡Tienes que confiar en mí! ¡Deja a la policía que haga su trabajo y nosotros haremos el nuestro!

Después de meditar unos segundos, sin dejar de mirarla, y recordando todo lo ocurrido en su casa y más tarde el accidente sufrido por su amigo Pedro, que aún seguía en el hospital, Javier sacó las llaves de su bolsillo y se apresuró a coger el coche, antes de que Lucía llamase la atención de los demás médicos.

Durante el camino, ambos expusieron los sucesos extraños que habían vivido en tan poco espacio de tiempo, y los dos convergieron en que algo tendrían que hacer y, aunque Javier continuaba sin estar seguro de nada, se dejó llevar por Lucía que sí parecía tenerlo claro.

—En estos momentos los tres debemos de estar unidos. Somos el objetivo y nos tenemos que proteger mutuamente —afirmó Lucía sin atisbo de duda.

—¿El objetivo de quién?

Ya no había nada que ocultar y aunque lo hubiese, que lo había, como era su supuesto embarazo, tuvo que sincerarse con aquel casi desconocido, aunque sus palabras le fuesen transformando el rictus hasta llegar a demacrarlo.

—¡Aquí, aparca por aquí mismo!

La estrecha calle donde se ubicaba la casa en la que había dejado a su padre, junto a los dos ancianos, no daba para poder estacionar el vehículo y despedirse de sus anfitriones como era su intención, así que aparcaron a unos cien metros, y llegaron andando e intentando no despertar ninguna sospecha. Las alargadas puertas que lindaban con la acera se encontraban cerradas, cosa que Lucía atribuyó a la cautela por parte de Rafael, pero al no encontrar manera de entrar, tuvo que empujarlas con fuerza para acceder al portal y así poder llamar desde un timbre de campana que se hallaba en el lateral derecho de las puertas del zaguán. Estas, sin cristales, pero sin los restos esparcidos por el suelo, parecían no haberse abierto en años. Los panfletos publicitarios que se esparcían por el portal, y el polvo que los cubría, daban fe de lo mucho que hacía que allí no vivía nadie.

—¡Creo que te has equivocado! —reveló Javier, mirando a un lado y otro de la calle.

—¡Estoy segura de que fue aquí!

—¿En el número veintitrés?

—¡Completamente segura! No puede haber dos casas tan iguales en la misma calle —se reafirmó, echando una ojeada a las casas colindantes.

Javier comenzaba a dudar de la cordura de su amada cuando una voz venida del interior le llamó la atención.

—¡Siiiiii! —siseó —¡Creo que he oído algo! —dijo ante el asombro de Lucía.

—¿Papá?, ¿papá?, ¿estás ahí?

—Sí cariño, pero no puedo abrir la puerta.

—¡Apártese! —gritó Javier.

Nada más decir aquello, Javier dio una fuerte patada en el centro de las dos puertas y las abrió de par en par. Marcos se encontraba medio desfallecido, todavía en el viejo sillón de anea, y con el rostro compungido, cuando Lucía fue en su auxilio y lo sacó de allí como pudo, y con el convencimiento de que hacía unas horas, aquel domicilio estaba pulcramente limpio y habitable.

—¿Cómo has podido dejar a tu padre en un sitio así?

—¡Te aseguro que...! —Lucía no sabía qué pensar, su padre, en el asiento trasero del coche, no estaba en condiciones de hablar y ella ya no estaba convencida de nada.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Javier como apoyo incondicional a su propuesta.

Ante tal respuesta, Lucía se despezó de sus dudas y decidió continuar con lo que su instinto le apremiaba a hacer.

—Vamos a ir a Lucena, pero mejor lo hacemos por la carretera de Aguilar.

—¡No tengo ni idea! ¡Será mejor me guíes tú! —confesó Javier, que jamás había circulado por aquellos parajes.

Lucía, que aún recordaba las rutas que seguía su padre, cuando de niña la premiaba con ver las aves acuáticas que se daban cita en las distintas lagunas de los humedales del sur de la provincia, guió a Javier a través de las carreteras secundarias que pasan por Aguilar de la Frontera, Moriles y Las Navas del Selpillar, para luego entrar a Lucena por Los Santos, y así, continuar por el camino de la Sierrezuela, siendo este una vía pecuaria, cuyo piso de chinarro y en mal estado, casi nunca custodiado por la guardia civil, se asomaba a la ciudad por la cara norte de forma casi clandestina. De esta manera, consiguieron evitar los controles que esperaban en todos los cruces

importantes.

Al entrar por las Fontanillas, Marcos despertó de su letargo y preguntó por el lugar en el que se encontraban.

—Estamos en Lucena, papá.

—Si vamos a casa, nos estará esperando la policía —dijo con la voz apagada.

—¿A dónde cree usted que deberíamos de ir? —le pregunto Javier.

—Según me dijo mi hija, el piso de Inma aún sigue vacío.

—¿Y cómo entramos a esa vivienda? —se interesó el psiquiatra.

—En el cajón de la derecha de mi escritorio hay una llave.

Javier miró a Lucía con desconfianza.

—¿Cómo es eso papá?

—Tu madre tenía una copia, y yo la encontré en su llavero después de morir. La cogí y la guardé, eso es todo.

Marcos respondía con las fuerzas justas, estaba tan cansado, que el interrogatorio le parecía demasiado espeso para continuar y volvió a desmoronarse en el asiento.

—No creo que sea buena idea que nos vean juntos. Déjame en el parque, yo me ocupo de la policía.

Lucía intentó restarle importancia al hecho de que su padre tuviese las llaves de la casa de su presunta víctima, pero para Javier, aquella prueba sin duda oculta en el proceso judicial, lo llevó a desconfiar aún más de todo aquel intrincado asunto en el que se veía envuelto.

Por otra parte, las siempre indiscretas luces de un coche patrulla, ratificaron la idea de que su casa estaría custodiada, por lo que Lucía subió a pie la empinada cuesta, ante los ojos de los agentes que la esperaban con cierta inquietud.

—¡Buenas tardes! —dijo uno de los agentes.

—¿Han encontrado a mi padre? —preguntó lista, antes de responder al saludo.

—¡No, me temo que no! ¿Dónde ha estado usted?

—Vengo de la estación de autobuses, he estado casi todo el domingo en Sevilla y estoy muy cansada. Me he sentido una inútil, está claro que, sin coche, poco o nada puedo hacer para encontrar a mi padre, y eso me tiene abatida —contestó teatralizando sus palabras.

—¿Se encuentra usted bien?

—Ya le he dicho que no tengo ganas de nada. Voy a recoger unos trapos y

ha descansar en la casa de mi abuela.

—Si no le importa, nos gustaría echar un vistazo en el interior. Ya sabe, pura rutina.

—¡Claro que no, pasen y examinen lo que quieran!

Lucía abrió la puerta con total normalidad e hizo que los agentes pasaran primero, en un gesto, que la exculpaba de ocultar cualquier detalle.

—¿A qué huele aquí? —preguntó uno de ellos.

—Ah, ese olor viene del sótano. Hace años que sube ese tufillo a humedad medio podrida, que no sé...

—¿Podríamos bajar?

—Ya le he dicho que están en su casa ¡Miren donde tengan que mirar!

—Estaríamos más tranquilos si bajase con nosotros.

—¡Está bien, como quieran!

La muchacha bajó las empinadas escaleras con la vista puesta en el cajón del escritorio, y el convencimiento de que nada podrían hallar, salvo polvo, y ese olor que tanto les llamó la atención desde arriba.

—¿Son libros antiguos? —se interesó el más joven que parecía tener alguna noción sobre aquellas obras.

—Sí, son de la colección de mi padre. A él le apasionan estas cosas.

—Pues deberías de abrir esa trampilla ¡Aquí huele que apesta! —le aconsejó el otro, sin el más mínimo reparo.

—Si son tan amables, yo encantada. Hace tiempo que no puedo hacerlo. Se ve que con la humedad se han pujado las maderas y cuesta mucho trabajo.

Mientras los agentes pugnaban por abrirla, tirando de una argolla atada a una pequeña cuerda, Lucía abrió el cajón con sumo cuidado e intentó extraer la llave del piso de Inma que, para su desesperación, se hallaba enredada en un collar de cuentas negras, que resultó ser un rosario de procedencia desconocida para ella.

Uno de los policías se volvió instintivamente al escuchar el carraspeo que produjeron las pequeñas bolitas al rozar contra la madera, pero al ver el objeto, no consideró que se tratase de nada peligroso y continuó con su labor.

—Me he acordado de que mi abuela me lo pidió hace tiempo y como nunca bajo aquí, voy a aprovechar para llevárselo.

El agente asintió con la cabeza y sonrió ante el detalle de la muchacha, que en ningún momento le pareció sospechosa de nada, y cuya preocupación consideraron lógica por no saber el paradero de su padre, y los nervios, propios de su juventud y la presencia de la policía en su domicilio. Con la

casa registrada y ningún indicio de que su padre hubiese estado en ella en los últimos tiempos, se despidieron con la certeza de que se dirigiría a la casa de su abuela para pasar la noche o, quizá, el resto de la semana.

—¡Pobre chica! ¡Lo qué tiene que estar pasando! ¡No me gustaría verme en su pellejo! —afirmó el agente más joven que confraternizó con la muchacha desde el primer momento.

—¡Pobre, pobre, no sé! Hay algo en ella que no acaba de cuadrarme.

—Se ve una familia muy católica; primero ha cogido el rosario para su abuela y luego el librito de misa que tenía muy a mano en la mesa del salón. No creo que sea culpable de otra cosa, que de intentar salvar a su padre del infierno.

—Es posible, quién sabe, pero sigue sin parecerme sincera —acabó para seguir en su puesto, mientras el otro agente patrullaba la calle de arriba a bajo, en una labor simultánea, cuyos turnos estaban bien definidos.

Desde la posición elevada en la que se encontraba el barrio, la bolsa verde pistacho que cogió Lucía para llevar algo de ropa y los demás objetos, era aún visible cuando se dirigía por la avenida del parque. El policía, que paseaba, se detuvo en la esquina de la calle y visualizó las pequeñas carreras que a modo de prisa repentina realizaba la muchacha, llamándole mucho más la atención, cuando subió a un coche que fue a su encuentro y en el que subió rápidamente. Se dio la vuelta para decirle algo a su compañero, pero pensó que, si sumaba a sus dudas lo que acababa de ver, posiblemente tuviesen algún problema, y como su turno estaba a punto de terminar, decidió no hacerlo por razones prácticas.

Asesorado por Lucía, Javier metió el coche en la calle peatonal y estacionó de forma momentánea, para ayudarla a subir a su padre que aún estaba bastante aturdido y no se mantenía por sí solo. Por suerte para ellos, aquel domingo en el que llovió por la mañana, no había demasiada gente en la calle y los pocos que había, desechos de los bares de cañas, bastante tenían con su propia ebriedad, como para ocuparse de ciertos detalles. Entraron prácticamente sin ser vistos y con la complicidad de una tarde nublada, en la que las grisáceas sombras lo difuminaban todo.

—¡Tendré que aparcar en otro sitio!

—¡Sí, ve tú, yo me encargo de mi padre!

El piso estaba tal y como lo recordaba de niña, nada había cambiado excepto el polvo que ocupaba cada espacio donde podía asentarse. Situó a su padre en el mismo sillón donde, hacía ya ocho años, le pidió matrimonio a la

dueña de aquel lugar sin vida donde ahora se cobijaban, y se dirigió a la cocina para ver si habían cortado el agua. Cogió un vaso del platero, lo fregó, lo llenó y se lo llevó a su padre después de comprobar que el sabor era el adecuado.

—No es gana de agua lo que tengo, lo que necesito es descansar.

—¿Qué te ha ocurrido en la casa de Puente Genil? Cuando te dejé allí no estabas tan abatido.

—Aquellos abuelos no eran lo que parecían, nada era lo que parecía. Todo quedó envuelto en una neblina desconcertante que me quitó la voluntad y me doblé como a un muñeco. Me vi inmóvil, en la misma butaca en la que fui curado de mis heridas por aquel señor que conociste y que continuó a mi lado un buen rato, mientras una serie de personajes paseaban mudos y desorientados de un lado para otro. Personajes de otro tiempo, incluso me pareció que de tiempos diferentes entre sí. Todos me tocaban el hombro con sus manos al pasar, pero ninguno me miró a los ojos, su mirada no se dirigía a nada en concreto y sus pasos tampoco. Solo sé que sentí miedo y a medida que este aumentaba, más personajes pululaban frente a mí, materializándose de la nada.

—¿Viste a alguien conocido? —preguntó su hija, aun sabiendo que no podría soportar cierta respuesta,

—No, a mamá no la he visto, cariño.

—¿Qué crees que podría significar lo que viste?

Los ojos de Marcos comenzaron a lagrimear y su boca emitió un sonido entrecortado. —Creo que hay mucha gente atrapada en un universo paralelo y que está mucho más cerca de lo que pensamos.

—¿Te pedían ayuda?

—Lo único que pude percibir me llegaba desde su más absoluta tristeza. Vagaban sin esperar nada, pero con la necesidad de acercarse a nosotros. No me gustaría que tu madre permaneciese en ese estado eternamente.

Acabó llorando y gimiendo como un chiquillo, al igual que su hija, que no pudo contener las lágrimas al ver a su padre en aquel trance, por muy dura que intentase aparentar ser.

—¡Tranquilo papá, estoy segura de que podremos salvarla! ¡Tenemos que hacerlo y tú tienes que estar en condiciones de hacerlo! ¡No te derrumbes!

En la puerta sonaron unos golpes de nudillos y Lucía se apresuró a abrir sabiendo que se trataba de Javier. Portaba unas bolsas de comida; bocadillos, patatas chips y algunos refrescos que la muchacha agradeció con la mirada, a

pesar de que las lágrimas empapaban sus ojos.

Aquel domingo había sido demasiado largo e intenso para los tres, y aunque por ello habían obviado el apetito, sus estómagos lo estaban necesitando tanto como su mente el descanso, que aún tardaría en llegar.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —preguntó Javier, con auténtica curiosidad.

—Parece ser que mi padre ha sufrido una de esas visiones abstractas que nos conducen a pensamientos transcendentales.

Una vez más, Javier se sintió desbordado y acorralado.

—Antes de que empecemos de nuevo, me gustaría decir algo —dijo con gesto serio —No sé si sabéis que me estoy jugando el puesto de trabajo y mi reputación. Mi posición es más delicada que la vuestra y necesito saber toda la verdad, después de todo, puedo acabar con esto con una simple llamada y, para no hacerlo, tengo que tener razones muy poderosas.

—¿Crees que no lo entiendo?

—Espero que sí, pero quiero que sepas, que todo esto puede deberse a una serie de coincidencias y que, de ser así, todos estaremos perdiendo algo.

—¿Sabes por qué creo a mi padre? —preguntó sin esperar respuesta — ¡Porque la casa donde lo dejé estaba en perfecto estado antes de marcharme!, ¡porque estuve hablando con los dos ancianos que en ella vivían y porque a los tres nos están pasando cosas que nada tienen que ver con las coincidencias! ¿Crees que esto es una coincidencia? —preguntó, por último, sacando de su bolsillo la alianza que le dio el sepulturero y el rosario de cuentas negras que halló junto a la llave en el cajón del escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó Marcos, incorporándose de inmediato.

—¡La alianza que Inma le dejó a mamá en su lápida!

Marcos se quedó paralizado y con la boca abierta, mientras Javier no tenía ni idea de lo que podría significar.

—¿Cómo sabes que es la misma y cómo la has conseguido? —le preguntó su padre, sin dejar de mirar a ambos objetos.

Lucía la cogió y se la puso en la mano para que leyera en su interior.

—¿Y ese rosario? —volvió a preguntar, prestándole más atención si cabía.

—¡Estaba en tu cajón, junto a la llave! —le respondió, creyendo obvio que sabía de lo que se trataba.

—¡Ese rosario era de la abuela de tu madre! Al parecer se lo dio siendo muy niña y luego ella me lo enseñó cuando nos casamos. La última vez que lo

vi, ahora que lo recuerdo, fue en el cementerio el día de las cajitas.

Javier asistía expectante ante las muecas de sorpresa que ambos contertulios mostraban, intentando ser capaz de percibir un atisbo de mentira o de diálogo concertado durante su ausencia.

—¿Qué hacía el rosario de mi bisabuela en tu cajón?

—No tengo ni idea. Como ya te he dicho, no lo había visto desde entonces.

—¿Y qué tiene de especial para reconocerlo de inmediato? —preguntó Javier, desconfiado.

—Ahora que lo dices, podría ser cualquier otro. En toda mi vida habré visto dos o tres a lo sumo, pero recuerdo el brillo de sus cuentas y la claridad del nácar donde se erige la Virgen —reconoció Marcos, dudando todavía de su procedencia.

—¿Y el anillo?, ¿qué pasa con el anillo? —volvió a preguntar por si existiera alguna duda más.

—Tampoco se puede decir que lo haya visto nunca. Aunque las frases coinciden con una revelación que tuve de mi esposa después de muerta.

—¡Son demasiadas coincidencias!, ¡y lo que os he contado del cementerio de esta misma mañana es totalmente cierto! ¿Queréis abrir los ojos? —se cabreó Lucía, sintiendo que todo se podría empañar.

—Está bien, no te pongas así, ya que hemos llegado hasta aquí, intentaremos averiguar lo que está ocurriendo de la forma más razonable posible —la tranquilizó Javier, colocando su mano sobre la de Lucía que parecía querer hundir la mesa con su peso.

La respiración de los tres quedó flotando en el aire cuando el silencio se adueñó del salón y las palabras no pudieron sustituir a los pensamientos. En aquel momento, las supuestas razones por las cuales se encontraban allí estaban claras para cada uno de ellos, pero ninguno sabía con seguridad, cuales serían los pasos a seguir.

Para Javier, todo pasaba por el ritual que tenía que ofrecerle a Blanca de Ucel en el palacio de Orive y, así, librarla de la influencia del maligno, y él, de la persecución a la que se veía expuesto por parte del espíritu de aquella joven, que puso todas sus esperanzas en él.

—Mientras tu padre esté seguro aquí, será mejor que vuelva al trabajo y esperemos a la próxima semana, para que podamos llevar a término lo que tenemos planeado.

—No me parece buena idea que te quedes solo toda la semana. Lo que le

ha ocurrido a tu amigo Pedro puede ocurrirte a ti, pero multiplicado por cien. ¡Podría matarte y lo sabes! —En la mirada de Lucía se reflejaban todos los sentimientos que tenía hacia él, incluida la posibilidad de estar embarazada.

—No tengo miedo, te lo digo de verdad.

—¿Y si te digo que te necesito?

De nuevo un largo silencio ocupó la sala, dejando a Marcos al margen de unas miradas que nunca serían sustituidas por un buen consejo.

—En ese caso me quedaría.

—¡Tenemos que buscar algo en el cementerio! —concluyó Lucía, a la vez que desliaba uno de los bocadillos y se lo ofrecía a su padre.

—¿A qué te refieres?

—A algo que escondió mi madre hace muchos años en compañía de Angelina. Tenemos que saber qué fue lo que dejaron escrito y qué le pidieron a la cruz de las Ánimas.

—¡Tenéis que ponerme al corriente! ¡Ni siquiera sé a lo que te refieres cuando hablas de la cruz de las Ánimas! —se preparó Javier, bocadillo en mano, para escuchar todo cuanto le quisieran contar.

Marcos rechazó la comida, y se volvió a retrepar en el sillón, como si las fuerzas no le permitieran continuar con la velada.

—Según la creencia popular, esa cruz, situada en el cementerio, es muy milagrosa. Las personas van a ella para pedirle favores y prometen, a su vez, algún sacrificio o limosna si son atendidos. Parece, según he averiguado, que durante siglos ha sido una cofradía muy venerada, llegando a ser mucho más rica que cualquier otra, debido a la cantidad de limosnas e incluso herencias recibidas, por el miedo de sus adeptos a permanecer en el purgatorio más tiempo del debido, aunque, en realidad, tampoco he encontrado mención a dicha cruz, sino más bien a un óleo de grandes dimensiones en el que aparece la Virgen del Carmen, y a sus pies, toda una serie de personajes que piden su rescate desde el purgatorio.

—¿Y tu madre le pidió algo que no sabemos si le fue concedido?

—En principio parece ser que sí, pero ante la duda, prefiero averiguarlo. También corren rumores desde muy antiguo, y esto lo sé por que mi abuela siempre hace mención de ello cuando se habla de la cruz del cementerio, que las Ánimas son muy vengativas si no cumples las promesas que les hayas hecho.

—¿Y qué son las ánimas exactamente?

—Según la religión, son las almas de las personas que han muerto en

pecado venial, y que, sin llegar a conseguir el cielo, andan purgando sus pecados, en lo que ellos llaman el purgatorio.

—¿Y tú crees que tu madre no llegó a cumplir su promesa?

—Yo tengo la teoría de que...

Un golpe seco, contra la pared, resonó por todo el piso proveniente del último dormitorio. Marcos se incorporó de inmediato y comenzó a respirar profunda y rápidamente, como quién se despierta de un mal sueño, mientras Javier tragaba un nudo de saliva que se le había formado en la garganta, y Lucía, que nunca había visto a su padre en aquel estado de alarma, comenzó a sentir un miedo que también le resultaba inédito en su vida. Seguidamente, el rozamiento contra la pared de algo demasiado estruendoso, estridente, metálico y chirriante, que se aproximaba hacia ellos, los sobrecogió aún más, cuando avanzando desde el fondo del pasillo hasta la misma entrada del piso donde se ubicaban en aquel momento, exhaló una pestilente bocanada de aire, provocándoles una dentera que ninguno pudo evitar, aunque el miedo fuese muy superior al estado físico en el que habían quedado.

—¡Coge el libro! —le ordenó Marcos a su hija de forma casi agresiva —¡Tú el rosario! —volvió a mandar, esta vez a su médico.

Los tres esperaban la llegada de algo, pero fue Marcos el que se adelantó y se dirigió al pasillo.

—Seas quién seas, ¡muéstrate! —dijo levantando la voz y abriendo las manos en señal de confrontación.

La oscuridad del pasillo no invitaba a invadirlo, pero Marcos alcanzó el interruptor con la suficiente antelación, y todos pudieron ver la figura espectral y el rostro cargado de ira que mostraba la imagen, sin ocultarlo en ningún momento, mientras avanzaba con furia en la dirección donde se encontraban.

—¡No permitiré que des a luz! —retumbó en el espacio, una voz salida de ultratumba.

—Dulcifsima Reyna, y Amorofifsima Madre de la Esperanza, a esta Sagrada Ancora me acoxo, Señora, para que mi Alma logre la felicidad de los efcogidos, borrando, à influxos de tu piedad, las manchas de mis pecados y fi la multitud de eftos me hacían yà zozobrar en golfos de defconfianza, precipitandome despechado a

los profundos abifmos: tu, que, en boca de San Buenaventura, eres Ancora Sagrada, feaslo para mi: firvame este Sagrado Atributo, que en tu dieftra manifiestas, con que blafonas fer Madre de Esperanza, de alylo feguro, para que no fe fruftre en mi la preciofa Sangre del mas abrafado Fenix, y arribar con felicidad al mas aventurado Puerto de la Gloria. Amen.

Las palabras que salían de la boca de Marcos parecían impedir el fluir de energías negativas con las que aquella presencia pretendía dañar a los ocupantes del piso. Lucía abrazó el pequeño libro contra su vientre y Javier temblaba, clavándose el rosario en la palma de la mano.

A medida que la oración llegaba a su fin, la figura espectral se iba diluyendo en el fondo del pasillo, hasta desaparecer por completo, dejando un aroma a flores secas que Lucía relacionó de forma instantánea, a las halladas en el cementerio junto a la lápida de su madre. En ese momento, solo se escuchaban las aceleradas respiraciones de los tres y algún crujido procedente de las paredes, que habían quedado marcadas por unos surcos alargados, iguales que los que dejaran unas poderosas zarpas sobre el débil yeso de la superficie.

—¡Ya se ha ido! —dijo Marcos, sabiendo a quién se enfrentaba.

—¡El qué se va soy yo! —afirmó Javier, en cuanto recupero la poca cordura que le quedaba.

—¡Tú te quedas! ¿O acaso no vas a proteger a tu hijo? —fue la contundente respuesta de Marcos, ante la huida de Javier y la amenaza de Angelina.

—¿A mi hijo? —preguntó alterado, para después dirigir la mirada hacia Lucía que permanecía impactada por los acontecimientos y con las manos rodeando su vientre —¿Estás embarazada?

—No lo sé, me lo dijo la anciana de la casa de Puente Genil, pero no la creí, supuse que serían imaginaciones tuyas.

—¡Esto es increíble! ¿Y ahora cómo estás tan segura?

—Si no quieres hacerte cargo, no tienes que hacerlo.

—¡Pues ya me dirá que hacemos ahora! —se dirigió a Marcos, lamentando su implicación en todo lo que le rodeaba.

—¿A qué te refieres en concreto?

—¡Por supuesto a los sucesos paranormales! En cuanto a lo del posible embarazo de su hija, ya hablaremos en otro momento.

—¿Estás enamorado de ella?

—Reconozco que no hemos tenido mucho tiempo, pero desde que la vi, sentí que era el amor de mi vida —se pronunció sin dejar de mirarla, y cuestionándose a sí mismo su capacidad de respuesta —¡Estoy dispuesto a protegeros a los dos, aunque en ello me vaya la vida!

Lucía, que no tuvo valor de mirar a su padre, se aferró a su mano, pensando que no podría encontrar mejor sustituto al ser que la había protegido desde niña, y que había perdido, en su afán por luchar contra el maligno aquella misma mañana.

—¡Intentemos dormir, aunque sea en el salón, mañana no sabemos qué día nos espera! —concluyeron, sin apagar la luz del pasillo y temiendo otra posible aparición demoníaca.

Javier, que se había acomodado con Lucía en el sofá, la rodeó con su brazo y le besó la frente, colocando el rosario que mantenía en su mano justo encima de la suya, para después mirar a Marcos con condescendencia, y agradecer la comprensión con la que había asimilado la sorprendente noticia de su embarazo.

Sin pensarlo, se decidió, más por cansancio que por otra cosa, a dar la cabezada que su cuerpo le exigía.

Marcos en cambio, que había recobrado el ánimo desde su enfrentamiento con lo que estaba seguro, era el espectro de Angelina, se acomodó en el sillón, pero no con la idea de dejarse llevar por el sueño, sino por mantenerse despierto el mayor tiempo posible, haciendo una guardia constante por sí, llegado el caso, volviese a tener que intervenir. Uno de sus miedos más fundados, se había forjado en aquel piso y ahora la que estaba en él, se llamaba Lucía y era su hija. No podía consentir que, de nuevo, la misma persona llegada de ultratumba, hiciese sufrir a lo único que le quedaba y por lo que valía la pena vivir. Comenzó a recordar el daño que le hizo a su familia intentando separar su matrimonio con malas artes y sembrando la duda entre dos personas que se querían, aunque tuviesen ciertas pasiones ocultas que, por otra parte, no eran de la incumbencia de nadie. Pensó en su pobre Julia, que había perdido la vida tan joven, y que lo dejó tan desolado como abatido el día que desapareció para siempre. Ella no se merecía aquel destino tan trágico; su belleza fue aniquilada de un solo golpe, rota y seccionada como si la envidia que despertaba hubiese surtido efecto. «Pero, ¿cómo se puede odiar

tanto y ser tan terriblemente dañina?», se preguntó obsesivo, al tiempo que unas risas de fondo parecieron deambular por la calle. Se incorporó, y se dirigió a uno de los balcones, con la clara idea de encontrar a Angelina recreándose de su dolor a carcajadas, pero nadie estaba o pasaba por la calle peatonal en aquel momento en el que el viento y la lluvia lo oscurecían todo, para dejar una noche despacible y completamente aciaga.

Enseguida, se aferró a la idea de que hubiese sido Angelina la que propiciase el accidente. Nada sabía de su posible defunción, aunque estaba convencido de ello, por lo que comenzó a creer en la venganza, como uno de los posibles motivos de su fatal desaparición.

De vez en cuando miraba a los dos jóvenes unidos, y especulaba con su futuro, pidiendo ayuda a un dios en el que nunca había creído, pero que se tornaba cada vez más cierto, por mucho que él mismo negara su existencia.

Intentó poner sus ideas en orden, abstrayéndose de sí mismo e intentando ser lo más imparcial posible dentro de la realidad que lo envolvía, pero siempre se topaba con los mismos elementos que conforman la religión en su sentido más amplio; el bien y el mal, los santos espíritus y sus réplicas maléficas, los mundos paralelos donde vagan las almas perdidas en la búsqueda de la paz interior, las representaciones tanto divinas como demoníacas en su lucha por establecer sus principios de convivencia, y el miedo a lo desconocido, que nos hace abrazar cualquier tipo de creencia paranormal, para poder defendernos de lo que humanamente nos es imposible. Después de todo, cualquier oficio religioso se reviste de unas connotaciones parapsicológicas claramente influenciadas por el miedo al infierno y la esperanza de alcanzar la gloria con la que sueñan todos los devotos.

En más de una ocasión se había culpado a sí mismo de los terribles acontecimientos que habían ocurrido en su presencia, incluso llegó a convencerse de que, efectivamente, la esquizofrenia paranoide que le fue diagnosticada, podía ser la causante de las aberraciones por las que la justicia lo había encarcelado. Pero, para su coherencia mental, la realidad se había antepuesto de nuevo de forma evidente, llegando a producirse incluso ante un psiquiatra que, hasta hacía poco, nada tenía que ver con la parapsicología, y que estaba dispuesto a defender a su amada con un rosario como escudo.

Volvió a recitar la oración que había memorizado y recordó la forma en la que aquel fantasma se había diluido en el aire para dejar de estar presente. Sin duda, hay objetos y oraciones que tienen un efecto persuasorio en esos seres extracorpóreos, cuyas intenciones nada tienen que ver con las de sus

antagónicos santos y santas de los que habla la Biblia. La separación entre el bien y el mal, debe de ser tan profunda, que las luchas aún persisten a través de los tiempos, sin importar a quién atañen y porqué. En aquel momento y después de meditar, no sabía si creer en Dios o en las fuerzas cósmicas que nos hacen ser como somos, pero lo que sí tenía claro, era que por algún motivo se habían mezclado ambas realidades, llegando a converger en tiempo y lugar en unas vidas, las suyas, que se había visto afectadas de forma trágica.

El olor a café, y el frío que se había acumulado en su cuerpo durante toda la noche, despertaron a Lucía que continuaba abrazada a Javier, intentando sustraerle el poco calor que de él emanaba. Se sobresaltó al ignorar la hora que pudiese ser y se encaminó a la cocina, para ver a su padre vertiendo el oscuro líquido en unas tazas de florido decorado.

—¡Al menos has encontrado café!

—Curiosamente había un paquete cerrado y embasado al vacío — respondió Marcos, mucho más animado que la noche anterior —¿Por dónde vamos a empezar?

—Yo creo que deberíamos de empezar por el principio.

—Eso es muy inteligente, pero no creo que haya otro sitio por dónde empezar algo —respondió con un tono jocoso que sorprendió a la muchacha.

—¡Muy gracioso, papá!

—¡Toma tu taza, te vendrá bien algo calentito!

—Me refiero a vuestro primer contacto con el más allá — dijo serena, seria y contundente.

—¡A la cruz de las Ánimas, supongo!

—Tenemos que averiguar que se enterró allí, cuales fueron las peticiones y si se cumplieron las promesas.

—Estoy de acuerdo, será lo primero que hagamos.

—¡Podéis contar conmigo! —se pronunció Javier que ya estaba despierto y en la puerta de la cocina.

A pesar de la luz diurna, que ocupaba casi toda la vivienda, el cuarto de baño, que se encontraba al fondo del pasillo, aún permanecía en penumbra dado que las persianas del dormitorio que lindaba con él, se mantenían bajadas desde hacía años y la única ventana con la que contaba, se hallaba en las mismas circunstancias.

—No tengas miedo, yo ya he ido al baño —le aseguró su padre, al verla mover las caderas y con la mirada puesta en la oscuridad.

—¡Podrías haber abierto la ventana! —le sugirió Lucía.

—No creo que sea conveniente que los vecinos sepan que estamos aquí.

—¡Pues entonces acompáñame tú! —le ordenó a Javier para que hiciese de guardaespaldas.

Marcos se adelantó unos pasos y se dispuso a observar las marcas que, a lo largo de la pared, y con forma de zarpazos profundos, había dejado la macabra presencia a modo de intimidación.

—Parece increíble que algo sin cuerpo haya podido hacer una cosa así.

—Mejor que no me lo recuerdes, todavía me da repelús.

—Espero que seamos capaces de acabar con esto de alguna manera.

—¡Si estáis preparados, nos podemos ir ya!, ¡aquí no solucionamos nada! —dijo Lucía, al tiempo que se aferraba al picaporte de la puerta principal.

Las calles permanecían mojadas y el ambiente demasiado húmedo para la época del año, propiciando una ausencia de viandantes, que los situaba en el escenario de una clandestinidad que, aunque cierta, la acentuaba aún más el hecho de escudriñar las esquinas en su labor de llegar hasta el coche de Javier. Eran conscientes de que la policía seguía buscando a Marcos y de que lo que iban a hacer tampoco se ceñía a la legalidad, pero también estaban seguros de que no iban a hacer daño a nadie desenterrando las cajitas de madera.

Decidieron aparcar en el polígono industrial adyacente, para entrar a pie y por separado. El plan consistía en entretener al encargado del cementerio, mientras Marcos, que sabía el sitio exacto, y Javier que llevaba una pequeña pala de jardinería, sustraían lo que tanto tiempo llevaba oculto.

—¡Buenos días! —lo saludó Lucía, con la mejor de sus sonrisas.

—¡Buenos días, señorita! —contestó el operario, para acto seguido colocarse la mano en la barbilla en señal de preocupación.

—Venía a hablar con usted acerca de la nueva lápida que van a colocar a mi madre.

—Pues mire usted, todavía no la he encargado, pero de hoy no pasa que lo haga.

—Ya, pero como la van a poner nueva, me gustaría cambiar alguna cosa. ¿Le importaría acompañarme para que le explique los detalles?

El operario no tuvo que decir nada más para demostrar su incomodidad,

simplemente la siguió con cara de pocos amigos, evitando dirigirle la palabra, para que ella notase que no era bien recibida.

En cuanto se distanciaron lo suficiente, los dos entraron a hurtadillas con la idea de acceder lo más rápidamente posible a su objetivo. Con el recinto recién abierto y la mañana que hacía, eran los únicos visitantes que a esa hora se dignaban a aparecer por las puertas, aprovechando esa circunstancia para cavar en un sitio tan sagrado sin que nadie les llamase la atención.

—¡Aquí, fue exactamente aquí! —le indicó Marcos a Javier, que respiraba de forma extraña —¿Te ocurre algo?

—¡Vamos, no me joda!, ¿acaso usted no tiene miedo?

—¡Pues realmente no! Pero si quieres, puedo cavar yo.

—No sabe cuánto se lo agradecería, me tiembla todo y no se si voy a poder.

A Javier todo cuanto veía le parecía tétrico; hasta el canto de algunos pájaros le resultó sospechoso en un lugar que rezumaba muerte por los cuatro costados. No dejaba de mirar en todas direcciones y a su futuro suegro de vez en cuando para cerciorarse de que todo iba bien. Se detuvo unos minutos a observar los objetos que la gente deposita en la base de piedra escalonada que sustenta la cruz, para darse cuenta de que nada tenía sentido para él; rosarios, velas, fotos de gente, cuadros de Nazarenos y Vírgenes, pequeñas y no tan pequeñas estatuillas de ángeles y santos de todo tipo, crucificados, flores y un montón de botellas de aceite de girasol que lo dejaron aún más perplejo.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó sin encontrar respuesta.

Marcos ya había localizado una de las cajitas y se disponía a continuar un poco más a la derecha, cuando Javier llamó su atención.

A lo lejos divisó una figura negra, y de encorvado porte, que se dirigía directamente hacia ellos con una velocidad impropia de la persona mayor que parecía ser.

—¡No me digas que lo que estoy viendo es lo que es! —exclamó balbuceando e intentando no mearse encima.

A medida que la distancia se acortaba, más nítida era la imagen. Una mujer, toda huesos, vestida de negro y con un velo del mismo color sobre su cráneo, se les echaba encima levitando sobre las tumbas. De una sola pasada, derribó a Marcos y lo revolcó por el suelo, mientras Javier, que quedó inmóvil, rezaba las únicas oraciones que sabía; el padre nuestro y el ave maría que recordaba desde la catequesis. La estela grisácea que dejó aquel espectro en su viaje, tenía un fuerte olor a podredumbre que casi lo hace vomitar, pero

Marcos se levantó y continuó con su cometido, aun a costa de una nueva agresión.

—¡Vámonos, por dios! —suplicó Javier, que comenzó a sentir el crujir de las antiguas tumbas situadas a poca distancia de donde se encontraba.

—¡Tú continúa rezando, ya me queda poco! —lo apremió Marcos.

De nuevo, el pestilente olor hizo acto de presencia para, de un solo golpe, encender todas las velas que por causa de la lluvia y de su propio desgaste estaban apagadas, insuflando en los pulmones de Javier una gran cantidad de oxígeno que lo dejó completamente aturdido y mareado. Para entonces, Marcos allanaba con su pie la tierra que había levantado para coger las cajas y se daba cuenta de que Javier estaba a punto de entrar en uno de los panteones cuyas puertas se abrían y cerraban como si lo hiciesen por causa de un viento fortísimo que, en ese momento, lejos de existir, comenzaba a mover las copas de los cipreses.

—¡Oigan! ¿Se puede saber qué están haciendo? —gritó el operario del cementerio, que aligeraba sus pasos en la dirección en la que se encontraban y por donde tendrían que salir sin más remedio.

Lucía, que no pudo hacer más en su misión de entretener al vigilante, lo seguía disimuladamente por los pasillos, cuando escuchó el griterío y vio a su padre arrastrar a Javier, cogido por la cintura y con la bolsa de la pala en la otra mano. En ese instante no supo qué hacer; si los ayudaba, quedaría en evidencia con el operario que había quedado en llamarla el día que cambiasen la lápida y, si no, el mismo personaje podría descubrir lo que habían sustraído de manera ilegal.

—¿Le ocurre algo a este hombre? —preguntó en voz alta, con la clara intención de ser oída por el vigilante que ya los tenía a su alcance.

—¡No lo sé! De pronto ha tenido una especie de ataque y ha intentado colarse en un panteón como si fuese de su propiedad —arguyó su padre, sin delatar el parentesco que los unía.

Javier estaba completamente blanco y la orina mojaba sus pantalones de manera tan evidente, que daba pena verle.

—¿Quieren que llame a un médico? —preguntó el operario del cementerio, casi disculpándose por su ímpetu.

—¡No se preocupe, tengo el coche ahí mismo! ¡Yo me encargo de llevarlo! ¡Gracias señorita, ha sido muy amable! —se despidió de ella, como si fuese una desconocida.

Lucía se quedó mirando al operario haciendo gestos de extrañeza y

distrayendo su atención, con una pregunta gesticular, que lo volvió al lugar de los hechos, seguido por ella misma, mientras las dos cajitas seguían su camino, llevadas por su padre y por un descompuesto Javier que, estaba claro, no pudo soportar tanta tensión.

El hombre, que no dejó de mostrar su desconfianza, cerró las puertas del panteón y echó un vistazo por los alrededores, sin encontrar nada anómalo que le hiciese sospechar otra cosa que la escuchada, por lo que Lucía volvió a despedirse de él con un, hasta otro día, que le pareció de lo más adecuado.

Una vez en el coche, Lucía abrió la bolsa para cerciorarse de que todo se encontraba en su sitio y apremió a su padre para que arrancara y se dirigiera a una de esas grandes superficies comerciales, donde comprar comida y algo de ropa para Javier, que estaba más que necesitado. Desde allí, llamó a la policía para preocuparse por el paradero de su padre, evitando cualquier sospecha y, de paso, averiguar si su casa estaba siendo vigilada. Al recibir una respuesta negativa a la segunda cuestión, alegando la policía, que seguramente ni él mismo supiese donde se encontraba, les informó de que ella sí se encontraría en su domicilio, recordándole el número de teléfono y pidiendo que de saber algo, la llamasen allí.

Javier agradeció la decisión tomada; no podría soportar otra noche durmiendo en un sofá y mucho menos en el piso de Inma, donde después de lo ocurrido, no podría conciliar el sueño por mucho que se lo propusiese.

De nuevo tuvo que aparcar el coche en una calle perpendicular al domicilio de Lucía para no despertar sospechas entre los vecinos. Su aspecto era lamentable, pero el que realmente no debía de ser visto allí por ningún motivo, era Marcos, por lo que tuvo que dejarlos en la puerta de la vivienda con anterioridad. Bajó la calle lo más rápido que pudo y se introdujo en el soportal que, habían pactado, se quedaría abierto hasta su llegada. No se extrañó del casi ruinoso estado en el que se encontraba el jardín y la fachada, suponiendo en ese instante que Lucía no vivía allí, sino en casa de su abuela y que, después de ocho años con Marcos en prisión, no se encontraba muy mal del todo. El interior de la casa sí que estaba en perfecto estado; limpia y aunque con una decoración un tanto antigua, se resistía a perder el ambiente familiar que cualquier hogar necesita para serlo.

Sobre la mesa del salón, las dos cajitas de madera, alineadas una junto a la otra y Marcos sin quitarle ojo de encima.

—Antes de continuar, me gustaría que nos aseásemos —aconsejó Lucía, presintiendo que las cosas podían ir a peor.

Cuando Marcos le contó a su hija la razón por la cual Javier había perdido los papeles en el cementerio, comprendió que las ánimas eran las guardianas perpetuas de las ofrendas que se depositaban en la cruz. Tal vez el miedo contribuía a que se materializaran los espíritus, pero, desde luego, el carácter vengativo que se les atribuía desde hacía tantos años, había quedado de relieve con aquella actuación tan agresiva.

Las delgadas maderas, con las que estaban elaboradas las cajitas, habían quedado totalmente resquebrajadas después de tanto tiempo bajo tierra y debido a su estado de putrefacción, prácticamente había que cogerlas con pinzas para no destruir la información que guardaban en su interior.

—¡Por si acaso, pon sobre la mesa el rosario y el libro de novenas! —le aconsejó Marcos a su hija, una vez los tres dispuestos a descubrir lo que hubiese allí encerrado.

En ese momento, la puerta del sótano comenzó a temblar sobre sus batientes, provocando un traqueteo continuo, que alertó a todos de un potencial ataque, y que indujo a Marcos a levantarse y a cerrar las puertas del salón, para que no influyera de forma muy negativa en el pobre Javier que palidecía irremediabilmente. De nuevo un claro poltergeist se desató iracundo cuando intentaban descubrir los motivos por los que las presencias acudían con su macabro juego de intentar amedrentarlos.

Lucía apretó con fuerza la mano de Javier, que se desmoronaba por momentos, mientras Marcos intentaba detener los movimientos convulsivos que la propia mesa manifestaba, en su intento por conseguir que abandonaran su propósito. A su alrededor, cientos de voces clamaban y se pronunciaban en su contra, alertándolos de la amenaza que suponía la inminente llegada del maligno.

Una nebulosa de rostros descompuestos y bocas abiertas exhalaban pestilentes improperios que giraban sobre sus cabezas y los enmarcaban en una espiral de materia grisácea que se estrechaba a cada segundo.

Sobre la mesa, el novenario se abrió súbito por la página catorce, quedando ante los ojos de Lucía que comenzó a leer por pura intuición, intentando emular a su padre y lo conseguido la noche anterior.

Piadosísima Virgen, y Co-Redemptora de las Almas, que à costa de inmenfos trabajos las co-redimifite del miserable cautiverio del infernal tyrano: no permitas,

Señora, que à la mia fe le fiuftre tan mifericordiofo refcate; y yà que por mis reiterados pecados he reimpreffo en ella la maldita divifa de Satanas. y Clavo, efpero, Señora, en tus mifericordiofas Entrañas, que ha de fer borrado de una vez para fiempre tan enorme fello; y fi efte hafta aquí me ha predicado efclavo del mas cruel tyrano, en adelante lo fea de la mas piadofa Madre. Amen.

Una a una, aquellas figuras abstractas se fueron desligando del enmarañado círculo, provocando su extinción, a medida que recitaba el texto que el mismo libro había escogido.

Tal y como lo leyera en aquellos momentos, en castellano antiguo, su interpretación no le dijo nada, pero después de quedar el aire limpio y la mesa asentada en el suelo, volvió a leerla con detenimiento, para darse cuenta de que se había acogido a la Virgen, para que la librase del cruel tirano que había puesto su enorme sello en ella y en toda su familia.

—¿De dónde has sacado este libro? —le preguntó a su padre.

—No sé cómo llegó hasta mí, pero creo que siempre ha estado a mi lado. No es la primera vez que me libra de experiencias de este tipo.

Mientras tanto, Javier, pálido y acongojado, intentaba balbucear algo inaudible con la vista clavada en la pared que tenía enfrente. Padre e hija se volvieron con cautela, presintiendo otro episodio espectral, pero en realidad lo que vieron fue un mensaje gravado en letras negras que los asustó aún más.

YO MANDO EN LAS TINIEBLAS QUIEN PENETRA EN ELLAS HALLARÁ EL INFIERNO.

Las miradas interrogantes delataron el miedo que les produjo aquella declaración de intenciones por parte de un supuesto ser maligno, que había escogido la escritura como medio de persuasión y de forma incontestable.

—¡No hagamos ni caso! ¡Continuemos con lo que hemos venido a hacer!
—se pronunció Marcos.

—¡Yo no creo que esté preparado! —dijo Javier completamente desbordado —¡Esto me supera!

La situación no podía ser más tensa. Lucía se compadecía de Javier con la mirada, asumiendo su culpa por haberlo metido en un mundo en el que nunca hubiese tenido que entrar en su próspera y académica vida.

Marcos temía por su hija y por cómo esto afectaría a su futuro, suponiendo que saliesen airosos, y Javier, aparte de sentirse como un auténtico cobarde, se sabía incapaz de enfrentarse a tanta incongruencia, como suponía admitir que los fantasmas, los espectros y el mundo espiritual en general, formaban parte del mismo universo donde él habitaba y donde el ADN, los cromosomas y la genética, parecían dar explicación a todo cuanto lo redaba. Él no era un ateo por convicción, sino por ilustración.

Convencido de que no había marcha atrás, Marcos se dispuso a quitar la tapa de una de las maltrechas cajitas y escogió la que estaba más deteriorada. En su interior, un trozo de cartulina había quedado pegado al fondo, tornándose del mismo color y casi la misma textura que la madera. Lo cogió con el extremo de sus uñas y se dispuso a desdoblarlo ante la curiosa mirada de sus acompañantes.

A LAS ÁNIMAS, PIDIENDO A MARÍA SANTÍSIMA DE ARACELI POR SU PRONTA REDENCIÓN Y PARA QUE POR SU GRACIA ME OTORGE EL AMOR NECESARIO PARA VIVIR JUNTO A MI ESPOSO EL RESTO DE MI VIDA.

PROMETO: ENCENDER CINCO VELAS CADA DÍA DE LOS DIFUNTOS EN ESTE ALTAR Y DIEZ EN LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE ARACELI.

Después de leerlo, todos convinieron en que se trataba de algo tan tierno que no tenía sentido haberlo escrito y guardado bajo tierra.

—¡No lo entiendo, con un pensamiento bastaba! No hacía falta tanta parafernalia para esto —comentó Lucía, que sabía por su abuela que a la cruz le bastaba con desearlo para que se cumpliera.

—Veamos lo que contiene la otra.

—Me parece que esto nada tiene que ver con las apariciones —se lamentó Lucía, que había puesto sus esperanzas en ello.

La siguiente caja, mucho menos deteriorada, aunque igual de podrida, mantenía su estructura rectangular de forma uniforme. Al quitar la tapa, se encontró con otra interior de hojalata, que explicaba el porqué de su mejor

conservación, aunque no las razones para querer que así fuese. Con sumo cuidado, y pugnando con el óxido que la mantuvo hermética, consiguió despegarla haciendo fuerzas contra la tapa de la mesa.

El ambiente continuaba enrarecido; todos se mantenían a la espera de alguna otra aparición o suceso paranormal, a pesar de lo encontrado en la primera caja. Los malos augurios no habían desaparecido y Javier temblaba de puro malestar, mientras Lucía se aferraba a su mano, contemplando como su padre extraía el primer objeto del interior.

—Esto es un hueso —se extrañó —esto otro y esto otro. —Los iba sacando, con cierto pudor, para ponerlos sobre la mesa.

Javier, a pesar de su estado, los dispuso de forma natural y determinó que se trataban de las falanges de un dedo humano.

—¡Esto sí que me da mala espina! —manifestó Marcos, mientras sacaba un pequeño gallo negro de plástico, de esos que se ponen en los belenes.

Lucía puso cara de sorpresa; no entendía lo que podría significar y echó mano de Javier que asentía con la cabeza.

—¡Ya te explicaré! Espera a que tu padre termine.

—Esto parece un bastoncillo —continuó —y esto es una pipa para cigarro.

—¿Algo más? —preguntó Javier.

—¡Aquí hay un trozo de tela que debía brillar bastante!

El retal, que no era más grande que la palma de una mano, se encontraba doblado en cuatro partes. Marcos puso cara de misterio y lo desplegó despacio, para ver en el centro del mismo, una cruz negra sobre dos bloques de piedra, una calavera en el lado izquierdo sobre dos fémures y lo que parecía una botella en el lado derecho. Bajo la cruz, una serpiente, y sobre ella, una inscripción de letras brillantes que no acababa de descifrar.

—¡Déjame, yo tengo mejor vista! —se la arrebató su hija que se encontraba mucho más serena que ninguno de los tres.

Javier continuaba asintiendo con la cabeza; al parecer tenía claro de lo que se trataba e intentaba transmitirle a Marcos su preocupación.

—¿Quién es el barón La Croix? —preguntó Lucía tras leer claramente.

—¡Esto es un rito vudú! Al parecer, la tal Angelina tenía bastantes nociones acerca de esta cultura haitiana y del conocimiento de sus dioses.

—Pues, si es un rito vudú, tiene bastantes similitudes con los símbolos de la cofradía de las Ánimas del Purgatorio; excepto ese tal La Croix y la botella, lo demás coincide casi a la perfección —explicó Marcos, que sabía

bastante de la antigua cofradía y del sentido religioso que despertaba en tiempos pasados.

—Bueno eso no es de extrañar, dado que ambas culturas se mezclaron al irrumpir el catolicismo en el nuevo mundo.

—¿Eso es todo lo que hay en la caja? —preguntó Lucía.

—No, aún falta leer la cartulina, que como en el caso de tu madre, se haya depositada en el fondo.

La presunción de que Julia no tenía ni idea acerca de las religiones caribeñas, los llevó a distinguir las cajas con meridiana claridad.

Volvió a desplegar esta vez la cartulina de color pardo y comenzó a leer en voz alta.

BARÓN SAMEDI, espíritu ancestral. LOA de nuestros antepasados, jefe de los espíritus GUÉDE. Por ser un psicopompo y ser capaz de comunicarte entre los mundos de los humanos y los espíritus, te ruego que escuches mis necesidades y atiendas mis plegarias.

Tú que tienes el poder de restaurar las almas y devolverles la vida, acude a mí cuando mi cuerpo lo necesite. Concédeme la gracia de la inmortalidad por la que te ofrezco mi espíritu y no dejes que me sea arrebatada la vivienda por la que tanto he luchado.

Dame los bienes materiales para criar lo que llevo en mi vientre, digno hijo de la fertilidad que tú representas, ofreciéndote para ello, además de las reliquias que simbolizan tu poder ancestral, el alma de la que, siendo ejemplo de la belleza terrenal, el arquetipo de Eva y símbolo de la lujuria también contribuye con otro pequeño ataúd, a la ofrenda que con tanto gusto y consciencia te donamos.

—¿Ha ofrecido a mamá como...?

—¡Me temo que esta sea la explicación que buscas! — dedujo Javier.

Marcos se quedó mirando el papel sin apartar la vista del sombrero de copa que Angelina había dibujado en el espacio vacío.

—¡Maldita hija de puta! —explotó Lucía con una indignación que superaba toda creencia —No me lo puedo creer, ¡esta zorra ha envenenado nuestras vidas con la sola idea de conseguir sus propósitos!

Al contrario de lo que Javier consideró un obstáculo imposible de superar, las miradas que se cruzaron entre Marcos y Lucía, denotaban la convicción de que se enfrentarían a lo que fuese por liberar de aquella maldición a su esposa y madre respectivamente.

—¡Ella acudió a la Virgen! ¡Por eso es la Virgen la que nos socorre cada vez que le imploramos su ayuda! —dedujo Lucía.

—Tal vez, para conseguir que tu madre descanse en paz, tengamos que continuar su promesa.

—¡Ese año desde luego no la cumplió! El psicopompo este se encargó de que así fuese.

—Lucía cariño, no subestimes los poderes de la magia, ya nos ha mostrado lo que es capaz de hacer —intentó tranquilizarla, siendo esta vez Javier el que apretara su mano con dulzura.

Marcos leía y releía lo escrito en la cartulina mientras negaba con la cabeza.

—Nunca imaginé que estas cosas tuviesen un efecto real. Para mí, solo eran supercherías, historias de viejos para personas incultas que necesitaban creer en algo y así poder subsistir con alguna esperanza.

—Dígamelo a mí, que me he pasado la vida negándolos y contradiciendo a mis mayores.

El teléfono de Lucía sonó inesperadamente; el sonido, el de siempre, solo que esta vez le pareció mucho más alarmante y continuado, lo cogió precipitada para colocarlo con cierto nerviosismo en el pabellón auditivo y comenzar a asentir con la cabeza.

—Han encontrado tu ropa en un arroyo —informó a su padre después de cerrar la comunicación con la policía.

—Déjalos que sigan buscando, ya volveré —Marcos restó importancia a lo que consideraba algo secundario —De cualquier forma, hay algo que sigue inquietándome más allá de los supuestos poderes de algo tan lejano.

Lucía se levantó de la mesa y se dispuso a tocar las letras que habían

quedado marcadas en la pared.

—¡No creo que sea conveniente!, ¡por favor, apártate de ellas! —le aconsejó su padre al tiempo que se levantaba para impedirlo.

Curiosamente, y a medida que su dedo se aproximaba a cada una de ellas, éstas se diluían en el yeso, dejando de ser visibles y provocando la inacción de Marcos, que no supo como responder al hecho.

De nuevo la puerta del sótano comenzó a temblar de forma agresiva y las vidrieras de las puertas del salón, que permanecían cerradas, se empañaron de un vaho espeso que los aisló de forma repentina. A continuación, una cadena de golpes irrumpió en toda la casa, llegando a percibirse de forma manifiesta las vibraciones de las paredes y hasta del suelo, que consiguieron mermar el poco ánimo que les quedaba, para sentirse absolutamente acorralados.

Los tres, dispuestos a enfrentarse a lo que fuese, miraron al mismo tiempo los objetos que permanecían sobre la mesa para ver como, en un movimiento circular de cada uno de ellos, incluyendo la caja metálica que se mostraba luminosa, se iban recolocando en su interior de forma espontánea, para una vez dentro, volverse a cerrar la tapa, dejando que un silencio vacío de vida se mezclase con el dulzón perfume que un día usara Angelina y que Marcos reconoció enseguida. Acto seguido, una luz potente, un flash que superó la luz diurna y que sobrecogió a todos, se manifestó tras los cristales de las puertas para dejar ver la siniestra figura del Barón Samedi. Una efigie que ninguno había visto antes, pero que supieron reconocer por su estafalaria forma de vestir, su sombrero de copa, su pajarita y su bastón, pero, sobre todo, la risueña calavera con la que contaba su rostro.

—¡Quiero que os marchéis! Prefiero enfrentarme a esto yo solo —se pronunció Marcos, dándose por perdido.

—¡Ni hablar! Yo me quedo.

Javier no sabía qué decir; si de él dependiera se hubiese marchado hacía mucho rato, pero la insistencia de Lucía por quedarse, lo hacía aguantar de forma irracional.

—No me perdonaría si te ocurriese algo malo. Creo que esto ha llegado a sus cotas más peligrosas y ahora soy yo el que tiene que hacerle frente.

—¡No papá, todos estamos en esto y todos acabaremos con esto!

Javier la miraba admirado por su valor, aunque, en ciertos momentos, dudara de su cordura.

—¡Tenemos que hacer algo inmediatamente! —aseguró Lucía, dirigiéndose a la mesa y atrapando la cajita metálica.

—¿Tienes que coger eso? —le reprochó Javier, cuyo miedo lo mantenía inmóvil.

—Papá, será mejor que te quedes. Javier y yo tenemos que deshacernos de esto lo antes posible ¡Vámonos!

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Marcos, anticipándose a la intención de Javier.

—Creo que sé cómo neutralizar el conjuro. Lo único que tienes que hacer es llevarme al cementerio.

—¿Otra vez al cementerio? —se lamentó Javier, sin ocultar el miedo que le propiciaba.

En menos de diez minutos, el coche se dirigía calle abajo con los dos ocupantes y la cajita en el asiento trasero.

Marcos, que se había quedado solo en una casa que parecía haber vuelto a la normalidad, comenzó a recorrerla de arriba a bajo sin apreciar nada extraño que le indicase lo contrario. Todo estaba en perfecto orden; lo que hacía poco rato hubiese parecido una debacle de cuanto se encontraba en su sitio, ahora no presentaba ninguna alteración. Incluso se decidió a bajar al sótano, y ojear las librerías, en un intento de buscar una explicación a los sonoros estruendos que se habían dejado oír un cuarto de hora antes.

Pensó en que el hecho de haber sacado de la vivienda la caja metálica los hubiese liberado de su maléfico contenido y, por consiguiente, de la presencia del invocado en ella, pero también era consciente, de que durante años habían sufrido él y su familia el acoso de fenómenos paranormales sin la presencia de dicho objeto. Respiró profundamente intentando reconocer algún olor que tuviese que ver con, la que sabía, era su consumada enemiga, pero nada que no fuese el tufillo natural de un hogar desatendido temporalmente. Por unos instantes, se sintió liberado del gran peso que supuso volver a enfrentarse al maligno en su propia casa, pero era consciente de que aquello no había acabado.

Mientras subía las empinadas escaleras que daban acceso al sótano, una serie de golpes tenues y acompasados, dados claramente con los nudillos, le llegaron desde la puerta de entrada. No entendió un regreso tan rápido de su hija, y sin pararse a pensar, abrió la puerta para encontrarse con alguien que jamás hubiese imaginado.

En el coche, Lucía se preguntaba qué pasaría si al vigilante del Campo Santo se le acabara la paciencia al verla entrar de nuevo; podría echarla del

recinto por sospechar que estaba ejecutando algún tipo de rito espiritista o magia negra, impidiendo así, que llegase hasta el pozo que se encontraba bastante lejos de la entrada, en cuyo caso, tendría que echar mano de Javier, del que seguramente no recordaría su aspecto, aunque era consciente de que su creciente nerviosismo lo inhabilitaba para casi todo, pero mucho más, para entrar en el cementerio a solas y llegar a ejecutar el sortilegio.

Lo miró con cierta lástima; en su cara se reflejaba el miedo y en su forma de conducir la inestabilidad emocional que estaba viviendo. Observó cómo, por el rabillo del ojo, miraba demasiado de cuando en cuando el estuche que entendía era el causante de su malestar y, en alguna ocasión, estuvo a punto de perder el control del vehículo, que más parecía llevado por un adolescente distraído que por un adulto de treinta años. Pensó en lo lejos que queda el romanticismo cuando la muerte y el infierno andan cerca. Sabía que lo amaba, no podía engañarse a sí misma, fue la primera vez que sintió ese impacto excitante y conmovedor que tanto había echado de menos en su juventud. Todas las chicas que conocía, o estaban, o habían estado enamoradas y, por supuesto, todas habían tenido relaciones sexuales, pero ella siempre se sintió diferente. En su corazón nunca llameó más fuego que el de la lucha por procurar que su padre no pasara el resto de su vida en una celda y el de lidiar contra los demonios que siempre había sentido a su alrededor. En su mente, la primera vez que lo vio, y en su vientre, el fruto de ese amor que la llevó a perder la virginidad. No estaba acostumbrada a arrepentirse, y en ningún momento sintió esa necesidad, pero ahora, una inseguridad cautelosa la llevaba a desconfiar de sus propios motivos para enfrentarse de nuevo a ese pozo que ya conocía. Estuvo a punto de pedirselo a Javier, de implorarle que fuese él el que llevase a cabo la labor, pero entendió que tenía que ser ella. Bastante estaba haciendo ya, demasiado valor estaba demostrando, como para obligarlo mediante el chantaje emocional a jugarse la vida. Sería ella la que acabase con el maleficio que turbaba la paz eterna de su madre y la consciencia de su padre.

Justo cuando comenzaban a subir la empinada cuesta de acceso, el vehículo empezó a comportarse de forma extraña. Los primeros tirones los achacó al visible descontrol del pie de Javier, que no hacía otra cosa que intentar que respondiera el acelerador. Acto seguido, le preguntaba por qué había aparcado tan lejos de la entrada del cementerio, para obtener como respuesta un gesto de impotencia y una clara indicación de que el coche se había parado sin más.

Se bajó decidida, sin importarle el guarda ni los motivos que tuviese para desconfiar de ella. Anduvo ligera, sin pensamientos que enturbiaran su determinación, sintiendo sus pisadas como quien se desplaza por unas ascuas incandescentes y llevada por el convencimiento de que nada podía ocurrirle que no estuviese ya predeterminado. Se detuvo unos metros antes de llegar. Una voz, amplificadas por un megáfono, advertía de que a la una se cerraba el recinto y que faltaban diez minutos para ello. Se precipitó hacia el interior y procuró distanciarse de la molesta llamada de atención, que no hizo otra cosa durante los siguientes cinco minutos.

Al poco rato de estar escondida tras la capilla, un edificio sin grandes pretensiones, aunque bien conservado, dejó de escuchar lo poco que intuía como señales de vida. Se asomó para ver cómo el operario cerraba la puerta y se marchaba en dirección a su vehículo con la seguridad de haber dejado el recinto vacío. Respiró aliviada; sin la presión que suponía estar pendiente del guarda, pero con la sensación de no estar del todo sola. Sin darse cuenta, sus pasos se encaminaron hacia la cruz de las ánimas contradiciendo su propia decisión; giró a la derecha con un movimiento brusco, que resultó costarle un esfuerzo que no esperaba, y continuó decidida a llegar a su destino, situado en la tapia este, justo en la dirección opuesta en la que se encontraba.

Sus propias pisadas, sobre el chinarro del piso, eran lo único que enturbiaba uno de los silencios más profundos que había escuchado jamás. Volvió a pararse al entrar en la zona de los primeros nichos que no hacían las veces de perímetro, y decidió serenarse, para convencerse de que con aquella paz que se respiraba, nada podría ocurrirle. Efectivamente, a pesar de haber construido un polígono industrial en las inmediaciones, allí dentro no se escuchaba nada, seguía siendo la zona apartada con cuya intención había sido emplazado allá por el año mil ochocientos setenta y cuatro.

Aun sabiéndose sola, se sintió desprotegida de posibles miradas al tener a su derecha un sembrado de cruces que sobresalían de las fastuosas sepulturas del suelo, y que no parapetaban su furtiva presencia. Se internó por las angostas, floreadas y cuadriculadas calles, que se habían levantado a lo largo de los años y que en los últimos tiempos habían llegado a ocupar el gran patio central, ahora casi inexistente, para volver a caminar con rapidez, olvidándose de sus propias sensaciones y centrándose exclusivamente en su cometido. Recordó la soledad de su padre, intuyendo algo que le revolvió la quietud y desafió su estabilidad mental, al tiempo que se apresuraba para dejar atrás los golpes que se manifestaban desde el interior de los nichos y que no la

dejaban pensar con claridad.

Una sombra alargada, como una estela flotante y negra, cruzó por una de las encrucijadas entre una calle y otra, haciendo que el corazón de Lucía se helase y, a la vez, se acelerara en una espiral continua que la condujo a correr desesperadamente. Cada hilera de nichos, dispuestos en tres pisos, comenzaron a estallar estrepitosamente a su paso, procurando que su avance acabara de lleno en una pared frontal repleta de tumbas, donde posó sus manos con desesperación. En ella, frente a sus asustados ojos, apareció la imagen demacrada de Angelina, que pugnaba por arrebatarse la cajita metálica que se encontraba en su bolsillo derecho. De pronto, todas las lápidas que tenía frente así, saltaron en pedazos y Lucía, que intentó retroceder, se topó de lleno con un grupo de espectros que se dirigían a su encuentro. En primer plano se situaba su amigo Ricardo, que levitaba con una sola pierna y la cabeza destrozada parcialmente, mientras escupía sangre coagulada por la boca, a la vez que pronunciaba su nombre en un intento de seducirla. Sus ojos, desprovistos de párpados, mostraban el globo ocular casi al completo, y sus mejillas ahora inexistentes, dejaban al descubierto la parte interior de la boca, enteramente ensangrentada, y los tendones, que mantenían la mandíbula inferior en su sitio, parecían deshilacharse, percibiéndose en la oscuridad de la cavidad una lengua putrefacta, donde se aglutinaban una serie de gusanos que pugnaban por devorarla. Las uñas de las manos, con las que intentaba asirse a su antigua amiga, eran más largas que sus propios dedos, cuyas falanges, mermadas de carne, permanecían unidas por una serie de andrajos cartilagosos que se descolgaban babosos y amarillos, propiciando una bocanada de vómito que Lucía no pudo reprimir.

Sin estar acostumbrada a gritar, dado que jamás había sentido tanto miedo, optó por respirar aceleradamente por la nariz y con la mandíbula apretada y sin apartar los ojos de quien la intimidaba, se revolvió con furia, para enfrentarse a Angelina y traspasarla con todas sus fuerzas.

—¡Volved al infierno! —vociferó con energía, para seguir corriendo en dirección al pozo que se hallaba bastante cerca.

—¡Si lo haces, vendrás tú también! —oyó tras de sí, como si el viento se hiciese eco de una realidad futura.

Pero para cuando se quiso dar cuenta, ya estaba frente al pozo y sobre una maraña de huesos extendidos por el suelo, que emergían del mismo fango en el que ella se hundía lentamente, rodeada de lamentaciones y ahogos sollozantes de clamores tan profundos, que miró al cielo para pedir la gracia divina y el

perdón de sus pecados, para que al menos su alma no cayera en tanto sufrimiento.

Era consciente, debido a su soledad, que no le serviría de nada gritar ningún tipo de auxilio y, aunque lo intentó, el griterío que pululaba a su alrededor le impidió escucharse a sí misma, dejando de hacerlo, para centrarse en otra tarea más urgente. Intentó evitar con todo su ímpetu una inmersión segura en aquel cenagal de putrefacción, cuyo olor se asemejaba al de los restos de un animal en descomposición, pero nada era lo suficientemente estable como para que le sirviera de apoyo, consiguiendo, como mucho, que algún hueso de mayor tamaño frenara durante unas décimas de segundo el desenlace que ya daba por seguro. Quedó claro, que la fuerza física nada tenía que hacer frente a las poderosas energías del infierno que la arrastraban sin remedio, pero, aun así, no podía dejar de intentarlo. Se dio cuenta de la importancia que tiene la vida, de los esfuerzos que somos capaces de hacer para conservarla, y de lo frágil que es, cuando las circunstancias se muestran adversas. Las lágrimas de impotencia ya eran inevitables, y recordó a su madre en todo su esplendor; cuando la llevaba al colegio, cuando la mimaba, cuando compartían risas inocentes y cuando rebosaba felicidad en compañía de toda la familia. Cerró los ojos para dedicarle un último pensamiento, pero este se tornó en un ruego piadoso dirigido a Dios, que surgió desde su vientre, y que la llevó a pedir por la salvación de todas las almas, incluida la de su amigo Ricardo y, como no, la de Angelina, que, a pesar de todo, siempre se había portado con ella como una madre.

A medida que sus pensamientos se alejaban de su propia salvación y se derivaban a la redención de los demás, sobre todo la de Angelina, a la que dejó de ver como a un demonio, para convertirla en una pobre persona, que sucumbió a los deseos materiales, hasta el extremo de aferrarse a unos ritos haitianos que por alguna razón de origen había adquirido, comenzó a sentirse liberada de la acuosa trampa que la inmovilizaba. Sus pulmones volvieron a respirar aire fresco y sus oídos dejaron de zumbar para, poco a poco, darse cuenta de que podía volver a abrir los ojos de nuevo y enfrentarse a los malos espíritus sin miedo a ser arrastrada al inframundo. Cuando lo hizo, nada de cuanto creía real se había materializado; se encontraba a unos metros del pozo, con la cajita en la mano y la convicción de que estaba haciendo lo más adecuado. No se atrevió a mirar el fondo oscuro, pero cuando escuchó el impacto de la caja contra el agua, surgió a su alrededor un clamor de voces agradecidas que la hicieron sentirse limpia y exonerada de toda

responsabilidad.

En la casa familiar, su padre no sabía cómo gestionar la llegada de su amigo Ricardo. Él no tenía la culpa de nada; su esposa había sido la artífice de los conjuros demoníacos y de cuanto malo le había sucedido a su familia, pero, por otra parte, llevaba muchos años sin verlo y no era el momento de creer en las casualidades.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó rígido, haciendo una valoración previa a su andrajosa forma de vestir.

—¡No tengo donde ir! —contestó Ricardo, sin atisbo de preocupación por lo que pensara su amigo.

Tras unos segundos de duda, y dado que no sería conveniente que lo viera ningún vecino, lo invitó a entrar, con un gesto que nada tenía que ver con la amabilidad.

—He escapado tras un permiso carcelario —le confesó Ricardo, creyendo que su situación era conocida por todos.

—¿Has estado en la cárcel?

—¿Acaso no lo sabías? ¡Llevo trece años!

Ricardo se mostró como el de siempre; confiado, cercano, y amigo de sus amigos hasta el punto de inspirar lástima.

—Al llegar a España, después de la muerte de mi esposa, me detuvieron en el aeropuerto y fui directamente a la prisión de Alcalá Meco.

—¿Se puede saber que has hecho? —volvió a preguntar, sin desvelar su propia situación.

—¿Puedes ponerme un café? Por favor.

Mientras se dirigían a la cocina, Marcos posó una mano sobre la espalda de Ricardo en señal de bienvenida y le susurró un saludo cargado de comprensión.

—¡Me imagino por lo que estás pasando!

—¿Y a vosotros cómo os va? —preguntó haciendo caso omiso a lo que entendió como una falacia.

El rostro de Marcos se llenó de nostalgia y arrugas cargadas de lamentos pasados.

—No sé si sabes —hizo una pequeña pausa—, que Julia murió en un accidente de tráfico. Desde entonces mi vida ha sido un cúmulo de despropósitos que mejor no recordar.

—¡No me lo puedo creer!, ¿también ella?

—¿Qué quieres decir con también?

—Pues que mi esposa y mi hijo murieron de igual manera —afirmó sin el menor signo de dolor.

—¿Ha sido muy reciente?

—Justamente en este mes hace trece años.

—¿Trece años? ¡Hace exactamente el mismo tiempo de lo de...!

—No creo que seamos los dueños del destino de nadie; incluyendo el de nuestros seres queridos. ¿Y a ti cómo te va? —preguntó con un tono que no demostraba esperar una respuesta positiva.

Marcos no supo si ser sincero o continuar con su farsa. Aquella pregunta le pareció demasiado malintencionada.

—Pues aquí me tienes, más solo que la una y con pocas ganas de vivir.

—¿Hoy no trabajas?

—Ahora estoy de vacaciones.

—¡Ah, sí, los funcionarios siempre de vacaciones!

—No sé qué quieres decir, pero no es momento de...

—¿Y tu hijita? —preguntó mirando al frigorífico.

—Lucía está muy bien. Vive con su abuela.

Sin saber muy bien porqué, la tensión iba aumentando por momentos y la cordialidad no asomaba por ningún sitio. Para Marcos, había llegado el momento de servir el café y acabar con aquella conversación que tan incómoda le resultaba. Ni siquiera le preguntó por las razones que lo habían llevado a prisión para no alargar la visita más de lo debido.

—¡Me imagino que será tan guapa como su madre!

Marcos seguía percibiendo un tono de reproche en las insinuaciones de Ricardo que no lograba entender.

—Yo diría que es aún más agraciada —resolvió con media sonrisa, esperando el final de la conversación.

—¡Vamos, eso es imposible!, ¡Julia estaba muy buena!

—¡Vale, basta ya! ¡Dejemos las cosas como están!

—Venga amigo mío, tú también debiste pensar eso de Angelina. Bueno en realidad llegaste a hacértelo con ella ¡Eso es mucho más de lo que yo hubiese imaginado con Julia! —levantó la voz por primera vez.

—¡No sabes lo que dices!, ¡las cosas no ocurrieron así!

En ese momento, Ricardo sacó una pistola del bolsillo interior de su abrigo y la encañonó en dirección a Marcos que quedó completamente sorprendido.

—¿Qué vienes a buscar? —le preguntó sin miedo, demostrando lo poco que le importaba su vida.

—¡Toda mi desgracia es culpa tuya!, ¿por qué tuviste que cruzar la línea?

Marcos supo, después de descubrir la ira en sus ojos, que ninguna explicación iba a satisfacer sus deseos de venganza.

—¡Está bien, cometí un error!, ¿me convierte eso en un ser tan despreciable como para que me mates?

—¡Para mí, desde luego que sí! —dijo mucho más calmado, aunque sin dejar de apuntar a Marcos con su arma.

La puerta del sótano comenzó a temblar de nuevo.

—¿En qué te has convertido para haber estado en la cárcel? —lo acosó Marcos.

—¿Quieres saber?, ¿de verdad quieres saber?, ¡pobrecito! —se compadeció Ricardo, cambiando el tono de su voz, al de un padre que estuviese hablando con un bebé —En realidad no me gustaría que murieras con la consciencia tranquila. Será mejor que te cuente la historia, ¡amigo mío! —dijo con sarcasmo.

Para Marcos, lo que tuviese que contarle no tenía ningún valor. En aquellos momentos lo único que le importaba era el riesgo que pudiese correr su hija de llegar en aquellas circunstancias.

—¿Todavía siguen los fenómenos paranormales? —preguntó Ricardo, a tenor del movimiento continuo de la puerta y de la mirada de preocupación que le dirigió Marcos. —¡Será mejor que bajemos! Tal vez, el sótano sea el sitio más adecuado.

A punta de pistola, Marcos no supo qué decir, se aferró a la maneta y la abrió lentamente.

—¡Baja tú primero! —lo instó Ricardo, dándole un golpe con el arma. De alguna manera, su faceta de mafioso salió a la luz, dejando a Marcos aún más consternado.

Del interior del sótano subía una brisa gélida que no invitaba a bajar las escaleras, pero nada a lo que no estuviese acostumbrado Marcos, que ya había sufrido en más de una ocasión las presencias que lo provocaban.

Mientras bajaba, pensó en la posibilidad de que su hija no hubiese conseguido el objetivo. Estaba claro que el maleficio continuaba y que posiblemente el tal Barón Samedi hubiese vencido. Comenzó a sentir verdadera preocupación por la integridad de su hija y eso se debió de reflejar en su forma de proceder.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—¡Ya no me da miedo nada! Ni siquiera tu maldita pistola.

—¡Pues te aseguro que deberías de tenerlo! Después de todo, es tu vida la que tengo en mis manos.

Marcos, que no se dejó intimidar por las amenazas, se volvió para dedicarle una mirada de intolerancia. La reacción de Ricardo fue tan agresiva, que de una patada en la espalda hizo que rodara los peldaños que le quedaban y diera con la cara en el suelo.

—¡Levántate y ponte contra la pared! —le ordenó.

Con el cuerpo magullado y un dolor intenso en su hombro derecho, Marcos se dejó caer en la pared, mientras Ricardo ocupaba el sillón colonial que quedaba junto a la mesa escritorio.

—¿Recuerdas que una vez te conté que siendo joven fui al cortijo de la Pachá?

—No, no lo recuerdo —dijo Marcos desafiante.

—Venga, pon un poco de tu parte. Recuerdo que me dijiste que tú no creías en esas cosas. ¡Me trataste como a un idiota!

—Te juro que no lo recuerdo.

Ricardo se levantó, y con la pistola en la mano, se dirigió a las estanterías para tocar con la punta del cañón los lomos de los libros más antiguos.

—Tú siempre tan culto y versado en todos los temas, pero claro, las palabras de un pobre carpintero poco te importaban.

Marcos optó por dejar hablar a Ricardo. No tenía ni idea de lo que intentaba con aquella forma de comportarse, pero pensó, que tal vez sus revelaciones pudiesen resultarle de ayuda y aunque se le pasó por la cabeza huir hacia la puerta y dejarlo allí atrapado, se decidió por arriesgar, a ver que descubriría.

—Aquel día fue bastante revelador. Te dije que cuando paseaba por el patio del cortijo una figura espectral se plasmó en una de las ventanas interiores. ¿Lo recuerdas ahora? También te dije que no sentí miedo, pero sí un mensaje que no acababa de entender. Pues bien, me dijo que algún día tendría que volver a desenterrar sus huesos y llevarlos al cementerio, que es donde debían de estar.

—Sí, ahora lo recuerdo —mintió Marcos, aunque solo fuese para que continuase hablando.

—El día que Angelina me pidió los huesos de un dedo humano, recordé

aquel suceso y fui hacia el cortijo convencido de que hallaría lo que buscaba.

Ahora la historia tenía algo que ver con lo que habían descubierto esa misma mañana y cobró un interés mucho más práctico. El silencio que se había perpetuado en la estancia, haciendo que las palabras de Ricardo llegasen a retumbar, se rompió de golpe cuando las ventanas se cerraron hacia arriba de forma estrepitosa. El único que pareció sorprenderse fue Marcos, puesto que el trance que estaba sufriendo Ricardo lo mantenía concentrado en su locución.

—Cuando llegué después de tantos años, el cortijo estaba tan en ruinas que no pude distinguir la ventana que buscaba y que daba a la alberca. Prácticamente no quedaba nada de pie, tan solo algunas paredes, las escaleras por las que bajé al patio y la maleza que se había adueñado de todo. La vegetación ocupaba más espacio que el propio edificio, y muchas de las tapias eran inexistentes, pero me senté en el filo del estanque decidido a esperar a que el espectro volviera a contactar conmigo.

—¿Y lo hizo? —preguntó Marcos para mostrarle su interés.

—No exactamente como esperaba. La alberca, que estaba casi totalmente cubierta por la tierra y el escombros, pareció cobrar vida. —las palabras de Ricardo se revistieron de gravedad —De pronto, mis pies comenzaron a notar movimiento bajo ellos y quedaron atrapados por las raíces que bordeaban el filo. Nunca había sentido tanto miedo, hasta que cayó uno de los árboles que se erguían cercanos y cuyos raigones, que se habían incrustado en la alberca, la hicieron saltar en pedazos. —levantó los brazos para indicar el movimiento y miró a Marcos impresionado —Entonces, un zumbido agudo y penetrante invadió todo el espacio, y tuve el valor de levantarme para encontrar bajo el tronco abatido, un esqueleto que me dejó helado. Nunca había visto uno, pero este permanecía con la expresión de espanto en sus ojos, que seguían intactos, al igual que los tendones que soportaban la parte inferior de la mandíbula.

La voz de Ricardo se quebraba por momentos y sus gestos indicaban una pérdida de lucidez que mantuvieron a Marcos pegado a la pared.

—Recordé las indicaciones de aquel primer espectro —continuó de cara a Marcos—, y me decidí a introducir los huesos en el macuto que llevaba. Su posición tampoco era normal, se diría que había sido despedazado antes de enterrarlo, porque excepto la cabeza, el resto de los huesos estaban amontonados unos sobre otros, sin orden alguno.

La estructura de la casa comenzó a dar señales de inestabilidad y Marcos supuso que algo tendría que ver lo que estaba contando Ricardo. A sus espaldas, un grujido del cemento lo hizo apartarse con cierto cuidado para que

no ser descubierto, pero Ricardo se percató y comenzó a temblar de puro terror.

—Tenía que llevarle a Angelina los huesos que me había pedido, así que, en vez de volver por la carretera del calvario, sin darme cuenta, me adentré campo a través, para encontrarme de lleno con las obras de este barrio que aún estaban en los cimientos.

Marcos comenzaba a comprender ciertas cosas.

—Al pasar justo por esta calle, un guarda de la obra llamó mi atención; se dirigía hacia mí con rapidez y me entró el pánico. ¿Qué podría decir si encontraba un cadáver en mi poder?

A Ricardo ya le temblaban las manos al compás de la voz y le faltaba poco para desmoronarse.

—Tiré la bolsa a la zanja que tenía más cercana y me llevé los huesos que había apartado con anterioridad. ¡Por aquel entonces no sabía que esta iba a ser tu casa!, ¡pero me alegro de ello! —levantó la voz, tembloroso y satisfecho al mismo tiempo.

La pared seguía resquebrajándose y lo primero que se descolgó tras el cemento fue un cráneo que rodó hasta llegar a sus pies, para dejarlo en un estado de pánico que lo mantuvo inmobilizado. La pistola se le cayó de las manos y detonó al mismo tiempo, propiciando un fuerte estruendo que lo dejó todo en suspenso. Marcos acudió a su encuentro antes de que perdiera la verticalidad.

—¡Salgamos de aquí! —lo instó, presintiendo un mal mayor.

El cuerpo de Ricardo parecía haber quedado inerte y sus ojos no podían apartarse de la aterradora imagen que surgía de la pared en forma de espiral sanguinolenta. Una formación que Marcos ya había visto antes, y que ahora supo que no se trataba de un sueño, como llegó a creer, sino de una realidad que traspasaba las fronteras de lo racional.

Los libros volvieron a caer en cascada, seguidos por las estanterías, y del techo se descolgaban grandes pedazos de obra que ponían en peligro sus vidas, pero que no causaron ningún daño a Ricardo que, aunque pareciese un zombi, volvió a agacharse para coger la pistola y descargar su contenido en la pared. El sonido de los disparos se mezcló con el zumbido que salía del interior del muro, convirtiendo la estancia en una secuencia de guerra, donde las lamentaciones y los gritos aterradores, no dejaban que la lucidez de las mentes se antepusiera al despropósito del infierno.

Marcos, desde el suelo, no dejaba de mirar a su declarado enemigo, que

mostraba su cólera a base de disparos indiscriminados contra la pared, profiriendo palabras de odio y rencor, que se intuían hacía su propia desgracia, propiciada por su encuentro con el más allá.

Repentinamente, sus iracundos ojos se volvieron hacia Marcos que dejó de temblar al verse enfocado por el cañón de la pistola. Sabía que iba a morir, pero no le importaba; las sirenas de la policía ya habían hecho acto de presencia y prefirió una muerte rápida, antes que volver a la prisión psiquiátrica para el resto de su vida.

Poco a poco, el acribillado muro se fue convirtiendo en un negro agujero sin fin, de donde salían miles de arañas que se esparcían oscureciendo el entorno, y enjambres de moscas que no tardaron en cubrir el cuerpo de Ricardo, para introducirse entre la ropa y succionar sus fluidos, mermando su fisonomía hasta el punto de advertirse su delgadez debajo de su triste indumentaria e ir consumiendo las partes visibles de forma paulatina. Unos rostros espantosos y descompuestos pugnaban por salir, bramando y alargando sus brazos para asirse a él, que no conseguía moverse, mientras los insectos salían por todos los orificios de su cuerpo.

Un último estallido, que lo paralizó todo y cegó su visión, succionó el poco aire limpio que quedaba, y acabó por reventar la pared donde se alojaban los huesos, lanzándolos como cuchillos, para dejar el cuerpo de Ricardo ensartado de esquirlas, y clavado en el hormigón, como si de un pellejo se tratase.

Cuando la policía lo encontró, su rostro permanecía perplejo, y su cuerpo, acuclillado y pegado a la pared, parecía querer traspasarla por la fuerza que seguía ejerciendo sobre ella...

Dos días después de lo ocurrido, y para sorpresa de todos los vecinos, la casa, que fue precintada por la policía, se desplomó sobre el solar, provocando una oleada de estallidos eléctricos que dejó sin suministro a toda la barriada. La estruendosa implosión los alertó de la catástrofe, y salieron a la calle, más preocupados por su propia seguridad que por la posibilidad de tragedia que se pudiese augurar en su interior. El cúmulo de energía, que se aglutinó bajo los escombros, despidió un fuerte olor a descomposición y azufre, que los alejó del siniestro y los devolvió de vuelta a sus respectivos hogares, ante la extrañeza manifiesta de los agentes que seguían investigando el caso.

Marcos continuaba ingresado en el hospital sin dar señales de mejoría. El estado en el que había quedado después de presenciar la horrorosa muerte de Ricardo, no le permitía sino sonreír cuando Lucía se acercaba a su rostro o mover levemente la cabeza cuando se alejaba. El resto de lo que ocurría a su alrededor no parecía causarle ningún efecto. Su mirada continuaba perdida en otro espacio que se intuía mucho más grande, más abierto e ilimitado, como si traspasase todas las fronteras de lo material y buscase algo perdido en el horizonte.

Lucía, que no se separaba de él ni un minuto, intentaba provocarle la vuelta a la realidad a base de darle masajes en las manos y en el cuello, cuya tensión no disminuía por mucho que insistiese con los medicamentos. En su consciente más emotivo le costaba asumir que su padre se hubiese quedado abstraído para siempre en un universo que, aunque era consciente de su existencia, no lo concebía como el más apropiado para la vida. Permaneció a su lado día y noche, convencida de que en algún momento volvería a su estado natural, aunque el doctor Rosales la advirtiera de que podría ser un proceso muy largo y, además, sin garantía de éxito.

Los días pasaban, y las vacaciones de Semana Santa, que había pedido

Javier en el trabajo para poder cumplir la promesa hecha a Blanca en el palacio de Orive, se aproximaban sin remedio.

—¡Está bien, entiendo que no puedas dejar solo a tu padre! Pero quiero que comprendas, que necesite quitarme este peso de encima. Ahora que sé que ella lo está esperando, no podría vivir tranquilo.

—No puedo dejar que lo hagas solo.

—Creo que estoy bastante preparado para asumir mi responsabilidad. Esto es cosa mía y de nadie más, así que no te preocupes por nada — argumentaba, sin convencer a Lucía, aunque ya lo hubiese asumido.

—Cariño, quiero que sepas que no solo lo entiendo, sino que deseo que lo hagas, aunque yo no pueda acompañarte. Ahora que me siento liberada de mis propios fantasmas, no me gustaría volver a empezar de nuevo.

—No te preocupes mi vida, me he dado cuenta de que el amor por los demás es el arma más eficaz para enfrentarse al mal. Con él no existe el miedo, y sin miedo, ellos no pueden acercarse.

El vínculo que se había creado entre ambos, sobrepasaba, y mucho, la línea natural del amor. Se sentían mucho más unidos y compenetrados; juntos habían vivido lo trascendental de la existencia y eran conscientes de que detrás de un sentimiento tan humano como el amor, había algo divino, que transcendía a otros planos de la realidad.

Las llamadas de teléfono, entre ambos, se sucedían a diario. Marcos no conseguía salir de su profundo trance, pero Javier, en solitario, parecía estar consiguiendo su objetivo, sin tener que enfrentarse a ningún fenómeno paranormal que revistiera peligro.

La primera noche, después de quedarse escondido en una de las habitaciones del palacio, la pasó tranquilo. Extendió el saco de dormir sobre un banco de madera y decidió no darle demasiada importancia a lo que ocurriera a su alrededor. El crujir de las paredes las achacó a lo vetusto de la edificación, y los demás ruidos, a los propios de la noche, y a una Semana Santa cordobesa, que llenaba sus calles y hacía que todo cobrara una vida casi bulliciosa. La experiencia recientemente vivida en la vivienda de su suegro, no podía haber sido mejor antídoto. Esperaba tener que enfrentarse a sucesos similares y, por ello, se llevó consigo el pequeño libro de novenas que tanto bien le hizo a su familia política. El domingo de Ramos, por la mañana, sacó una de las velas de su mochila y la encendió para iniciar lo que debía de ser un exorcismo para la muchacha. Tuvo que buscar un sitio cerrado, el hueco de la escalera, para que no se apagase continuamente. No quiso darle más

importancia a tal hecho e insistió en el empeño hasta conseguirlo, a pesar de que nada natural fuese la causa aparente. Ahora solo cabía esperar y, entre otras cosas, pasó el día leyendo una novela de caballería, recomendada por Lucía, que nada tenía que ver con el asunto “El óxido del honor”.

No habían pasado treinta minutos, cuando advirtió que la vela estaba a punto de acabar de consumirse. El recipiente donde se hallaba la cera, de plástico rojo, no quedó afectado lo más mínimo, pero su contenido parecía haberse diluido como por arte de magia, Extrajo otra, extrañado por su corta duración, y la situó justo al lado de la primera, para que no dejase de existir la llama que reclamaba el espíritu de Blanca de Ucel. Esta aguantó todo el día, como se suponía que debía de ser, mientras él, sentado en el primer peldaño de la escalera, no se atrevía a quitar los ojos de las borrosas, en muchas ocasiones, letras de la novela, que leía y releía, consciente de que su concentración no era la más adecuada para hacerlo en un día en que el paso de la Borriquilla por la calle San Pablo, muy próxima a la plaza de Orive, lo llenaría todo de gentío y con él, las algarabías y muchedumbre. El móvil, su gran aliado, lo dotaba de compañía cada vez que su entereza se venía abajo. Llamaba a Lucía y se interesaba por el estado de su padre, sin delatar miedo en ningún momento, aunque los ruidos que emergían del suelo, en algunas ocasiones fuertes y concisos, lo hicieran dar un respingo que lo sobrecogiese. La calma se había transformado en desasosiego, llegando a dejar de leer la novela, para apretar el pequeño libro entre sus manos de forma excesiva y, como si de una coraza se tratase, ponía en sus pensamientos a un Jesús, que aun sabiendo lo que hacía, se dejaba aclamar por quién más tarde lo iba a crucificar. Dudó de su fortaleza para continuar lo empezado; se sintió tan débil, que temió lo peor, y deseó no haber conocido a Marcos y por consiguiente a la futura madre de su hijo. En su visión periférica, la sombra oscura de algo irregular, pero humanoide, no cesaba de mostrarse esquiva, aunque insistente, al igual que los suaves golpes en todo el tramo de escalera. Decidió buscar la claridad que proporcionaba el patio porticado para hacer su primera comida. Escogió entre los diferentes tappers sin dejarse impresionar por la música de fondo que parecía reverberar entre las columnas, con unos sonidos poco definidos, pero a la vez profundamente graves, para decidirse por el más pequeño. Su apetito no era ni mucho menos el de otras ocasiones. Recordó la extraña sensación que le produjo la sala capitular del convento de San Pablo, situada en los jardines del palacio, y en la que hizo su única psicofonía por recomendación de quién no quiso evocar con el pensamiento.

Allí todavía se podían apreciar las distintas grietas que mostraban sus muros, sobre todo, el perteneciente a la hornacina principal, donde se suponía, debía de ir la imagen que presidiera dicho claustro.

También recordó, como muestra de las casualidades más perversas, que fue el mismo arquitecto, Hernán Ruiz II, quién tuviera el encargo de construir ambas edificaciones, quedando una de ellas, la sala capitular, inconclusa en el año 1580, por razones tan poco creíbles, como los supuestos pocos fondos económicos de la orden religiosa. En ese momento, un halo de aire, tan frío como fino, cruzó su rostro de izquierda a derecha, procurándole una desazón, que lo hizo levantarse para acudir al hueco de escalera y asegurarse de que la vela seguía encendida. Lo estaba, nada parecía perturbar su llama; la primera, en cambio, ya hacía rato que se había extinguido, y la cera, evaporada sin dejar rastro.

Quedó completamente paralizado al escuchar unos pasos en la planta de arriba. Era consciente de ser el único que se encontraba en la casa y prefirió seguir escuchando antes que moverse lo más mínimo. El miedo también contribuyó a la parálisis que lo entumía. Los sonidos, claros, de unos pies que bajaban por la escalera, lo hicieron dejar de respirar y cerrar los ojos. Algo pareció rozarle la espalda. Temblaba de pavor. Su corazón no latía, golpeaba su pecho, acelerado, cuando un testarazo en la puerta principal lo hizo dar un respingo que acabo por mortificarlo. Otro golpe, que percibió mucho más terrenal, lo sacó de su parálisis, dejándose llevar por unas voces juveniles, que jugaban a ser valientes ante una de las casas encantadas más conocidas de la ciudad. Respiró profundo y volvió a encaminarse hacia el patio y su comida, haciendo un esfuerzo por olvidar los momentos pasados. «Todo se puede superar», se decía.

Las noches de la Semana Santa, con sus tambores, sus marchas fúnebres, el recogimiento del alumbrado y de las personas que asisten, en su mayoría con cierto espíritu religioso y murmullos de respeto, tampoco ayudaban a relajar el ánimo del que se veía enclaustrado y en un entorno tan tétrico. El silencio y el eco que provocaban las habitaciones vacías, por donde se colara alguna saeta cercana, hacía de ella todo un canto a la muerte y a las razones por las que tanta pena nos da el sufrimiento de alguien querido.

El proyecto de las velas seguía su avance en el tiempo, y pronto se dio cuenta de que había pasado el Martes Santo. Poco a poco, se fueron desvaneciendo los sonidos extraños, o al menos, la percepción que tenía de ellos. Siempre intentaba achacarlos al sentido natural de las cosas; sus

resonancias, su movimiento y su estar en el mundo. Las llamadas de teléfono dejaron de ser su único recurso, y en un intento por sentirse a gusto, anduvo por todas las estancias que quedaban abiertas, con el convencimiento de que nada hallaría en ellas, que no fuese él mismo, y los cambios que su presencia conllevaban.

La noche del Miércoles Santo, después del paso procesional de la Hermandad de la Paz y Esperanza por la calle de San Pablo, los sonidos de la vía pública se fueron apaciguando hasta el punto de no percibirse ninguno dentro de la casa palacio. Todo parecía haber quedado en un suspenso de voces rotas por una saeta femenina, cuyos lamentos, lejanos, acabaron por mezclarse con otros más profundos y cercanos, que, lejos de intimidarlo, lo animaron a buscar en el pequeño libro de novenas, la dedicada a la Virgen de la Esperanza, para intentar apartar el sufrimiento que mostraba la joven Blanca, en lo que creyó eran sus propios lamentos. La casa en si misma comenzó a temblar, sus paredes a resquebrajarse, del suelo saltaban losetas y del techo caían trozos de yeso, que pudo evitar, por estar situado cerca del hueco de la escalera donde se encontraban las distintas velas, introduciéndose para refugiarse en posición fetal y sin dejar de leer en voz alta, mientras las velas resplandecían de forma inverosímil.

Con la saeta acabada; los sonidos volvieron a ser los cotidianos y propios de una noche de bandas procesionales y una abundancia de público, que llenaba las calles de forma considerable, con sus murmullos o gritos, según el caso.

Javier se percató de que todo había vuelto a la normalidad, salió de su refugio con la vista puesta en el techo, que seguía siendo estable, y dudó de su cordura, al descubrir que todo estaba en perfectas condiciones. Después de cuatro días y cuatro noches encerrado, comenzaba a dudar de su coherencia, sobre todo de madrugada, cuando a pesar de ser el espacio de tiempo más dado a las distintas secuencias paranormales, no era el momento más prudente para hablar con Lucía que, aunque permanecía en el hospital custodiando a su padre, no estaba dispuesto a preocuparla en exceso. Esa misma noche, en el silencio de las horas más intempestivas, oyó en varias ocasiones una risa jovial y jubilosa, que sin hacer nada por alterarla, imaginó que sería la pequeña Blanca, que por fin había sido liberada.

Desde ese día, nada ocurrió que pudiese amedrentarlo; terminó de leer la novela, continuó con el rito de las velas sin el menor percance, e intuyó, que su cometido estaba llegando a su fin de la manera más tranquila posible.

En el hospital, el sábado de gloria, Lucía notó una notable mejoría en el comportamiento anímico de su padre. Se encontraba mucho más relajado y sus ojos ya no buscaban el horizonte. La cogió de la mano y le sonrió de manera consciente por primera vez en muchos días. Se le notaba el cansancio, la impotencia y la pesadumbre por haber perdido tanto en un juego demasiado perverso, pero, por otra parte, el brillo de sus ojos delataba la alegría de haber conseguido que su hija saliera ilesa de tanta desgracia.

El Domingo de Resurrección, Javier llegó al hospital a primera hora de la mañana para fundirse en un abrazo con su amada, que festejaba la completa recuperación de su padre, como algo increíble. Después de su experiencia particular, que tardaría meses en contar a Lucía, y de que todo acabara bien, ambos se propusieron salir adelante con la mayor de las alegrías, para educar a su futuro hijo con el convencimiento de que todo había quedado atrás. Se irían a Sevilla para iniciar una nueva vida y, así, poder estar cerca tanto el uno del otro, como Lucía de su padre, que estaba segura, mejoraría en poco tiempo.

El día transcurrió entre muestras de cariño y euforia controlada, que Marcos asumía con una sonrisa sensible, cada vez que se producían las carantoñas y los roces intencionados.

La última hora de la tarde de aquel domingo, resultó ser fatal para la salud de Marcos. Las carreras de los facultativos, que entraban y salían de su habitación, llamó la atención de Lucía que llegaba de la cafetería junto a Javier, y que se temió lo peor, al ver entrar al cardiólogo con aspecto compungido. Los médicos se afanaban, después de varios y repetidos electrocardiogramas, en reanimarle con el desfibrilador, pero todo esfuerzo fue en balde. Su corazón se había parado de manera permanente y nada se pudo hacer por su vida.

A Lucía no parecía haberle afectado demasiado, y Javier, que no dejó de darle ánimos, pensó en que tal vez no lo hubiese asimilado todavía, pero el sosiego que sintió al contemplar el rostro completamente relajado de su padre, después de su último aliento, la llevó a comprender que se hallaba junto a su madre, en el mejor lugar que hubiesen soñado. La muerte volvía a dar paso a otra forma de vida, que se le antojaba mucho más hermosa.

Su cuerpo fue incinerado, como había dejado dicho a lo largo de su vida, y sus restos se depositaron en el mismo nicho donde descansaba su esposa.

Ese mismo día, Lucía le pidió a Javier un último favor antes de irse definitivamente a Sevilla.

—¡Tengo que subir a la ermita para hacer varias cosas!

Javier abrió la puerta de su coche y le pidió que tomara asiento.

—¡Tus deseos son órdenes! —dijo asimilando que así sería para siempre.

Después de seis kilómetros de subida continuada, por una carretera casi desierta, llegaron a la empedrada explanada que hace las veces de aparcamiento. La tarde siempre es un momento propicio para visitar a la Virgen con cierta intimidad, pero antes de entrar a la capilla propiamente dicha, se dirigió al mostrador donde se dispensan todo tipo de objetos vinculados a la patrona, para pedir doce velas, e internarse por una de las puertas, hasta llegar a la pequeña habitación que se había habilitado, desde hacía bastantes años, para impedir el daño que el humo y las llamas pudiesen causar en la capilla. Las colocó en sus habitáculos con bastante dificultad, debido a la cantidad de ellas que se aglutinaban en unos atriles extensos y siempre masificados, que obligaban a colocar unas sobre otras, con el consiguiente riesgo de quemadura.

El calor sofocante hizo que Javier saliera antes de que Lucía terminara la operación, dirigiéndose en solitario a la iglesia que se encontraba en penumbra.

Era la primera vez que visitaba aquella prodigiosa ermita y se maravilló de sus yeserías y sus retablos, pero lo que realmente lo dejó atónito, fue la majestuosidad de la imagen que lo presidía, presentándose completamente iluminada y revestida de sentimiento.

—¿Qué te parece? —le preguntó su futura esposa, segura de sí y susurrándole al oído.

—Nunca había visto una imagen tan hermosa. Esa es la verdad.

—He venido a traerle la alianza de Inma. Me gustaría que la llevase, al menos por un tiempo. Después de enterrar a mi padre en el mismo nicho, no he creído conveniente dejarla en la lápida.

—Me parece muy buena idea —felicité a su amada con un hilo de voz.

Javier quiso coger el anillo por última vez para leer su mensaje a modo de recordatorio. «Perdona mi cobardía. Te amaré siempre», leyó, mirando directamente a la Virgen de Araceli.

—Esas palabras pueden decir mucho, ¿no crees?

Javier no quiso contestar. Él no se consideraba un cobarde, sino, más bien, un afortunado por tener a quien amar y poder decírselo sin mediación alguna.

Salieron a luz de la tarde, que se mostraba radiante y llena de colores vivaces, para respirar el frescor que subía ladera arriba, y que lo envolvía todo con un intenso aroma a tomillo. Lucía decidió mostrarle la cara este de la ermita, un lugar que a ella siempre le pareció mágico y que, por su ubicación, justo a la espalda de la iglesia, no tenía demasiado protagonismo. Insistió en la antigüedad de la pequeña entrada, situada en la misma tapia de argamasa, y por donde se accedía a la cumbre desde una ruta alternativa, campo a través, desde siempre, sin que pareciera tener sentido alguno en los actuales tiempos.

Desde allí, sonrió al ver a un grupo de peregrinos que, sin mostrar cansancio, coronaban la cima y la saludaban sosegadamente. A la cabeza, Ana y Rafael, seguidos por otras personas que mostraban su alegría.

—¡Qué Dios os bendiga a los tres! —le transmitió Ana, llena de satisfacción.

—¡Gracias, muchas gracias!

—¿A quién le das las gracias? —le preguntó Javier, que no veía más que retamas y chaparros.

Lucía sonrió amablemente y, sin dejar de mirar al espacio vacío, lo agarró del brazo y le respondió:

—A ti, cariño. Ahora eres tú mi ángel de la guarda.

José Herrera Arcos;
nacido en Lucena (Córdoba) (España).
Escritor por vocación, publica su primera
novela, El Paso de la Hormiga, en 2018,
siendo esta obra prima, de carácter histórico
y ambientada en los primeros años del
siglo XIX.

Con esta segunda obra, Oscuras Realidades,
se adentra en lo paranormal, para descubrir
un siniestro mundo interior que nos puede
afectar de la forma más cruel.

Historiador y aficionado a la arqueología,
continúa con sus estudios, para proseguir
con la novela histórica que, además de lo
paranormal, es otra de sus pasiones.

Web; joseherreraescritor.com
Correo electrónico; jose.herrera.arcos@gmail.com
[Instagram.com/herreraarcospepe/](https://www.instagram.com/herreraarcospepe/)
<https://www.facebook.com/pepe.herreraarcos>

Oscuras Realidades es una novela de suspense, terror, enigmas y misterios ancestrales, donde las luces y las sombras de sus protagonistas son, o no, los causantes de los fenómenos paranormales que afectan tanto a sus vidas como al entorno que les rodea.

Ambientada en la más absoluta actualidad, el autor no pasa por alto algunos de los aspectos más íntimos de la psicología e incluso psiquiatría, para mostrar las posibles conexiones entre la realidad y el abstracto mundo de los espíritus que nos rodean.

Las distintas culturas, religioso-populares, los símbolos y el efecto que causan en los individuos que las asumen, se solapan hasta el punto de unir a sus víctimas en la lucha incesante contra el Maligno que, siempre, y en todas ellas, está presente como la parte más oscura de la psiquis colectiva.

Dos familias, unidas por la amistad, verán como su mundo se desmorona sin ser conscientes de ello y por decisiones de un pasado que, sin quererlo, les arrebatará el futuro que está por llegar.

Desde la redención de los muertos, al ansia de las ánimas por recuperar lo que es suyo, todo pasa por alcanzar el perdón de los pecados, y la misericordia de los vivos, para los difuntos que buscan un estado superior de expansión espacial.